
Grupo Editorial
Portal
Virgen
PROMETIDA
MAFIA BELLUCCI - LIBRO I
JÉSSICA MACEDO

Virgen PROMETIDA

MAFIA BELLUCCI - LIBRO I

JÉSSICA MACEDO

Grupo Editorial Portal

Copyright ©2021 Jéssica Macedo

Todos los derechos reservados. Está prohibido almacenar o reproducir cualquier parte de esta obra —física o electrónica —sin autorización previa del autor. La violación de los derechos de autor es un delito tipificado en la Ley nº 9.610/98 y sancionado en el artículo 184 del Código Penal.

Diseño gráfico de portada e interior

Jéssica Macedo

Preparación de textos

Aline Damaceno

Copydesk

Patty Trigo

Consulte

Ana Roen

Esta es una obra de ficción. Se han utilizado nombres de personas, acontecimientos y lugares que existen o que existieron realmente en algún momento de la historia para ambientar la escena. Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

Índice

Resumen
Sinopsis
Prólogo
Capítulo uno
Capítulo dos
Capítulo tres
Capítulo cuatro
Capítulo cinco
Capítulo seis
Capítulo siete
Capítulo ocho
Capítulo nueve
Capítulo diez
Capítulo once
Capítulo doce
Capítulo trece
Capítulo catorce
Capítulo quince
Capítulo dieciséis
Capítulo diecisiete
Capítulo dieciocho
Capítulo diecinueve
Capítulo veinte
Capítulo veintiuno
Capítulo veintidós
Capítulo veintitrés
Capítulo veinticuatro
Capítulo veinticinco
Capítulo veintiseis
Capítulo veintisiete
Capítulo veintiocho
Capítulo veintinueve
Capítulo treinta
Capítulo treinta y uno
Capítulo treinta y dos
Capítulo treinta y tres
Capítulo treinta y cuatro
Capítulo treinta y cinco
Capítulo treinta y seis

Capítulo treinta y siete
Capítulo treinta y ocho
Capítulo treinta y nueve
Capítulo cuarenta
Capítulo cuarenta y uno
Capítulo cuarenta y dos
Capítulo cuarenta y tres
Capítulo cuarenta y cuatro
Capítulo cuarenta y cinco
Epílogo
Gracias
Sobre el autor

Sinopsis

Marco Bellucci era el gran jefe de la mafia italiana. Antes de ocupar su puesto, se educó con estrictas normas de sangre y honor. Era un líder que gobernaba con puño de hierro y sabía que no había nada más importante que la familia. Su vida siempre giró en torno a la mafia y sabía que todas las decisiones debían tomarse pensando en su familia, incluido el matrimonio.

En el siglo XXI, los matrimonios seguían siendo contratos, las mujeres no tenían voz ni voto y eran tratadas como moneda de cambio que favorecía a los hombres de la mafia. Laís sólo tenía once años cuando la involucraron en un trato que daría protección a su familia en Portugal y beneficiaría a los italianos. Era sólo una niña cuando se convirtió en posesión del jefe. Llevada a Italia, fue internada en un convento hasta que cumplió veintiún años y pudo casarse con un hombre quince años mayor que ella y líder de una de las mayores organizaciones criminales del mundo.

La virgen prometida sólo sabía lo que decían de su futuro marido, la peor cara del cruel criminal y, camino de la boda, tomó la arriesgada decisión de huir, sólo para descubrir que la vida fuera del convento no se parecía en nada a lo que había imaginado.

Cuando fue abandonado en el altar por una joven ingenua que no tenía ni idea de lo que estaba haciendo, Marco tenía dos opciones: continuar la alianza y encontrarla, o empezar una guerra.

ADVERTENCIA: Esta historia contiene escenas no aptas para menores de dieciocho años. Contiene desencadenantes, lenguaje soez y comportamientos inapropiados de los personajes.

En este libro no se expresan las opiniones políticas ni religiosas del autor.

El autor ni apoya ni está de acuerdo con el dudoso comportamiento de los personajes.

Esta es una obra de ficción y no retrata la realidad de la mafia italiana.

A pesar de la mafia de fondo, no se trata de un Dark Romance, así que si esperas escenas de abusos sexuales, este libro no estará a la altura de tus expectativas.

A mi lectora Laís, del grupo de Whats App "Lectores de Jéssica",
y a mi querida Rosimeire, madre de mi corazón y madre de mis mafiosos.


MÁFIA BELLUCCI - LIVRO I
MARCO

Prólogo

Hace diez años...

El sol pegaba de lleno en el parabrisas del coche aquella mañana de verano. Si había varias cosas que odiaba en la vida, el calor era una de ellas. Era molesto, me hacía sudar y me dolía la cabeza. Sin embargo, aquel era un día en el que no podía dejarme molestar por algo tan trivial como el tiempo.

Hacía una semana que mi padre había muerto en una emboscada de una familia rival y rápidamente tuve que hacerme cargo del negocio familiar. Aunque me habían preparado para esto toda la vida, como a un príncipe al que entrenaban desde niño para hacerse cargo de un reino, nada era como la práctica. Un acontecimiento traumático, como la muerte del padre, te sacaba de repente de las sombras y te convertía en emperador.

Por suerte, tenía a mis hermanos pequeños a mi lado. Podrían decir que era una tontería, pero les confiaba mi vida. Theo y Mateo estaban conmigo en ese momento, cuando me bajé del coche delante de una gran mansión en Almada, una ciudad cercana a Lisboa.

Di un portazo, oyendo el impacto ante mí, y me subí las gafas de sol por encima de la nariz. *Maldito sol que me hacía palpitar la cabeza.* Me ajusté la americana, asegurándome de que la pistola escondida en la cintura quedaba oculta. Sacudí la cabeza y despeiné mi pelo negro antes de dirigirme con mis hombres al interior de la gran mansión. El luminoso vestíbulo parecía eclipsar el sucio dinero con el que probablemente se habían comprado aquella casa y los coches del garaje.

Como cualquier gobernante de mi posición, yo era responsable de la política. Era imposible mantener un buen régimen sin alianzas importantes, y ése era mi deber antes de mi encuentro con Afonso Barbosa, el jefe de la mayor mafia de Portugal.

Continué por el pasillo, que estaba bellamente decorado con cuadros que no me importaban, y entré en una enorme sala de estar. Mis hombres permanecían tranquilos en la entrada, pero con las manos cerca de sus armas, listos para usarlas si algo se salía de control.

El hombre sentado en un sillón de cuero marrón se levantó, sosteniendo un vaso de whisky. Tenía una expresión seria, pero sonrió cuando sus ojos marrones me encontraron a la entrada de la habitación, con una postura altiva y firme. Sólo tenía veintiséis años, pero mi pistola ya había disparado más balas de las que podía contar.

—Marco Bellucci.

—Afonso Barbosa.

—Es un placer ver que te has tomado la molestia de venir a mi casa.

—Vamos donde nos llevan los negocios, ¿no? —Me encogí de hombros y esbocé mi mejor sonrisa amistosa. Confieso que no se me daba muy bien, mi madre solía llamarme ceñudo cuando era pequeño. Siempre tenía el ceño fruncido y casi nunca me veía riendo o bromeando con otros chicos. Ella se quejaba de que mi padre había puesto el peso de la mafia sobre mis hombros demasiado pronto, pero creo que hizo lo correcto, o yo no habría estado tan preparado para su muerte si hubiera actuado de otra manera.

—Tienes razón. —El hombre dejó su vaso en una mesa redonda junto al sillón y caminó hacia mí.

Mis hombres no se movieron, se limitaron a mirar fijamente a los suyos, que también tenían las armas preparadas. Si cualquiera de los dos bandos decidía disparar, sin duda comenzaría una auténtica matanza, lo que no era bueno para nadie.

—Unir a las familias mediante el matrimonio es una costumbre muy antigua y se ha utilizado para sellar acuerdos durante milenios.

Desgraciadamente, una gran idiotez que se perpetuó, pensé. Desde el momento en que me dispuse a asumir ese cargo supe que mi opinión personal chocaría a menudo con los intereses de mi imperio y tendría que ser dejada de lado, como aquella vez.

La negociación con Afonso había comenzado incluso antes de la muerte de mi padre y, una vez que asumí el mando, no podía dar marcha atrás o crearía una enemistad con los portugueses que no necesitábamos. Además, el acuerdo sería beneficioso.

—Nosotros necesitamos su puerto para el contrabando procedente de Latinoamérica y ustedes necesitan nuestra protección frente a las Costas, así que me parece justo.

—Por esto te daré la posesión más preciada que tengo.

Permanecí inmóvil, pero me contuve de resoplar. Aquellas tonterías no me valían. Ningún hombre entregaría a su hija al jefe de la mafia de otro país si realmente fuera su posesión más preciada.

—¿Quieres verla?

Moví la cabeza afirmativamente. Para eso había venido, para conocer a mi futura esposa. Al igual que para otros soberanos a lo largo de la historia, el matrimonio no era más que un juego político y no implicaba los deseos del corazón. Este factor de mi posición lo tenía claro desde niño y no me hacía ilusiones de que elegiría a una muchacha de la que me enamoraría y a la que juraría amor y fidelidad para el resto de mi vida. Tendría una esposa para reforzar la mafia y tantas putas como necesitara para satisfacer mis deseos de hombre.

—Ven conmigo, por favor. —Señaló las escaleras y yo asentí.

Mateo dio un paso hacia mí, pero le tendí la mano para detenerle. Iba a subir sola, y eso en sí mismo era un voto de confianza.

Afonso deslizó los dedos por el pasamanos de madera oscura y subió los escalones. A una distancia cómoda, le seguí. Mi pistola estaba al alcance de la mano y llevaba un chaleco antibalas bajo el traje y la ropa bien usada. Estaba creyendo a mi aliado, pero no era idiota.

Entramos en un pasillo y nos dirigimos a la penúltima puerta. Todavía a una distancia cómoda, esperé a que Afonso abriera la puerta. Él miró dentro y esperó a que me acercara.

Lo primero que me llamó la atención cuando miré dentro de la habitación fueron las paredes rosas y la cama con dosel que parecía pertenecer a una princesa. Irónico, porque nada podría ser más apropiado para la esposa de un rey. Había una enorme estantería con juguetes, y sentada en una mullida alfombra blanca había una niña jugando con una muñeca. Estaba distraída y parecía divertirse, así que tardó un rato en percatarse de mi presencia en compañía de su padre, pero cuando nos vio, se levantó y salió corriendo, convirtiendo el sillón rosa en un escudo para protegerse de mi curiosa y claramente reprimida mirada.

—¡Es sólo una niña! —Me volví hacia Afonso con una mezcla de confusión y rabia. —Esperaba venir aquí y encontrar una esposa, no una mocosa a la que cuidar. ¿Qué edad tiene?

—Tiene once años. —Tragó saliva.

No podía decir que fuera un hombre de bien, ya había cometido muchas atrocidades en nombre de la mafia y cometería otras aún peores, pero tomar como esposa a una niña de once años era impensable.

—Todavía juega con muñecas. —Moví la cabeza negativamente.

—No puedo imaginar casarme con ella ahora. ¡Santo cielo! Te ruego que no lo hagas, pero puedes mantenerla bajo tu tutela hasta que tenga edad suficiente para convertirse en tu esposa.

Mi primera intención fue decir que no. Tenía demasiadas cosas de las que preocuparme y no quería que una niña se convirtiera en una de ellas, pero era el precio de tener el control sobre uno de los puertos más estratégicos del Atlántico.

—Veré qué puedo hacer con él. —Acabé asintiendo.

Mi padre me había dicho que, cuando me hiciera cargo del negocio, tenía que estar dispuesto a todo.

—Cuida de ella. —Afonso alargó la mano para apretarme el hombro, pero se echó atrás, cambiando de opinión al encontrarse con mi mirada poco receptiva.

—Haré lo que pueda. —Mi voz sonaba fría y subestimada. Puede que yo sea un monstruo, pero su padre no se quedaba atrás.

Oí gemidos procedentes de otra puerta y murmullos de mujer. Pensé que podría ser la madre de la niña, pero no me correspondía a mí ocuparme de su felicidad. En la mafia todo era negocio, incluidos los hijos, la familia y el propio corazón.

—Recoge las cosas de la chica, yo la llevaré. —Le di la espalda y entré en el salón.

Esperé algo más de una hora. Mis hermanos intercambiaron miradas conmigo y no dijeron nada. Sabían lo importante que era ese anillo para nosotros y que no sólo estaba en juego mi matrimonio. Era mi decisión como futuro novio y cabeza de familia.

Afonso bajó de la mano de la muchacha y, acercándose a mí, me miró con aire de curiosidad. No sé qué le habrá dicho su padre, pero el asombro desapareció de sus grandes ojos castaños.

—¿Me llevas a dar un paseo?

—Lo haré.

—¿Puedo llevarme mi muñeca?

—Tú puedes.

—¿Adónde vamos?

—A un convento.

Cogí la mano de la niña y mis hermanos cogieron sus bolsas. Sus dedos eran tan pequeños que me costaba mantenerlos entre los míos. Reconozco que no me había dado cuenta de la edad de la niña. Mi única preocupación era llegar a Portugal y firmar un acuerdo, pero esperaba volver a Italia con una mujer que calentara mi cama y no con una niña a la que cuidar.

La mejor idea que se me ocurrió en tan poco tiempo fue dejarla en un convento, para que la cuidaran monjas hasta que fuera mayor de edad, y no tuviera que preocuparme por ella hasta entonces. Protegida en uno de los muchos conventos de Italia, la niña no me daría quebraderos

de cabeza hasta que se hiciera mujer.



MAFIA BELLUCCI - LIBRO I

LAIS

Capítulo uno

Es surrealista pensar que he pertenecido a un hombre desde que ni siquiera tenía edad para saber lo que era el amor. Sería cómico si no fuera tan trágico.

Mis recuerdos antes de que me dejaran bajo la tutela de las monjas eran muy vagos. Recordaba una habitación muy colorida y luminosa, a diferencia de la gris con una cama pequeña e incómoda en la que me obligaban a dormir todos los días. Otras novicias decían que yo tenía suerte porque, a diferencia de ellas, no iba a convertirme en la esposa de Dios, sino que iba a pertenecer a un hombre de carne y hueso, que me esperaba más allá de los muros que rodeaban la Ciudad del Vaticano.

Puede que a ellos les pareciera romántico, pero a mí no. No había nada de cuento de hadas en casarse con un hombre quince años mayor que yo, que me había abandonado en un convento para llevar una vida mojigata hasta que cumpliera veintiuno.

Llevaba diez años sin ver a mi familia y cada día me preguntaba si me echarían de menos. No lo creía, ya que no me llamaban ni me preguntaban cómo estaba. Había interrogado muchas veces a la madre superiora, pero no tenía nada que decir. Incluso mi lengua materna, el portugués, se estaba convirtiendo en un recuerdo cada vez más vago en mi mente.

Debería haber estado emocionada porque se acercaba mi cumpleaños, pero sinceramente no sabía lo que me esperaba, y algo dentro de mí me decía que un futuro con Marco Bellucci podría ser mucho peor que diez años de penitencia y castidad.

—¿Laís? —Oí unos golpes en la puerta que me hicieron levantarme.

—¿Sí, hermana María? —Me levanté y me puse de pie, justo antes de que la puerta se abriera para revelar a una mujer bajita de rasgos regordetes, casi infantiles. De las muchas personas responsables de las novicias, Sor María era la más amable. A veces me hacía ilusiones con la idea de que podría ser una madre adoptiva, allí para cuidarme. La poca información que tenía sobre el mundo provenía de ella, ya que nuestro acceso al exterior era muy restringido. Teníamos un televisor en el salón, periódicos del Vaticano, que se podían conseguir en la biblioteca, y un internet muy limitado que estaba lleno de cuelgues en los ordenadores, que sólo se podían usar dos veces por semana durante una hora. No tenía teléfono móvil, aunque sabía lo que era, no tenía amigos, y todo lo que sabía me lo habían enseñado bajo la tutela de las monjas. Lo nuevo lo aportaban las novicias recién llegadas, que venían por los motivos más diversos. Algunas por decisión propia y otras condenadas a vivir allí, como yo, por alguien que se creía con poder para decidir sobre sus vidas.

La mejor de ellas era Fabiana Rossi. Era hija de una familia acomodada, pero siempre se metía en líos, así que sus padres la enviaron al convento para ver si espabilaba. Desde luego no funcionó y la expulsaron semanas después de entrar, pero durante el tiempo que estuvo con nosotros, me enseñó una réplica de goma del órgano sexual masculino. Nunca había visto nada parecido y no imaginé que volvería a verlo hasta mi noche de bodas.

No tendría ningún contacto con otros hombres que no fueran Marco, ni siquiera en la escuela. A punto de cumplir veintiún años, sería su muñequita de porcelana, al menos eso decían las otras

novicias que tenían un poco más de sentido del mundo que yo.

Estaba segura de pocas cosas en la vida, sobre todo por mi limitado sentido del mundo, pero no tenía muchas ganas de caminar hacia el altar con Marco. Mis recuerdos de él también eran vagos. Durante el tiempo que estuve en el convento, el hombre no se había molestado en visitarme y no sabía lo que me esperaría cuando volviera a encontrarme cara a cara con él. ¿Un viejo barrigón y calvo? Era una posibilidad.

—¿Has terminado tus oraciones matutinas? —preguntó la hermana, sacándome de mi ensoñación y haciéndome mirarla de nuevo.

—Sí, he terminado.

—Parece muy lejos, niña.

—Sólo eres tú, hermana", mentí. No quería decirle que estaba pensando en mi inevitable matrimonio. Estaba cansada de oír que era la voluntad de Dios y que debía cumplirla de buen grado.

¿Cómo podía Dios querer que me casara con el jefe de la mayor familia mafiosa de Italia? No es que me lo comentaran directamente, pero siempre había sabido escuchar y captaba las conversaciones, sobre todo las que tenían que ver con mi vida.

—Vamos, tienes que tomar tu café y ayudar a los demás a limpiar el convento.

Me limité a asentir y seguí a la hermana por el pasillo hasta el refectorio, donde las demás novicias se reunían para comer unas gachas pastosas y poco apetitosas.

Me alejé de mi hermana y me senté en un espacio vacío entre Felicia y Nina.

—Buenos días. —Les sonreí a ambos, alternando mi mirada entre ellos.

—Faltan tres días. ¿Estás emocionada? —Nina saltó a mi lado y me tapé la cara con la mano abierta para protegerme de la lluvia de avena.

—Mucho. —Fui irónico y Nina me dedicó una sonrisa amarilla.

—¿No puedes llamar a tu padre y decirle que no quieres casarte con el mafioso? —preguntó Felicia con toda su inocencia. —En la Biblia se habla del libre albedrío y de nuestro derecho a elegir qué camino tomar con nuestras vidas.

Apoyé los codos en la fría mesa de metal e inspiré profundamente antes de dejar caer la barbilla sobre la palma de la mano.

—Tenía once años cuando mi padre me entregó a este hombre. ¿De verdad crees que le importaba un bledo el libre albedrío? —Puse los ojos en blanco, molesta. No tenía más remedio que aceptar mi destino, al menos eso había creído hasta ahora.


MAFIA BELLUCCI - LIBRO I
MARCO

Capítulo dos

Cogí un fajo de billetes de cien euros y dos cargadores de balas de mi pistola automática y me los metí en el bolsillo del pantalón. No tenía intención de salir de la mansión aquel día, pero mi padre me había enseñado bien la importancia de dormir con un ojo abierto y el otro cerrado. Siempre tenía que estar preparado para las situaciones más adversas.

Duerme, pero mantente siempre alerta, decía, *nunca se sabe quién puede intentar apuñalarte en el momento en que bajas la guardia.* Lorenzo Bellucci siempre sabía qué hacer y, sin embargo, acababa siendo cogido desprevenido. Esto me recordó que tenía que ser aún más listo que mi padre.

—Aquí está el dinero. —Le entregué los billetes a Theo.

—Gracias. —Mi hermano contó los billetes rápidamente antes de guardárselos en el bolsillo. —Reforzaré nuestro arsenal.

—Le agradezco que haya velado personalmente por nuestra seguridad.

—No podemos hacer nada si estamos muertos, ¿verdad? —dijo en un tono de desenfreno que me pareció extraño, porque de los tres, era Mateo, el más joven, el que solía hacer bromas.

Ignoré el comentario y saqué mi sillón de cuero, acomodándome en él. Chasqueé los dedos antes de volver a levantar la mirada y buscar a mi hermano.

—Mateo fue a inspeccionar personalmente nuestro envío procedente de Bolivia?

—Sí. —Theo se subió la manga de la americana y miró la hora en su elegante y caro reloj. A mi hermano le gustaba derrochar, pero yo no me quedaba atrás. —Ya debería estar en el puerto. Es probable que se quede en Portugal hasta mañana para asegurarse de que el cargamento, que llega al amanecer, se abre camino en vehículos camuflados hasta Italia y otras partes de Europa.

—Excelente.

—Este puerto portugués ha sido una parte crucial de nuestro negocio en los últimos años.

—"En eso tienes razón", comenté, fingiendo no estar al tanto del tema, pero siempre tenía que prestar atención a todos los matices si no quería que me pasaran por encima o perderme algo.

—¿Estás deseando que llegue la boda dentro de unos días?

—Tengo cosas más importantes de las que preocuparme.

—¿Vas a decir que no te apetece coger lo que es tuyo?

—El acuerdo lleva en vigor diez años, desde que traje a la chica a Roma. Eso es lo que importa. —Me encogí de hombros. Levanté la pantalla del ordenador y abrí uno de los correos electrónicos cifrados que intercambiaba con mis proveedores.

Al igual que una gran agencia gubernamental, nuestra seguridad tenía que ser infranqueable para que la policía no pudiera romperla. Nuestra suerte fue que, actuando al margen de la ley, disponíamos de muchos más recursos y de los mejores profesionales posibles.

—Pronto tendrás una virgen intacta en tu cama. ¿No te anima eso un poco? —Theo insistió en el tema y yo le miré con aire poco amistoso. —No me excitaría lo más mínimo.

—Como si nunca hubieras visto a una mujer, hermano.

—He visto más tetas y coños de los que puedo contar, pero estos deben tener un sabor

especial.

—Es como cualquier otra chica, el problema es que probablemente sea una sosa y esté llena de don't religiosas.

—Fuiste tú quien la metió en un convento.

—Puede que no fuera la mejor decisión que tomé, pero era el lugar donde ella tendría protección y una buena tutela.

—Y lejos de cualquier otro hombre. No actúes como si no fueras un cabrón posesivo como el resto de nosotros. —La voz de Theo era firme, pero su mirada era puro desenfreno, dejando claro que estábamos teniendo una conversación ligera y relajada.

—Es mía, por supuesto no quería que ningún buitre se le acercara antes de que llegara mi momento de tenerla.

Theo se rió y yo volví a prestar atención a la pantalla del ordenador.

No me importaba Laís, al menos esa era la imagen que me permitía aparentar. En nombre de mi acuerdo con su padre, debía cuidar de la niña y mantenerla a salvo. Eso era lo que le había garantizado durante su estancia en un convento del Vaticano. Además de la seguridad del propio lugar, había dos mujeres de incógnito para garantizar que la niña permaneciera inalcanzable para mis enemigos o los de su padre, que eran muchos. Hasta que se celebró nuestra boda, ella era el eslabón débil de nuestro acuerdo.

Si la muchacha resultaba herida o, en el peor de los casos, muerta, toda la alianza con los Barbosa se vendría abajo. Nos quitarían el acceso al puerto estratégico para el comercio atlántico y, en consecuencia, perderíamos nuestra protección contra los Costas, una familia rival que se disputaba territorios en Portugal.

—Será mi mujer, una Bellucci, y nuestro acuerdo con los Barbosa será inviolable. Es bueno para nosotros y aún mejor para ellos. No importa si rompo su sello o no.

—Si quieres, te la rompo. Por la última foto que enviaron de ella las monjas, la niña se ha convertido en una mujer muy sexy.

Me saqué la pistola de la cintura y la golpeé contra la mesa. El impacto hizo que mi hermano se sobresaltara y retrocediera unos pasos.

—¿No tienes asuntos que atender?

—Sí, eso es.

—Perfecto. —Asentí hacia la puerta y mi hermano salió de mi habitación.

No era un hombre muy flexible y mucho menos compartía lo que era mío. Ni siquiera con mis hermanos que, junto con mi madre, eran las personas más importantes para mí. Era consciente de que, como jefe de la mafia Bellucci, no me casaría por amor, pero eso no hacía que Laís Barbosa fuera menos mía.

Había tenido paciencia para tomar lo que era mío, siguiendo su crecimiento a través de las fotos que me enviaba Antonella, una de las mujeres en las que confiaba para que vigilara a la niña. Theo tenía razón: Laís había dejado de ser una niña para adquirir las seductoras curvas de una mujer. Sin embargo, yo me relacionaba continuamente con mujeres hermosas. Podía ser paciente, ya que no había sido casto en los últimos diez años y no esperaba serlo después del matrimonio.

Laís era mi premio por esa alianza, y sólo la vería así.



MAFIA BELLUCCI - LIBRO I

LAIS

Capítulo tres

Sentía que se me revolvía el estómago y mi estado de ánimo era muy distinto al de la soleada mañana de primavera. Vendrían a recogerme y por fin abandonaría los muros del convento para ir a mi boda. Sin embargo, al contrario de lo que pensaban mis amigas novicias, no me estaba liberando, sentía que salía de una jaula para ir a otra, nunca podría volar libre como un pájaro. No sabía lo que me esperaba en aquella boda y temía que fuera peor que los días de oración y ayuno interminables.

Oí que llamaban a la puerta y me levanté de la cama.

—Adelante. —Tragué con fuerza, pero el ovillo que tenía en la garganta no bajó y se quedó allí, haciendo que mi respiración fuera angustiosa y difícil.

—Buenos días, Laís.

—Buenos días, hermana Antonella. —Me froté las manos en un intento de deshacerme del sudor frío.

—Puedes llamarme Antonella. —Se retiró el velo y me quedé estupefacta al ver una hermosa y cuidada melena rubia, a diferencia del pelo corto o la cabeza rapada que esperaba.

—No eres monja, ¿verdad? —Puede que no tuviera acceso a mucha información, pero siempre he sido una chica bastante lista.

—No.

—Estabas aquí porque él te envió, ¿verdad?

—Exacto. Alguien tenía que cuidar de ti.

—¿Por qué no él?

—El Sr. Bellucci es un hombre muy ocupado, ya lo verá.

—¿Y qué me hará después de la boda? ¿Me devolverá aquí?

—No, vivirás en la mansión con la Sra. Bellucci.

—¿Tiene otra mujer? —Ensanché mis ojos castaños. Era difícil no contener mi sorpresa ante esta información. Sabía que podía esperar cualquier cosa de la mafia, pero pensaba que respetaban la religión que regía la ciudad y todo el país, donde el matrimonio era sólo uno y para toda la vida.

—No, tonto. La Sra. Bellucci a la que me refiero es su madre.

—Sonreí.

—El equipo debería estar aquí pronto para solucionarlo.

—¿Voy a ir directamente a la iglesia?

—Sí. ¿Quiere ir primero a la capilla a rezar sus oraciones?

Moví la cabeza negativamente y me crucé de brazos. Había rezado mucho a lo largo de los años para ser algo más que una marioneta en manos de un mafioso. Tenía la esperanza de que un día me despertaría y mi destino habría cambiado, pero no fue así y no esperaba que ocurriera en el último momento.

Iba a casarme con Marco Bellucci, tal y como se había decidido hacía más de una década sin consultar mi opinión, y no había nada que pudiera hacer al respecto.


MAFIA BELLUCCI - LIBRO I
MARCO

Capítulo cuatro

—Estás muy guapa. —Noté que sus manos subían por las solapas de mi cuello y me ajustaban la corbata.

—Gracias, mamá. —Tomé sus manos entre las mías antes de encararla.

Tenía treinta y seis años y había esperado mucho tiempo ese momento, en el que me uniría a una mujer ante los ojos de la familia y la sociedad. Aquella boda no era más que el sellado de un acuerdo hecho años atrás. Sabía que ocurriría y tuve tiempo para prepararme para ese momento, y todo ocurriría exactamente como estaba previsto. Sin sorpresas.

—Cada vez te pareces más a tu padre. —Me alisó un mechón de pelo que se había escapado de la gomina que moldeaba el peinado perfecto.

—Soy viejo, mamá.

—¡En absoluto, Marco! Todavía es un niño.

—A tus ojos, siempre lo seré. —Me reí y ella también.

—Escucha, hijo mío. —Mi madre respiró hondo y yo no sabía si estaba dispuesto a escuchar lo que tenía que decir a continuación, pero no había escapatoria. Aunque yo fuera el jefe y la voz de mayor poder en aquella mansión y en toda Roma, Rosimeire Bellucci seguía siendo mi madre.

—Se me acaba el tiempo. —Miro las manecillas de mi reloj de pulsera. Faltaba poco menos de una hora para la boda, que tendría lugar en la Basílica de San Clemente, una antigua e importante iglesia de Roma. La verdad era que sólo quería una excusa para evadirme del tema con mi madre. El amor era un negocio, igual que el contrabando, pensara ella lo que pensara.

Hablando de negocios, mi conexión con la iglesia también debería aplicarse a esto. Los intereses de la mafia y del Vaticano, especialmente de quienes lo gobernaban, a menudo iban de la mano, lo que nos convertía en aliados muy probables.

—Sé que para ti no son más que palabras vacías... —Empezó y fruncí el ceño para mirarla. —Sé que las circunstancias no son las más favorables, pero el matrimonio es mucho más fácil de sobrellevar si aprendes a quererla.

—Espero que la lleves bien. —Me encogí de hombros.

—No creerás que vas a dejarla aquí y desaparecer, ¿verdad?

No respondí y mi silencio bastó para que mi madre estuviera segura de que eso era exactamente lo que pretendía hacer. Obviamente la visitaría en algún momento, tener uno o dos hijos con ella no sería malo, ya que aún no tenía herederos y ese también era el papel de un soberano. Reconozco que esto no me preocupaba, porque con mis hermanos a mi lado, sabía que podrían sustituirme en un momento de crisis. Sin embargo, con una esposa joven y hermosa, dejarla embarazada era la excusa perfecta para llevármela a la cama.

—No espero ser el mejor marido del mundo y espero que ella no sea tan ingenua como para creer que tiene derecho a exigírmelo.

—Pero tú puedes serlo, y espero que ella sea lo suficientemente inteligente como para saber guiarte.

—Por favor, mamá. No le llenes la cabeza de tonterías o podría ser malo para los dos.

Inhaló, pero no se atrevió a continuar la conversación. Era lo mejor y, afortunadamente, mi madre era lo bastante sabia como para darse cuenta de que no era el momento adecuado. Mi padre se había enamorado de ella, pero eso no significaba que ocurriera lo mismo con sus hijos.

Recogí la caja del anillo de mi cama, que pronto vería rota mi virginidad, y bajé las escaleras, seguida de cerca por mi madre. En el salón, mis hermanos nos esperaban para ir con los soldados a la iglesia.

No debía ser un acontecimiento importante en mi vida, sólo el cumplimiento de un acuerdo, como muchos otros. Pero no me di cuenta de que todo se me podía ir de las manos.



MAFIA BELLUCCI - LIBRO I

LAIS

Capítulo cinco

—Levántate, cariño. —La peluquera tiró de mi mano justo después de colocarme el velo en la cabeza.

Asentí y me acerqué al espejo, deteniéndome frente a él para mirar a través de la tela transparente mi precioso peinado y mi vestido de princesa. Era redondo y estaba lleno de encajes y piedras. Había tantos cristales que brillaban como las escamas de una sirena. Sobre mi pelo recogido en un moño había una preciosa tiara brillante y de mis orejas colgaban unos pesados pendientes a juego. No estaba segura, pero imaginé que debían de costar mucho, dado su peso y el número de piedras.

—Estás maravillosa", comentó Antonella a mi lado. Pensar que aquella mujer había estado allí los últimos diez años para vigilarme aún me chocaba, pero intenté no preocuparme por ello, pues ya había pasado y no podía hacer nada al respecto.

De hecho, no había nada que pudiera hacer en toda mi vida. Siempre estaban vigilando todos mis movimientos y no podía imaginarme que a partir de ahora fuera a ser diferente. Sospechaba que muchas mujeres serían inmensamente felices con la fecha de su boda, pero ese no era mi caso. Iba a ser entregada a un hombre con el que ni siquiera había tenido la oportunidad de convivir, y eso me aterraba.

—Señora Loureiro, los guardias de seguridad la esperan abajo para llevarla a la iglesia. —La hermana María apareció en la puerta de la habitación y tragué saliva al verla allí. Por mucho que nunca se me hubiera ocultado que aquel día llegaría, seguía causándome una extraña amargura en la boca.

No estaba segura de si echaría de menos aquel lugar, pero esperaba que mi vida a partir de entonces fuera lo bastante feliz como para no vivir en una eterna amargura.

—Buena suerte, señorita.

—Gracias, hermana. —Esbocé mi mejor sonrisa, o lo intenté, porque estaba segura de que no podría sonreír bien hasta que supiera con certeza lo que el destino me tenía reservado.

Me saludó con la mano y volvió a desaparecer de mi vista. Cuando ya no pude ver a la hermana, tuve la certeza de que mi estancia en el convento había terminado y no había nada que pudiera hacer al respecto.

—¿Antonella? —Me volví hacia la mujer y el estómago se me revolvió con más intensidad. Me resistí tan valientemente como pude, porque no quería que mi vómito ensuciara aquel hermoso vestido.

—Sí.

—¿Puedo hacerle una pregunta?

—Sé breve, chica.

—Y él... —Tartamudeé ante su expresión. Tenía miedo, pero acabé formulando una pregunta tonta de niña. —¿Es guapo?

Antonella me miró fijamente y se echó a reír.

Me encogí al darme cuenta de lo idiota que había sido al abrir la boca.

—Lo descubrirás cuando lo veas en el altar.

No dije más. Consentir y servir, sin rechistar. Era un lema que había aprendido en el convento y que sin duda se aplicaría a mi vida como esposa.

—Ahora vámonos. —Señaló la puerta y esperó a que yo la guiara. —No hagamos enfadar al caballero con un retraso innecesario.

Me agarré el dobladillo del vestido y caminé por el largo pasillo de ventanas cóncavas que flanqueaba el convento. Me fijé en cada rasgo, columna y arco, porque era la última vez que los vería. En cuanto a belleza, sin duda había sido una gran prisión. La arquitectura era incomparable, digna de los artistas más renombrados.

Llegamos a un hermoso jardín donde había tres coches negros. Me pregunté por qué había tantos vehículos, ya que cabíamos fácilmente en uno. Sin embargo, hacía diez años que no salía de aquel convento y no sabía lo que podría esperarme fuera.

Antonella me hizo un gesto antes de abrir la puerta trasera de uno de los vehículos. Me acomodé y el vestido se desparramó por todo el asiento. Cuando pasó a la parte delantera y ocupó el asiento trasero, supuse que habría espacio de sobra para la impecable falda blanca, para que no llegara a la iglesia completamente arrugada.

El conductor no tardó en arrancar el vehículo y dirigirse a las puertas del convento.

Acerqué mucho la cara a la ventana. Puede que la boda no me hiciera mucha ilusión, pero tenía muchas ganas de ver mundo, aunque sólo fueran un puñado de calles de Roma. En cuanto salimos de la Ciudad del Vaticano, el corazón me dio un vuelco en el pecho. Vi gente diferente a la que estaba acostumbrada, turistas que se hacían fotos y sonreían mirándose unos a otros. Me pregunté si los barrotes de mi nueva jaula dejarían ver al menos edificios bonitos y mucha gente diferente. Sería tan bonito poder observarlo todo, aunque fuera desde lejos.

¿Podría al menos ver la televisión y tener un acceso más ilimitado a Internet? Me sonrojé al recordar lo que los novatos habían dicho que podía encontrar en internet.

Suspiré mientras apoyaba la cabeza en el cristal de la ventana. Por un momento pensé en cómo sería mi vida si fuera libre. *Oh, cuánto deseaba ser libre.*

Estaba distraído hasta que volví a prestar atención al coche y me di cuenta de que estábamos parados en un semáforo. Había varios vehículos más al lado y delante de nosotros, parecía difícil salir de allí y por la forma en que el hombre que conducía refunfuñaba a Antonella, debía de serlo. Miré hacia la acera, un poco más allá de la interminable cola de coches, y hacia mi enorme vestido de novia. Moví la cabeza hacia atrás y vi que los demás vehículos también estaban atascados detrás de nosotros.

No sé exactamente cómo ni por qué se apoderó de mí un repentino destello de rebeldía. Lo cierto es que quería dejarme llevar como una pluma por el viento. Tal vez pudiera escapar, tal vez pudiera huir. Si no podía, me vería abocada de nuevo al matrimonio con un hombre al que apenas conocía y al que definitivamente no amaba. Pero si lo conseguía, era posible ser un pájaro fuera de la jaula.

Tiré de la manilla de la puerta y empujé con el cuerpo. Con la presión, se abrió y salí dando tumbos. Moví el cuerpo rápidamente y puse los pies en la calle.

—Chica, ¿qué estás haciendo? ¡Cierra esa puerta! —Cuando Antonella terminó de hablar, yo

ya había corrido hacia la acera. —¡Laís!

Me quité el velo que me obstaculizaba la visión y lo tiré al suelo. Tan rápido como pude, abandoné los zapatos y los sujeté con la enorme falda. Miré hacia atrás una fracción de segundo y vi a Antonella saliendo del coche. Parecía furiosa y resoplaba como un toro. Cuando dio un paso para correr hacia mí, una moto pasó zumbando a su lado y tocó el claxon, casi atropellándola. En cuanto me di cuenta de que se abrían las puertas de los demás coches, no me quedé ahí esperando a ver qué pasaba, sino que corrí por un callejón lo más rápido que pude. Me tropecé con unas cuantas personas por el camino, el voluminoso vestido me quedaba grande y era difícil pasar por un espacio reducido sin derribarlo todo.

—Lo siento", dije mientras rozaba con mi falda un frutero, haciendo que todo rodara por el suelo.

El vendedor gritó unas palabras feas, muy cohibidas en el convento, y yo fingí no oírlas. Seguí corriendo. Al doblar la esquina, probé el sabor de la libertad y me enamoré de ella. Sólo abandonaba mi huida cuando estaba demasiado agotada y no podía seguir corriendo.

—¡Lais! —Oí un fuerte grito, pero no fue suficiente para detenerme.

Dejé caer los zapatos al suelo cuando me di cuenta de que eran un peso muerto. Era un poco más fácil correr sin ellas. Vi a Antonella a través del reflejo de un escaparate y no estaba sola. Los hombres que la acompañaban corrían más rápido que ella. Tenía que acelerar el ritmo o me acabarían alcanzando. En ese momento, me di cuenta de que tenía dos opciones: correr como nunca había corrido en mi vida, o dejar que me atraparan y verme obligada a casarme, si no ocurría algo peor.

Me dolía el diafragma por la respiración pesada y acelerada, pero no dejé que eso me frenara. No iba a parar hasta estar segura de que no iban a alcanzarme.

Doblé otra esquina y la falda se enganchó en la pared. Tiré con tanta fuerza que se rasgó y dos capas de la voluminosa falda se quedaron en la pared. Agradecí que el vestido fuera más ligero, pero odiaba que me dejara un rastro de migas. Recordaba haber oído la historia de Juan y María muchas veces durante mi infancia. Si había algo que no quería que ocurriera era que me encontraran.

Pisé un charco y el agua fangosa salpicó mi vestido, dejando todo el dobladillo embarrado. Aunque me pillaran, no creía que me llevaran así a la iglesia. Crucé una avenida muy transitada y los coches tuvieron que maniobrar para esquivarme, pero uno casi me atropella. En medio de toda la adrenalina que sacaba de un rincón desconocido de mí misma, y después de haber escapado de varios atropellos potenciales, hasta podía creer que podía haber alguien cuidando de mí.

Seguí corriendo y corriendo, como si mi vida dependiera de ello, que de hecho creía que sí.

Me detuve unos segundos y apoyé las manos en las rodillas. Inspiré y espiré de nuevo, varias veces. En cuanto recuperé un poco el aliento, volví a despegar.

—¡Chica! —Oí un grito.

Pensé que podría tratarse de Antonella y se me volvió a apretar el corazón. Sin embargo, en cuanto me fijé mejor, vi que era una señora que estaba al otro lado de la calle, hacía gestos con la mano y me animaba a acercarme a ella. No debía fiarme de ella, no conocía nada ni a nadie más

allá de los muros del convento, para ser sincera, ni siquiera dentro de ellos, pero me estaba agotando y no podría correr durante mucho tiempo.

Crucé la calle y me acerqué a la señora.

—¿Qué pasa? —preguntó en cuanto me detuve frente a él.

—Huyo de mi boda", dijo con la voz entrecortada mientras jadeaba.

—Pasa. —Indicó una pequeña puerta.

—¿Qué es lo que quieres?

—¡Entra, chica!

Me di cuenta de que podían llegar en cualquier momento y alcanzarme. No lo pensé bien, entré y me encontré en la parte trasera de una pequeña panadería, donde ardía leña para calentar un horno de ladrillo, igual que el del convento.

—Quítate ese vestido de novia.

—¿Qué?" Abrí mucho los ojos ante la inesperada orden de la señora.

—¿Quieres huir o no? El vestido llama demasiado la atención. ¡Rápido, quítatelo! Te ayudaré.

Me di la vuelta y ella abrió los botones de perlas. Me estremecí al verme en ropa interior. Afortunadamente, no estaba en un ángulo que permitiera verme a través de las ventanas.

La mujer cogió lo que quedaba del enorme y lujoso vestido de novia y lo arrojó al horno de barro. Rápidamente fue consumido por las llamas y reducido a cenizas.

—Gracias, pero no puedo correr así por la calle.

—Ven conmigo. Estás delgada, pero seguro que tienes algo de ropa vieja de mi hija que pueda servirte. —Cogió una bolsa de plástico de una encimera mientras me guiaba hacia una escalera de caracol que subía al piso superior. —Quítate la tiara, suéltate el pelo y guárdala junto con los pendientes en esta bolsa. Parecen muy valiosos, podrías intentar venderlos.

—Muchas gracias. —Seguí todos los consejos y me quité las joyas.

Llegamos a un estrecho pasillo y pronto me di cuenta de que la casa era muy humilde. Desde arriba, a través de la ventana, vi pasar a Antonella y a varios hombres por la calle. Seguían detrás de mí y no me di cuenta de que iban a descansar tan pronto.

—Aléjate de la ventana. —La señora me detuvo y me entregó un vestido floreado.

—Gracias, señor.

—Vístete pronto.

Asentí y me puse la prenda, con la cabeza por delante, y tiré de ella hacia abajo hasta que se alineó con mi cuerpo. Mi corazón seguía acelerado, pero a medida que mi respiración se normalizaba, empezaron a dolerme las extremidades. Les había exigido demasiado.

—Estos zapatos deberían quedarte bien. —Abrió un cofre y me entregó un par de zapatillas.

—Muchas gracias, pero ¿por qué me ayudas?

—Debes tener una muy buena razón para huir del matrimonio.

—Así es. Estoy muy agradecido, pero tengo que irme antes de que me encuentren aquí. No quiero causarte problemas.

—¿A quién?

—Mi matrimonio fue con Marco Bellucci.

—La mafia. —La mujer palideció y dio un paso atrás tambaleándose. No podía culparla por

estar asustada, porque yo también lo estaba, aunque sabía que había nacido en el seno de una familia que también se dedicaba a actividades ilegales. —Tienes que irte. Pronto empezarán a buscarte por las casas.

Asentí e hice todo lo que pude para no temblar. En mi interior me preguntaba si huir de aquella boda no habría sido la decisión más estúpida que podría haber tomado en mi vida. Sin embargo, era algo que sólo el tiempo me demostraría.


MAFIA BELLUCCI - LIBRO I
MARCO

Capítulo seis

La iglesia estaba abarrotada. Allí iba a tener lugar un gran circo y se necesitaba un público adecuado. Sentía calor con aquel traje y me estaba poniendo inquieto, impaciente para ser más específico, pero mantuve la postura. Siempre había sido crucial para las personas en una posición de dominio como la mía. Los grandes líderes no podían desesperar bajo ninguna circunstancia, porque todos se apoyaban en ellos para no desesperar tampoco.

Aunque intenté permanecer impasible ante el altar, pude ver algunas cabezas que se movían hacia la enorme puerta doble de entrada a la iglesia. Al igual que yo, debían de estar preguntándose cuándo pasaría la novia. Era uno de los momentos culminantes de la boda y la impaciencia se hacía cada vez más evidente en el rostro de todos.

Intenté no mirar la hora en mi reloj de pulsera para no mostrar inquietud. Llegaba tarde, pero no podía saber exactamente cuánto.

Me di cuenta de que Afonso, el padre de mi prometida, también estaba impaciente. Quería que se contuviera, pero no lo hizo. Cuando se levantó del banco y caminó hacia mí, todos los invitados supieron que algo iba mal.

—¿Dónde está mi hija?

—Estoy aquí esperando, igual que tú.

—Ya debería haber llegado.

—¿Crees que me alegro de no haberte visto todavía? —Le miré con firmeza, enseñando ligeramente los dientes, y él retrocedió. Burlarse de mí en aquel momento era lo más estúpido que podía haber hecho.

Antes de que Alfonso se atreviera a abrir la boca de nuevo, las puertas se abrieron como si las hubiera soplado un fuerte viento invernal, pero no vi a mi prometida más allá de ellas, como había esperado, sino a Antonella, despeinada y jadeante.

Los ojos de todos los invitados, así como los míos, estaban puestos en ella. Cuando esos mismos ojos se volvieron de nuevo hacia mí, me di cuenta de que se preguntaban, como yo, qué podría haber pasado. De todas las posibilidades de aquel día que se me pasaron por la cabeza, ninguna incluía que mi prometida no caminara por aquella alfombra roja hacia mí.

Me bajé del altar. Theo y Mateo se levantaron del primer banco de madera donde estaban como padrinos y me siguieron hacia la entrada de la iglesia. Por el rabillo del ojo, vi a mis hombres fuertemente armados moviéndose para protegerme de un posible ataque que podría venir de cualquier dirección.

—¿Dónde está Laís? —Fui directo en mi pregunta y mi voz sonó como el feroz rugido de un león.

Antonella solía ser firme, era una guerrera despiadada preparada para cualquier situación y por eso la había puesto a cargo de la niña en los últimos años. Sin embargo, cuando la vi retroceder, me di cuenta de que algo muy malo podía haber ocurrido.

—Señor... —Tragó saliva y mi mirada se volvió aún más mortal.

Bajé la mano y agarré la pistola que llevaba sujeta al cinturón. Tenía un minuto para

responder, y sabía muy bien que dispararía antes de que volviera a preguntar. Antonella me conocía lo suficiente como para comprenderlo.

—Ella... ella huyó.

—¿Escapó?

Antonella movió la cabeza afirmativamente.

—Cuéntame cómo una chica de veintiún años, que llevaba encerrada en un convento desde los once, consiguió escapar de ti y de media docena de nuestros mejores hombres. —preguntó Theo a mi lado. Esa era la pregunta que no sólo él, sino todos nosotros nos hacíamos.

—Aprovechó un atasco y echó a correr.

Con un movimiento rápido, agarré a Antonella por el cuello y apreté los dedos contra su garganta y su mandíbula. Podía sentir la presión que mis firmes dedos ejercían sobre sus huesos. Tenía fuerza para romperlos como si fueran de espuma de poliestireno. Saqué mi pistola.

—¿Qué quieres decir con que huyó? —Apunté el arma a su sien. —Es sólo una maldita niña.

—Se metió en los callejones y yo la seguí. —Antonella temblaba de una forma que nunca había visto.

—*¿Dónde* está? —Desbloqueé el arma y todos oyeron el *clic*. Estaba listo para disparar y esa sería mi última pregunta.

—Escapó. —Tragó.

Estaba a punto de dispararle, salpicar sus sesos por todo el suelo claro y mi fino traje, pero antes de que pudiera disparar, mi madre me agarró del brazo.

—Marco, por favor, no ensucies los escalones de la casa de Dios con sangre.

—Mi prometida... —murmuré entre dientes.

—La encontrarás.

—¡Voy a matarla! —Resoplaba, furioso.

¿Quién se creía esa mujer para dejarme en el altar?

—Theo y Mateo, saquen a su hermano de aquí y llévenlo a casa. Voy a despedir a los invitados.

—Vamos, Marco. —Theo tiró de mi brazo, pero lo esquivé. Estaba furioso, no iba a abandonar mi propia boda así, humillado por una mocosa que no sabía con quién se estaba metiendo.

Quería derramar sangre y hacer que alguien pagara por mi deshonra. Si mi madre no me hubiera detenido, habría empezado por Antonella. Sin embargo, su castigo aún llegaría. No quedaría impune por haber fracasado en una misión tan simple como llevar una novia a la iglesia.

En compañía de mis hermanos, me dirigí a mi coche. Mateo se sentó en el asiento del conductor a mi lado y Theo en el suyo, y me dirigí a casa, seguido de otros dos vehículos con nuestros hombres.

No sabía qué había dicho mi madre aquella tarde para despedir a los invitados, pero no me importaba. No había excusa que pudiera dar que borrara el hecho de que me habían abandonado en el altar.

Laís era realmente una chica tonta e ingenua, porque no se daba cuenta de la cantidad de

problemas que se podía haber traído a sí misma y a todos los que la rodeaban. La relación que tenía con los Barbosa dependía de aquella boda y si no se celebraba, todo podía venirse abajo. Ya no compraría su pelea con los Costas y nos quitarían el acceso al puerto. Era muy malo para ambas familias, pero sería aún peor para los Barbosa, porque si perdían nuestra protección, perderían el control del territorio. Sólo me quedaba esperar a que una nueva familia se hiciera cargo del negocio y hacer una alianza, pero no era sólo por negocios, ella se había metido con mi ego.



MAFIA BELLUCCI - LIBRO I

LAIS

Capítulo siete

La señora descorrió la cortina y miró hacia la calle. Lo analizó todo muy detenidamente antes de volverse hacia mí.

—Ya no están en la calle. Tienes que irte. No quiero ni pensar en lo que podría pasarme si descubren que te he ayudado. —Se pasó las manos sudorosas por el pelo ralo, casi gris.

—Entonces, ¿por qué me ayudas? —No pude contener mi curiosidad, aunque la situación era desesperada.

—Sé muy bien lo que es pasarse la vida casada con un hombre al que no querías.

Vi su cara y sentí pena por ella, aunque mi situación tampoco era la mejor. Quería preguntarle qué había pasado, quería escuchar su historia, pero no tenía tiempo. Como la propia señora había dicho, la mafia podría castigarla duramente si se enteraban de que me daba cobijo.

—¿Puedo saber su nombre?

—Ana.

—Muchas gracias, Ana. Soy Laís.

—¡Venga, vamos! —Me empujó escaleras arriba. —Te daré el poco dinero que tengo aquí conmigo. Vas a ir a la vuelta de la esquina, donde hay una parada de taxis. Coge uno hasta la estación de tren. Allí comprarás un billete lo más lejos que puedas. Cuando llegues a tu destino, intenta vender las joyas que tengas para conseguir un poco más de dinero, pero no lo vendas todo. Intentarán aprovecharse de ti y pagarte una miseria. Recuerda que lo importante es huir de Roma e incluso de Italia lo antes posible. La mafia tiene ojos en todas partes y te será imposible librarte de ellos si te quedas aquí.

—Comprendí. —Asentí con la cabeza mientras bajaba las escaleras hacia la cocina.

Ana se detuvo ante un mostrador y abrió una caja de madera. Sacó unos billetes arrugados y me los dio. Eran sólo unas pocas libras, y no pensé que sirvieran para mucho, pero era mucho más de lo que podía esperar que me diera.

—¡Muchas gracias! —Abracé el dinero contra mi pecho.

—No le digas a nadie quién eres y por qué huyes.

Moví la cabeza afirmativamente.

—¡Vamos, chica, corre!

—Gracias.

Salí por la puerta por la que había entrado sin mirar atrás. Algo dentro de mí me decía que nunca volvería a ver a aquella mujer que me había ayudado con tanto gusto, pero le estaría eternamente agradecido por todo lo que había hecho y por la oportunidad de llevar una vida diferente a todo lo que habían decidido para mí.

El pájaro tuvo por fin la oportunidad de liberarse de su jaula y pudo volar libre. Crucé la calle rápidamente y corrí entre la gente hasta llegar al otro lado de la acera. Seguí hacia la parada de taxis de la que me había hablado Ana.

Me detuve un segundo para recuperar el aliento antes de acercarme a un hombre en una cabaña de madera. Distraído, miraba al cielo y a ninguna parte, dando caladas a su cigarrillo

como si no tuviera nada de qué preocuparse, muy al contrario que yo, que temía que me atraparan en cualquier momento.

—Señor, por favor, ¿puede llevarme a la estación de tren?

—Sí!" Apagó el cigarrillo en la pared donde estaba apoyado y me miró con una sonrisa más amable. —¿Dónde están tus maletas?

—No tengo maletas.

—Ah, vete a buscar a alguien. Apuesto a que es un novio", bromeó mientras sacaba conclusiones precipitadas, pero pensé que era mejor no discutir con él, y mucho menos decirle que iba a ir a ninguna parte sólo con la ropa puesta.

Se acercó a uno de los vehículos de color blanco y abrió la puerta. Subí sin demora. No tenía tiempo que perder, cuanto más tiempo permaneciera en la calle, más arriesgado sería para mí. Había dejado al jefe de la mafia en el altar y no podía esperar que nadie más viniera a buscarme.

En cuanto me acomodé, el taxista dio la vuelta al coche y se sentó en el asiento del conductor. Puse la bolsa que llevaba en el regazo y me froté las manos con impaciencia mientras él ajustaba el espejo retrovisor como si tuviera todo el tiempo del mundo.

—Si pudieras ir más rápido, por favor, te lo agradecería mucho.

—¿Tienes ganas de volver a ver a tu novio?

—Mucho", mentí.

—Estaremos allí en unos minutos.

Esperé a que arrancara el vehículo y me deslicé en el asiento cuando vi pasar junto a nosotros un coche negro como en el que había salido del convento. Era muy probable que hubieran vuelto para buscarme.

Agaché la cabeza, fingiendo que me miraba las manos para que el taxista no me interrogara. Fue la mejor manera que encontré de taparme la cara e intentar pasar desapercibida. No era la única chica con el pelo largo y castaño en toda Roma.

El taxista tardó unos minutos en detener el coche frente a la estación de ferrocarril.

—Cinco euros, por favor.

—Gracias. —Abrí la bolsa de plástico que contenía mis joyas y el dinero que Ana me había dado. Cogí un billete de cinco euros de entre los demás y se lo entregué al taxista.

—Espero que tu novio te pida matrimonio. Eres una chica muy guapa y no puede dejarte escapar.

Acabé riéndome, porque dada la situación, aquel comentario sonaba muy gracioso. El tipo no tenía ni idea de que estaba huyendo de un hombre al que había pertenecido desde los once años y con el que se suponía que iba a casarme.

Me bajé del taxi y entré en la *estación de Termini, la* mayor estación de ferrocarril de Roma, que estaba muy concurrida, con gente que iba de un sitio a otro, preocupada por sus propios compromisos, y sin importarle quién era yo ni qué hacía allí.

Al contrario de lo que había imaginado, era una estación muy moderna, con escaleras mecánicas y un montón de tiendas que la hacían parecer un centro comercial. Me detuve delante de un *Victoria's Secret* y lo contemplé todo con una mirada atónita y encantada.

Hizo falta que una mujer pasara a mi lado y chocara con mi hombro para recordarme que no

tenía tiempo, como todos los que pasaban por allí. Me dirigí a la primera taquilla vacía, pues había muchas de distintas compañías, y me incliné cerca del cristal, mirando fijamente a la mujer distraída que se limaba las uñas.

—Por favor, necesito un billete a cualquier lugar lo más lejos posible de Roma.

—Tengo un tren que sale para Milán en veinte minutos.

—¿A qué distancia está?

—Está en Lombardía, a pocos kilómetros de Francia. —Frunció el ceño, mirándome con la expresión interrogante de quien no entiende mis preguntas.

Reflexioné unos segundos sobre mi precaria noción de la geografía. Confieso que nunca había sido uno de mis principales intereses mientras estuve en el convento. Sin embargo, si estaba cerca de Francia, serviría.

—Está bien. —Cogí el dinero que llevaba en la bolsa y se lo di.

La mujer contó los billetes sin dejar de mirarme con aire interrogador y reservas. Era evidente que yo huía de algo o de alguien, pero no me hizo preguntas más íntimas. Pensé que era mejor así, de hecho, no era asunto suyo.

Metió unas monedas y un billete de tren por el agujero del cristal. Del dinero que Ana me había dado, solo me quedaba eso, y tendría que gorronear para conseguir más cuando llegara a Milán.

Con el billete en la mano, me dirigí en la dirección que me había indicado la mujer. El tren salía del andén cinco. Ya estaba parado y mucha gente subía con sus pertenencias, la mayoría con maletas o bolsos. Yo sólo llevaba la bolsa de plástico y todo mi valor.

Subí al tren detrás de una familia con un par de niños de no más de cinco años y me dirigí a mi asiento. Me hundí en la butaca roja y apoyé la cabeza en el cristal. Mientras deambulaba, observé a la gente que pasaba por el andén y se dirigía a otros andenes, despidiéndose de sus seres queridos o subiendo al tren.

El vehículo no tardó en ponerse en marcha y respiré aliviada. Dejaba atrás Roma e imaginé que, con ello, abandonaba también mi destino de casarme con Marco Bellucci.


MAFIA BELLUCCI - LIBRO I
MARCO

Capítulo ocho

Oí el sonido de las súplicas y los gemidos antes de que el estampido del disparo resonara en el sótano poco después del fogonazo de mi arma al dispararse. Puede que no salpicara la entrada de la iglesia con la sangre de Antonella, pero goteaba por todo el suelo del lugar donde solía torturar y ejecutar a mis enemigos.

Además de desahogar mi ira, su muerte sirvió de ejemplo. Cualquiera que no cumpliera las misiones que le asignaba sería castigado de la misma manera.

Estaba furioso. Ser plantado en el altar y tener una novia a la fuga no sólo ponía en duda mi poder, sino mi influencia sobre la gente.

Cuando era niño, mi padre solía leerme *El Príncipe*, de Maquiavelo, y si algo había aprendido muy bien era que "es mejor ser temido que amado". En la mafia, las cosas funcionaban muy bien así: cuanto más te temían, más te respetaban y más poder tenías.

Guardé la pistola en la cintura y me dirigí a las escaleras que llevaban a la parte trasera de la mansión. Miré al cielo a través de la ventana al pasar por la cocina y vi que ya estaba oscureciendo. El día había pasado y definitivamente no había terminado como yo había imaginado. Efectivamente había derramado sangre, pero no era por tomar por primera vez a una virgen sobre mis sábanas blancas.

Volví al salón de la mansión y encontré a mis hermanos sentados en un sofá, mirando a Afonso Barbosa en el otro. El ambiente ya parecía tenso, pero lo fue aún más cuando entré.

—¿Dónde está mi hija? —Afonso se levantó del sofá y corrió hacia mí, pero se detuvo a medio camino cuando saqué mi pistola y le apunté.

Agarré la empuñadura de la pistola y puse el dedo sobre el gatito. Mi pulgar bajó el seguro y el cabeza de familia Barbosa retrocedió unos pasos.

—Soy yo quien debería hacer esa pregunta. Es tu hija.

—La abandoné hace diez años. Esperaba que fuera mínimamente capaz de cuidar de mi pequeña.

—La han cuidado bien, pero no soy responsable de su tonta idea de huir. Sus genes probablemente no son los mejores.

—Si hubiera cuidado mejor de la niña, no se habría escapado.

—Tienes razón. Creo que ese trato fue una tontería. Imagino que será mejor tratar con los Costas cuando tomen el control del puerto.

—¿Va a quitarnos la protección? —Los ojos del hombre se abrieron de par en par, como si se hubiera sobresaltado.

—Sin matrimonio, no hay trato. —Cerré el arma y la puse de nuevo en mi cintura.

—No puedes hacer eso.

—¿No? —Me reí y mi voz severa resonó por toda la habitación. —Creo que es tu hija la que no debería haberme dejado en el altar.

—Es una chica ingenua que no tiene ni idea de lo que ha hecho, pero se arrepentirá.

—Claro que sí. —Mi mirada sombría le hizo estremecerse.

—Estoy seguro de que Laís sigue en Roma. La encontraremos y la boda se celebrará. No te preocupes.

Estaba furioso y yo también quería pegarle un tiro en la cabeza a aquel hombre, pero podría iniciar una guerra de la que me arrepentiría. Aunque la muchacha había traicionado el único papel que debía cumplir, la alianza con los Barbosa era muy beneficiosa en aquel momento. Dependíamos mucho de su puerto.

—No aceptaré que me humillen así otra vez. Puede que haya sido su error, pero todos lo pagaréis.

—El error no se repetirá.

Le dejé hablando solo y le di la espalda. No estaba dispuesto a escuchar más excusas. Mis hombres estaban por toda Roma buscando a la chica y si no la encontraban, su familia pagaría por la transgresión. Probablemente ella no tenía ni idea, pero su capricho sería el detonante de una guerra.



MAFIA BELLUCCI - LIBRO I

LAIS

Capítulo nueve

El cielo se volvió anaranjado y finalmente adquirió tonos de un azul muy intenso, casi ébano, mientras lo admiraba a través de la ventanilla del tren. Nunca lo había contemplado así, a pesar de que había pasado muchas horas apoyada en el alféizar de la ventana de mi habitación del convento simplemente mirando hacia arriba. El cielo, cuando era libre, parecía aún más hermoso.

Oí el ruido del tren al detenerse y esperé a que el caballero que se sentaba a mi lado se levantara, antes de seguir la corriente fuera del vagón.

Por fin, estaba lejos de Roma y esperaba que fuera inalcanzable. No sabía qué hacer, no tenía dinero, pero el vasto mundo lleno de posibilidades me parecía increíblemente mágico. Podía no ser nada, pero podía ser cualquier cosa, y eso era increíble. Se me revolvió el estómago y me di cuenta de que me moría de hambre. La adrenalina, el miedo y el deseo de llegar lo más lejos posible en el menor tiempo posible me habían alimentado durante varias horas, pero ya no era suficiente, necesitaba comida. Tenía que alimentar mi cuerpo o acabaría desmayándome.

La brisa fresca me hizo abrazarme a mí misma mientras salía del centro de llegadas. Una vez más, como en Roma, no era nadie en el flujo de gente que iba y venía.

Me acerqué a las tiendas y vi el hermoso escaparate de un snack bar. Los panes, pasteles, biscotes y dulces me llenaban los ojos y me hacían salivar. Me moría de ganas de acercarme para ver los precios. Abrí mi bolso con manos temblorosas y conté las monedas, luchando para que no se me escaparan de las manos, pero no eran suficientes para comprar nada de la hermosa comida que se ofrecía en el escaparate. Aun así, entré. Me acerqué al mostrador, donde había una mujer distraída, y le puse las monedas delante.

—¿Qué puedo comprar con eso?

Miró las monedas y a mí varias veces y entrecerró los ojos antes de cogerlas y meterlas en la caja.

—¿Prefiere café o chocolate caliente?

—Chocolate.

—¿Cómo te llamas?

—La... —Me mordí la lengua antes de decir mi verdadero nombre. Recordé el consejo de Ana. Si no quería que me identificaran, no debía usar mi verdadero nombre.

—¿La?

—¡No! Estaba pensando en voz alta.

—¿Cómo te llamas, chica?

—Emanuelle.

Escribió el nombre que se me acababa de ocurrir en el lateral de un vaso y me señaló una silla donde podía esperar.

Seguí mirando, podía parecer simple, pero estaba hipnotizado. Ver el mundo era increíble. Nada comparado con la sensación de que podía conocerlo todo.

—"Emanuelle", llamó la mujer, y me levanté de la silla para tomar mi pedido.

Tenía tanta hambre que me lancé, pero en cuanto el líquido humeante tocó la punta de mi

lengua, gemí.

—¡Qué calor! —Me pongo mucha saliva en la lengua, esperando que deje de dolerme.

—Por eso se llama chocolate caliente. —La empleada se encogió de hombros como si mi comentario le pareciera una tontería.

Sostuve el vaso entre las manos y lo agité suavemente con la esperanza de que se enfriara lo antes posible y pudiera bebérmelo.

—¿Quieres algo más? —me preguntó cuando se dio cuenta de que la estaba mirando.

—¿Sabe dónde puedo vender joyas?

—¿Lo robaste, chica?

Moví la cabeza negativamente. Bueno, me lo habían puesto para que me lo pusiera en la boda. Así que técnicamente no era un robo, ¿verdad?

—Hay una casa de empeños a dos manzanas. Si sale de la estación por la entrada que hay justo después de las escaleras mecánicas, siga recto y gire a la derecha en la segunda esquina.

—¡Muchas gracias!

—En absoluto.

Me dejé guiar por su información mientras balanceaba la taza de chocolate caliente entre mis manos. Soplé, le di vueltas, pero nunca parecía enfriarse. Tomé unos sorbos cuando sentí hambre, pero el calor pronto me hizo retroceder. Giré a la derecha siguiendo las instrucciones y pronto vi el escaparate, que era exactamente lo que buscaba.

Había muchas piezas antiguas expuestas y me llamaron la atención. Estuve observando durante varios minutos hasta que un hombre salió de la tienda y se detuvo a mi lado, dándose cuenta de lo que estaba haciendo.

—¿Busca algo especial que comprar?

—No. Sólo pensé que era muy bonito.

—¡Oh, sí! Hay piezas increíbles.

—De verdad. Ese candelabro parece viejo. —Señalé la pieza expuesta.

—Sí. Es del siglo XVIII.

—Vi varias así en el convento.

—¿Convento?

—Sí, uno que visité una vez.

—La iglesia guarda muchas piezas de historia. ¡Tantas y tan magníficas! Mi sueño sería visitar el Vaticano y tener acceso a los tesoros que allí se guardan. Es una pena que sea un regalo sólo para unos pocos.

—¿Quizás tengas la oportunidad algún día?

—¿Por qué no soñar? —Me sonrió amistosamente.

—Vine aquí porque me dijeron que es una casa de empeños.

—Sí. ¿Has traído algo? —Miró la bolsa que colgaba de mi brazo.

—Esta joya era de la boda de mi madre y quería que le echaras un vistazo para ver cuánto te puedes permitir.

—¿Me permite? —Me tendió la mano, esperando a que le entregara la bolsa.

Asentí y balanceé el vaso en una mano para entregarle la bolsa con la otra.

—Sabe, señora, ya debería haber cerrado la tienda. Son casi las ocho de la tarde, pero me distraje mirando algunas de las piezas. Por su aspecto en el escaparate, creo que me entenderá.

—Hay muchos objetos admirables aquí. —Moví la cabeza, mirando a mi alrededor.

—Sí.

Dejé la taza de chocolate caliente sobre la encimera mientras le observaba sacar las joyas de la bolsa y analizarlas con una lupa.

—Tienes hermosos diamantes aquí.

—Los tengo. Le quedaban genial ese día, tenías que verlos.

—Me lo imagino.

Le sonreí y el hombre me devolvió la sonrisa. Como Ana, me recordaba a su hermana María, siempre amable y haciéndome ver el mejor lado de las personas.

—Escúcheme, señora. No tengo dinero para quedarme con todas estas piezas. Juntas valen varios miles de dólares, pero me interesa ese anillo. Puedo pagar cinco mil euros por él.

—¿Cinco mil?

—Entiende que no puedo pagar lo que vale la pieza, porque necesito revenderla para recuperar mi inversión, y como es una pieza cara, llevará tiempo.

—De acuerdo, cinco mil me parece bien. —Le sonreí, me alegraba mucho pensar que al menos tendría algo que comer y dinero para encontrar un sitio donde dormir. —¿Me das también esa bolsa? —Señalé una pequeña bolsa marrón que estaba encima de un montón de zapatos viejos.

—¿Te gustaba? —Arqueó las cejas.

He dicho que sí.

—Puedes quedarte.

—Muchas gracias. —Fui a mi bolso y lo saqué. Metí la diadema, la gargantilla y el par de pendientes por los que el hombre no había mostrado ningún interés. Podría venderlos en otra casa de empeños más tarde.

—Te traeré el dinero. —El caballero se llevó el anillo al fondo de la tienda y yo esperé.

Cogí el vaso de chocolate y por fin se había enfriado. Me lo tomé todo de un trago y el estómago me pedía más. Pero tendría que esperar.

—Aquí tiene su dinero. —El caballero me entregó un abultado sobre de papel que imaginé contenía los billetes.

—Se lo agradezco mucho.

—No pareces de aquí.

—No es cierto. —Tomé aire al darme cuenta de que, una vez más, estaba transmitiendo información sobre mí que no debía.

—Ten cuidado con las joyas y el dinero que tienes por ahí.

—Gracias por el consejo. ¿Tienes basura? —Agité el vaso de papel en el aire.

—Puedes dármelo y lo tiraré.

Me puse de puntillas y me agaché para entregarle su vaso. Me despedí y volví a salir a la calle, agarrándome con fuerza a las asas de mi recién adquirido bolso.

Estaba oscureciendo aún más y la gente moría en las calles, al igual que los coches. Con el

dinero que había conseguido por el anillo, podría encontrar un lugar donde dormir y una comida sabrosa para que no le doliera el estómago.

Seguí caminando, observando los edificios, la gente e incluso las farolas. Empecé a tararear, porque aunque no tenía rumbo, era libre y podía ir a cualquier parte. Me puse de puntillas y giré sobre mí misma, sintiendo la brisa fresca pasar por mi cara y por los mechones de mi pelo castaño.

Algunas personas en la calle me miraron y debieron pensar que estaba loca, pero ninguna de ellas podría haber predicho que huiría de un matrimonio con un chico al que ni siquiera conocía, aparte de vagos recuerdos de cuando tenía once años y él me dejó en un convento.

Apenas sabía quién era ni qué habría sido de mí si mi destino hubiera sido otro. En el convento no tenía personalidad, no podía elegir mi propia ropa ni hablar con quien quisiera. No tenía amigos, ni familia, sólo la promesa de que cuando cumpliera 21 años me iría para casarme con un hombre peligroso.

Siendo libre, podía ser quien quisiera, encontrar mi propia razón de pertenecer a ese mundo.

Seguí caminando y doblé una esquina y otra, hasta que me detuve frente a un cartel que decía *"plazas de aparcamiento"*, justo después del nombre de un hotel. Subí la escalerita y caminé hasta la entrada. Llamé dos veces y se abrió.

Sujeté el picaporte para pasar y cerré la puerta tras de mí al entrar. Mis ojos se fijaron en una pared con soportes en los que había numerosos folletos de colores brillantes. No sabía de qué trataban, pero no me atreví a coger ninguno. Había oído mucho en el convento que no debía tocar nada que no me perteneciera o el castigo podría ser severo. Tragué saliva al pensar en los castigos que ya había recibido allí por *incumplir las normas.*

—¿En qué puedo ayudarle? —preguntó una mujer detrás del mostrador de recepción, y yo di un respingo del susto.

—¡Ah, hola! —Me volví hacia ella con torpeza. Me rasqué la cabeza y luego me abracé a mí misma, en un acto involuntario de protección, aunque no había ninguna amenaza real. —Vi el cartel que decía que había plazas libres.

—¿Necesitas una habitación?

—Lo necesito.

—¿Durante cuánto tiempo?

—Yo... y... —Me paré a pensar. Recordé el consejo de Ana. Todavía estaba en Italia y más me valía no pasar mucho tiempo allí o ir a algún sitio donde no me encontraran.

—¿Sólo una noche?

—Sí. —Moví la cabeza afirmativamente, saliendo de mi trance.

—Necesitaré su documento de identidad o pasaporte para registrarle.

—No, yo no... —Abracé mi bolso y di un paso atrás.

—¿No tienes ningún documento? —Ensanchó sus ojos verdes y se inclinó sobre el mostrador, haciéndome retroceder.

—Yo no.

—¿Estás huyendo de la policía?

—No, la policía no.

—¿Por qué no tienes documentos entonces?

—Perdí, pero... pero yo... puedo encontrar otro lugar para dormir.

—¿Tienes dinero?

—Sí, tengo dinero. —Me abracé aún más fuerte a mi bolso.

—Treinta euros por la noche.

—No pasa nada. —Abrí mi bolso y encontré el paquete de dinero dentro. Había varios billetes de cincuenta euros y cogí uno para dárselo a la recepcionista.

—Gracias. —Escudriñó el billete antes de guardarlo y coger otro para dármelo como cambio.

—También me gustaría comer algo. Me muero de hambre.

—Me di cuenta. —Sacó un papel de debajo del mostrador y me lo dio. —Este es el menú de la cocina, puedes elegir algo.

—Podría ser esa pasta", dije sin pensar demasiado.

—Me encargaré de que se lo lleven a su habitación. —Me dio una llave y diez euros de cambio.

Me dirigí a la escalera que me indicó la recepcionista con un gesto de la mano y me dirigí a la habitación donde pasaría la noche. Estaba deseando darme una ducha y descansar un poco. Todavía me dolían las rodillas de tanto correr. Por primera vez pensé que podría haberme esforzado un poco más en los ejercicios del convento. No sería tan sedentaria si hubiera prestado la más mínima atención a sor Dulce.

Abrí la puerta. Saqué mi bolso y lo puse sobre la cama antes de despojarme del vestido y la ropa interior para dirigirme a la ducha. Llevaba un liguero y lencería provocativa, aunque blanca. Sin duda un regalo para el hombre al que había dejado esperando en el altar.

Tragué saliva al pensar en lo enfadado que podría estar, pero rápidamente aparté esos pensamientos. Tenía que aprovechar mi oportunidad de tener una vida diferente a la que otros habían elegido para mí.


MAFIA BELLUCCI - LIBRO I
MARCO

Capítulo diez

Deslicé el vaso por la superficie de la mesa antes de llevármelo a la boca y beber unos sorbos del whisky de malta más fuerte que pude encontrar en el bar. Aquella no era, desde luego, la forma en que esperaba terminar mi velada. Mentiría si dijera que estaba deseando aquella boda, sobre todo porque no era más que una pieza en el juego político que estaba jugando, pero la frustración de que todo no hubiera salido exactamente como había previsto era enorme.

Hacía diez años que me había comprometido a casarme con Laís Barbosa. La había dejado en un convento y esperado a que cumpliera veintiún años. Iba a ser un circo, pero fácil de gestionar. Lo que no había previsto era que Laís sería capaz de darle la vuelta a la tortilla y quitármelo de las manos. Si había algo que odiaba, era perder el control de la situación.

—¿Qué tan enojado estás? —Escuché la voz de Mateo.

Tomé otro sorbo de whisky y me quedé mirando la ventana antes de dejar el vaso sobre la mesa y girar el cuerpo para mirar a mi hermano.

—No estoy enfadada, estoy cabreada. —Tomé aire e inspiré para frenar el impulso de coger el vaso y estrellarlo contra la pared. Siempre he sido un hombre muy estable, y saber afrontar cualquier situación me hacía tan temido.

—¿Qué vas a hacer ahora?

—¿Están buscando a la chica en Roma? —Respondí a mi hermano con otra pregunta.

—Tal y como pediste, pero todo el mundo tiene curiosidad por saber si la boda seguirá adelante y cómo será nuestra relación con los Barbosa después de lo que te hizo su hija. Fue una gran afrenta.

—Sí, una gran transgresión. —Volví a coger el vaso de whisky y bebí otro sorbo. Tenía la garganta seca y ni siquiera el aguijón del alcohol me ayudaba. Debería haber utilizado hasta la última gota de mi cuerpo para mantener el control.

—Algunos esperan una guerra", continuó Mateo. No se había dado cuenta de que yo no quería hablar.

—Podría empezar una guerra. —Lancé el vaso contra la pared, resoplando.

—¿Y no lo harás?

—La tonta no tiene ni idea de lo que ha hecho.

—Desde luego que no. —Mateo se rió. —Hay que ser muy ingenuo para no tener ni idea del reguero de cadáveres que dejaría tras de sí una huida así.

—Ahora mismo tengo dos opciones, hermano. Crear este reguero de cadáveres y derramar mucha sangre, incluida la nuestra, o ir tras ella y resolver esta situación.

—No debería ser tan difícil encontrarla. Al fin y al cabo, una chica que ha pasado media vida en un convento, sola y sin recursos, no puede llegar muy lejos.

—Eso es lo que espero... Que registren cada rincón de Roma, cada callejón. Incluso bajo las alcantarillas si es necesario. Envía una alerta a todos los líderes de las bandas. Uno de ellos debe haber visto a una novia fugitiva. Si ha ido más allá de los límites de la ciudad, puede haber tenido ayuda y quiero saber de quién.

Me sorprendió el sonido de mi teléfono móvil vibrando en mi bolsillo. No estaba de humor para charlar en ese momento, pero esperaba noticias de mi prometida. Lo saco del bolsillo y contesto.

—¿Quién es?

—Hola, Marco Bellucci", dijo una voz libertina al otro lado de la línea.

—Señor Bellucci", corregí en tono autoritario. No sabía quién era, pero odiaba la forma en que me hablaba.

—Bien, Sr. Bellucci. Supongo que no está teniendo el mejor de los días, desde que su bella y joven novia le dejó en el altar.

—¿Quién habla? Sólo te lo preguntaré una vez antes de encontrar la forma de rastrear la llamada y hacer que te maten.

—Soy Benjamin Costas, imagino que habrás oído hablar de mí. Afonso Barbosa y yo somos viejos conocidos.

—¿Por qué me llamas? ¿Cómo has conseguido mi móvil?

—No es el único con contactos, Sr. Bellucci.

—Supongo que nunca has oído que el enemigo de mi aliado es también mi enemigo.

—Sí. Incluso lamento que haga honor a ese dicho con tanta fuerza. Sin embargo, el acuerdo con los Barbosa no parece valer tanto, ya que Laís lo dejó en el altar.

—¿Adónde quieres llegar?

—¿Qué pasará si no hay boda?

—Es sólo una niña.

—Pero es el vínculo entre las dos familias, ¿no?

—Aléjate de ella", dijo con voz firme pero serena.

—Como tú mismo has dicho, es sólo una niña. ¿Por qué deberías preocuparte por ella? Podemos ser grandes aliados, Marco. Si quieres una esposa, puedo encontrar otra portuguesa obediente que no te irrite.

—¿Eso es todo?

—Buenas noches, querida. —Colgó, pero su risa resonó en mi cabeza durante unos segundos.

—¡Maldito hijo de puta!

—¿Quién era, Marco? —Mi hermano cerró la puerta y se acercó.

—Benjamin Costas.

—¿Qué quería?

—Recuerdo la fragilidad de nuestra relación con los Barbosa, ahora que Laís me ha dejado en el altar.

—¡Qué gilipollas!

—Irán a por Laís y la matarán.

—¿Ha dicho eso? —Los ojos verdes de mi hermano se abrieron de par en par.

—No lo dijo explícitamente, pero hizo hincapié en lo mucho más ventajoso que sería hacer negocios con ellos. Incluso me ofreció una esposa obediente. Si sacan a Laís de la ecuación, pueden apoderarse del puerto y aliarse con nosotros.

—No tenemos mucho que perder, ya que podremos seguir trayendo nuestro contrabando a

través de Portugal.

—Sólo nuestra palabra y un acuerdo firmado hace diez años.

—¿Y qué piensas hacer?

—Ve a por la chica imbécil antes de que los Costas le metan una bala en la cabeza.

—Espero que seamos los primeros en encontrarlo.

—Por el bien de la niña, espero que sí. —Me rasqué la barbilla pensativo.

Estaba furioso y mi primer pensamiento fue dejar que los Costas se deshicieran de él. Sería un problema menos para mí, pero tendría que esperar a que estallara una guerra sangrienta en Portugal para volver a tener acceso al puerto. Eso podría poner en peligro mi negocio, pero no por mucho tiempo. Sin embargo, había honor entre los bandidos. No podía dar la espalda a un acuerdo de diez años sin esperar que en algún momento me ocurriera lo mismo. Éramos el eslabón más fuerte de aquella cadena, pero para mantenerlo así, necesitaba seguir contando con mis aliados.

—¿Vamos a la discoteca? Puedes distraerte con una de las bailarinas...

—Hoy no estoy de humor para una puta", interrumpí a mi hermano.

—Bien, te dejaré solo. Si me necesitas...

—Llamaré.

Mateo asintió y salió de mi despacho.

Me acerqué a la ventana y apoyé las manos abiertas en el cristal mientras contemplaba la fuente y el jardín del patio central de la mansión.

Ya tenía un montón de problemas con los que lidiar, pero tenía que correr contrarreloj para encontrar a una novia fugitiva antes de que el tonto fuera capturado y asesinado por una familia rival. Odiaba tener un punto débil y Laís se convirtió en el mío antes incluso de casarnos.



MAFIA BELLUCCI - LIBRO I

LAIS

Capítulo once

Me estiré en la cama mientras sentía los cálidos rayos del sol que entraban por la ventana de la habitación del hotel. A pesar de todos mis temores, había dormido tan bien como siempre. Me sentía renovada.

—¡Buenos días, sol! —Me levanté de la cama y la abrí, inhalando profundamente el olor de la mañana. Lo acompañaba el aroma de una panadería. Imaginé que había una no muy lejos de allí. Con el dinero que tenía de la venta del anillo, podría tomarme un buen desayuno.

Entré en el cuarto de baño, bien iluminado y ventilado. Me eché agua en la cara y me miré en el espejo. Tenía los ojos muy hundidos y el pelo bastante revuelto. Una buena noche de sueño no iba a compensar todas las demás de la última semana, pero sería el primer paso.

Me até el pelo con la goma elástica que sujetaba dos jabones y me lo aclaré con agua. También tendría que comprarme un cepillo de dientes y ropa nueva.

Sabía mucho de historia, sobre todo de Italia y del cristianismo, así como otras informaciones que me habían transmitido en el convento. Imaginaba que esto me permitiría encontrar un trabajo, ya que el dinero de las joyas no duraría mucho y necesitaría conseguir más.

—Está ahí dentro. —El silencio me hizo oír una voz en el pasillo. —Llegó ayer y no tiene papeles. Vi que tenía mucho dinero, así que pensé que podría ser una fugitiva de la policía. —La voz femenina me recordó a la recepcionista que me había visto la noche anterior.

¿Me había denunciado a la policía?

No podrían detenerme, no podría explicar lo que me estaba ocurriendo y, sin duda, volvería a estar en manos de aquellos de los que intentaba escapar.

—¡Señorita! —Una voz masculina llamó a la puerta.

No contesté. Cogí mi bolso de la mesilla de noche y corrí hacia la ventana. Estaba en el segundo piso, pero no sabía si sería capaz de saltar sin hacerme mucho daño, pero no tenía elección.

Miré hacia la calle y me subí al alféizar. Allí abajo había bastante tráfico y vi un camión que se acercaba en el horizonte. Esperaba haber calculado bien el salto, porque salté en cuanto oí que se abría. Corría un riesgo muy alto de estrellarme contra el suelo y que el camión me pasara por encima.

Cerré los ojos y sentí el impacto. Mis manos chocaron contra la superficie metálica de la carrocería. Las palmas me ardían, señal de que habían recibido gran parte del impacto, pero también tenía los brazos y los hombros entumecidos.

Giré la cabeza y vi a los policías, junto con la recepcionista, aparecer por la ventana de la habitación en la que acababa de estar. Me miraron fijamente, pero no se arriesgaron a venir a por mí. Imaginé que la acción que había emprendido había sido una locura.

Intenté levantarme, pero el camión empezó a moverse y me quedé sin equilibrio. Había sido duro caer sobre el camión y aún lo sería más bajar.

Me agarré a las ranuras del metal, haciendo todo lo posible por no salir rodando, y me dejé llevar por el improvisado transporte. Dobló una esquina y luego otra, pero pronto empecé a oír el

sonido de las sirenas de los coches de policía. Me perseguían, no necesitaba ser un gran genio para saberlo con certeza.

Ya estaba huyendo de la mafia, tampoco necesitaba problemas con la policía. Sin embargo, no creía que fuera probable que simplemente hablara con ellos. No tenía papeles, no era nadie. Me iban a devolver a algún sitio o me iban a tener encerrado hasta que comprobaran mi historia, sólo sería cuestión de tiempo que aquellos de los que huía me encontraran.

El viento me despeinaba la cara, el corazón me latía deprisa y respiraba con dificultad. Pero la adrenalina seguía subiendo. Sentía en mi interior que necesitaba escapar si quería tener la oportunidad de una vida lejos de una jaula y en la cama de un monstruo.

El camión se acercó al bordillo y se detuvo. A lo lejos, vi acercarse el vehículo de la policía. No tuve más remedio que correr.

Miré la acera, era alta, pero no había escaleras, tenía que saltar. Salté con toda la adrenalina corriendo por mi sangre, sintiendo el impacto mientras mis rodillas se doblaban para evitar que rodara. Cuando mi cuerpo se enfrió, estaba segura de que sentiría mucho más dolor en las articulaciones.

Miré al coche de policía, que se acercaba cada vez más, y salí corriendo. Entré en una tienda de ropa y seguí corriendo. Uno de los guardias de seguridad me vio y vino a por mí, así que tuve que esquivarle, pasando por detrás de unos pasillos de ropa.

—¡Tienes que salir de la tienda!

No respondí. Eso era lo que pretendía hacer, pero no por la misma puerta por la que había entrado. Vi otra salida al otro lado y me dirigí hacia ella. Un tipo que estaba en la puerta intentó interceptarme, pero acabó dejándome marchar cuando se dio cuenta de que no estaba robando nada.

Tomé otra calle y seguí corriendo. Choqué con una mujer llena de bolsas que se peleó conmigo, pero no me detuve a ayudarla a recogerlas.

—¡Mira por dónde vas!

—¡Lo siento! —grité sin dejar de correr.

Gasté hasta la última gota de mi aliento corriendo y corriendo, porque mi vida realmente dependía de ello. Cuando ya no pude más, me apoyé en una pared junto a lo que parecía un cajero automático y respiré hondo. Me dolía el diafragma, al igual que las rodillas.

Necesitaba parar, descansar un rato, pero no podía.

Volví corriendo hasta que me detuve delante de un enorme centro comercial. Era un centro comercial enorme y pensé que allí sería mucho más difícil que me pillara la policía, además necesitaba comprar ropa nueva.

Cuando atravesé las puertas automáticas, me pasé la mano por el pelo revuelto e intenté parecer mínimamente presentable. Lo único que me faltaba era que volvieran a llamar a la policía.

En la primera tienda a mi derecha, veo un maniquí con ropa de playa, un enorme sombrero blanco y gafas de sol. Pensé en comprar el sombrero, pero podría acabar llamando aún más la atención, pero las gafas de sol podían venirme bien.

—Hola. —Me acerqué a la dependienta.

—¿Sí? —Me miró e hizo una expresión de desprecio.

—Quiero esas gafas, por favor.

—Son cien euros.

—Está bien. —Abrí mi bolso y saqué el dinero, haciendo que ella abriera los ojos y me prestara atención. —¿Sólo tienes ropa de playa o también algo más informal?

—Venga a la tienda. Puedo mostrarle otros modelos.

—Gracias, señor.

La seguí a la tienda y la dependienta me mostró varias prendas, desde informales hasta de fiesta.

Me compré dos vestidos y zapatos, porque los que llevaba estaban muy gastados por la carrera desenfrenada. Si iba a seguir a ese ritmo, tendría que buscarme unas zapatillas de correr que me ahorraran articulaciones.

Luego fui al patio de comidas y me cambié en uno de los cubículos de los aseos públicos. Imaginé que con otra ropa sería más difícil que me encontrara la policía, que probablemente seguía buscándome.

Necesitaba encontrar un sitio donde ducharme. Preferiblemente uno que no me pidiera la documentación ni me preguntara quién era, y mucho menos que llamara a la policía.

Cuando huí de mi matrimonio por un impulso, no me di cuenta de lo difícil que sería seguir siendo libre. Era como si todo el mundo quisiera que volviera a ser esa mujer a la que le decían lo que tenía que hacer y lo que no.

En el convento me dijeron mucho que siempre debía obedecer y servir. Ir en contra de esto podría ser mucho más complejo de lo que imaginaba.


MAFIA BELLUCCI - LIBRO I
MARCO

Capítulo doce

—¿Se ha distribuido ya por las calles el cargamento que llegó de Bolivia? —le pregunté al hombre que estaba de pie frente a mí y me miraba fijamente con expresión firme.

—Sí, señor. Ya está siendo comercializado por nuestros hombres en toda Roma.

—Estupendo.

—Eso no es lo que me preocupa.

—¿Y entonces?

—El territorio romaní se expande.

—¿Cómo que *territorio gitano*? —Fruncí el ceño y apreté los dientes.

El hombre que tenía delante dio un paso atrás, apoyando la espalda contra el respaldo de la silla. Siempre había sido un león y no era bueno provocarme. Además, no estaba en mi mejor día. Mi prometida no sólo me había provocado un gran dolor de cabeza, sino también una guerra fría con los Costas.

—Toda Roma es territorio Bellucci", subrayé, recordándole quién mandaba allí.

—Sí, señor, pero son una plaga. Comercian con armas y drogas delante de nuestras narices y creen que se saldrán con la suya.

Me fijé en un mosquito que volaba entre los dos. Había estado en mi despacho desde el momento en que el hombre había entrado, pero en ese instante le presté atención. Moví la mano y lo atrapé, aplastándolo entre los dedos.

—¿Sabes lo que hacemos con las plagas, Martino? —Abrí la mano, mostrando el mosquito aplastado cuando él no dijo nada. —Las eliminamos. Busca un buen *pesticida* y recuérdales quién manda en Roma y en toda Italia.

—Sí, señor. —Sacudió la cabeza varias veces de forma molesta.

Oí que llamaban a la puerta y entró mi hermano pequeño, Mateo.

—¿Qué le pasa? —Cogí un pañuelo y me quedé mirándole mientras me limpiaba la mano.

—¿Tienes un minuto para hablar? Tengo algunas noticias.

—Vete, Martino. Continuaremos esta conversación más tarde. Habla con Theo sobre el problema con los gitanos, mi hermano sabrá qué hacer.

El hombre de mediana edad y pelo gris asintió, hizo una breve reverencia y salió de la habitación.

Mateo cerró la puerta en cuanto el hombre salió de la habitación y se acercó a mí. Se pasó la mano por el pelo corto y oscuro, sacó la silla que antes ocupaba Martino y se sentó en ella. Mi relación con mis hermanos siempre fue muy buena. Podía decir tranquilamente que contaba con su ayuda para dirigir el imperio y que sería mucho más difícil si no los tuviera a mi lado. Mi madre siempre me decía que la familia lo era todo, y esa era una de las pocas cosas en las que estaba de acuerdo con ella al cien por cien.

—¿Qué tienes? —Me llevé la mano al cuello y me aflojé la corbata. Estaba tenso y la tela apretada empezaba a molestarme.

—Utilicé nuestros contactos en la policía para buscarla en las cámaras de la ciudad. Conseguí

todas las imágenes de las cámaras públicas de las últimas veinticuatro horas. Nunca imaginé que utilizaríamos a nuestro equipo informático y el mejor software de reconocimiento facial para encontrar a una novia a la fuga.

—Ve al grano, Mateo.

A mi hermano siempre le han gustado los temas relacionados con la informática y la computación. A menudo era casi imposible contener su entusiasmo por estos temas. A los 30 años, seguía siendo como un niño pequeño entusiasmado con un juguete nuevo.

—Ya no está en Roma. Tomó un tren a Milán.

—¿Qué? —golpeé la mesa con las manos. Admito que ya no era capaz de mantener el control de la situación, porque odiaba que me desafiaran. —Explícame cómo una mujer se subió a un tren para salir de Roma vestida de novia y sin dinero.

—Tuvo ayuda, porque en cámara lleva otro vestido.

—¿De quién, cómo?

—Aún no lo sé. Seguimos buscando pistas en Roma, pero quien haya sido no querrá decirlo.

—Quiero que interrogues a todos los que tuvieron contacto con ella en el convento. Alguien debe saber algo.

—Ya lo he hecho. Nadie sabe nada.

Resoplé.

—¿Quieres que vaya a Milán? Te llevaré por el pelo.

—No.

Arqueó las cejas, sorprendido por mi respuesta.

—¿Vas a dejarla allí? Si muere a manos de los portugueses, será por su culpa.

—No, me voy a Milán. Tú y Theo vigilen todo aquí. La chica es mi problema y me ocuparé de ella yo mismo. Quiero la ayuda de algunos de tus hombres, los mejores y más discretos, para localizarla.

—Como quieras. —Asintió con la cabeza. Mateo me conocía bien. Había cosas que me gustaba hacer con mis propias manos.

—Tenlo todo preparado. Salgo en dos horas.

—Bien.

—Martino tiene problemas con los gitanos. Envíales un mensaje. Hazles recordar quién manda en Roma. —Me levanté de la silla y salí del despacho, dejando solo a mi hermano.

Crucé el enorme pasillo y subí una escalera que conducía a las habitaciones del tercer piso.

Entré en mi suite, me quité la americana, me despojé de la camisa de vestir y los pantalones. Me puse unos vaqueros, un polo y una cazadora de cuero.

Se moría de ganas de ponerle las manos encima a esa chica. Debía de ser muy ingenua para no darse cuenta del enorme problema que había causado no sólo a sí misma, sino a todos los que dependían de aquel matrimonio.

Cogí las gafas de sol de la cómoda y me dirigí a la caja fuerte del fondo del armario. Saqué unos cuantos fajos de euros y dólares, una pistola automática y varios cargadores de balas. Esperaba no tener que salir disparando para recuperar a mi prometida, pero tenía que estar preparado para cualquier cosa.

Puse la pistola en mi funda junto con la otra que ya estaba allí. Cogí un chaleco antibalas y el cargador del móvil y salí de la habitación.

—Marco. —Me sorprendió mi madre en el pasillo.

—No tengo tiempo para hablar ahora. —Fui dura. La verdad era que no quería que charlasen conmigo. Me dolía la cabeza. Estaba irritado.

En el fondo, esperaba encontrar un Costas. No estaría mal descargar un cargador de balas en uno de ellos.

—¿Adónde vas?

—A Milán.

—¿Algún asunto importante?

—Mi estúpida prometida fugitiva acabó allí.

—¿Cómo? —Ensanchó sus ojos verdes.

—Eso es lo que quiero averiguar. Ahora tengo que irme.

—Marco. —Mi madre me agarró de la muñeca, impidiéndome continuar por el pasillo y enfrentarme a ella. —No la mates. Es joven y está asustada. No sabe lo que hace.

—La traeré aquí, pero espero que no me cause más problemas.

La verdad es que, a pesar de toda mi rabia, no iba a matar a la chica. Si esa era mi intención, dejaría que los Costas se ensuciaran las manos en su lugar.

—Ahora tengo que irme. —Quité la mano de mi madre de mi brazo y continué bajando las escaleras.

Cuando llegué a la habitación, ya me esperaban los hombres que mi hermano había asignado para acompañarme, junto con otros tres que garantizarían mi seguridad. Por arriesgado que fuera, más me valía no movilizar un ejército para Milán, o acabaría llamando demasiado la atención.

—Vámonos. —Les hice un gesto para que me siguieran.

Bajamos al garaje. En cuanto entramos en el amplio espacio donde guardábamos los coches de la familia, los sensores encendieron inmediatamente las luces.

Me acerqué a mi Venon negro. Mientras mis hermanos presumían de sus Ferraris, este era mi favorito, no solo por su diseño, sino por la velocidad que podía alcanzar. Era un auténtico avión sin alas.

—Sandro, tú vienes conmigo. —Señalé a uno de ellos, que asintió. —El resto seguid en los todoterrenos. Quiero llegar a Milán lo antes posible.

—Sí, Sr. Bellucci

Abrí la puerta del coche y me senté en el asiento del conductor. Tanteé el volante, sintiendo su textura antes de rodearlo con los dedos. Aparté la mano derecha para arrancar el coche y salir marcha atrás del garaje.

De camino a Milán, sólo pensaba en solucionarlo todo lo antes posible, pero pensar que no me causaría más problemas era subestimar a Laís. Por muy ingenua e inofensiva que pareciera, podía causarme otro dolor de cabeza.



MAFIA BELLUCCI - LIBRO I

LAIS

Capítulo trece

Mi idea de entrar en el centro comercial fue buena, ya que conseguí despistar a la policía. Sin embargo, aún necesitaba encontrar un lugar donde dormir y comer sin que me hicieran preguntas. Algo dentro de mí me decía que tenía que salir de aquella ciudad. Todavía estaba en Italia y podían encontrarme los que me buscaban, pero estaba demasiado cansado para pensar en un lugar al que ir.

Me dolían mucho las rodillas y me palpitaba la cabeza. Necesitaba descansar. Por suerte, tenía el estómago lleno, pues había comprado algo de comer en el patio de comidas de la galería.

Con las maletas en la mano, volví a bajar a la calle. Vi varios hoteles mientras caminaba, pero me imaginaba que alguno de ellos me pediría la documentación y el miedo a que volvieran a llamar a la policía era muy grande.

Me di cuenta de que sin papeles no era tan libre, porque no podía ir a donde quisiera ni como quisiera. La verdad, que cada vez estaba más clara, era que siempre estaría huyendo y escondiéndome.

¿Cómo iba a conseguir un trabajo decente y llevar una vida si siempre tenía que esconderme?

Oí el ruido de una moto que me adelantaba y apenas tuve tiempo de reaccionar antes de que el motorista me arrebatara la bolsa.

—¡Suéltame! —Me agarré al asa con todas mis fuerzas, pero era muy difícil hacerlo con las otras bolsas que llevaba.

Aceleró y arrastró la bolsa. Tiré de ella hacia atrás, no podía dejar que se la llevara. Todo lo que tenía eran esas joyas y el dinero de la venta del anillo. Sin identidad no podía conseguir nada más.

Me agarré con fuerza y notaba que el cuero de la correa me hacía daño en los dedos, pero no podía soltarla. Tenía que aferrarme a ella lo más fuerte posible, porque no sabía qué iba a hacer sin ella.

El conductor de la moto me dio una patada en el estómago y me quitó la bolsa de un fuerte tirón. Caí sentado en el suelo de piedra mientras la correa se rompía. Me quedé sujetándola mientras la moto se alejaba a toda velocidad con todo lo que tenía.

El shock fue tan grande que no se me ocurrió gritar ni llorar. La verdad era que no sabía nada del mundo y vivir sola y sin protección podía ser mucho más difícil de lo que había imaginado.

—Pobrecita. —Vi que una mujer se paraba delante de mí y me tendía la mano. —¿Se encuentra bien?

Moví la cabeza en sentido negativo mientras las lágrimas se acumulaban en mi rostro. Quería llorar, la desesperación era demasiado grande, pero era como si acabaran de acumularse en mis ojos.

—Él... él... —Tuve hipo. No sabía si era miedo o cansancio, pero no podía hablar.

—Te han robado.

—Sí.

—Llamaré a la policía.

—No, por favor, la policía no. —Me levanté tambaleándome y di unos pasos hacia atrás.

—Pueden ayudar.

—No, no lo hice. —Huí de la mujer sin que tuviera oportunidad de decir nada más.

Tenía mucho miedo de la policía, miedo de todo. No sabía en quién confiar y, sin dinero, no tenía adónde ir.

Empecé a correr de nuevo. Lo único que tenía en las manos era una bolsa de papel con el vestido viejo, que se me cayó al chocar con alguien.

Seguí el flujo de gente y crucé la calle hasta que vi la verja verde de un enorme parque. Vi un arco maravilloso, blanco con soldados, un arco del triunfo. Incapaz de pensar con claridad, entré con la esperanza de que los árboles me hicieran pensar mejor.

Siempre me han gustado los jardines. El verde y las plantas me armonizaban y me daban paz, incluso los días en que tenía pesadillas. Cuando las hermanas me asignaban tareas en el convento, siempre pedía ocuparme de las plantas.

Esperaba que al menos no hubiera nadie allí que quisiera llamar a la policía.

Pensaba que estaba sola en el convento, pero tal como estaba ahora, era mucho peor que cualquier amistad efímera que hubiera entablado con las novicias.

Cuando huí, pensé que una vida libre sería más agradable que la que me esperaba en el altar. *¿Podría haberme equivocado?*

Seguí el camino de piedra a través de la hierba verde y me senté en un banco de hierro. Con las manos vacías, me miré los dedos. Había un corte y sangre seca y la piel estaba enrojecida en la zona.

Las circunstancias estaban demostrando que la vida fuera del convento no era nada fácil. Afortunadamente, aún no tenía hambre y el sol de la tarde me calentaba los hombros. Sería mucho más difícil cuando oscureciera y hiciera frío.


MAFIA BELLUCCI - LIBRO I
MARCO

Capítulo catorce

Aparqué el coche delante de un hotel de Milán que pertenecía a mi familia. Había muchos hoteles, restaurantes, viñedos y otros negocios por toda Europa que servían para blanquear el dinero sucio de la mafia. Los hoteles de ese tipo siempre tenían un cupo de habitaciones que eran alquiladas por huéspedes fantasmas a los que se pagaba con dinero sucio.

Entregué la llave al aparcacoches y fui a recepción.

—Buenas tardes, quisiera la llave de la suite presidencial.

—Ah, sí... —La recepcionista estaba distraída leyendo algo en la pantalla de su ordenador, pero se sobresaltó cuando levantó la cabeza y me vio de pie mirándola fijamente. —Sr. Bellucci.

—La clave.

—Sí, un momento. —Buscó una tarjeta bajo el mostrador y me la dio.

—Que tenga una buena estancia.

—Gracias, señor.

Mis hombres y yo íbamos a la suite más grande del hotel. Siempre estaba vacía, pero la utilizábamos cuando necesitábamos ir a la ciudad para resolver algo.

No dije ni una palabra hasta que abrí la puerta y nos reunimos en el salón. Los hombres me miraron fijamente y señalé la enorme mesa con capacidad para diez comensales.

—Quiero que uses el mismo software de reconocimiento facial para tratar de identificarla. No quiero perder mucho tiempo aquí, así que cuanto antes la encontremos, mejor.

Los responsables de informática, a los que había enviado mi hermano, sacaron sus portátiles de las mochilas y se sentaron a la mesa.

Mientras esperaba, fui al minibar de la habitación, que siempre estaba abastecido, y cogí una botella de agua fría. Aún era primavera, pero el calor no tenía nada que envidiar al verano, quizá porque odiaba tanto este tiempo. Prefería el invierno, donde no sudaba tanto, la ropa no me molestaba y los días eran más cortos.

Caminé por la habitación hasta que encontré el mando del aire acondicionado para reducir la temperatura de la habitación. Luego me acerqué a la ventana y, sorbiendo mi agua, observé a la gente que pasaba por *Via Monte Napoleone.* Muchos llevaban innumerables bolsas. Milán era una ciudad conocida mundialmente como distrito de la moda y la gente venía de todo el mundo a gastarse miles de euros en compras.

Sentí vibrar mi móvil en el bolsillo y lo saqué. Miré el nombre en la pantalla y me lo acerqué a la oreja cuando contesté.

—¿Theo?

—Mateo dijo que fuiste a Milán a buscar a la novia fugitiva.

—Sí. Estoy en *Monte Bello* esperando que la encuentren con ese software de reconocimiento facial.

—Al menos los miles de euros que nuestro hermano se gastó en el mercado negro para comprarlo valían algo.

—Como aún no la conozco, no puedo asegurarlo.

—Sólo quiero saber cómo acabó en Milán.

—Todavía tenemos mucho que averiguar cuando ponga mis manos en esta chica.

—Al menos lo harás antes que los Costas. Hablando de ellos, ¿has tenido alguna señal de esos bastardos?

—No desde su llamada.

—A veces sólo querían ladrar un poco.

—Menospreciamos a una tonta que creció en un convento y mira lo que pasó. Llevamos demasiado tiempo en este ambiente como para no preocuparnos por nuestros enemigos, hermano.

—Tienes toda la razón. Espero que la encuentres pronto y vuelvas a casa rápidamente.

—¿Ocurre algo? —Mi voz se puso tensa al pensar en las miles de cosas que podrían ocurrir lejos de mi presencia.

—Lo de siempre, pero no te preocupes. Puedo guardarte algunas bombas.

—¿Sigues lidiando con ese problema?

—Lo hago todo el tiempo, hermano. Pero hasta ahora, no tengo ninguna noticia. Me aseguraré de mantenerte informado si averiguo algo.

—Gracias, señor.

—Si me necesitas, puedes llamarme.

—De acuerdo. Hasta luego, Theo.

Habían pasado poco más de diez años desde la muerte de mi padre. Después estalló una guerra en Roma, pero no pudimos encontrar al culpable. Para nosotros, la familia lo era todo y la sangre de los nuestros siempre se pagaba con más sangre.

Theo había sido el primero en ver muerto a nuestro padre y había jurado bajo el cadáver que haría pagar al culpable.

—¿Señor? —Oí una llamada y giré la cabeza.

—¿Sí? —Volví a guardarme el móvil en el bolsillo del pantalón y me acerqué a la mesa.

—Me llevó un tiempo piratear las cámaras, pero la encontré en las grabaciones del tráfico cerca de la estación de tren.

—¿Cuándo?

—Ayer por la tarde.

—Ha pasado mucho tiempo. —resoplé.

—Sigo buscando.

—¡Mira más rápido! Es sólo una mujer sin dinero y sin recursos. No puede haber llegado muy lejos.

Me terminé el agua y aplasté la botella, tirándola contra una esquina de la habitación.

¿Dónde estás, Laís?

Volví a la ventana. Decidí no ponerme encima de los hombres. Tenían trabajo que hacer y yo resoplando en sus cuellos no ayudaría.

Volví a sacar el teléfono del bolsillo y llamé a un viejo conocido, era hora de empezar a pedir favores.

Apoyé la cabeza en el marco de la ventana y esperé a que respondieran a la llamada. Hacía

mucho tiempo que no hablaba con ella y no sabía cómo sería recibida, ya que no habíamos llegado muy lejos.

—Los vivos siempre se muestran, ¿verdad, Marco? —La angelical voz femenina no reveló la serpiente venenosa que era.

Donatella Rossi era una figura importante de la sociedad italiana. Siempre implicada en grandes eventos benéficos y vinícolas, enmascaraba los verdaderos negocios delictivos de su familia. Los dos éramos viejos conocidos y no nos habíamos involucrado sólo por negocios. La aventura que tuve con ella fue sin duda uno de mis mayores remordimientos.

—¿Qué tal?

—¿Ser amable? —Se rió. —¿Seguro que es el mismo Marco Bellucci que me llamó?

—Intento ser amable.

—Quiero saber por qué, porque la última vez que hablamos, me llamaste zorra venenosa.

—Llamar fue una mala idea.

—Imagino que quieres mi consuelo después de haber sido abandonada en el altar. Confieso que me reí cuando descubrí que hasta un tonto criado en un convento huyó de ti...

Desconecté la llamada.

Donatella y su familia habían dominado Milán durante años, y si alguien tenía el control de la policía y todos los recursos para encontrar una aguja en ese pajar, era ella. Sin embargo, la peor idea que podía tener era remover viejas heridas.

Volvió a llamar, pero no contesté. Hacerle saber a Donatella que Laís se había perdido en Milán sólo podía traerle más problemas. Los portugueses ya estaban intentando matar a la chica.

—¿Alguna señal de mi prometida? —Volví con los hombres.

—Todavía no, señor.

—Sé más rápido. Esté atento a las estaciones de tren, autobús o cualquier forma de salir de la ciudad. No puede salir de Milán.

—Sí, señor.

Me incliné sobre la mesa y los observé trabajar. El tiempo pasaba y con cada minuto lejos de mi protección, Laís corría aún más riesgos. Temía haber atraído aún más atención de la que ella necesitaba en aquel momento.

Donatella Rossi era una mujer hermosa, pero tras su pelo rojo y su sonrisa de hada escondía un veneno mortal. Me había liado con ella cuando hacía negocios con su familia. Nuestra relación duró menos de un año. Yo ya me había comprometido a casarme con Laís y no podía prometerle nada a Donatella, pero ella nunca lo llevó muy bien. Me hizo darme cuenta de lo vengativas que pueden llegar a ser las mujeres si no consiguen lo que quieren.

—La policía emitió una alerta por una mujer con sus características esta mañana. —La voz de uno de los técnicos me llamó la atención.

—¿Está detenida?

—Se escapó.

Eres más escurridiza de lo que pareces, chica. Me reí para mis adentros al pensar en cómo había esquivado ya a tanta gente y seguía allí sola en la calle.

—¿Sabes dónde está?

—No.

—¡Joder! —Golpeé la mesa con la mano.

Ya estaba oscureciendo y parecía que cuanto más tiempo pasaba perdida, más difícil era encontrarla.



MAFIA BELLUCCI - LIBRO I

LAIS

Capítulo quince

Sentada en el banco del parque, veía pasar a la gente, a los niños jugar, los picnics y los carritos de comida rápida que me dejaban el estómago dolorido. Me moría de hambre, pero sin una sola moneda no podía comprar nada para comer.

El sol se ocultó tras los árboles y el arco del triunfo, y con él, poco a poco, se fue el calor. Me abracé a mí misma mientras la brisa helada me hacía tiritar. Debería haberme comprado también una chaqueta para el frío antes de perder todo mi dinero, pero ya era demasiado tarde.

Poco a poco, el parque se fue vaciando y me di cuenta de que se acercaba la hora de cerrar. Debía marcharme, pero no tenía otro sitio adonde ir y algo me decía que aquel era el mejor lugar que podía encontrar para pasar la noche.

—Pronto cerraremos, señorita", dijo un hombre uniformado al pasar junto a mí y dirigirse por el camino empedrado para avisar a los demás.

Asentí con la cabeza como si lo hubiera entendido y fuera a marcharme. Me levanté del banco y seguí el camino hacia la salida, pero pasé de largo y me puse detrás de un árbol. Esperaría allí escondida el tiempo suficiente para que los responsables del parque no me encontraran. Esperaba que no salieran a registrar el lugar. Después de todo, ¿quién querría quedarse atrapado allí aparte de mí?

Atrapado...

Suspiré cuando la palabra no pudo sonar más irónica. No tenía adónde ir y prefería quedarme encerrada.

Me escondí detrás del árbol y esperé a que se disiparan los ruidos del parque. Por suerte, las luces no estaban apagadas y no estaba condenada a la oscuridad total. En cuanto creí que era seguro, salí de mi escondite y seguí el sendero entre los árboles hasta llegar a un hermoso lago.

Me detuve justo en medio de un puente de arquitectura antigua y me quedé mirando el agua, que se movía sin prisa. A diferencia de mí, tenía un destino y no tenía que preocuparse por nada.

Me sorprendí cuando un pájaro se posó en el guardarraíl y silbó, atrayendo mi atención.

—Buenas noches a ti también. —Risas. —La luna es preciosa, ¿verdad? —Levanté la cabeza, buscándola en el cielo como excusa para entablar conversación.

Me volví hacia el pájaro y creo que mi brusco movimiento lo espantó, porque salió volando.

—Parece que ser libre como tú no es tan fácil para los humanos. —Suspiré mientras apoyaba los codos en la barandilla del puente.

Las aves podían volar a cualquier parte. Tenían alas y podían vivir de pequeños insectos y hojas. Para ellos no existía el dinero, la policía, la mafia ni los miles de problemas que yo me había atraído. Era inevitable no preguntarse si mis padres habían imaginado que pasaría por todo eso cuando me entregaron para casarme con Marco Bellucci. Tenía recuerdos muy vagos de mi infancia, pero por lo que podía recordar, había sido feliz. Había vivido rodeada de muchos juguetes en una habitación de princesa. Si la memoria no me fallaba, tenía un hermano mayor, pero ni siquiera recordaba su cara.

¿No me echaban de menos?

Recordé la vez que le pregunté a sor María por su familia y me dijo que ella lo había dejado todo para seguir su voto, y que yo debía hacer lo mismo. Sin embargo, la diferencia entre nosotras dos era que ella había elegido la vida de monja, y yo apenas tenía edad para decir que no.

Aunque quería volar como un pájaro, estaba claro que no iba a ser tan sencillo. Tenía hambre, frío y sed, y no sabía adónde ir. Había oído hablar mucho de tener un destino, de que había cosas que teníamos que hacer independientemente de nuestra voluntad. Nunca me lo tomé muy en serio, tal vez por influencia de la novicia Felicia, que decía que era imposible que alguien determinara lo que cada uno de nosotros haría el resto de su vida. Yo empezaba a creer que sí.

Vi que se formaba una ola en el agua con un rayo que aumentaba de diámetro hasta desaparecer. A esta ola le siguieron varias más hasta que sentí que gotas de agua me golpeaban la parte superior de la cabeza y los brazos desnudos.

¡Lluvia! Justo lo que necesitaba...

Siempre me ha gustado la lluvia. Me encantaba la sensación del agua tocándome la cara, pero nada podía ser más irónico en aquel momento. No tenía dónde refugiarme, ni paraguas, ni ropa que ponerme después de mojarme.

Sentía venir las gotas con calma, pero cuando la tormenta se hacía intensa, corría por impulso. Mi cuerpo parecía acostumbrado a hacerlo. Miraba a un lado y a otro mientras las gotas de lluvia me nublaban la vista. Tardé un rato en encontrar refugio bajo la marquesina de un pequeño edificio, pero empezó a hacer viento, así que eso no solucionó gran cosa. Era de noche y estaba completamente empapado.

El aire cada vez más frío me hizo empezar a tiritar. Pasaba por mis brazos y mi cara como cuchillas afiladas que me dejaban la cara dolorida. La lluvia no cesó durante varios minutos, o tal vez horas, pues no tenía ni idea de qué hora era. El dobladillo de mi vestido ya estaba cargado de agua y la tela se me había pegado al cuerpo como si estuviera empapada de pegamento.

Me abracé con fuerza, esperando tontamente dejar de temblar. No funcionó, pero el frío me quitó el hambre.

Me froté las manos rápidamente, era lo mejor que podía hacer para no convertirme en un cubito de hielo con la baja temperatura.

Deseaba que dejara de llover, pero tampoco sabía qué iba a hacer para secarme. Quería que saliera pronto el sol, pero aún faltaban muchas horas.


MAFIA BELLUCCI - LIBRO I
MARCO

Capítulo dieciséis

Me quedé mirando el whisky que aún quedaba en el vaso como si fuera un espejo mágico que me permitiera ver más allá. Me había servido un chupito automáticamente, pero no me pareció prudente bebérmelo. Si tenía que marcharme en cualquier momento, necesitaba estar sobrio y en pleno control de mis facultades mentales.

En el fondo, me preocupaba haber cometido un error y haber atraído aún más atención innecesaria sobre Laís. En la posición en la que me encontraba, como líder y jefe de la mafia, los errores eran fatales e imperdonables. Sin embargo, me habían entrenado y había crecido para saber convertir la peor de las situaciones a mi favor.

Pensándolo bien, si ocurriera lo que realmente temía, podría no ser tan malo como parecía al principio.

Me levanté de la cama donde estaba sentada y volví al salón, donde estaban reunidos mis hombres. Me detuve a la cabecera de la mesa con las manos sobre la madera clara y los miré fijamente.

—¿Has encontrado a la chica?

—Todavía no, señor -dijo uno mientras tragaba saliva, aparentemente temeroso de mi reacción.

No podía decir que fuera un hombre cruel que castigaba indiscriminadamente, pero solía enfadarme mucho cuando las cosas no salían como esperaba. Cuando uno era el jefe, tenía que ser metódico, o todo podía salir mal en un abrir y cerrar de ojos.

El padre de Donatella siempre había sido un *capo* leal durante la administración de mi padre, pero cuando ella asumió el mando, me di cuenta de que era, como mínimo, inestable. No podía juzgarla, ya que necesitaba mucho equilibrio y determinación para no corromperse por completo al estar del lado del crimen. No había imaginado que pudiera ser tan voluble cuando nos involucramos por primera vez, pero poco a poco Donatella se fue mostrando y me di cuenta de que tenía que alejarme o me crearía enormes problemas a mí y al resto de la familia.

—Quieren que vigile a alguien. Le gusta presumir y llama tanto la atención como un pavo real. Podría ser mucho más fácil de rastrear: Donatella Rossi.

Los técnicos me miraron fijamente antes de volver los ojos a las pantallas de sus ordenadores. Los dejé con su trabajo y volví a la ventana. La lluvia caía con fuerza, como una típica tormenta de verano, y parecía que iba a durar toda la noche. Me gustaba el tiempo, no sólo porque refrescaba el caluroso día, sino también porque lo lavaba todo y traía consigo pruebas y pecados.

Necesitaba encontrar pronto a mi prometida y volver a Roma. No era que temiera las actitudes de mis hermanos, que siempre habían sido excelentes subjefes, sino por todos los problemas que Laís podía atraer para mí y para ella misma sin protección.



MAFIA BELLUCCI - LIBRO I

LAIS

Capítulo diecisiete

El jardín estaba tan florido y perfumado que me embriagó. Bajo el tacto de mis dedos podía sentir la textura de los pétalos aterciopelados. El sol calentaba y tocaba mi piel en un abrazo cálido y amistoso.

No sentía hambre ni sed. El viento que tocaba mi piel era sereno y raspaba mis oídos, como una dulce y delicada canción de hadas.

La paz era tan serena que parecía increíble. Nunca había vivido un momento así. Ni siquiera en mis mejores días en el convento.

¿Había muerto y encontrado el cielo?

Moví el cuerpo de repente y me golpeé la cabeza con una barra de metal. El dolor me hizo abrir los ojos. Lo primero que vi fueron las copas de los árboles y el amanecer. Me incorporé precipitadamente y me di cuenta de que me había quedado dormida en uno de los bancos del parque. Ya no llovía, pero mi vestido no se había secado y se me pegaba al cuerpo. Temblaba, pero debía de haberme acostumbrado al frío, ya que no me molestaba tanto. El hambre, en cambio, me hacía doler el estómago. No había comido nada desde el almuerzo del día anterior y no sabía cuándo volvería a hacerlo.

Volví a frotarme los brazos para que mi cuerpo pudiera concentrarse en sensaciones distintas del hambre y el frío. No veía ninguna salida inmediata, pero tenía que pensar en algo antes de morir de frío y desnutrición.

Tragué saliva, porque hasta mi saliva me indicaba la falta de agua en el cuerpo. Tampoco había bebido nada. Tal vez podría encontrar una fuente pública en el parque y esa idea me animó un poco.

—Está por allí. —Oí una voz masculina cuando decidí levantarme.

Giré la cabeza inmediatamente, en un instinto natural de buscar al dueño de la voz, y vi a un hombre a unos metros de distancia. Llevaba ropa negra y una pistola en la mano. No lo pensé mucho, por su postura y por el hecho de que no llevaba uniforme, supuse que era un miembro de la mafia que me perseguía. Me estarían buscando, eso no era ninguna sorpresa, pero una parte de mí fue lo suficientemente tonta como para creer que ya no corría peligro.

—Llévensela, viva o muerta. —La voz femenina, en tono furioso, no se parecía en nada a la de Antonella.

Me negué a esperar a ver quién era. Corrí en dirección contraria y seguí el camino de piedra hasta el puente sobre el lago. No me detuve a admirarlo, seguí corriendo. El sol asomaba poco a poco y con él llegaban los primeros rayos de luz.

Me di cuenta de que el parque ya estaba abierto cuando un hombre abrió de un tirón la enorme verja de hierro de una de las entradas. Se sorprendió al verme.

—¿Por dónde entró, señorita?

—Ah, por otra ordenanza —mentí.

—Se fue por ahí. ¡Adelante! —Oí la voz de uno de mis perseguidores y aceleré el paso. No tuve tiempo de entablar conversación con uno de los porteros.

Podría seguir corriendo por el parque y dar vueltas interminables, pero podría acabar atrapado, así que oí el sonido de un disparo, que pasó no muy lejos de mí, lo que me hizo cambiar de opinión.

Vivo o muerto...

Aquellas palabras resonaron en mi cabeza y me di cuenta del enorme riesgo que corría mi vida. Abandoné el parque y salí disparado por la acera que lo flanqueaba. Me arriesgué a mirar atrás y me di cuenta de que tres hombres venían hacia mí. Pistolas en mano, parecían dispuestos a matarme. ¿Era esto lo que me merecía por huir de mi boda? Eso parecía.

Oí otro disparo que impactó en una papelera de una farola cercana. Por reflejo, me protegí la cara con los brazos, pero seguí corriendo. Pasé junto a unas personas en una parada de autobús, que probablemente salían para el trabajo, y me di cuenta de lo cerca que les llevaba el peligro.

Crucé la carretera y un coche se detuvo a centímetros de mí. Oí el eco del claxon en mi cabeza, pero no me detuve.

Me metí en un callejón y me di cuenta de que los hombres habían venido a por mí. No había más gente, así que empezaron a disparar de nuevo y, por suerte, ninguna de las balas me alcanzó.

Seguí adelante, pero había corrido tanto en los últimos días que mis rodillas ya no podían más. Era seguro que no podría llegar muy lejos.

¿Acabaría muriendo así? ¿Habría sido mejor que casarme con Marco Bellucci? Nunca lo sabré.

Salí del callejón con el corazón casi saliéndose por la boca. Era un hecho, me iban a disparar, porque ya no podía correr más.

Salí a una carretera enorme y muy transitada. Exprimí hasta la última gota de energía para seguir avanzando.

Entonces vi un coche negro. Era deportivo, con la carrocería pegada al suelo y enormes ruedas. Hizo girar los neumáticos en una maniobra arriesgada y se detuvo delante de mí. La puerta del conductor se abrió hacia arriba como las alas de un murciélago y del coche salió un hombre con una pistola en la mano.

Habían pasado diez años desde que le vi, diez años desde que me condenó a cadena perpetua en un convento, pero aquel par de ojos azules eran inconfundibles. Algo en mi interior se estremeció. Era él: Marco Bellucci.

Me di la vuelta y vi a los hombres que me perseguían. Miraron a Marco y bajaron las armas, retrocediendo unos pasos. Yo sabía poco de aquel mundo, pero imaginaba que había una norma implícita de no amenazar al jefe.

Pensé en darme la vuelta y seguir corriendo, pero antes de que pudiera enviar ninguna orden a mi cuerpo para que siguiera moviéndose, me desplomé. De repente, mi visión se nubló, pero antes de perder el sentido, me di cuenta de que los brazos de Marco me rodeaban.

Me levantó antes de que me desplomara en el suelo y todo se volviera oscuro.


MAFIA BELLUCCI - LIBRO I
MARCO

Capítulo dieciocho

Tenía razón, los hombres de Donatella realmente fueron tras Laís. Donatella podía ser inestable, pero era muy astuta. Cuando la llamé, fue lo bastante lista como para unir los puntos y suponer lo que yo estaba haciendo en Milán. Con sus contactos, fue capaz de encontrar a Laís más rápido que yo o los Costas, y bastó seguirla para encontrar a quien yo buscaba.

Lo que no esperaba era que la chica estuviera tan débil. Tenía la ropa húmeda, el cuerpo frío y la piel pálida. Por su estado, era obvio que había aguantado la lluvia la noche anterior. ¿Qué podía haberla poseído para huir así y vivir como una indigente?

Paré el coche en el garaje y la llevé al ascensor. Caminé hasta el ascensor con ella en brazos. Era tan pequeña y ligera que sospeché que estaba desnutrida. Los hombres, que me habían seguido en otro coche, me acompañaron y volvimos a la suite. Uno de ellos se ofreció a llevar a Laís, pero yo me negué, manteniéndola en brazos.

La llevé al dormitorio y los hombres me abrieron todas las puertas. La tumbé en la cama y cerré la puerta que separaba la habitación del resto de la suite.

Fui al baño y cogí una bata. Me senté a un lado de la cama y le quité el vestido, que estaba sucio y roto por partes. También tenía los brazos y las rodillas raspados. Tenía morados por todas partes, desde los brazos hasta los muslos. Me pregunté qué habría hecho estos días para hacerse tanto daño.

Era increíblemente hermosa, más que en las fotos que Antonella le había enviado, pero tan delicada como una flor, parecía fácil de herir o romper.

Intenté no analizarla. Ya tendría tiempo para eso más tarde, sobre todo cuando me hubiera quitado de encima el olor a perro mojado de alguien a quien le ha llovido encima toda la noche.

Me pregunté si quitarle o no la ropa interior, pero también estaba mojada, así que se la quité. Iba a proporcionarle ropa limpia para que se la pusiera cuando se despertara. Después de desnudarla, la cubrí con la bata y la acomodé en la cama.

Estaba tan agotada que no se despertó. La dejé descansar y salí de la habitación. Al menos respiraba y eso era una buena señal.

Niña tonta", pensé mientras me detenía en la puerta del dormitorio y la miraba tumbada en la cama. Esperaba que no volviera a hacer otra estupidez como aquella, porque no solo estaba poniendo en peligro su vida, sino también la de todos los que la rodeaban.

Salí de la habitación y la dejé sola. Iba a esperar a que se despertara antes de tomar ninguna medida sobre lo ocurrido.

—¿Está bien, señor? —preguntó uno de mis socios.

—Por su bien, es mejor que se quede", dije sin mucho sentimentalismo.

Me alejé de él y me dirigí a uno de los balcones de la habitación, que me permitía observar la calle.

Me incliné sobre el guardarraíl y cogí el móvil. Marqué el número de mi hermano pequeño. Mateo no tardó en contestar. Levanté la cabeza y miré al cielo azul antes de que empezara a hablar.

—Marco, ¿alguna novedad?

—Sí, estoy con ella.

—Maravilloso. ¿Cómo está usted?

—Terrible. Parece como si hubieras pasado meses en la calle, no sólo un puñado de días.

—Definitivamente no estaba preparado para el mundo. ¿Cuándo vas a volver?

—Dentro de unas horas. Esperaré a que se despierte y coma algo. ¿Está todo bien ahí dentro?

—Sí, hemos enviado un mensaje a los gitanos: ya no serán un problema.

—¡Estupendo!

—Hasta luego, hermano.

—Nos vemos, Mateo.

—¡Déjenme entrar! —Una aguda voz femenina resonó en el pasillo seguida de firmes golpes en la puerta. —Marco, sé que estás ahí, cariño.

Los hombres no dijeron nada, se limitaron a mirarme, esperando una orden para saber cómo reaccionar. Mi actitud fue respuesta suficiente para ellos cuando abrí la puerta y salí al pasillo.

Donatella estaba apoyada contra la madera y yo la cogí por los hombros, apretándola contra la pared. Las pupilas de sus ojos color miel se dilataron, tiñendo el oro tan oscuro como su carácter.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté con voz firme y ella se estremeció, pero imagino que no fue por miedo.

—Sabes que me encanta que me abraces así. —Miró mis dedos hundidos en la piel desnuda de sus hombros y me dedicó una sonrisa perversa.

Aparté las manos y ella suspiró. Se alisó el pelo rojo sangre y se pasó la lengua por los labios, humedeciéndoselos.

No me gustaban los asesinatos injustificables. Normalmente provocaban deseos de venganza que sólo culminaban en más derramamiento de sangre, pero a veces incluso me lo cuestionaba.

—¿Está ella ahí? —estiró la cabeza para mirar dentro de la habitación.

—No la verás, Donatella.

—Es una pena que llegaras antes de que mis hombres pudieran arreglarla.

—Si le hubieras hecho daño, tendrías una guerra a las puertas que ahora no necesitas.

—No derramarías sangre por una mujer que aún no es tuya. —Donatella se puso de puntillas y rozó sus labios con los míos.

Le sujeté la cara, presionando su mandíbula con las yemas de los dedos.

—"Más fuerte", gimió, poniendo los ojos en blanco, como si yo hubiera hecho algo para que sintiera placer.

—Estás enferma. —La solté y Donatella se tambaleó hacia atrás.

—Sabes que me gusta duro. —Se rió mientras jugueteaba con su pelo. De lo que no se daba cuenta era de que su encanto ya no tenía ningún efecto sobre mí.

Podría decir sin temor a equivocarme que todos los miembros de la mafia estábamos perturbados hasta cierto punto. Crecimos en condiciones diferentes a las de la gente normal, vivíamos al margen y lidiábamos con la muerte desde una edad temprana, pero Donatella iba más allá. Le gustaba ser sumisa hasta el punto de hacerse daño, lo cual era irónico para una mujer en una posición de poder como la suya.

—Fuera de aquí.

—¿Todavía vas a casarte con ella después de haber sido abandonado en el altar?

—Me comprometí.

—Tu tonto honor te destruirá.

—Hay honor incluso entre ladrones.

Donatella negó con la cabeza.

—Será mejor que te vayas. —Señalé el ascensor.

Apretó los dientes y resopló como un toro. Estaba claro que seguía sin estar convencida de que cumpliría mi acuerdo casándome con otra mujer, y no con ella. La verdad era que, incluso sin el compromiso, nunca me casaría con Donatella. Era tan inestable como una cabeza nuclear. Todos mis compromisos e imprevistos gobernando una mafia italiana eran suficientes, no necesitaba una bomba de relojería en casa.

—Te aburrirá tan rápido que vendrás a pedirme diversión.

—¡Largo!

—No pasa nada. —Se pasó la mano por el pelo con aire de superioridad, echándoselo hacia atrás. —Sé que recuerdas mi número.

Entró rodando en el ascensor, atrayendo mi atención hacia su culo. Mi mente se llenó de imágenes de las innumerables veces que le había azotado el culo. Sacudí la cabeza para despejarlas. De hecho, era mucho peor en compañía de Donatella.



MÁFIA BELLUCCI - LIVRO I

LAÍS

Capítulo diecinueve

Me dolía todo el cuerpo, palpitaba y latía como si tuviera vida propia. La adrenalina había disminuido y podía sentir todo el agotamiento. Pasaron minutos interminables antes de que tuviera fuerzas y valor para abrir los ojos.

Lo último que recordaba era haberme desmayado en brazos de Marco Bellucci y no saber dónde podía despertar. *¿Qué me había hecho?* Seguramente debía de estar furioso porque le había abandonado en el altar, pero si me dolía tanto el cuerpo, aún debía de estar viva.

Por fin abrí los ojos. Me pesaban los párpados y la luz que entraba por la ventana era intensa. Cuando por fin pude ver algo, vi un techo muy hermoso, adornado con ornamentos dorados que se parecían a los acabados que había visto en el interior del Vaticano.

Imaginaba que en el cielo no sentiríamos ningún dolor, pero podía equivocarme, porque el lugar era demasiado sofisticado y confortable para ser el infierno. Me moví en la cama y me fijé en la suavísima tela de rizo que me envolvía. Era una bata blanca y me di cuenta de que no llevaba nada más debajo. Mis mejillas se sonrojaron al pensar en las innumerables circunstancias que me habían llevado a estar así.

Me senté en la cama y me golpeé la espalda contra el cabecero. Resollé suavemente por el dolor acumulado. Las prisas, todas las caídas y los moratones parecían estar pasándome factura. Me abracé en posición fetal mientras observaba mi entorno. Había pesadas cortinas de color crema en las ventanas, una mesilla a cada lado de la cama y una pequeña mesa redonda en una esquina que contenía un hermoso arreglo de rosas de té. Vi un par de puertas, una perteneciente a un cuarto de baño, ya que estaba entreabierta, y la otra imaginé que conducía a la salida.

Me levanté y pensé en correr, pero estaba tan agotada que me tambaleé y caí sobre la cama.

Definitivamente no pude llegar muy lejos.

La puerta cerrada se movió. Me levanté, buscando algo que ponerme con la tonta esperanza de poder defenderme de quienquiera que fuese.

Entonces entró en la habitación y se me cortó la respiración, como si su presencia me hubiera robado todo el aire. Marco parecía aún más imponente de lo que lo recordaba de niño. Era alto, con la espalda y los hombros anchos, el pelo oscuro pulcramente despeinado y sus ojos azules... aquellos parecían tener todo el poder para congelarme.

—Se despertó. —Su voz era totalmente acorde con su aspecto. Altiva, imponente, lo que hizo que me temblaran aún más las piernas y decidiera sentarme en la cama.

Caminó hacia mí y yo retrocedí como un animal indefenso y asustado.

No había a donde correr, no podía correr más y ese sería mi fin.

Se sentó en el borde de la cama y, para mi total sorpresa, ni siquiera intentó tocarme.

—Te ves terrible.

No contesté, pero mi estómago rugió con fuerza, hablando por mí.

—Tú también pareces hambriento.

—Yo... y... —Me atraganté, no tenía valor y tampoco sabía cómo ni qué decir.

—¿Tienes hambre? —insistió de un modo más amistoso de lo que había imaginado.

Moví la cabeza afirmativamente.

—Te pediré algo de comer.

—¿Dónde... dónde... ¿mi ropa? —Estaba tan temblorosa y asustada que no podía formar una frase completa sin tartamudear.

—Lo tiré.

Abrí mucho los ojos. ¡Fue *él quien me dejó desnuda!* Mis mejillas se sonrojaron tanto que empezaron a arder.

—Tu vestido estaba mojado, roto y sucio. Ya estás mal, si te lo dejas puesto acabarás aún más enferma. Les pedí que te compraran ropa nueva. Debería llegar pronto. Mientras tanto, puedes ducharte.

—Gracias, señor.

Me tendió la mano y esta vez no me inmuté. Imaginé que fue el magnetismo de sus ojos lo que me atrapó. Sus dedos eran cálidos, suaves, y se deslizaron por un lado de mi cara hasta agarrarme la barbilla.

—Tan hermosa y tan tonta. —Se rió para sus adentros y yo retrocedí.

Abrí la boca varias veces, pero no pude decir nada. Marco no me quitó la mano de la cara y siguió mirándome fijamente con sus poderosos ojos azules. Parecía completamente imposible apartar la mirada de ellos.

—Tu vida podría no ser un infierno si dejaras de verme como un demonio -dijo con firmeza, sin pestañear.

Me quitó la mano de la cara y se levantó de la cama, saliendo de la habitación antes de que pudiera asimilar lo que acababa de decirme.

¿Podría realmente no ser un demonio?

De hecho, su aspecto era completamente diferente de lo que yo había supuesto durante todos estos años.

Entré tambaleándome en el cuarto de baño y cerré la puerta. Estaba segura de que no era suficiente para mantenerlos alejados, pero la ilusión de seguridad tuvo que bastar para que encontrara el valor de quitarme la bata.

Me dolía todo el cuerpo y me costaba moverme, pero abrí la bañera y dejé que se llenara. Luego, con cuidado, me metí y me acomodé. El agua caliente me relajó los músculos y me hizo suspirar.

Vi varios frascos pequeños junto a la bañera en un soporte, uno de los cuales era champú y lo cogí. Me picaba el pelo y decidí lavármelo.

Durante el tiempo que pasé en el baño, mis dedos se arrugaron, pero mis músculos se relajaron y los moratones parecieron molestarme menos. El efecto fue muy bueno después de todo lo que había pasado.

Volví a pensar en lo que me había dicho Marco. Imaginé que si iba a matarme, ya lo habría hecho. Sin embargo, aún no estaba segura de poder confiar plenamente en él. Llevaba diez años en mi vida, pero seguía siendo un completo desconocido para mí. Lo único que sabía de él era que era un poderoso capo de la mafia y la información que me llegaba a través de las novicias del convento. ¿Podría un hombre tan temido como él no ser realmente un demonio?

En el fondo, eso esperaba, pero me sentía como una tonta por haber huido. Sólo había conseguido hacerme daño y, al final, había acabado de nuevo en sus brazos.

Sólo salí del baño cuando sentí que el estómago empezaba a dolerme de nuevo, recordándome que llevaba más de veinticuatro horas sin comer nada. Me enjuagué en la ducha, me envolví el pelo en una toalla y me volví a poner la bata.

Cuando salí del cuarto de baño y volví al dormitorio, encontré unas bolsas de ropa de mujer sobre la cama y una comida servida en la mesa redonda. Ignoré la ropa y fui directamente a la comida. Cogí el vaso de zumo de naranja y me bebí el contenido de un par de tragos. Había una buena ensalada con trozos de pan, pero toda mi atención se centró en el plato de pasta con una vibrante salsa roja.

Acerqué una silla, cogí los cubiertos junto a mi plato y comí lo más rápido posible, atragantándome unas cuantas veces. Tenía tanta hambre que no podía tener paciencia. En cuanto hube vaciado el plato, llené mi vaso con más zumo, que estaba en una bonita jarra, y me comí la ensalada. Podría repetir aquella comida, pero si lo hacía me pondría enferma.

Cuando la comida se hubo asentado, me dirigí a la ropa. Había un lujoso vestido negro, ropa interior y un par de tacones. Las prendas eran preciosas y de muy buen gusto.

Me vestí y me peiné con la punta de los dedos, alisándome un poco el pelo. Miré hacia la puerta y me pregunté si debía ir a verle o esperar a ver qué decidía Marco a continuación. La verdad era que me aterraba el matrimonio antes de conocerle, pero delante de él no sabía hacer otra cosa.


MÁFIA BELLUCCI - LIVRO I
MARCO

Capítulo veinte

Estaba distraído, leyendo una noticia sobre un terreno perteneciente al Vaticano, que quería comprar para ampliar el negocio legalmente y favorecer el blanqueo del dinero sucio de la calle, cuando ella salió de su habitación. Laís sólo parecía un ratoncito asustado, pero verla con aquel vestido negro, que se amoldaba a sus curvas y subrayaba que la niña se había convertido en mujer, me hizo reparar en el diamante en bruto que había que tallar.

Todas las fotos que tenía de ella durante su estancia en el convento mostraban a una mujer hermosa, pero demasiado casta, casi una monja, como las mujeres que la criaron. La verdad es que no la añoraba porque no la veía como una mujer, pero eso fue lo que ocurrió en aquel momento. La niña que me había traído de Portugal había salido de su capullo y había cobrado protagonismo ante mis ojos. Sólo tenía que demostrarle que no tenía por qué tenerme miedo y que podíamos mantener el matrimonio.

—Gracias... Gracias por la ropa y la comida.

—¿Necesitas algo más?

Movió la cabeza negativamente.

Para ser mi esposa, tendría que aprender mucho, sobre todo a quitar esa expresión de asombro y miedo de su cara.

—Entonces vámonos. Necesito volver a Roma. Ya he pasado demasiado tiempo aquí.

Tragó saliva y me miró fijamente, pero no dijo nada para contradecir mi postura. Quizá estaba aprendiendo más rápido de lo que yo pensaba.

Me levanté del sillón, me metí el móvil en el bolsillo y le tendí la mano. Era mi intento de romper el hielo y permitir que se acercara a mí.

Me miró a mí y a mi mano varias veces durante más de un minuto, hasta que estiró sus dedos temblorosos y los colocó sobre los míos.

—Vámonos. —Tiré de ella conmigo y la llevé a la puerta.

Podía sentir su sudor frío contra mi piel mientras la cogía de la mano. El miedo le salía por los poros, pero caminó a mi lado en silencio hasta que llegamos a mi coche en el aparcamiento del hotel y le abrí la puerta para que se sentara en el asiento del conductor.

Me di la vuelta y cogí el volante, maniobré para salir del lugar y esperé a que el vehículo de mis hombres se uniera al mío para que me escoltaran de vuelta a Roma.

Estuvo callada casi todo el viaje. Me miró varias veces, pero no se atrevió a decir nada.

—Puedes hablar conmigo. —Quité una de mis manos del volante y la puse sobre su muslo.

Laís se sorprendió y se levantó de un salto, con los ojos castaños muy abiertos.

—Lo siento. —Retiré la mano cuando me di cuenta de que la había asustado.

—Tú... Tú...

—¿Yo?", la animé a continuar.

—¿Vas a matarme?

—No si me prometes que no volverás a huir.

—No... No voy a ir. —Movió la cabeza varias veces en sentido negativo.

—Escucha —me volví hacia ella cuando me detuve en un semáforo. —No quiero que mueras, pero hay muchos que sí. Abandonar mi protección sólo atraerá su atención hacia ti. Podrías haber muerto hoy si no hubiera llegado antes que esos hombres que te perseguían.

—¿Quiénes eran?

—Sirven a alguien que no ha llevado muy bien la alianza que hice con tu padre y mi compromiso de casarme contigo. Aparte de ella, los enemigos de tu padre tampoco quieren este matrimonio. No tenías ni idea del peligro que te rodeaba mientras corrías. Me pregunto qué pasó por tu cabeza para hacer algo tan estúpido.

—Lo siento. —Apartó la mirada, avergonzada.

—No vuelvas a hacerlo.

—¿Todavía nos vamos a casar?

—Vámonos.

—¿Cuándo?

—Lo antes posible.

—¿Me llevas al convento otra vez?

—No. Irás a mi casa, estarás bajo el cuidado de mis hombres. Es demasiado peligroso alejarse de mi protección.

—Antonella...

—No preguntes sobre lo que no quieres saber la respuesta. —Adopté un tono más duro.

A veces incluso podía ser amable, pero también sabía castigar.

Giró la cabeza y observó el tráfico. Laís no hizo ninguna pregunta y yo tampoco dije nada más.

Seguí conduciendo hasta que llegamos a la mansión Bellucci.



MAFIA BELLUCCI - LIBRO I

LAIS

Capítulo veintiuno

Cuando Marco aparcó el coche en un enorme garaje junto a otros muchos vehículos, esperé a que saliera para hacer lo mismo. Nuestra conversación en el coche había sido breve, pero muy esclarecedora. Sólo me hizo sentir aún más tonta por haberme escapado, no sólo tonta, sino culpable, porque su respuesta, aunque evasiva, me dijo que Antonella había sido castigada en vez de yo.

Se me revolvió el estómago al pensar que lo que le había ocurrido era una culpa que siempre llevaría conmigo.

Marco se detuvo delante de mí y me indicó con la cabeza que le siguiera. Salimos del garaje y caminamos por un largo pasillo lateral con vistas a un hermoso jardín hasta que entramos por una puerta, que daba a una antesala y luego a un salón.

La primera persona que vi fue una mujer mayor sentada en uno de los enormes sofás. Leía distraídamente un libro, pero se sorprendió, enarcando las cejas, cuando nos vio.

—¡La encontraste! ¿Cómo la has encontrado?

—Seguí las huellas dejadas por la serpiente.

—¿Donatella también fue tras ella? —La mujer parecía aún más asustada.

—Es una larga historia, mamá.

¿Así que esa era su madre? Debería haberme dado cuenta por su parecido físico.

—Tengo que salir. ¿Entonces la cuidarás? No dejes que haga nada impulsivo, por favor.

—No hay problema.

—Quédate aquí. —Marco se volvió hacia mí y me dirigió una mirada firme y autoritaria. —Recuerda que si te metes en líos, serás tú la que salga perjudicada. Yo no quiero hacerte daño, Laís, pero hay muchos que sí quieren.

Moví la cabeza afirmativamente y él se dio la vuelta. Lo vi perderse de vista, dirigirse a una habitación cualquiera de la mansión, antes de volverme hacia su madre, que estaba a mi lado.

—Soy Laís.

—Lo sé, cariño. Soy Rosimeire, pero puedes llamarme Rosi. Cuidaré de ti.

—Gracias, señor.

—Vaya lío en el que te has metido, ¿eh?

—Yo... es... —tragué saliva.

Rosimeire me puso la mano en el hombro y me guió hasta una amplia escalera que conducía al piso superior de la mansión. Intentaba ser amable y me permití ser menos distante en su presencia.

—Tienes miedo, lo sé. No te lo imaginas, pero yo te entiendo mejor que nadie, porque he estado en la misma situación. Yo también he sido una simple chica dada en matrimonio a un capo de la mafia. Puede parecer terrible al principio, pero como todo en la vida, tenemos que aprender a lidiar con los retos que se nos presentan.

—Tenía mucho miedo, todavía lo tengo", confesé cuando me di cuenta de que estábamos solos y habíamos entrado en una habitación.

—¿Qué es lo que más temes? —Me llevó a la cama y se sentó a mi lado.

—El suyo.

—¿Por qué?

—Lo que dijeron... Las cosas que hace la mafia.

—Escucha, Laís, permítete conocer al hombre que Marco puede ser contigo e intenta no preocuparte por qué o cómo es con otras personas.

—¿Me va a castigar por huir?

—Si fuera a hacer algo, ya lo habría hecho, pero la trajo a casa y la dejó conmigo. Marco es un hombre de palabra y por eso les gusta tanto como líder. Para bien o para mal, mi hijo cumple sus promesas. Es parte de un acuerdo que hizo con su padre.

—¿Cómo se las arregló? —Mi pregunta era sobre ella y Rosi se dio cuenta.

—Son mafiosos, pero siguen siendo hombres y, a su manera, tienen corazón. He conquistado mi espacio y he conseguido ser feliz. Sigo sintiendo mucho la muerte de mi marido. —Rosi bajó la cabeza y miró hacia otro lado. Me di cuenta de la verdad en sus palabras.

Le acaricié la mano y le sonreí amistosamente.

¿Existía realmente una forma de ganarme un lugar en el corazón de Marco y mi felicidad como consecuencia? Podía ser que sí o que no, pero quería aferrarme a esa esperanza porque así sería más fácil aceptar mi destino.

Después de cenar juntos, Rosimeire me acompañó a elegir ropa entre los modelos que traía un estilista. Se lo agradecí, ya que necesitaba ropa nueva, pero no creía haberme ganado aún su confianza lo suficiente como para dejarme ir a un centro comercial.

La verdad que comprendí más claramente aquella tarde hablando con la madre de Marco fue que yo había nacido en una sociedad distinta de las que se veían en las películas, donde la gente tenía derecho a elegir sobre básicamente todo. En la mafia aún se aplicaban viejos conceptos. Si mi padre no me hubiera entregado a Marco, habría sido a otro hombre.

Ver que Rosimeire había conseguido que funcionara con su marido me hizo albergar la esperanza de que yo también podría hacerlo.

No iba a huir más de Marco.

Tu vida podría no ser un infierno si dejaras de verme como un demonio... Sus palabras sonaban como una promesa que me iba a hacer cumplir.

Estábamos en una hermosa biblioteca que, según Rosimeire, Lorenzo había construido para ella, cuando un hombre entró y susurró algo al oído de la mujer.

—Diles que vamos.

El hombre asintió y volvió a dejarnos solos.

—¿Qué era? —No podía contener mi curiosidad.

—Sus padres están aquí para verla.

—Mi... mi...

—Hace mucho que no los ves, ¿verdad?

Moví la cabeza afirmativamente.

Para ser sincero, ni siquiera sabía si quería verlos. Era demasiado joven cuando me dejaron para seguir un destino y nunca se molestaron en mantener el contacto o saber cómo estaba. Al

menos eso creía yo.

—Estaría bien verlos", dijo Rosi amistosamente. Era sorprendentemente optimista respecto a todo.

—No lo sé.

—Puedo decirles que se vayan, pero te los encontrarás en la boda y puede ser más difícil enfrentarse a ellos en medio de muchas otras personas que ahora.

—Voy a verlos.

—Estaré allí contigo. —Sonrió.

Me levanté del enorme y cómodo sofá rojo y seguí a Rosimeire por el pasillo hasta que llegamos al salón.

La primera persona que vi fue Marco. Cuando nuestras miradas se encontraron, sentí que algo me daba vueltas en el pecho, pero no era una mala sensación. Era como si conocerle mejor hubiera arrojado un poco de luz sobre la sombría imagen que tenía de él.

—¡Lais! —Oí un grito antes de que unos brazos me rodearan el cuello.

Miré confusa a la figura que me apretaba hasta la asfixia y giré la cabeza para intentar ver quién era.

—Ah, cariño, has crecido tanto.

—¿Quién es usted? —La agarré por los hombros y tiré de ella.

Era una mujer que parecía tener unos cuarenta años, pero era difícil estar seguro, ya que su cara parecía haber pasado por algún tipo de cirugía. Me di cuenta de que sus ojos marrones estaban llorosos.

—Es triste que mi propia hija no me recuerde. —Se dio la vuelta. Estaba disgustada y miró fijamente a un hombre que estaba de pie a unos pasos. Su mirada le culpaba de algo.

Su imagen ya me resultaba un poco más reconocible, dados los escasos recuerdos que tenía. Era mi padre.

—No sabes lo felices que nos pusimos cuando Marco nos dijo que te había encontrado.

—Sí, me encontró.

—¿En qué estabas pensando, haciendo un movimiento tan estúpido?

—No lo sé.

Delante de ellos, no tuve ninguna reacción. ¿Debía abrazarlos y decirles que los echaba de menos? Una parte de mí decía que no, pero había actuado mal porque simplemente no sabía qué hacer.

—¿Se encuentra bien? —preguntó la mujer a la que debía llamar mamá, pero apenas recordaba su nombre.

Moví la cabeza afirmativamente.

—Me puse muy triste cuando te viniste a vivir a Italia. —Me abrazó de nuevo y extrañamente me di cuenta de la verdad de sus palabras.

—¿Por qué no me escribiste? ¿Me enviaste un correo electrónico o una postal?

—I... —Volvió a mirar a mi padre y fue fácil concluir que no la había dejado.

—Tenías que concentrarte en tus deberes", dijo en tono frío.

Quise resoplar, pero me contuve. Quizá sería más fácil lidiar con todo si no estuviera tan sola.

—¿Cuándo se celebrará la nueva boda? —le preguntó mi padre a Marco.

—En unos días, sólo tenemos que preparar todo de nuevo.

—Estoy seguro de que Laís no causará más problemas. —Me dirigió una mirada severa, tratando de reprocharme lo que había hecho.

Di un paso atrás, pero me detuve cuando la madre de Marco me puso la mano en el hombro en un gesto cariñoso.

—No irá", respondió Rosimeire.

—No te preocupes, Afonso. Laís está bien, nuestro acuerdo se cumplirá -aseguró Marco-. —Puedes volver a Portugal y regresar dentro de unos días para la boda.

—¡Estupendo!

—Pensaba quedarme con Laís un poco más, ¿quién sabe?

—Volveremos en unos días, mujer.

—Puedes llamarla. —Rosimeire sonrió a mi madre, que le devolvió la sonrisa.

—Gracias, señor.

Mi padre se acercó a mí, me agarró del brazo y me llevó a un rincón, lejos de todos. Me miró con tal furia que sentí que se me revolvía todo el cuerpo.

—Tu actitud casi nos cuesta a toda nuestra familia. Si se rompe el trato con los Bellucci, los Costas nos destruirán y nos matarán a todos, no sólo a ti. No tomes otra decisión estúpida como esa, ¿me oyes?

Moví la cabeza afirmativamente.

—Tienes un compromiso, Laís. Conmigo y con toda nuestra familia. No vuelvas a olvidarlo.

—No voy a ir", le aseguré.

Había aprendido por las malas que las decisiones equivocadas cuestan vidas. Mi huida le había costado la vida a Antonella. Era algo que nunca olvidaría. Puede que no recordara bien la vida con mi familia, pero no quería el peso de sus muertes a mis espaldas.

Cuando salí del convento no sabía casi nada, pero muy pronto aprendí cosas cruciales. Dos de ellas fueron las más importantes: nunca sobreviviría sola y había personas a las que ni siquiera conocía realmente cuyas vidas dependían de mí.

Dejé de mirar a mi padre y me acerqué a Marco. Sonrió amistosamente y me rodeó la cintura con la mano, estrechándome contra él. Su tacto y su actitud me provocaron un escalofrío. Me sentí bien, pero tuve que evitar encogerme.

—Bien hecho. —Mi padre esbozó una sonrisa. —¿Se quedará aquí hasta la boda?

—Vete -aseguró Marco-. —No quiero que los Costas te hagan daño, y un ataque a mi casa es un ataque directo a mí. No podrían hacerlo.

—Tienes toda la razón. Laís estará bien aquí. Además, ya deberíais estar casados. Después de todo, habéis esperado tanto. —Había alguna insinuación en la frase de mi padre que no pude entender y Marco no retomó el tema.

—Volverás en unos días.

—Perfecto. Vamos, Magdalena. —Puso su mano alrededor de la cintura de mi madre y se la llevó, pero se detuvo a mitad de camino.

—Sujétate. —Se zafó de mi agarre y se detuvo frente a mí.

Me abrazó y tardé unos instantes en devolverle el abrazo.

—Llámame si necesitas algo.

—Está bien.

Me echó el pelo hacia atrás y me dio un beso en la frente antes de volver con su marido y marcharse.

—"Voy a pedirles que organicen una de las habitaciones de invitados para Laís", anunció Rosi, antes de alejarse.

Estaba a punto de decirle que me iba con ella, pero antes de que pudiera decir nada, desapareció de mi vista, dejándome solo con Marco y otros dos hombres, que por su aspecto debían de ser sus hermanos.

Bajé la cabeza y noté que su brazo seguía rodeándome la cintura. Vi que mis mejillas se sonrojaban y él se apartó. Los chicos que estaban con nosotros se rieron, como si hubieran oído un chiste que yo me había perdido.

—Me estoy preparando para mi viaje a Sicilia", anunció uno de ellos al salir. El otro le siguió sin dar explicaciones y, antes de que me diera cuenta, Marco y yo estábamos solos en el salón.

—Me gustaba cómo te comportabas delante de tus padres. —Me buscó los ojos y volví a perderme en el inmenso azul de los suyos.

—Gracias, señor.

—¿De verdad no vas a huir?

—Creo que he aprendido la lección.

—La tarde con mi madre fue buena. Hasta se puede hablar. —Se rió.

Le devolví la sonrisa.

—¿Cómo te hiciste tantos moratones?

—Me caí de un camión.

—¿Cómo?

—Huyendo de la policía. —Bajé la cara mientras la vergüenza me invadía de nuevo.

—Parece que has vivido toda una aventura. —Me puso los dedos bajo la barbilla y me levantó la cara para que volviera a estar frente a él.

Marco busca algo en el bolsillo y me coge la mano.

—No vuelvas a quitarte ese anillo, ¿entendido? —Volvió a ponérmelo en el dedo y me sorprendí al verlo. Lo había vendido en una casa de empeños de Milán y el dinero me había mantenido durante un tiempo.

—¿Cómo lo recuperaste? —Me quedé mirando el pesado diamante.

—Escucha, Laís, hay cosas que me vas a preguntar y no te voy a contestar. Creo que es mejor ahorrarte algunos temas, sobre todo los que tienen que ver con cómo afronto todo como cabeza de familia. Me gusta la inocencia de tus ojos y eso es algo que no quiero perder.

Moví la cabeza afirmativamente y tragué saliva, pero no dije nada. Mi mente vagó por los peores desenlaces posibles y me di cuenta de que cualquier cosa que pudiera haberle ocurrido al dueño de la casa de empeños era también consecuencia de las acciones que yo había llevado a cabo.

Aquellos pocos días en el mundo real me habían enseñado mucho más que toda una vida en el

convento.

—Mírame. —Marco volvió a levantarme la cara.

Había una serenidad casi completa en sus ojos azules. Podía encontrar una extraña paz en ellos y, en cierto modo, me seducía. No podía dejar de buscar sus ojos, adentrarme todo lo que podía en aquel azul inmenso y perderme allí.

Era, sí, un demonio para algunas personas, pero me di cuenta de que se esforzaba por mostrarme la mejor versión de sí mismo, y descubrí que quería conocerle.

—Siento haber huido.

—Dejemos eso en el pasado.

—Sí. —Sonreí ligeramente y él me devolvió la sonrisa.

—¿Me permite? —Me levantó aún más la barbilla y me acercó la cara, a escasos centímetros de la suya.

Mi corazón se aceleró y fue como si la habitación a nuestro alrededor diera vueltas, hasta que desapareció de inmediato. Nunca me habían besado. Confieso que no había imaginado que ocurriría así. Había oído mucho que la mafia no pedía, tomaba, pero Marco me pidió un beso. Durante unos segundos, me hizo la ilusión de que podía rechazarle si quería. Fue amable por su parte, aunque mi comportamiento no había sido el mejor en los últimos días.

Pero ya no iba a rechazarle. Había aceptado que mi destino estaba con él y su madre me había demostrado que podía hacerlo funcionar.

Moví la cabeza afirmativamente y su mano se deslizó desde mi barbilla hasta mi nuca. Sus dedos subieron por mi pelo y se introdujeron en las hebras. Dejé de lado su delicadeza cuando su otra mano me rodeó la cintura y me di cuenta de lo fuerte que era.

Marco me apretó contra su cuerpo y mi corazón se aceleró aún más cuando los botones de su camisa me presionaron el pecho. Me pareció que había pasado una eternidad y no sólo unos segundos antes de que apretara sus labios contra los míos. Presionó con su lengua y me di cuenta de que debía dejarlo pasar. En cuanto se encontró con la mía, sentí un calor enorme, como si por mis venas corriera lava, y no sabía de dónde venía.

Acerqué mi lengua a la suya, descubriendo cómo funcionaba aquel baile, y Marco me apretó aún más, como si fuera capaz de fundir mi cuerpo con el suyo.

Confieso que había creado unas cuantas teorías sobre cómo sería cuando me besara por primera vez, pero en ninguna de ellas fui capaz de adivinar que sus labios serían tan cálidos, tan dulces y embriagadores.

Levanté las manos y se las puse sobre los hombros. No me apartó, sino que me hizo girar y me apretó contra una columna que sostenía la habitación. Me estaba quedando sin aliento, pero no quería que se detuviera.

Su mano, que había estado en mi nuca, se deslizó por mi cuello hasta llegar a mis pechos, protegidos por mi vestido escotado y mi sujetador de media copa. Solté un gemido reflejo y, cuando Marco apartó su boca de la mía, pensé que ya no iba a besarme, pero deslizó sus labios por mi cuello y chupó la base de éste.

Sentí una pulsación en mi feminidad que se hizo más intensa. Era un calor bueno, extraño y desconocido, una sensación que llegaba en oleadas y parecía crecer aún más a medida que los

besos y las caricias de Marco se hacían más profundos.

La mano que me sujetaba la cintura también dio otra vuelta, deslizándose por mi muslo hasta introducirse en mi vestido. Sentí cosquillas y escalofríos cuando subió por la parte posterior de mi muslo hasta tocar la popa de mi trasero. Era como si sus dedos fueran pequeños cables desnudos que daban una descarga allá por donde pasaban.

Su lengua recorrió la base de mi cuello y su mano apretó mi nalga. En un acto involuntario de pura sorpresa, arqueé el cuerpo contra la pared. Estaba ardiendo y las pulsaciones en mi feminidad se hicieron aún más intensas, era una sensación inquietantemente buena. Debía de ser por eso que las hermanas solían decir que la lujuria era uno de los peores pecados.

Con la mano en el trasero, Marco apretó mi cuerpo contra el suyo y el bulto que asomaba por la bragueta de su pantalón rozó mi sexo. Me domaba y me envolvía, como un león hambriento, y yo quería ser devorada.

En un momento tenía su boca a medio camino de mis pechos y una de sus manos dentro de mi vestido, pero al siguiente se apartó y yo me desplomé, llevándome la mano a la columna, ya que mis piernas no parecían poder sostenerme.

Me había prendido fuego y se había marchado para dejarme ardiendo.

—I... —Jadeé. —¿Hice algo mal?

—No. —Marco sacudió la cabeza y volvió a ponerse los pantalones. —Vas a ser mi mujer, y hay normas que debo cumplir. No puedo follarte en el salón como si fueras una puta. Te tendré cuando llegue el momento.

—¿Cuándo será ese momento? —Me arrepentí inmediatamente, no debería haber hecho esa pregunta porque temía la respuesta, pero salió antes de que pudiera detenerla.

—Cuando nos casemos. —Me contestó bruscamente, pero tampoco había dureza en su voz, lo cual me alivió.

—Está bien. —Me ajusté el vestido.

—Sube y busca a mi madre. Ella te enseñará la habitación donde dormirás los próximos días hasta la boda. Tiempo justo para rehacerlo todo, incluido tu vestido de novia.

Moví la cabeza afirmativamente.

No volví a disculparme. Sabía que lo sentía por haber huido, y eso debería bastar.

Marco se apartó de mi camino y subió las escaleras primero, dejándome sola en el salón. Miré a mi alrededor y respiré hondo. Aún me temblaban las piernas por el beso, pero pensé que sería capaz de caminar.

Me subí el dobladillo del vestido y subí las escaleras tras la madre de Marco. No fue difícil encontrarla en la biblioteca, ya que me había dicho que era su lugar favorito de toda la mansión. Imaginé que, además de los libros, era allí donde podía saborear el tiempo que había pasado con su marido.

—Laís, ¿va todo bien? —me preguntó mientras me miraba.

Asentí con la cabeza.

—Eres rojo.

Imaginé que era por todo el calor que Marco me había hecho sentir antes, pero pensé que era mejor no decírselo.

—¿Ha hecho algo mi hijo?

—No. Era un perfecto caballero. —No fue la mejor respuesta, pero fue lo único que se me ocurrió en tan poco tiempo. —Me dijo que me enseñaría dónde dormir.

—Sí. —La matriarca de la familia cerró el libro y se adelantó a mí, abriéndome paso a una habitación grande y bien ventilada. —Te quedarás aquí hasta que se celebre la boda. Luego dormirás con Marco en su habitación.

—Gracias, señor.

—Puedes llamarme si necesitas algo. Mañana te enseñaré cómo funciona todo aquí en la casa.

Asentí con la cabeza.

—Buenas noches, cariño.

—Gracias, señor.

Me dio un beso en la mejilla antes de dejarme sola.

Cerré la puerta y me dirigí al armario. Allí estaba toda la ropa que había comprado antes. Elegí algo cómodo para dormir y fui al baño. Me lavé la cara y me cepillé los dientes.

En cierto modo, me alegraba de todo lo que había pasado, porque podría haber sido mucho peor. Ya no temía mi boda con Marco, ahora la esperaba con impaciencia.


MAFIA BELLUCCI - LIBRO I
MARCO

Capítulo veintidós

—Explícame qué coño fue ayer ese tiroteo en la comuna de Anzio. —Me encaré con Mateo, mi hermano menor y subjefe, antes de cambiar la mirada entre *los capi* presentes en la reunión que había convocado.

Estábamos en un viejo cobertizo que utilizaba para reunirme con el *capi*, los socios y a veces para ejecuciones, no siempre de uno en uno.

Chasqueé los dedos y entrecerré aún más los ojos, analizando a cada uno de ellos, sus expresiones, así como sus reacciones a las mías. No me gustaba que las cosas se me fueran de las manos y todos lo sabían. Había una ley muy clara: la sangre siempre se pagaba con más sangre.

—Emiliano Esposito murió ayer por la mañana y empiezan a pensar que fueron los Galos. Los Esposito quieren venganza, y empezaron atacando un café conocido como el principal punto de distribución en medio del territorio de los Galo —empezó Martino.

Giré la cabeza hacia Mateo, que se quedó mirándome. Quería preguntarle por qué no me había hablado antes del posible desencadenante de una guerra que estaba ocurriendo delante de mis narices, pero supuse que mi hermano había intentado ocuparse de todo por su cuenta mientras yo corría tras mi prometida fugitiva en Milán.

—¿Hay alguna prueba de que fueran los Gallos?

—No -respondió Mateo-. —El viejo estaba en una fiesta con muchas putas y muchos sueltos. Nadie se atreve a decir si vio algo y pudo haber sido cualquiera, pero es poco probable que hayan sido los Gallos.

—¿Quién se hizo cargo?

—Leonel Esposito, el hijo.

—Invócalo para que venga a mí. El líder de los Gallos también. Podrían estar buscando venganza o simplemente aprovechando la oportunidad para conquistar más territorio. Cualquiera sea el caso, lo resolveré.

—¿Cuándo llega el nuevo cargamento de América Latina? —pregunta uno de los hombres, cambiando de tema.

—La semana que viene.

—Dicen que los gitanos los compran a otro proveedor y los ponen en la calle. Sé que ya se están ocupando de ello, pero me temo que aún pueden tener un problema.

—Si el mensaje que te envié no fue suficiente, me aseguraré de que vuelvas a recordar quién manda en Roma y en toda Italia", recalcó mi hermano.

—Utilizaremos un pesticida más eficaz si siguen dándonos problemas -reforcé con firmeza. —En fin, os espero a todos el sábado en mi boda.

—¿Habéis encontrado al fugitivo? —se burló uno de los hombres, y yo saqué la pistola de la cintura y la puse sobre la mesa, apuntándole.

—Sólo fue un contratiempo -dije con voz fría, recordándole que burlarse de mí era siempre la peor opción que podía tomar.

—Sí. —Tragó saliva. —Te deseo toda la felicidad del mundo. —Me dedicó una sonrisa

amarilla, retrocediendo ante la amenaza, y yo guardé la pistola. Era bueno recordarles quién mandaba y con quién no se podía bromear.

—Puede retirarse. —Me levanté de la silla y me dirigí a una escalera que conducía a un entresuelo.

Desde arriba, pude ver cómo los hombres se dispersaban y se dirigían a los coches que estaban aparcados fuera del cobertizo.

Estaba mirando la precaria lámpara de araña con una bombilla redonda que colgaba del techo cuando me di cuenta de que Mateo había subido y estaba de pie a mi lado. Mi hermano pequeño se inclinó sobre la barandilla del entresuelo antes de girar la cabeza para mirarme.

—Odio cualquier situación que me haga quedar como un estúpido delante de mis hombres, y eso ha ocurrido demasiado en los últimos días. Si no quieres que castiguen a nuestros hombres, te recomiendo que evites que vuelva a ocurrir. —Le dirigí una mirada fría para que Mateo recordara que, a pesar de nuestra conexión de sangre, la mía seguía siendo la posición de mayor poder en aquella jerarquía.

—Tú ibas detrás de Laís y yo iba a solucionarlo, no creí necesario molestarte.

—No lo vuelvas a encontrar, consúltame primero.

—Sí, jefe.

—Bien. Cuando lleguen los Esposito y los Galo, les recordaremos quién pone las reglas y que tienen el privilegio de operar en territorios que les hemos asignado. Si empiezan una guerra que no he autorizado, serán aplastados.

—Pensé que hoy te levantarías de mejor humor -bromeó-. —Al fin y al cabo, tu mujer ya está en casa y parece que el conejito no se va a escapar.

—Ni siquiera lo toqué.

—Eso no es lo que vi ayer.

—¿Me estabas espiando, maldito *voyeur*? —Apreté los dientes.

—No. Sólo tuve que pasar por el salón para llegar a la cocina, pero es tuya, nadie te juzgará por coger lo que es tuyo. Además, es muy bonito.

—Será mejor que Theo y tú no la miréis.

—Es tu conejita, no quiero problemas. Sólo espero que esta boda ocurra pronto para que puedas empezar a hablar de otra cosa.

—Hablas demasiado, quizá no tienes suficiente trabajo, pero voy a cambiar eso.

—¿Qué hizo Theo en Sicilia? —Mateo cambió de tema.

—Sigue intentando averiguar qué le pasó a nuestro padre.

—No llega a ninguna parte, es como un perro persiguiéndose la cola. Fue culpa de los gitanos.

—Tenemos que dejar de culpar a los gitanos de toda la mierda que nos pasa. Estoy de acuerdo con Theo, creo que fue un traidor, uno de los nuestros. ¿Quizás era alguien que trabajaba para la policía?

—No lo sé. Tengo miedo de que se vuelva paranoico con eso.

—Theo sabe lo que hace.

—Eso espero. —Mateo me apretó el hombro antes de bajar la escalera y dejarme en el entresuelo.

Observé desde arriba mientras esperaba a que pasara el tiempo. Theo creía que podría encontrar al culpable de lo que le había ocurrido a nuestro padre y yo le apoyaba. Me parecía lo correcto y también era mi forma de honrar la memoria de mi padre.



MAFIA BELLUCCI - LIBRO I

LAIS

Capítulo veintitrés

—Esta es Auristela, el ama de llaves responsable de todos los criados. Si necesitas algo, puedes contactar directamente con ella y te lo solucionará.

—Gracias. —Asentí mientras Rosimeire caminaba conmigo junto a la cola formada por los empleados de la mansión. Eran muchos, había contado al menos veinte personas. Mantener en funcionamiento un lugar de ese tamaño debía de ser necesario.

—Bianca, Eliza y Giovana se ocupan de la cocina, Sandra, Valentina y Gabriela limpian las habitaciones. Eugenio, Pietro y Tadeu trabajan en el jardín y otras zonas exteriores, como el mantenimiento de las piscinas... —Rosimeire siguió presentando a cada uno de ellos y yo seguí su mirada y les devolví la sonrisa.

Yo sería la dueña de aquella casa. En dos días habría otra boda, y esta vez no me escaparía. Después de la ceremonia, me convertiría en la señora Bellucci. No quería disgustar a Marco. Me había gustado mucho el rato que habíamos pasado juntos al final de la tarde. Había sido genial y quería más.

—Con el tiempo te acostumbrarás a todo. Tampoco debes preocuparte, porque yo estaré aquí para ayudarte en lo que necesites.

—Muchas gracias, Rosi. No puedo agradecerte lo suficiente.

—Es parte de mi papel guiarla.

—Estás haciendo más que eso.

—Te vas a casar con mi hijo y verlos felices es todo lo que puedo desear.

Sonreí feliz y ella me acarició suavemente la mejilla.

—Si quieres llamar a tu madre después, dímelo.

—¿Tiene sus datos de contacto?

—Tengo mis propios medios para conseguirlo.

—No sé si quiero hablar con ella.

—Sigue a tu corazón y no te culpes por lo que decida. Te separaron de tu familia muy joven y has perdido algunos lazos, que necesitan tiempo y convivencia para restablecerse. No debes preocuparte, hija mía. Pronto encontrarás tu nueva normalidad.

—Muchas gracias, Rosi.

Me acarició la mejilla una vez más y me dedicó una sonrisa muy amistosa. Me sentía muy feliz en su presencia y sabía que, con mi suegra cerca, sería mucho más fácil acostumbrarme a mi nueva vida.

Estábamos en el salón cuando uno de los hombres de seguridad se acercó y le susurró algo al oído.

—No la dejes entrar.

—¿Quién era? —Fruncí el ceño cuando me picó la curiosidad, pero entonces recordé lo que me había dicho Marco. Había cosas que, por mi propio bien, era mejor que simplemente no supiera.

—Un problema: la respuesta de Rosi fue vaga y completamente evasiva.

—¿A quién? —la miré suplicante. Por la expresión de Rosimeire, debía de ser algo preocupante, otra razón para que no insistiera, pero lo hice de todos modos, porque podía ser algo que me preocupara.

—Laís, ¿qué te parece si damos un paseo por el jardín? —Me tendió el brazo y yo asentí, saliendo con mi futura suegra del comedor hacia un camino de piedra en medio de césped y muchos macizos de flores.

— En los últimos años, Marco ha tenido algunas aventuras y se ha relacionado con innumerables mujeres, pero ninguna de ellas era tan peligrosa como Donatella Rossi. La odié desde el primer momento en que la vi, todavía en compañía de su padre, en una de las reuniones familiares de la mafia. Era el tipo de mujer fría como una serpiente y a menudo incluso más peligrosa. Es muy guapa y esa belleza sin duda llamó la atención de mi hijo, pero estoy seguro de que subestimó todo el veneno que Donatella podía tener. No conozco los detalles de su relación, pero durante ese periodo vi a mi hijo en su momento más violento. No quiero que esa situación se repita.

—¿Y qué quiere ella aquí? Marco no está aquí.

—Probablemente para verte y hacer algunas amenazas. —Me quedé pálido, pero Rosimeire continuó su relato. —Tu compromiso con mi hijo viene de lejos, pero durante el período en que crecías y te hacías mujer, algunos intentaron disuadirte de este matrimonio. Marco es un hombre muy poderoso y sé que estar al lado de un jefe mafioso puede tener sus ventajas. Durante el tiempo que estuve en su lugar, podría haber tenido todo lo que hubiera querido. Sin embargo, como ya he dicho, mi hijo es un hombre que honra su palabra, así como su compromiso de casarse contigo. Cuando Donatella se dio cuenta de que no podría disuadirle de cumplir su promesa, se descontroló.

—¿Me estás diciendo que está celosa de que me vaya a casar con Marco?

—Es una forma muy eufemística de describir la situación. Ten cuidado con Donatella, Laís.

—¿Crees que puede hacer que Marco cambie de opinión y se case con ella? —Se me revolvió el estómago y sentí por primera vez el miedo a perder algo que hacía muy poco había reconocido como mío.

—Marco no, pero podría intentar hacer algo contra ti.

—Estaré atento.

—Bien. Siento soltártelo así, pero hay cosas que es mejor saber y aprender para tu propia protección.

—Me di cuenta.

Rosimeire me sonrió y me acarició el hombro en un gesto afectuoso. Estaba demostrando ser una gran aliada para mí en aquel lugar.

—Volvamos a la casa. —Me cogió de la cintura y me llevó de vuelta.

Más tarde, un estilista vendría a probarme el nuevo vestido de novia para los últimos ajustes, ya que había terminado por completo el anterior.

Esta vez la boda se iba a celebrar.


MAFIA BELLUCCI - LIBRO I
MARCO

Capítulo veinticuatro

Los días previos a la nueva fecha de la boda pasaron rápidamente. Tuve que resolver pequeños conflictos en el seno de la mafia y ocuparme de una investigación sobre asuntos vaticanos que podían tener relación con nosotros, lo que me ocupó mucho tiempo. Veía a mi prometida en las cenas familiares, pero nunca volvíamos a estar solos, así que los besos como el de la primera noche en mi casa no se repitieron.

Había esperado diez años para tener a esa mujer en mi cama y podía esperar unos días más.

Mi madre me dijo que Donatella había aparecido queriendo ver a Laís, en un gesto *amistoso que no* engañaba a nadie, pero que me dejó alarmado. Mientras no fuera mi mujer, Laís estaría en peligro. Como mi esposa, sería intocable, y cualquier acto contra ella me afectaría directamente. Hice valer mi poder para que todo el mundo fuera muy consciente de las complicaciones de un ataque a la jefa. Esperaba que Donatella fuera lo suficientemente inteligente como para tener en cuenta las advertencias antes de emprender cualquier acción estúpida.

Por fin se iba a celebrar la boda. Esa mañana me levanté temprano, arreglé algunas cosas y me preparé para la ceremonia. Esta vez, Laís estaría acompañada por mis hermanos y no habría riesgos, o eso creía yo, porque no había nadie en quien confiara más que en ellos dos.

Miré a mi madre y sonrió. Aquel momento en la iglesia fue como *un déjà-vu*, como si todo fuera a repetirse, y odié esa sensación. No había sido fácil hacer tragar a mis hombres un matrimonio fracasado, no necesitaba otro.

Cuando se abrieron las puertas dobles, contuve la respiración. Estaba en lo más alto de la cadena alimenticia, pero también tenía mis inseguridades. Sin embargo, segundos después, la vi. Estaba completamente cubierta de blanco, símbolo de su condición de virgen inmaculada. Laís caminaba hacia mí cogida del brazo de su padre, que me la había regalado cuando aún era una niña. El velo que cubría su rostro era lo bastante fino como para que pudiera ver a través de él la cara de un ángel, y estar seguro de que era ella.

—Te la daré. Cuida bien de mi hija.

Yo seguía sonriendo ante la mayor estupidez que Afonso podía haberme dicho. Él ya me había entregado a Laís hacía muchos años, y aquella ceremonia no era más que una formalización.

Tomé sus pequeñas y delicadas manos entre las mías y la obligué a mirarme. Le sonreí y Laís me correspondió cuando le subí el velo y expuse su rostro a los invitados que nos observaban.

Me di la vuelta y la obligué a hacer lo mismo antes de arrodillarnos ante el sacerdote, que llevaba una sotana blanca con muchos adornos dorados.

Mientras él hablaba de cosas que a mí no me importaban, miré a Laís por el rabillo del ojo. Parecía atenta y escuchaba cada palabra.

Pasaron minutos interminables en los que el sacerdote abrió la boca para decir algo equivocado.

—¿Alguien tiene algo en contra de este matrimonio?

Laís miró hacia atrás y yo hice lo mismo. Vi a Donatella levantarse de uno de los primeros

bancos, pero fue rápidamente reprendida por Theo, que estaba de pie justo detrás de ella. Imaginé que le había apuntado a la espalda con una pistola, porque sólo así pudo poner esa cara y volver a sentarse.

—Acabe de una vez con este matrimonio, padre -dije en un tono más duro-.

—Yo os declaro marido y mujer. —Hizo un gesto para que nos pusiéramos de pie. —Ahora pueden besar a la novia.

Agarré la barbilla de Laís y acerqué su cara, dándole un beso mucho más sutil y delicado comparado con el que habíamos intercambiado en el salón.

Toda la iglesia nos vitoreó y aplaudió, felicitándonos por nuestra unión. Después de diez años, por fin se había cerrado el trato y Laís era mi mujer.

La cogí de la mano y nos dirigimos a la entrada, donde nos bañaron en arroz. Seguí andando y me dirigí a la limusina que nos esperaba. Dejé que Laís subiera primero y me senté a su lado, agitando la chaqueta del traje y sacudiéndome el pelo como un perro mojado para quitarme el arroz acumulado.

—Esta vez no te has escapado. —La miré fijamente y Laís dejó de mirar la ventanilla del coche y se volvió hacia mí.

—No creo que sea posible con la escolta de tus hermanos.

—Son eficaces.

—Me di cuenta, pero no iba a huir.

—¡Qué bien!

Me quedé mirándola y las mejillas de Laís se pusieron rojas. Me gustaba mucho cuando reaccionaba así. Era señal de que su inocencia aún no había sido completamente corrompida por el mundo en el que habíamos nacido.

—Ven aquí. —Puse la mano bajo su moño y tiré de su cara hacia mí, exigiendo el derecho a la boca que era mía.

Laís inclinó la cabeza hacia mí y me permitió besarla. Al contrario que en la iglesia, donde todo el mundo nos miraba, penetré en la hendidura de sus labios con la lengua e intensifiqué el beso. Quería subirla a mi regazo y deslizar los dedos en su moño para deshacerlo. Lástima que aquel maldito vestido fuera demasiado voluminoso.

Quería tener pronto a Laís como esposa. El hecho de que hubiera pasado los últimos días demasiado ocupado para tener a nadie más probablemente me estaba poniendo aún más ansioso.

Me separé del beso en busca de aire y Laís volvió a acomodarse en el asiento.

—¿Volvemos ahora a la mansión?

—No. Habrá una recepción en *el Palazzo Poli.*

—¿Dónde está la *Fontana di Trevi? —Sus* ojos muy abiertos me sorprendieron, junto con su pregunta.

—Sí.

—Es un monumento muy romántico. Al menos, eso es lo que he oído.

—Por eso nuestro banquete de bodas se celebrará en la Sala Dante, que tiene una hermosa vista de la fuente. Es un lugar utilizado a menudo para bodas de gente importante de Roma y de todo el mundo.

—Imagino que habrá costado mucho.

—El dinero es algo de lo que nunca tendrás que preocuparte.

—Gracias, señor.

La limusina se detuvo a la entrada del edificio y yo me apeé, tendiendo la mano a mi joven esposa para que me acompañara. Era un hermoso palacio de arquitectura antigua que había sido construido hacía muchos siglos, como muchos otros edificios de Roma. Toda la ciudad era milenaria y tenía muchos edificios anteriores al catolicismo que ahora la gobernaba.

Nos dirigimos directamente a la enorme sala, que ya estaba llena de invitados. Pronto nos vimos rodeados por muchos de ellos. Algunos querían felicitarme, otros sólo querían ver a Laís de cerca. Era una mujer que, aunque ella no lo supiera, sería un icono durante mucho tiempo. Había desafiado la estructura de cómo funcionaba todo y, en lugar de estar muerta, posaba para las fotos a mi lado. Esperaba que aprendiera rápido y no volviera a hacer ninguna locura.

—*¡Molto bella!* —Una anciana acarició el rostro de Laís y ella le sonrió.

—Gracias, señor.

—Espero que tengas un matrimonio feliz y muchos hijos", me dijo la anciana.

—Gracias. —Dije gracias en un gesto involuntario, pero por un momento pensé que no había nada malo en tener un matrimonio como el de mis padres. Era cierto que yo estaba allí por obligación y haría cualquier cosa por ello, pero combinar lo útil con lo agradable nunca estuvo mal visto. En cualquier caso, los hijos formaban parte de nuestra obligación, ya que un líder sin herederos podía ser sustituido fácilmente. Me las había arreglado bien durante todos esos años, pero se me estaba acabando el tiempo para ser padre.

—¡Felicidades! —Theo se detuvo delante de mí y me di cuenta del tono de desenfreno de su discurso, pero fingí no darme cuenta.

Pensaba que tenía suerte de no estar en mi lugar, pero él y Mateo también tenían roles y funciones dentro de esa familia.

Varios *capi*, jefes mafiosos locales de toda Italia que respondían ante mí, vinieron a felicitarme por la boda. Todos fueron lo bastante sensatos como para no mencionar el incidente de la fuga de Laís. Sonreían, me abrazaban y hacían hincapié en lo guapa que era, hasta el punto de incomodarme. Era mía, y ahora, después de la boda, más que nunca.

Tras los saludos, nos sentamos en una mesa situada en una plataforma, donde todos podían vernos, y nos sirvieron el bufé.

—La comida está deliciosa. —Me sonrió con simpatía.

—Me alegro de que te haya gustado. —Sorbí mi copa de champán sin hacer mucho caso de su comentario.

Metí el tenedor en el plato y también comí.

Permanecimos allí unos instantes hasta que nos invitaron a bailar. Hacía mucho tiempo que no asistía a una boda y había olvidado muchos de los tediosos detalles. Cuando terminó la música, cogí a mi mujer de la mano y la arrastré hasta el lugar que daba a la fuente.

—Es precioso. —Suspiró mientras observaba las estatuas y el agua que caía desde arriba.

Me detuve a su lado y Laís se tomó la libertad de apoyar la cabeza en mi pecho. No se lo reproché. Era el día de nuestra boda y no había motivo para apartarla.

Me metí la mano en el bolsillo y rebusqué en la cartera hasta encontrar una moneda. Luego se la di.

—¿Qué sentido tiene?

—Para que hagas una petición.

—¿Qué petición?

—Lo que tú quieras.

—¿Alguien?

—Pues sí. Cierra los ojos, pide un deseo y tira una moneda a la fuente. Eso es lo que he oído, pero no creo en esas tontas supersticiones.

—Entonces, ¿por qué me diste la moneda?

—Pensé que lo disfrutarías, pero si no es así...

—Haré la petición. —Sostuvo la moneda entre las manos y cerró los ojos, luego la besó y la arrojó a la fuente.

—¿Qué has pedido? —La miré con curiosidad.

—Hay cosas que preferiría no saber", dijo en tono firme, casi imitándome.

—Aprendes rápido.

Se rió y volví a acercar su cara a la mía. Me gustaba el sabor de sus labios.



MAFIA BELLUCCI - LIBRO I

LAIS

Capítulo veinticinco

Después de la recepción, volvimos a la mansión y Marco volvió a separarse de mí. Todavía suspiraba por el momento que compartimos frente a la fuente. Marco estaba demostrando ser un hombre amable cuando estábamos solos, y yo esperaba que mi petición de que fuéramos una pareja de verdad se hiciera realidad.

Me llevó a mi habitación una de las mujeres que me había vestido para la boda. Me quitó el voluminoso vestido y lo sustituyó por una fina camisola blanca, que apenas cubría la lencería del mismo color y el liguero. Estaba expuesta y eso me avergonzaba, por muchas veces que hubiera oído hablar de las intimidades de una pareja y de los deberes conyugales. Sin embargo, a pesar de la vergüenza, estaba deseando volver a estar a solas con Marco. Imaginaba que sería como nuestro primer beso, o incluso más intenso.

Oí que llamaban a la puerta, lo que me hizo volverme. Mis manos sudaban frío y me froté una contra otra.

—Pasa", dije, imaginando que era Marco.

La puerta se abrió con un crujido que hizo que mi corazón se acelerara aún más, pero en lugar de mi marido, la imagen que vi fue la de una mujer alta con ojos dorados como la miel y el pelo rojo como la sangre.

—¿Quién es usted? —Me apoyé en el tocador mientras ella cerraba la puerta.

—Un jersey blanco, ¿en serio? No podría ser más insípido. Estoy seguro de que Marco se cansará de ti muy rápido.

—¡Fuera de aquí! Ya viene. —Tanteé entre los muebles en busca de algo para defenderme de ella.

—¿O qué? ¿Vas a gritar? —Se echó a reír y su voz oscura e histérica resonó por toda la habitación.

—No sé cómo entraste aquí, pero quiero que te vayas.

Me ignoró por completo y se agachó, sacando una hoja afilada de su espinilla. Se acercó a mí y me apuntó al cuello con el arma. Intenté esquivarla, pero me agarró una mano y me chilló al oído.

—En silencio, es mejor callar.

—Soy la mujer de Marco, no puedes matarme si no quieres empezar una guerra.

—Ah, cariño, ¿de verdad crees que llegaría tan lejos por ti? Sólo eres una carga en su vida. Un compromiso que Marco hizo y del que no puede deshacerse.

Tragué saliva y sentí la afilada hoja contra mi garganta. El olor férrico que llenaba el aire era señal de que podía haberme cortado.

La puerta volvió a abrirse, pero ni siquiera me arriesgué a girar el cuello para ver quién era, por miedo a que la cuchilla acabara con el trabajo. No quería morir en ese momento, acababa de casarme y necesitaba averiguar qué sería de mi vida a partir de ese momento.

—¡Suéltala! —Vi cómo la mano de Marco tiraba de la de Donatella, haciendo que el cuchillo cayera al suelo.

Respiré hondo y me llevé la mano al cuello. El corte era fino, pero lo suficiente para doler.

Vi cómo Marco la apretaba contra la pared del otro extremo de la habitación y la mujer ponía los ojos en blanco, como si su actitud le provocara algún tipo de placer.

—¡Mujer loca! —Gruñó, enseñando los dientes como un animal feroz. —¿Cómo has entrado aquí? Voy a...

—¿Qué es lo que pasa? —le interrumpió Donatella. —¿Matarme? ¡Entonces mátame! Demuéstrale a tu prometida lo cruel y despiadado que eres. O puedes follarme delante de ella, tampoco me importa. —Sonrió sombríamente y se pasó la lengua por los labios rojos, enfatizándolos.

—¡Maldita puta! —rugió Marco, golpeando la pared junto a la cara de Donatella, y el brusco movimiento me hizo sobresaltarme.

—Estás asustando a tu virgen. ¿Sabe lo que ya me has hecho y lo que puedes hacerle a ella también?

—Cállate. —Marco le rodeó el cuello con una de sus manos y la mujer no pudo evitar que se le dibujara una sonrisa en la cara, incluso cuando se estaba ahogando.

—Vamos, mátame. —Ella se rió. —Te tiro todo Milán encima.

Marco resopló y la soltó, haciendo que Donatella cayera al suelo como un pesado saco, con el sonido resonando en las tablas del suelo. Antes de que ella pudiera decir nada más, él la agarró por el pelo y la arrastró fuera de la habitación.

Les oí alejarse y me llevé la mano al pecho. No podía ni respirar, era como si el terror me hubiera paralizado el diafragma. Busqué apoyo en el tocador e inspiré y espiré varias veces mientras intentaba normalizarme ante el pánico.

No sé cuánto tardó Marco en volver a la habitación, pero me encontró en la misma posición, estática y con los ojos muy abiertos.

—¿Se encuentra bien?

Moví la cabeza afirmativamente, pero no estaba del todo segura.

—¿Qué te ha dicho? —Me rodeó la cintura con las manos y me desplomé en sus brazos.

—Que te haría un favor si me mataras.

—Donatella tiene serios problemas, pero no debía entrar aquí. Los hombres deben haber estado distraídos con la boda. No volverá a ocurrir, Laís. —Me rodeó con sus cálidos brazos y pude relajarme.

Apoyé la cabeza en su pecho y permanecimos así un rato. Sus latidos normalizaron los míos.

—Te cortó. —Giró la cabeza para examinar la herida de mi cuello.

—No me duele", mentí mientras me cubría la mancha con la mano.

Marco me agarró del brazo y me apartó la mano. Acercó la cabeza a la herida y la lamió, provocando una corriente eléctrica que me recorrió.

—La saliva es un buen cicatrizante. —Me sujetó la nuca y me acarició la mejilla con el pulgar. —Estás preciosa, tienes todo el día.

—Gracias, señor.

—¿Vamos a mi habitación o quieres quedarte aquí?

Levanté la cabeza y busqué su mirada, firme y voraz, que me decía mucho más que sus

palabras. Marco había esperado diez años para tenerme, y lo que acababa de ocurrirle a Donatella no sería excusa suficiente para impedirle seguir adelante, pero lo cierto era que había un fuego que había despertado en mi interior que no quería excusas.

—Tu habitación tiene buena pinta.

Sonrió y pensé que iba a cogerme de la mano para guiarme, pero en lugar de eso me levantó. Le rodeé el cuello con los brazos y me dejé llevar. Marco subió los escalones hasta el tercer piso conmigo en brazos y abrió la puerta de una patada, cerrándola con la misma rapidez.

No había escapatoria, pero yo no quería.

Marco me tumbó y mi pelo se desparramó por la sábana. Me miraba como si me admirara, como si quisiera memorizar cada detalle de mi cuerpo.

—*¡Bella!*

Se arrodilló en la cama y avanzó hacia mí, como el depredador que era. Sus ojos capturaron los míos. No quería mirar a ningún otro sitio que no fuera esa vasta extensión azul.

Marco me cogió la mano con fuerza y me acercó la cara a la suya. Su boca tomó la mía y el beso fue feroz. No tuve miedo de acoger su lengua y dejar que me explorara, que se apoderara de mí, y me rendí. Cuanto más me besaba Marco, más deseaba que me besaran. Sus labios eran ardientes y chisporroteaban como guindillas, quemándome por dentro y por fuera.

Con una mano sujetándome firmemente la cara, la otra se deslizó por mi muslo, pesada, firme y caliente como el carbón, dejando mi piel palpitante, sensible y palpitante por donde pasaba, provocando un efecto aún más intenso en la zona entre mis piernas.

Quería que no parara. Su tacto era bueno y lo deseaba en cada parte de mi cuerpo. Confieso que me había hecho las peores imágenes mentales de Marco mientras estaba en el convento. Me imaginaba a un viejo de aspecto extraño y despreciable, no al apuesto hombre de ojos azules y tacto ardiente como mil fuegos.

Estaba completamente a su merced y ansiaba saber hasta dónde llegaría.

Sus labios descendieron desde los míos hasta mi barbilla. Pude respirar un poco, pero al mismo tiempo me estremecí al sentir su cálido aliento en contacto con mi sensible piel. Su mano subió por el costado de mi cuerpo y alcanzó mi pecho. Gemí suavemente cuando lo apretó a través de la fina tela del jersey.

Cerré los ojos y me dejé llevar por las sensaciones, que se hicieron más intensas a medida que mi pudor desaparecía por completo ante las caricias de Marco. Presionó mi tembloroso pezón y me hizo soltar un gritito, que fue amortiguado por sus labios, que volvían a estar sobre los míos.

Su mano, que apretaba y molestaba mi pecho, bajó hasta encontrar uno de los míos y lo agarró, tirando de él hasta posarlo sobre los botones de su americana. Cuando mis delicados dedos se deslizaron por ellos, comprendí, sin que Marco tuviera que decirlo en voz alta, que quería que se los abriera. Subí la otra mano y, mientras nos besábamos, abrí la americana y se la bajé por los hombros.

Marco me mordisqueó el labio superior y yo puse los ojos en blanco. Gemí ligeramente, pero mis manos no se apartaron de su pecho ni de la noble tarea de quitarle la corbata y la camisa. Ansiaba ver su pecho y sus músculos. Cuando terminé de abrirla, Marco tiró de la prenda hacia atrás y la arrojó a un rincón apartado de la habitación, que me importó un bledo saber dónde

caería.

Pasé mis manos abiertas por su pecho y abdomen hasta el comienzo de su pelvis, donde empezaban sus pantalones. Sentí los negros mechones de vello que bajaban, indicando el camino entre sus piernas. Mi boca salivaba mientras mi mente pensaba en las más diversas perversiones. Las hermanas del convento siempre estaban advirtiendo sobre los peligros de la lujuria, pero yo estaba demasiado ansiosa por probarla.

El corazón se me aceleraba, me temblaban las piernas y las manos, pero no pensaba quitárselas a Marco.

—Mi turno. —Me dedicó una sonrisa pícara con los ojos entrecerrados que me hizo revolverme por dentro de expectación.

Sus manos subieron por mis muslos, se dirigieron a mi cintura y treparon por el lateral de mi cuerpo, llevándose con ellas mi fina e inocente camisola blanca. Ese fue el primer paso para que me tomara por completo. Levanté los brazos y dejé que me la quitara, dejándola sobre la cabecera.

Sus manos volvieron a mi cintura y me bajó las bragas, deslizándolas por mis muslos hasta que me las quitó por la punta de los pies.

Por reflejo, me cubrí con los brazos al darme cuenta de que estaba desnuda, llevando sólo un liguero blanco y unas medias de tres cuartos. Marco se rió mientras me agarraba las muñecas y me las apartaba de los pechos.

—No tienes que ocultarme nada. —Me miró como si pudiera ver mi alma con sus ojos. Imaginé que se refería a mi cuerpo, pero la afirmación parecía extenderse a todos mis secretos.

Asentí con los brazos abiertos y Marco bajó la cabeza. Su lengua encontró la punta endurecida de mi pecho y arqueé el cuerpo al sentirme arrastrada por una corriente eléctrica. Mi grito de sorpresa fue sustituido por un gemido más prolongado cuando Marco envolvió mi pecho con sus labios y empezó a chuparlo, mientras su lengua, muy hábil, jugaba con mi pezón.

Jadeé, retorciéndome y girando sobre la suave sábana blanca, todo mi cuerpo vibrando con cada nuevo estímulo. Realmente estaba disfrutando descubriendo cómo me hacía sentir Marco cuando me tomaba por esposa. Su boca se movió y Marco lamió el valle entre mis pechos, iniciando una nueva oleada de pulsaciones. Podía sentir su aliento, su lengua, sus labios e incluso sus dientes mientras dejaba un rastro húmedo hasta mi sexo.

Abrí mucho los ojos cuando Marco me agarró los muslos por fuera y los separó, y su boca llegó a mis partes íntimas. Imaginaba que los besos no se daban así, pero dejé de pensar racionalmente cuando su boca encontró mi sexo. Marco hundió sus dedos en mi piel, apretando dolorosamente mis muslos mientras su lengua, su aliento y sus labios me mostraban lo que era el placer.

Arqueé el cuerpo, hundiendo la cabeza en la almohada y estiré los brazos, aferrándome al cabecero, mientras mi deseo se retorcía por dentro en medio de sensaciones nuevas y desconocidas, pero increíblemente buenas. Sentí cómo se deslizaba más allá de los labios de mi feminidad y se introducía en el centro de mi placer. La tensión que crecía allí era muy intensa y daba la impresión de que iba a explotar en cualquier momento. Las ganas de gemir eran cada vez más intensas y no podía contenerlas.

La lengua, el aliento y los labios de Marco pronto me demostraron que las sensaciones también podían ser una bomba si estaban bien alimentadas. Con el estímulo adecuado, podía explotar fácilmente. Solté un gemido intenso y toda la habitación a mi alrededor empezó a girar mientras mi éxtasis alcanzaba su punto álgido. Aquella oleada que aún latía hormigueando por mis venas, caliente como la lava, era la mejor experiencia que había tenido en mi vida y ansiaba más.

Marco me lamió la ingle mientras yo seguía poniendo los ojos en blanco, luego subió por mi vientre, pasó por mis pechos y finalmente su boca volvió a la mía, permitiéndome saborear mi propio sabor.

Yo jadeaba, mi pecho subía y bajaba con frenesí, pero seguí besándole porque no quería que parara, pero lo hizo. Antes de que pudiera protestar refunfuñando, vi cómo se quitaba los pantalones y los calzoncillos, quedando desnudo ante mis ojos curiosos. Contemplé su erección y, si no hubiera estado tan entumecida por el éxtasis, me habría ruborizado. No sabía si mi cuerpo sería capaz de soportar semejante volumen.

Marco volvió a ponerse encima de mí y su cuerpo cubrió el mío con una deliciosa presión. Su boca volvió a la mía, dándome otro beso deliciosamente dulce mientras se acomodaba entre mis piernas. Sus manos acariciando mi cuerpo me pusieron más ansiosa por lo que vendría después.

Su miembro rozó mi zona íntima y, por reflejo, cerré las piernas, pero sólo conseguí apretarlo aún más contra mí. Marco frotó su pene contra la entrada de mi canal una y otra vez, haciéndolo palpitar, suplicando ser penetrado. No tenía ni idea de cuánto lo deseaba hasta que lo probé.

—Marco... —Gemí casi como una súplica.

—Tranquila, te estoy preparando. —Sonrió mientras me pasaba el dedo índice por los labios y me lo metía en la boca.

Chupé su dedo por reflejo y, un momento después, Marco retiró su mano y la llevó a mi zona íntima. Me sorprendí cuando, en lugar de su miembro, lo que entró en mí fue su dedo. Me retorcí de placer, flexionando los dedos de manos y pies. Movió el dedo dentro de mí, desencadenando una nueva oleada de placer desconocido y extrayendo un néctar que mojó su mano y mis muslos.

—¿Estás lista? —me preguntó con la boca en la oreja, poniendo de nuevo los pelos de punta.

—Creo que sí. —Escondí mi cara en su pecho, ya que estaba ligeramente avergonzada.

Marco era mi marido, y no haría otra cosa que lo que le correspondía por derecho: tomar mi cuerpo.

Sentí que retiraba el dedo y lo sustituía por otro mucho más grueso. Me agarré a sus hombros, abrazándolo mientras la presión me causaba dolor. Me estaba forzando y no creía que pudiera soportarlo.

Mi grito esta vez fue de dolor e intenté retorcer mi cuerpo para zafarme de él, pero su peso sobre mí no me dejaba llegar muy lejos.

—Me duele -gruñí en señal de protesta.

—Cálmate, Laís. —Volvió a sujetarme la cara con una mano, haciendo que mis ojos volvieran a encontrarse con los suyos. Tan azules, tan serenos.

Nos miramos fijamente, pero antes de que volviera a forzar su entrada en mí, Marco tomó mis labios en otro beso caliente, que derritió las defensas que había levantado a causa del dolor y me

hizo relajarme de nuevo.

Marco se sacudió con más fuerza y sentí cómo me desgarraba. Me abracé a sus hombros en un grito, pero él seguía besándome y esa insistencia hizo que el dolor remitiera pronto y un impulso me hizo acercar mi cuerpo al suyo. Empezó a moverse mientras me acariciaba la cara con una mano y el cuerpo con la otra.

El dolor, muy intenso al principio, remitió con los estímulos y pronto empecé a disfrutar de su presencia en mí y de la sensación de ser llenada por un hombre.

No tardé en notar que Marco dejaba de moverse y que todos sus músculos se ponían rígidos. Busqué su mirada, que estaba firmemente clavada en la mía, y pronto le sentí jadear mientras un líquido caliente llenaba mi vientre.

Se puso encima de mí y me dio unos cuantos besos rápidos más hasta que su respiración se normalizó y se tumbó de lado.

—¿Todavía te duele? —Me cogió la mano y se la llevó a la cara, besándome el dorso.

—Pisa un poco.

—Dejará de doler con el tiempo.

¿Con el tiempo? Me alegró darme cuenta de que Marco tenía intención de hacerlo más a menudo.

—Seguro que sí. —Me moví en la cama y apoyé mi cabeza en su hombro.

No me rechazó, al contrario, me acarició la mejilla de forma cariñosa.

—¿Marco?

—Sí.

Tragué saliva, arrepentido de haber sacado el tema. Sin embargo, si no hubiera sido por aquel momento, quizá nunca habría hablado.

—Quiero aprender a defenderme.

—¿Para defenderse? —Giró la cara para verme mejor y frunció el ceño, ciertamente sorprendido por mi insólita petición.

He dicho que sí.

—Eres la mujer del jefe, tienes un ejército para protegerte.

—Aun así, pueden fallar. No quiero volver a sentirme tan impotente como hoy.

—No quiero que te ensucies las manos, Laís. Prefiero ensuciármelas por ti.

—Es horrible sentir que no puedo hacer nada, Marco. Si no hubieras llegado, Donatella podría haberme matado. —Suspiré y él asintió.

—Lo odio... —inhaló profundamente. -Pero tienes razón. Te entrenaré.

—Gracias, Marco. —Sonreí, girándome para besarle por impulso, pero Marco no me apartó, dejándome disfrutar del sabor de sus labios.

Antes de casarme, temía esa boda, pero en los brazos de Marco, después de que me hubiera tomado por esposa, ya no tenía miedo de lo que pudiera esperarme mientras él estuviera a mi lado.


MAFIA BELLUCCI - LIBRO I
MARCO

Capítulo veintiseis

Dormí con Laís entre mis brazos. No recordaba la última vez que había estado tan cerca de una mujer así y con las barreras bajadas. No estaba acostumbrado a ser el tipo de hombre que se tumbaba en mi regazo y se acurrucaba. Follaba, me corría y me iba después de saciarme, pero con ella era diferente. Laís no estaba allí sólo para satisfacer mis deseos carnales, de hecho esa ni siquiera era su función principal, sino para estar a mi lado como esposa del cabeza de familia. Esto podría cambiarlo todo más allá de lo imaginable.

Salí de la cama, la levanté de mi pecho y la recosté sobre las almohadas con la mayor delicadeza posible para no despertarla. De pie, la miré dormir, como el ángel sereno que era. Parecía tan inocente e indefensa, pero había hecho falta mucho valor para huir de la boda aquella primera vez como lo había hecho ella.

Podía ser mi ángel, mi inocencia en medio del mundo de perversión en el que vivía. No me gustaba la idea de que se ensuciara las manos. No necesitaba matar a nadie, porque yo estaba allí para hacerlo por ella. Sin embargo, comprendía muy bien todos sus miedos. Donatella estaba loca y podría haber hecho algo peor si yo no hubiera aparecido. Laís tenía razón, necesitaba protegerse, me gustara o no.

Vislumbré la mancha de sangre y semen en la sábana, la clara señal de que había arrebatado su virginidad y depositado mi semilla en su vientre. Habían sido diez años de espera para que llegara ese momento. No estaba decepcionado, al contrario, había disfrutado de cada gemido, de cada enfático sonido de su voz mientras se retorcía debajo de mí, pero estaba preocupado. La niña que había dejado en un convento para que la cuidaran unas monjas hasta que fuera mayor de edad tendría que enfrentarse por fin a las decisiones que no había tomado.

Quería pensar que su único problema sería abrirse de piernas para mí cuando quisiera cogerla, lo que, gracias a que era preciosa, no ocurriría unas cuantas veces. Las preocupaciones eran mayores y tenían que ver con todos los enemigos que se había ganado por ser la mujer del jefe. Un hombre necesitaba una familia, pero también acababa ganando un punto débil.

Si los caminos que había tomado mi vida me habían convertido en un demonio, Laís sería mi ángel, y yo sería capaz de convertir la tierra en un infierno si volvían a intentar hacerle daño.

Fui al armario a buscar ropa limpia para ponerme y cuando volví al dormitorio, abrochándome la camisa, la vi sentada en la cama, subiendo la sábana para ocultar su cuerpo. Tardaría un poco en acostumbrarse a estar desnuda delante de mí, pero ¿qué podía esperar de una chica que se había criado en un convento?

—¡Buenos días! —Le sonreí.

—Buenos días. —Ella le dedicó una sonrisa que le iluminó toda la cara e hizo que sus ojos marrones brillaran aún más.

—¿Qué tal estás? —Me senté en la cama más cerca de ella y alargué la mano para tocarle la mejilla. A pesar de su evidente vergüenza, no se inmutó.

—Bien.

—¿Todavía le duele? —Le pongo la otra mano en el muslo, protegido sólo por la fina sábana.

—No más.

—Estupendo.

—Yo... tú...

—¿Qué le pasa? —Insistí en que siguiera hablando.

—Ahora...

—¿Vamos a volver a acostarnos ahora? —le pregunté, extrañado por lo difícil que le resultaba hablar. Movió la cabeza afirmativamente y ocultó su cara sonrojada con la sábana.

—Admito que me gustaría pasar el día contigo en esa cama, pero tengo trabajo que hacer.

—¿No puedes llevarme contigo?

—Mejor no.

—Está bien.

—Quédate aquí. Descansa más, anoche no dormimos mucho. Le pediré a mi madre que te traiga ropa para cambiarte y a una de las criadas que cambie las sábanas. Si necesitas algo, díselo a mi madre y te lo traerá. —Me incliné sobre ella y le toqué los labios de una forma mucho más serena que los besos que nos dábamos durante el sexo.

Cuando me aparté, aún tenía los ojos cerrados y estaba seguro de que su rendición ante mí era profunda. Tras la huida, por fin parecía que la estaba domando. Mi padre era de los que aplastaban a sus enemigos, pero mi madre también me había enseñado algunas lecciones muy valiosas. Era posible cautivar a la gente y hacer que te fuera fiel con un poco de afecto. A mis padres les encantaban los libros con la palabra príncipe en el título, pero *El Príncipe,* de Nicolás Maquiavelo, y *El Principito,* de Antoine de Saint-Exupéry, tenían filosofías muy distintas sobre cómo debíamos llevar nuestras vidas.

—¿Lo volveré a ver hoy?

—Sí, lo hará.

—Qué bonito. —Volvió a sonreír de una forma tan dulce que era contagiosa.

—Dependiendo de cuándo vuelva, puedo enseñarle algunas cosas.

—Sería perfecto.

—Bien. —Le di un beso en la frente y cogí una americana del sillón antes de salir de mi habitación.

Cerré la puerta y bajé al comedor. Llegué a la sala del desayuno y encontré a mis hermanos atendidos por una criada.

—¿Dónde está mamá? —Aparté la silla que había encima de la mesa y me senté.

—Se fue antes con unos soldados. Quería comprar algunas cosas en el centro, pero en realidad no me importaba", respondió Mateo, tirando un racimo de uvas en su plato.

—No quiero que mamá ande por ahí. Es demasiado peligroso", dije en tono serio y enérgico.

—Como si no hubiéramos hablado con ella. —Theo se encogió de hombros mientras untaba su tostada con mantequilla. —Desde luego, somos cabezas duras por culpa de ella.

—Estará bien", me aseguró Mateo, pero yo no estaba nada segura de ello.

—Hablando de bien... —Theo se rió entre dientes. —¿Cómo está tu mujer?

—Bien. —Me tocó encogerme de hombros.

—¿Fuiste amable con ella o actuaste como un loco hambriento? Después de todo, diez años

de espera es mucho tiempo. Aparte del hecho de que ella huyó la primera vez.

—Laís ya no es virgen, pero está bien.

Mateo se rió y me empujó el brazo juguetonamente.

Le miré con una expresión severa que le hizo encogerse.

—¿Por qué no os buscáis vuestras propias esposas en vez de preocuparos por las mías?

—¿Por qué tener una mujer a mi espalda cuando puedo tener varias sin dar ninguna satisfacción a nadie? —preguntó Theo mientras sorbía un vaso de zumo de naranja.

—Somos los putos jefes de Italia, controlamos todo el país. Cuando queramos una mujer, la tendremos", dijo Mateo con convicción, y yo tuve mis dudas.

Podría ser el jefe de la mayor organización criminal de Italia, pero no elegí a mi prometida por amor.

—El matrimonio es importante e implica mucho más que lujuria. Tenemos que hacer que funcione. —Saqué una botella de café y me serví un trago.

—¿Hacer que funcione? —Theo se rió. —Parece que has pasado una buena noche.

Los ignoré, preocupada por mi desayuno.

—Tenemos un cargamento de armas que llegará al final de la tarde. Entraron por el puerto de Barbosa y se dirigen hacia aquí en camiones de electrodomésticos procedentes de China. Necesitamos conseguir la mercancía para reforzar a nuestros soldados. Mateo, asegúrate de que haya más hombres en la casa. No quiero que me sorprendan de nuevo con visitas inoportunas.

—¿Sigues enfadado por lo que hizo Donatella? —Theo frunció el ceño.

—Ojalá hubiera matado a ese cabrón. Se merecía una bala en medio de la frente por lo que le hizo a Laís. ¿Cómo puedes entrar en mi casa y amenazar así a mi mujer?

—Debería haberlo matado. —resopló Mateo.

—La mujer caída en desgracia es ahora el *capo de* una familia muy importante. Milán pertenece a los Rossi desde hace siglos, mujer o no, la respetan y la seguirán. Ir contra Donatella es enfrentarse a los Rossi y estar dispuesto a poner a otra familia al mando del territorio de Milán", reflexionó Theo con sensatez.

—Por eso ayer no la envié a casa en un ataúd, por mucho que lo deseara. —Tomé un sorbo de café, que bajó por mi garganta con un escozor.

— ¿Qué había en ese puto coño para que te hayas liado con esa loca? —Theo puso las dos manos sobre la mesa y me miró interrogante.

—Lo de Donatella es una de las muchas cagadas que he hecho en mi vida. No creo que ninguno de nosotros esté exento de cometer errores como ése", dije pensativo. No quería divagar sobre lo que le había hecho a aquella mujer y por su culpa, pero cuanto más luchaba contra las imágenes, más se apoderaban de mi mente.

Caminé por la habitación mientras la miraba atada a la cama, a merced de todos mis caprichos y dispuesta a conocer mi lado más cruel. No tenía ni idea de lo que era capaz de hacerle a una mujer hasta que empecé a involucrarme con Donatella. Aunque era despiadado con mis enemigos, hacía todo lo posible por no herir a inocentes, pero aquella mujer no era inocente, pero tampoco era mi enemiga.

—¡Vamos, Marco! —gimió con su melodiosa voz. —He sido una chica muy mala. Castígame. Me lo merezco, lo sabes.

Me subí encima de la cama y pasé las cuerdas de la fusta a lo largo de sus muslos antes de golpearlos sin moderar mi fuerza, dejando un verdugón hecho por las cerdas.

Sacudí la cabeza, tratando por todos los medios de alejar aquellas imágenes. Había sido el peor verdugo con Donatella, pero eso le gustaba, sobre todo cuando lo que me instaba a hacer en la cama reflejaba el hombre que era fuera de ella. Tenía que ser firme, a menudo había disparado sin pensar. Había quitado más vidas de las que podía contar, pero también podía ser político y resolver las cosas con conversaciones o simples amenazas. Sin embargo, para el hombre que había sido al lado de Donatella, cuanto más sangriento, mejor.

—Marco, ¿qué pasa? —Mateo me llamó la atención.

—Sí. —Volví a sorber mi café, esta vez con más cuidado.

—Se quedó mirando a la nada.

—Estaba concentrado, pero en nada importante. Pero reforcemos la seguridad aquí en casa y evitemos un reguero de sangre de aquí a Milán.

—Lo haré", le aseguró Mateo.

—Gracias, señor.

—Nadie quiere a tu encantadora y joven esposa muerta, hermano.

—Me alegro de que pensemos igual. —Me levanté de la mesa y me metí la pistola en la cintura. —Voy a acompañar una entrega de mercancías a Ostia. Quiero que vengas conmigo, Mateo. Theo se quedará aquí y velará por la seguridad de la casa.

—¿Quedamos más tarde para la entrega de armas? —preguntó mi hermano mediano.

—Sí.

—Estupendo.

Salí de casa seguida de Mateo, mi hermano pequeño, y nos subimos a un discreto coche sedán, junto con tres de nuestros soldados. Otros nos acompañaban en una furgoneta y otros dos coches. Estos solían esperar cerca, sin dejarse ver, pero yo sabía que la situación siempre se me podía ir de las manos, sobre todo cuando tenía que cobrar el producto.

Desde que nací, estaba preparada para ese momento, pero eso no significaba que no fuera un reto diario. La propia policía era uno de nuestros menores problemas. Pronto me di cuenta de que tenía que ser un excelente gestor de recursos, tenía que controlar a la gente, resolver crisis y lidiar con el ego de los políticos de *la comuna* y los clérigos del Vaticano. También me di cuenta de que todo el mundo tenía un precio, unos más caros que otros, pero todo el mundo podía corromperse con los estímulos adecuados.

Como líder, siempre tenía que tener el control de las cosas.



MAFIA BELLUCCI - LIBRO I

LAIS

Capítulo veintisiete

—Señora. —Una de las criadas llamó a la puerta del dormitorio, mientras yo aún estaba envuelta en una sábana y parcialmente dormida en la cama que tanto olía a Marco.

Mi marido... ¡Esas dos palabras resonaban en mi mente y parecían tener tanto significado!

Yo era suya y sentía que él también podía ser mío. Cerré los ojos una vez más y recordé sus labios sobre los míos y todas las sensaciones que había experimentado la noche anterior.

—¿Señora? —insistió la criada.

—Disculpe, puede pasar. —Me metí en la cama, cubriendo mi cuerpo lo mejor que pude, pero me avergoncé cuando vi la ropa que me había puesto la noche anterior esparcida por la habitación.

Estiré la mano y me bajé las bragas, que Marco había colocado en la mesilla de noche.

La criada me miró y se rió discretamente, pero no hizo ningún comentario.

—El Sr. Bellucci me pidió que le trajera ropa limpia y que cambiara las sábanas.

—Gracias, puede dejarlo ahí. —Señalé una pequeña mesa redonda cerca de la ventana, que estaba cubierta por una hermosa cortina de color crema.

—Sí, señora. —La mujer asintió y puso la pila que llevaba en el lugar que le había indicado y cerró la puerta.

Me levanté rápidamente y giré la llave para encerrarme. Cuando estuve segura de que nadie más entraría, dejé caer la sábana y examiné rápidamente mi cuerpo. Estaba exactamente igual, el único recuerdo visible de la noche anterior era un poco de sangre seca en la cara interna de mis muslos, justo al lado de mis partes íntimas.

Me reí para mis adentros al pensar en los miedos que había aprendido en el convento y que había llevado conmigo hasta justo antes de que me llevara Marco. Desde luego, no era tan terrible como decían. Estaba segura de que, con un poco más de práctica, podría llegar a disfrutar de verdad compartiendo la cama con mi marido.

La lujuria... Un pecado tan terrible podría darme una de las mejores sensaciones.

Me acerqué a la mesa redonda y cogí la ropa limpia que había allí para ponérmela. Era un pantalón de tela suave y una blusa blanca de aspecto cómodo, junto con un conjunto de ropa interior.

Me tomé la libertad de ir al baño y lavarme.

Cuando salí de la habitación para que la camarera la limpiara, busqué a Marco durante unos instantes, pero entonces recordé que no estaría en casa, ya que me había dicho que iba a salir. Asuntos de la mafia, estaba segura. Mejor no preguntar.

Recordé la conversación que había tenido con su madre justo antes de la boda, cuando me había dicho que lo importante era que Marco fuera un hombre conmigo y no con otras personas. Así nuestra unión podría funcionar, y yo quería que así fuera.

—¡Laís, cariño! —Vi aparecer por el pasillo a Rosimeire cargada con unas bolsas, seguida de un hombre que llevaba otras muchas.

—¿Qué es todo esto? ¿Es ropa?

—No, son libros.

—Vaya, tu biblioteca va a recibir un montón de títulos nuevos.

—No es para mí.

—¿A quién va dirigido?

—Nací en la mafia, mi padre era uno de los *capos* de Lorenzo, y aprendí mucho desde pequeño. Imagino que para ti fue un poco diferente, porque dejaste a tu familia cuando eras niño. Pero debes saber que en este mundo hay mucho lujo, pero también mucha pobreza. El negocio de mi familia estaba sobre todo en una zona muy pobre de la ciudad y vi a gente, sobre todo niños, pasando muchas penurias. Les preocupa sobrevivir y el acceso al conocimiento es prácticamente escaso. Después de casarme con Lorenzo, hice un trato con él. Podría ir a la región una vez al año y distribuir libros a los niños. Llevo haciéndolo casi cuarenta años.

—Es una actitud increíble y muy noble por tu parte.

—Sólo una gota en el océano.

—Pero el océano está formado por muchas gotas como ésa. —Sonreí. —¿Puedo acompañarte cuando dones los libros?

Me miró fijamente durante unos minutos, aparentemente reflexionando sobre qué decirme, mientras abría la boca varias veces y se esforzaba por decir algo.

—Hablaré con Marco y le preguntaré.

—Muchas gracias. Será estupendo conocer un poco la ciudad y hacer algo bueno con mi tiempo.

—Ponlo en la biblioteca. —Entregó las bolsas que llevaba al soldado, que asintió.

Después de que el hombre continuara por el pasillo, Rosimeire me cogió del brazo y me acarició la mejilla. Yo seguía sonriendo aunque no sabía por qué me miraba así. Me estaba avergonzando, pero intenté disimularlo.

—Hablando de mi hijo, ¿estás bien?

—¿Por qué no iba a estarlo? —Me acomodé un mechón de pelo detrás de la oreja y volví la cara.

—Ayer os casasteis y pasasteis vuestra primera noche como marido y mujer. La primera vez siempre es dolorosa.

—Tuvo cuidado -dije lo primero que me vino a la cabeza, sin saber cómo hablar de esto con mi suegra.

—¿De verdad?

Moví la cabeza afirmativamente y ella suspiró profundamente, con cara de alivio.

—¡Qué bien!

—Estoy siguiendo tu consejo y considerando al hombre que es sólo conmigo, sin preocuparme de lo que oigo de otras personas o de los rumores.

—Es una gran decisión. Querer que el matrimonio funcione es un paso importante para que realmente funcione. Sé que mi hijo puede no ser una de las personas más fáciles de tratar, pero el primer paso es que tú lo quieras.

—Yo quiero. —Sacudí la cabeza.

Huí de aquel matrimonio por miedo a un hombre que no conocía y que siempre se me mostró

bajo su peor aspecto. Para otros, Marco era el temido jefe de la mafia, el hombre que controlaba el crimen en toda Italia, pero para mí, cuanto más tiempo pasaba a su lado, podía verlo simplemente como mi marido.

Me rugió el estómago y me eché hacia atrás, avergonzada.

Rosimeire se echó a reír.

—Lo siento.

—Aún no has comido nada, ¿verdad?

He dicho que no.

—Vamos a ver si la mesa de café sigue puesta, si no, te llevaré a la cocina a por algo de comer.

—Muchas gracias.

—Vamos. —Me cogió del brazo y fuimos juntos al comedor, con una mesa enorme y espacio suficiente para una familia numerosa.

Nada más llegar a la puerta, nos topamos con Theo, uno de los hermanos de Marco.

—Buenos días, mamá. —Se inclinó para besarla en la mejilla. —Buenos días, cuñada.

—Buenos días, cariño.

—¿Dónde estabas esta mañana? Los hombres dijeron que saliste y Marco no estaba contento.

—Marco se preocupa demasiado. —Hizo un mohín.

—Después de lo que le pasó ayer a Laís, está en alerta. Me ha pedido que aumente la seguridad en la mansión. Voy a conseguir algunos hombres para convertir el lugar en una fortaleza.

—¿Qué le pasó ayer a Laís? —Rosimeire palideció y giró sobre sus talones para mirarme.

Tragué saliva y me llevé la mano al cuello, cubriendo la pequeña herida que tenía allí. Era una fina línea que ya se había pelado, pero me recordó lo cerca que había estado Donatella de matarme.

—É... I... Es que...

—Donatella entró en su habitación y ayer casi la mata.

—¡Santo padre! —Rosimeire se pasó una mano por el cabello castaño y su expresión de asombro y conmoción se hizo aún más evidente. —¿Qué había hecho?

—Marco llegó primero.

—¡Ese desgraciado! —resopló. —Pensé que después de la boda la vería lejos de mi hijo, pero la serpiente que ha criado no suelta el hueso.

—Donatella está furiosa ante la idea de que mi hermano se case con una mujer que no sea ella. Esta serpiente es peligrosa, sobre todo por el poder que tiene en Milán tras hacerse cargo de los negocios de su padre. Una de las peores decisiones que tomó Marco fue aceptar que ella se convirtiera en *capo* y no uno de sus primos.

—Theo, ve y arréglalo con los hombres.

—Sí, mamá. Quedaos aquí hasta que vuelva, y no autoricéis a nadie a entrar en la mansión.

—Me parece bien. —Rosi asintió.

—Ahora vuelvo, mamá. —Le dio un beso en la coronilla antes de seguir caminando hasta desaparecer al final del pasillo.

—Vamos, tienes que comer. —Rosimeire me cogió de los brazos y me empujó hacia el comedor hasta sentarme frente a la mesa puesta.

—Pensé que después de mi matrimonio con Marco, no me tocaría.

—En teoría, así es como funciona. Ninguno de los *capi* se atrevería a desafiar al jefe tocándole un mechón de pelo, pero hay locos como Donatella a los que no les importa atraer una guerra a sus puertas.

—No estoy a salvo, ¿verdad? —Intenté parecer firme, aunque por dentro estaba aterrorizada.

—Cariño -Rosi me tocó la cara y me acarició de forma tierna, casi maternal-, Marco es tu marido. Su trabajo es cuidarte y te protegerá, así que no te preocupes.

—Ayer me clavó un cuchillo en el cuello. —Tragué saliva mientras dejaba que mi suegra notara el moratón.

—¡Dios! Pero estás bien, ¿verdad?

Moví la cabeza afirmativamente.

—Marco debe estar furioso.

—La forma en que la sacó de la habitación no fue nada amistosa. Deseé que la matara. —Me tapé la boca, asombrada por lo que acababa de decir. Si una de las hermanas estuviera a mi lado, me daría uno de los peores castigos por desear la muerte de alguien, aunque fuera una persona que había intentado matarme.

Rosimeire se rió de mi reacción.

—No te preocupes, Laís. No eres el único que quiere a Donatella muerta.

—La vida fuera funciona de forma muy distinta a como lo hacía dentro del convento.

—En el convento, no tenías ni idea de cómo era la vida real, pero aprenderás enseguida.

—Gracias por toda su ayuda.

—Yo no tuve hijas. En cierto modo estoy agradecido, porque el mundo en el que vivimos es mucho más duro cuando naces con tu mismo sexo. Puede que la sociedad sea ya muy liberal en muchos temas, pero la mafia sigue siendo muy machista. Reconozco que es admirable que Donatella esté en la posición en la que está hoy, quizá sólo llegó ahí por estar tan loca. A pesar de todo, siempre esperé con ilusión la boda de mis hijos, tener mujeres y niños en casa. Gran parte de mi alegría se fue con la muerte de Lorenzo y a veces no sé qué hacer, sobre todo con mis hijos sobreprotectores. No quieren verme involucrada en nada que pueda poner en peligro mi vida. En los últimos años, la biblioteca ha sido mi mayor distracción.

—Es increíble. —Sonríe.

—Sí, pero estoy muy contento de tenerte aquí. —Me abrazó y me besó en la frente.

—Me acogen tan bien que me pregunto por qué me escapé. —Me abracé a mí misma, avergonzada.

—No menosprecies tu propio miedo. Existe para hacernos sobrevivir.

—Mucha gente ha pagado el precio de la precipitada decisión que tomé. —Bajé la mirada y miré al suelo. —Me arrepiento mucho de lo que hice por lo que les ha pasado a todos, especialmente a Antonella.

—Conocía los riesgos y su trabajo era vigilarte. No deberías culparte por ello, sobre todo porque a veces los soldados dan su vida por protegernos.

Me froté la mano sudorosa y fría en el costado del pantalón, pero no dije nada más. Rosimeire aún me enseñaría muchas lecciones a lo largo de mi vida sobre cómo ser la mujer del jefe, pero por aquel día, bastaba con asimilarlo.

—Come, necesitas comer.

—Gracias. —Cogí algunas fresas y otros frutos rojos y los puse en un plato pequeño con yogur.

Mi suegra se quedó a mi lado mientras comía y luego fuimos a la biblioteca para que me enseñara los libros, en su mayoría infantiles, que había comprado para los niños de la comunidad donde se había criado.

Rosimeire estaba muy bien adaptada a ese mundo y yo esperaba alcanzar la misma posición. Sería estable, como debía ser la mujer del jefe, y haría que Marco se sintiera orgulloso de tenerme a su lado.

—¿Cuántos libros hay aquí? —Miré a mi alrededor, poniéndome de puntillas mientras daba vueltas sobre el suelo enmoquetado de la biblioteca.

—Miles. —Mi suegra suspiró, apoyándose en el brazo del sofá. —Ha sido mi mayor capricho a lo largo de los años. Tengo piezas de historia de valor incalculable de todo el mundo.

—Tiene un aspecto espectacular. —Me acerqué a una de las estanterías y pasé los dedos por los lomos de un estante alto de madera.

—Lo es.

—¿Rosi? —Me senté a su lado con cierta vergüenza en el estómago.

—¿Qué pasa, cariño? —Me puso la mano en el hombro y me lo acarició suavemente.

—¿Puedo llamar a mi madre?

—¿Decidiste hablar con ella?

Moví la cabeza afirmativamente.

—Me di cuenta de que ella no tenía poder para decidir si me quedaba o venía a Roma con Marco. Podría haberlo dicho en serio cuando dijo que me echaba de menos.

—Creo que sí.

—Así que quiero hablar con ella.

—Vamos al salón. Llamaré a algunos contactos y conseguiré su número.

—Muchísimas gracias. Nunca podré agradecerte lo suficiente todo lo que haces por mí.

—Ahora eres como una hija para mí, Laís. Recuérdalo.

—Estoy muy agradecido.

Rosimeire me abrazó y nos quedamos así unos minutos hasta que me llevó al salón. Me senté en el sillón mientras mi suegra hacía algunas llamadas. Sus hijos eran muy poderosos y su marido un hombre temido, pero yo no dudaba de que ella tenía su propia fuerza. En pocos días me había dado cuenta de que era prácticamente imposible sobrevivir en aquel mundo sin estar a la altura de los leones.

—Sí, quiero hablar directamente con Madalena Barbosa. ¿Quién soy yo? Soy Rosimeire Bellucci... Exacto, la mamá de Marco Bellucci. Bien, esperaré.

Esperé a un lado mientras ella hablaba con alguien al otro lado de la línea que no sonaba como mi madre.

De repente, se me revolvió el estómago. Parecía una decisión tan sencilla querer hablar con ella, pero a medida que me acercaba a ese momento, empecé a temer los recuerdos que podrían o no evocarse durante la conversación. Ya no era la niña que se había marchado de Portugal hacía una década y no podía imaginar lo que esperaría de mí. Durante la boda, apenas la había visto y no sabía si ella, mi padre y mi hermano seguían en Italia.

—Madalena, tu hija quiere hablar contigo. Te la paso.

Contuve la respiración. Tenía miedo y no sabía si había tomado la decisión correcta.

Rosi me pasó el móvil y me lo puse en la oreja. Oía una respiración enfática al otro lado de la línea. *¿Estaba tan nerviosa como yo?*

—¿Laís?

—¿Magdalena?

—¡Hija, soy yo! Me alegro mucho de que me hayas llamado. Llegamos a Portugal por la mañana, y si hubiera sabido que querías hablar conmigo, habría quedado para pasar más tiempo en Roma.

—Por teléfono está bien. —Así era más fácil romper el hielo. Imaginaba que sería aún más incómodo y embarazoso si estuviéramos cara a cara. Era mi madre, pero habían pasado diez años sin ningún contacto y no sabía qué lazos seguían existiendo y cuáles podrían recuperarse con el paso del tiempo.

—¿Te encuentras bien? —preguntó, tratando de romper el hielo.

—Sí.

—¿Cómo va la boda?

—Me estoy acostumbrando.

—Siento que te metieran en la cama de un extraño, un criminal, un hombre muchos años mayor que tú. Dios sabe que si hubiera sido mi elección, no habría ocurrido. Estaba tan desesperada cuando supe que te habías escapado, que temí que te matara.

—Estoy bien.

—¿Está seguro? ¿Fuiste bien recibido?

—Lo hice.

—Tu marido...

—Me gusta Marco", dije sin pensarlo mucho, y no sabía si la palabra gustar era la adecuada en aquel momento, pero me había sentido bien en su presencia desde que mi marido me había perseguido en Milán. En el momento en que me desplomé en sus brazos, fue como si supiera que iba a protegerme.

—¿Te gusta?

—Es amable conmigo, me hace sentir segura.

—¡Qué bien! Me alegra mucho oírte decir eso. Estaba tan preocupada de que fuera un monstruo contigo. Los hombres como él no son fáciles de tratar.

Imaginé que se refería a mi padre, pero preferí no preguntar. Me llevaría tiempo aprender qué y cómo hablarle.

—Voy a colgar ahora...

—¡Laís!

—¿Sí?

—¿Podré llamarles a otras horas?

Permanecí en silencio, acercándome el móvil a la oreja y pensando durante unos minutos.

—No lo sé.

—¿No tienes teléfono móvil?

—No tengo teléfono móvil.

—Puedo pedir que te compren uno", intervino Rosi.

—Se lo agradecería. —Sonreí a mi suegra.

—Será perfecto si tienes tu propio teléfono móvil", dijo mi madre al otro lado de la línea. —¿Tienes papel y boli?

—No sé... —Busqué en la habitación con la mirada hasta que encontré uno y un bloc de notas en una mesita donde estaba el teléfono fijo. —Adelante.

Madalena recitó los números y yo los repetí para asegurarme de que los había entendido bien.

—Sé que no he podido hacer mucho por ti, hija, pero que sepas que estaré aquí para ti. Aunque sólo sea para escucharte.

—Gracias y hasta luego.

—Hasta luego, hija.

Colgué la llamada y le devolví el auricular a mi suegra.

—¿Fue agradable hablar con tu madre? —Me miró analíticamente, tratando de detectar algo en mi mirada.

Antonella solía decir que yo era un libro abierto, pero ¿cómo podía alguien saber algo de lo que yo ni siquiera estaba seguro?

—Creo que me ha hecho bien, pero aún tendré que acostumbrarme de nuevo a su presencia.

—Será cuestión de tiempo que hables más. Podemos buscarte un número de teléfono en Internet. Seguro que Marco podrá conseguirte una tarjeta de crédito para que puedas hacer compras.

—No quiero disgustarte con eso.

—Querida, eso no es ningún problema. Ser la mujer de Marco tiene sus limitaciones, pero también sus ventajas.

—Ya está casada, mamá. No tienes por qué seguir haciéndole publicidad a Marco. —Mateo se rió y yo me volví hacia la voz del hermano menor y vi a los tres entrar en la habitación casi en fila india.

Marco era el último y parecía esconderse detrás de sus hermanos. No me miró directamente hasta que me enfrenté a él, pero nuestros ojos se encontraron durante apenas una fracción de segundo antes de volver la cara.

Theo acabó haciéndose a un lado y me dejó ver mejor a mi marido. La americana que llevaba era oscura, pero pude ver la parte expuesta de su camisa completamente manchada de rojo.

—¡Marco! —Corrí hacia él sin pensármelo dos veces. —¿Qué ha pasado?

—Laís, ¡aléjate de mí! —gruñó en un tono más frío que nunca.

Abrí los ojos sorprendida por su reacción, pero no podía pensar con claridad porque había tanta sangre en su ropa que estaba desesperada. No me había dado cuenta de lo mucho que me

había preocupado por él hasta ese momento. *Había tanta sangre...*

—¿Te has hecho daño? —Intenté abrazarle, pero Marco me empujó hacia atrás, haciéndome tambalear unos pasos y sólo me detuve cuando me apoyé en el respaldo del sofá.

Con los ojos muy abiertos, me quedé mirándole, confusa. Yo era su mujer y creía que una de mis funciones era preocuparme por él.

—Está bien. —Theo me respondió.

—Esa no es mi sangre -dijo Marco distante-. —No quería que me vieras así.

No dije nada más ni hice preguntas. Si toda aquella sangre no era suya, me bastaba. Esta era una de tantas situaciones en las que era mejor no saber qué había pasado. Marco podría no ser un monstruo para mí y tendría que esforzarme para no verlo así.

—Voy a darme una ducha. —Pasó junto a nosotros y subió las escaleras.

—¿Estás bien, cariño? —Rosimeire se acercó a mí y me cogió de la mano.

Moví la cabeza afirmativamente y seguí mirando la escalera por la que ya había desaparecido mi marido.


MAFIA BELLUCCI - LIBRO I
MARCO

Capítulo veintiocho

Abrí la ducha y dejé que el agua caliente recorriera mi cuerpo y limpiara la sangre que había manchado mi pecho y mis brazos. La situación no solía descontrolarse. Se suponía que iba a ser una simple entrega de armas, pero a veces nos enfrentábamos a circunstancias imprevistas.

En la posición en la que nos encontrábamos, los enemigos eran habituales, no sólo la policía, sino otras facciones criminales. La mayoría de ellos no estaban tan locos como para enfrentarse a nosotros de frente, pero en otros aprovechaban pistas y resquicios para intentar atraparnos.

Estábamos cerca del puerto de *Fiumicino* para recoger la mercancía que había llegado a través del mar Mediterráneo cuando nos sorprendieron miembros de otra organización que creían que podían robarnos. En medio del tiroteo, uno de mis hombres recibió un disparo al intentar protegerme y utilicé su cuerpo como escudo para atravesar la lluvia de disparos y llegar hasta mis hermanos y otros soldados. Como resultado, la sangre acabó en mi ropa.

Estaba enfadada porque la situación se me había ido de las manos, pero más aún por haber dejado que Laís me viera así.

Agacho la cabeza y dejo que el agua corra por mi pelo y mi cara.

—Me alegro de que estés bien.

Me di la vuelta y la vi de pie en la puerta del cuarto de baño. Cruzada de brazos, se apoyaba en el marco de la puerta y me miraba analíticamente.

—¿De verdad eres feliz? —Me volví hacia ella y me pasé la mano por el pelo, echándomelo hacia atrás y sacando la cabeza de debajo de la ducha.

Laís se sonrojó un poco al verme completamente desnudo, pero intentó que no se le notara la vergüenza. Yo era el único hombre al que había visto desnudo y quería que siguiera siendo así.

—¿Por qué no iba a estarlo?

—Sin marido, no hay matrimonio.

—Ya no tengo miedo al matrimonio. —Me sonrió y yo le devolví la sonrisa.

—Eso me hace feliz. —Le tendí las manos. —Ven aquí.

Laís no cuestionó el hecho de que la ducha siguiera abierta, simplemente se quitó los zapatos antes de agarrarme de las manos. La acerqué a mí, con ropa y todo, dejando que su blusa blanca se mojara y se volviera completamente transparente, pero desgraciadamente su sujetador push-up no me permitía ver gran cosa.

—Voy a cuidar de ti y de todos los demás en esta casa. —Te cogí la cara y te acaricié la mejilla con el pulgar.

—Seré feliz si te cuidas. —Llevó sus manos a mi pecho, donde más sangre acababa de acumularse.

—Tengo que cuidar de ti", dije bromeando mientras le levantaba la barbilla y hacía que me mirara.

Laís me sonrió amistosamente y yo le devolví la sonrisa. Acerqué su cara a la mía y la besé suavemente, mientras el agua seguía cayendo sobre nosotros. El roce comenzó tranquilo, sereno y en un suave intercambio de caricias, pero cuando hundí mi lengua en su boca, le recordé que

yo no era un hombre tan delicado y la apreté contra la pared de azulejos de la cabina de ducha.

Laís suspiró contra mí cuando mis manos se deslizaron por el costado de su cuerpo y llegaron a sus nalgas, protegidas por sus pantalones mojados.

Ni siquiera me molesté en cerrar la puerta del baño mientras abría hábilmente los botones de su camisa blanca. Pronto la prenda empapada cayó al suelo y mis manos rodearon sus pechos, que no eran demasiado grandes pero tampoco eran pequeños, eran lo bastante grandes como para llenar mis manos.

Mi dulce y delicada esposa era muy inocente, pero igual de deseable. Era tan hermosa como un ángel, por lo que no suponía ningún sacrificio cumplir con mis deberes de marido con ella. La deseaba mucho, y saber que era mía inflaba mi ego.

Le bajé la cremallera del pantalón y tiré de ella hacia el suelo. Laís me sujetó por los hombros y movió la cabeza para que sus labios volvieran a encontrarse con los míos. Puede que sólo hubiera tenido una noche de experiencia, pero ya sabía exactamente lo que quería de ella. Después de estar a punto de morir aquella tarde, sería agradable relajarme en los brazos de mi encantadora esposa.

Mi lengua buscaba la suya cada vez con más avidez, el beso era ardiente y ella una dulce miel que deseaba prodigarme. Mordisqueé su labio inferior y la hice gemir en medio del baile de lenguas mientras recorría su espalda con mis manos en busca del broche de su sujetador. Estaba pegado a ella y frotaba mi firme y palpitante erección contra su vagina, protegida por la fina capa de tela de sus bragas.

Sus delicadas manos recorrieron mis hombros, mi cuello y mi nuca, hasta enredarse en mi pelo, tirando de mis mechones y haciendo que mi boca no se despegara de la suya.

En cuanto me quité el sujetador y lo colgué en la compuerta de la ducha, deslicé mis bragas por sus largas y torneadas piernas e hice lo mismo. Pronto estuvo desnuda, igual que yo. Bajé la boca y mordisqueé la sabrosa piel de su garganta, haciendo que Laís inclinara la cabeza hacia atrás y gimiera suavemente.

Mi polla palpitaba. Me moría por penetrarla e incluso intenté ser un poco paciente, saborearla un poco más, pero lo dejé para otro momento. Quería sentir su canal y el roce de mi cuerpo contra el suyo.

Cogí su pierna derecha y la puse alrededor de mi cintura. Laís era más baja que yo, pero no mucho, lo que facilitaba el sexo de pie. Sujeté sus caderas con una mano y con la otra deslicé mi polla hasta su entrada.

Gimió y me clavó las uñas en los hombros.

—"¿Todavía te duele?", pregunté, preocupada.

—Un poco.

—¿Y qué? —Con una mano todavía firmemente alrededor de su cintura, llevé la otra a su clítoris y lo presioné con el dedo, haciendo movimientos circulares.

Laís dejó escapar un gemido ahogado más largo mientras se revolvía conmigo dentro de ella, apoyada contra la pared de azulejos.

—Eso está bien", admitió en voz baja.

Sonreí mientras empezaba a moverme en su canal. Mis embestidas eran lentas y prolongadas,

para que se acostumbrara a mis idas y venidas, pero yo disfrutaba de la deliciosa presión que su canal ejercía sobre mi miembro.

Levanté la mano que tenía en la cintura y le rodeé el pecho, apretando y presionando el pezón con el pulgar. Volví a saborear la miel de sus labios y aumenté gradualmente el ritmo de mis embestidas dentro de ella.

—Marco... —Laís gimió en mi oído, y mi dedo se movió aún más sobre su clítoris. Las contracciones cada vez más intensas de su vagina sobre mi polla me indicaban que ella también sentía placer. Lo prefería así. No quería que sólo yo disfrutara del acto, porque si era algo que provenía de los dos, sería más probable que lo hiciéramos más a menudo.

Cerré la ducha, la cogí en brazos, aún mojada, y me fui al dormitorio. Estuve lejos de ella unos instantes, pero las protestas de nuestras copas se apagaron cuando me senté en la cama y la acomodé en mi regazo, haciéndola rodar sobre mí, dictando su propio ritmo.

La agarré por la cintura con ambas manos y la ayudé a rebotar más fuerte sobre mí. Disfruté viendo sus pechos balancearse y sus ojos en blanco de placer, e incluso olvidé el día de mierda que había tenido. Quería a mi madre, pero tener una esposa era una razón aún más poderosa para volver a casa todos los días.

Pasé mi mano por su nuca y reclamé el derecho a sus labios. Con tantos gemidos, era difícil seguir besándola, pero intenté que continuara.

No pude contenerme mucho más y me derramé dentro de ella, corriéndome sobre su vientre mientras Laís seguía revolcándose sobre mí.

Estuve jadeando durante unos minutos, pero en cuanto recuperé el aliento, empecé a estimular su clítoris de nuevo y pronto sus gemidos agudos y su pecho subiendo y bajando con frenesí me indicaron que se había unido a mí.

Laís ladeó la cabeza, apoyó la frente en la mía y sonrió mientras me ponía las manos en los hombros.

—Parece que mejora con el tiempo.

—Mejorará mucho cuando te acostumbres. —Le cogí la cara y la besé.

—Debe ser por eso que lo llaman pecado. —Ella se rió.

—Soy un gran pecador.

—Quiero pecar contigo.

—Puedes estar segura de que te haré pecar mucho. —Escruté brevemente su rostro con la mirada.

Sonrió, con las mejillas sonrojadas de un modo que la hacía parecer aún más hermosa.

Le aparté los mechones de pelo que se le habían pegado a la cara sudorosa y la miré fijamente, antes de besarla una vez más y volver a levantarla.

—¿Qué estás haciendo?

—Ahora eres tú quien necesita una ducha. —La dejé plantada en mitad de la ducha.

—Es verdad. —Laís escondió la cara, avergonzada al ver mi semen corriendo por sus muslos.

—Eso es parte de ello. —Me reí mientras volvía a encender la ducha.

La bañé y cuando ambos estuvimos vestidos, salí de la suite.

—¡Marco! —Oí mi nombre y vi la puerta de la habitación de Theo abierta.

Me acerqué a él y me detuve junto al sillón donde estaba sentado. Me crucé de brazos y le miré.

—¿Qué ocurre?

—Parece que Laís y tú os habéis llevado muy bien -se burló. Por la risita que se le escapó, mi hermano mediano debió de oír el polvo que acababa de tener.

—Sólo estaba asustada.

—¿Y lo resolviste todo metiéndote dentro de ella?

—Es mi esposa. Las esposas se preocupan. —Desvié el tema. Nunca había tenido problemas en hablar con mis hermanos de las mujeres que me follaba. Sin embargo, sentía celos y no quería hablar de lo que había pasado, porque no quería que él se imaginara siquiera a Laís desnuda.

—No pensé que acabarías así.

—¿A qué te refieres? —Fruncí el ceño.

—Tan *casado*. —Se rió.

—Este matrimonio es muy importante para todos nosotros. Es mi trabajo hacer que funcione.

—¿Esto no tiene nada que ver con el hecho de que sea guapa?

—Contribuye.

Theo se rió y yo me encogí de hombros.

Salí de la habitación de mi hermano, mientras los votos que había hecho durante la boda resonaban en mi cabeza.

Te acepto, Laís, para que seas mi esposa, para tenerte y conservarte desde hoy, en lo bueno y en lo malo, en la riqueza y en la pobreza, en la salud y en la enfermedad, para amarte y respetarte, hasta que la muerte nos separe.

Había prometido, ante Dios y, sobre todo, ante ella y todos nuestros seres queridos, que la amaría, respetaría y protegería. Puede que la elección de Laís como esposa no se debiera a un acto de pasión desbordante, pero había decidido por mi honor y aceptado tenerla. En cierto modo, pensé que debía estar agradecido, porque las circunstancias de mi matrimonio y de mi mujer podrían haber sido mucho peores.

Me gustara lo que me gustara, me pareciera justo o no, Italia era el centro de la Iglesia católica en el mundo y estas costumbres se reflejaban en mí y en todos los hombres que gobernaba. Si quería que me siguieran, tenía que respetar estas costumbres, honrando a mi esposa.

La preocupación que Laís me había mostrado antes me hizo darme cuenta de que ella también estaba dispuesta a que el matrimonio funcionara, a pesar de haber huido la primera vez. Eso me alivió.

—¿Está lista la cena?

Me sorprendió verla detrás de mí.

—Creo que sí. Es tarde. ¿Por qué no vamos y lo averiguamos? —Le tendí la mano.

—Gracias. —Laís entrelazó sus dedos con los míos y me dedicó una amplia sonrisa que podría haber iluminado toda la mansión. —Hoy he llamado a mi madre.

—¿Lo era? —Me molestó que me lo hubiera revelado, pero la animé a continuar, porque no quería que me ocultara nada.

—Sí.

—¿De qué hablaban? —Cogí el dorso de su mano y me la llevé a la boca, besándola suavemente.

—Casi nada, sigue siendo extraño.

—¿Por qué?

—Hace diez años que no la veo y no sé nada de ella.

—Has pasado diez años lejos de mí. —Le pasé un mechón de pelo por detrás de la oreja y Laís se detuvo en el pasillo, mirándome fijamente.

—Contigo es diferente. Siempre supe que vendrías aquí, que yo sería tu esposa. He oído hablar mucho de ti, aunque no siempre cosas buenas.

—Pero huiste de mí la primera vez.

—Tenía miedo.

—¿Ya no?

Movió la cabeza negativamente.

—Te pertenezco.

—Sí. —Le acaricié la mejilla y ella cerró los ojos, dejándose envolver por mi tacto.

—Espero que algún día puedas pertenecerme.

—Soy tu marido, Laís. Te pertenezco.

Me echó los brazos al cuello y me besó. Yo le devolví el beso con el mismo fervor. La vida era mucho más fácil cuando no nadabas contra corriente. Tenía la opción de ser un marido malo e infiel, simplemente porque podía, o hacerla feliz y, como resultado, ser feliz también.

Una esposa feliz es la garantía de una vida feliz. Recordé lo que me había dicho mi padre sobre las decisiones que había tomado en su matrimonio con mi madre, que tuvo lugar en condiciones similares a las mías con Laís. Entonces no me pareció tan sabio como ahora.

—Vamos a cenar. —Laís volvió a entrelazar sus dedos con los míos y tiró de mí escaleras abajo.

Mientras ella estuviera bien y sonriera, todo iría bien también.



MAFIA BELLUCCI - LIBRO I

LAIS

Capítulo veintinueve

Abrí los ojos lentamente y vi que me estaba mirando, tumbado de lado en la cama con la cara apoyada en la palma de la mano.

—Buenos dias.

—Buenos días. —Sonreí con alegría al mirar esos brillantes ojos azules por la mañana.

Hacía una semana que nos habíamos casado y cada día me sentía más encantada.

—¿Tiene alguna cita importante hoy?

—Nada demasiado importante, ¿por qué? —Trazó el contorno de mi cara con las yemas de los dedos y yo cerré los párpados, completamente rendida al calor de su tacto.

—Prometiste que me enseñarías a defenderme.

—Las armas son peligrosas, Laís. —Noté que fruncía el ceño y me miraba con una expresión poco receptiva, distinta de la forma cariñosa con que me había tratado desde que nos casamos.

—Serán menos si me entrenas para usarlos.

Me miró fijamente durante varios minutos. Su mirada se clavó en la mía y pensé que iba a cambiar de tema, pero respiró hondo y resopló antes de responder.

—De acuerdo, te enseñaré. Te enseñaré, pero recuerda que no es un resquicio para que salgas sin la protección de mis soldados. Donatella no es la única que podría querer hacerte daño por ser mi esposa.

—Me doy cuenta, así que no se puede ser demasiado cuidadoso.

—En eso tienes razón. No se puede ser demasiado cuidadoso. —Acabó cediendo.

—Gracias. —Estiré mi cuello para que mis labios se encontraran con los tuyos.

Marco rodó hasta el borde de la cama y se levantó. Seguí escrutando su cuerpo desnudo mientras se dirigía al armario para coger algo que ponerse. Su espalda era ancha y sus músculos muy definidos. Estaba en plena forma física. Imaginaba que su posición se lo exigía. Tenía que estar preparado para afrontar cualquier situación.

Dejé la manta a un lado y salí de la cama tras él. Abrí un cajón del armario y saqué ropa interior limpia. Me los puse y luego me puse una blusa azul y unos pantalones cortos vaqueros.

Después de arreglarnos, bajamos al comedor donde el resto de la familia se había reunido para desayunar. Rosimeire sonrió cuando sus ojos se cruzaron con los míos y yo le devolví la sonrisa.

—Buenos días, cariño.

—Buenos días. —Acerqué una silla y me senté frente a ella, con Marco ocupando la cabecera de la mesa junto a nosotros dos.

—Prueba estos croissants franceses. —Empujó el plato hacia mí. —Son magníficos.

—Gracias.

—Theo, ¿puedes reunirte con los Fontana en Tivoli por mí?

— Sí. —El hermano mediano bajó la taza de la que bebía para mirar al mayor. —¿Tienes algún otro compromiso hoy?

—Quiero pasar el día con Laís.

Mateo rió con desenfreno, pero su expresión cambió cuando la firme mirada de Marco se

encontró con la suya.

—Prometí enseñarle a usar armas.

—No lo necesita", refunfuñó Theo.

—Ella debe estar aquí con los hijos que vais a tener", dijo Mateo.

—Donatella casi me mata la noche de nuestra boda, y si no hubiera sido por Marco quizá no estaría aquí -me impuse en la conversación de los hombres. Me sorprendió mi propia audacia al decir algo, en lugar de limitarme a seguir lo que decidían por mí, como había hecho toda mi vida. Era la mujer del jefe, y eso tenía que significar algo si quería al menos dar mi opinión.

—Pero Marco te protegió y estás bien aquí.

—¿Y si no siempre puede protegerme? —Me enfrenté a Theo con un poco más de valor al ver que mi marido no me había reprochado mi discurso inicial.

—Es su deber, el nuestro, protegerte. Así como a mi madre y a las mujeres de esta familia.

—¿Marco? —intervino Mateo, llamando la atención de su hermano para poder dar un giro a la conversación.

—Quiero que Laís esté segura, y si cree que necesita aprender a defenderse con sus propias manos para sentirse protegida, me parece bien. No será la primera ni la última mujer de la mafia que aprenda a usar un arma.

—No es más que una muñequita de loza. —Theo se encogió de hombros.

—Sí, mi muñequita. —Marco me sostuvo la mano sobre la mesa, y su gesto bastó para detener el interrogatorio de los hermanos.

Su apoyo a algo que yo consideraba muy importante me hizo inmensamente feliz.

—Haces bien en escuchar a tu mujer, hijo. —Rosimeire le acarició el hombro mientras sonreía amablemente.

Marco no dijo nada, concentrado en su desayuno. Yo hice lo mismo.

Salimos del comedor tras sus hermanos. Marco me condujo a través del hermoso jardín hasta un pequeño edificio, que imaginé que guardaba herramientas de jardinería, pero cuando abrió la puerta, vi un gran espacio con varias dianas y cajas que imaginé que contenían armas.

—¿De verdad quieres hacerlo?

—Quiero hacerlo", dijo convencida.

—Está bien.

Se acercó a una de las cajas, sacó una pequeña pistola y volvió hacia mí, entregándomela.

—¿Has disparado alguna vez?

Moví la cabeza negativamente.

Marco se acercó por detrás y me agarró los brazos, levantándolos hasta que los estiré y apuntó con el revólver delante de mí.

—Ten mucho cuidado con cómo la sujetas. Es crucial para que el tiro sea preciso y estable, y no corras el riesgo de lesionarte. Tu mano más fuerte es la derecha, ¿verdad?

—Sí.

—Con la mano derecha, debe sujetar la empuñadura del arma lo más alto posible. ¿Ves la V entre el pulgar y el índice? Colóquela aquí. —Coloca la mano.

—¿Así?

—Cuando se efectúa el disparo, siempre hay acción y reacción. El disparo va hacia delante y el arma tiende a ir hacia atrás, por lo que es muy importante que la mano esté estable. —Me echó el pelo hacia atrás, lejos del cuello y los hombros.

Intenté no suspirar mientras me acariciaba la piel, pero me resultaba muy difícil. Concentrarse no era fácil con mi marido burlándose de mí de aquella manera.

—Con la otra -me pasó los dedos por el hombro, el brazo y la muñeca para acercar mi mano al arma— le darás estabilidad al arma para que no se mueva hacia los lados ni hacia arriba durante el disparo. Cubre toda la empuñadura con la palma de la mano y mantén los pulgares apuntando hacia delante.

No parecía tan difícil mientras hablaba. Me concentraba porque realmente quería aprender. Saber defenderme o no podía ser decisivo para mi vida en algún momento.

—Utiliza el dedo índice derecho para apretar el gatillo, pero primero tienes que mover el seguro.

Me movió y me apartó la mano, apuntando con el arma a un blanco situado a unos metros.

—¿Puedo disparar?

—Usa la empuñadura para apuntar. —Hizo una señal a una parte por encima del arma.

Asentí y miré al objetivo. Moví la mano hasta alinear el arma con él a través de la palanca de puntería. Antes de que Marco pudiera volver a hablar, apreté el gatillo y me sorprendió la patada que dio el arma, impulsándome hacia atrás. Si mi marido no hubiera estado detrás de mí sujetándome por la cintura, podría haberme tambaleado y caído.

—Ten cuidado -me regañó-. —No es un juguete, Laís, y podría hacerte daño.

—Lo sé, lo siento.

—No pasa nada. —Movió su mano desde mi cintura bajando por mi muslo hasta tocarme la pantorrilla. —Adelanta un poco la pierna y dobla la rodilla. Te ayudará a estabilizar el cuerpo.

Tan cerca de mí, con su cuerpo pegado al mío y mi ropa rozando la suya, podía sentir la erección de Marco asomando por la tela de sus pantalones, y de vez en cuando se apretaba contra mi culo. No era la única que intentaba contener mis instintos.

—Inténtalo de nuevo. —Acercó su boca a mi oreja y se me pusieron los pelos de punta.

Hice otro disparo y esta vez mi cuerpo no fue propulsado hacia atrás.

—Yo lo hice.

—Ahora sólo queda dar en el blanco. —Señaló a la pared del fondo, en el espacio donde deberían haber estado los dos disparos que hice.

—Sí. —Esbocé una sonrisa amarilla.

—Inténtalo de nuevo.

—Por supuesto.

Volví a disparar y esta vez el tiro dio en el blanco, pero muy desviado del centro. Darle a alguien parecía mucho más difícil que en las películas de Hollywood.

—Un poco mejor.

—Lo estoy intentando.

—Tenemos todo el día. —Acarició mi hombro, expuesto por la manga de mi camisa, y lo besó.

—Sí. Gracias por tomarse el día para pasarlo conmigo.

—Habrá un precio. —Volvió a acercar su boca a mi oído y algo se retorció dentro de mí.

—¿Precio? —Tragué saliva mientras palidecía.

—Sí. —Se rió y apretó con más fuerza su erección contra mi trasero.

Mi intimidad palpitaba, recordándome lo mucho que me gustaba tener allí a mi marido.

—Creo que puedo pagar ese precio. —Me reí con una mezcla de perversión y vergüenza.

Había crecido en un lugar que aborrecía que las mujeres se interesaran siquiera por el sexo, pero con Marco parecía imposible no dejarse seducir por aquel pecado.

—Inténtalo de nuevo. —Dio un paso atrás y tuve que hacer equilibrios para no caerme, pues su calor me había dejado tambaleante.

No sé cuánto tiempo seguí disparando, minutos, tal vez horas. Marco puso más munición en el arma unas cuantas veces. Hice algunos disparos afortunados más cerca del blanco, pero no muchos, necesitaría mucha práctica.

—Voy a necesitar más formación.

—Sí, lo hará.

—¿Puedo venir cuando no estés aquí para entrenar? Será bueno para pasar el tiempo. Algunos días no tengo mucho que hacer.

—Veré si uno de los hombres puede venir y guiarte.

—¿Guiarme? —Me humedecí los labios y vi cómo una dosis de ira se apoderaba de su expresión serena. Le había provocado y sólo me di cuenta cuando Marco me quitó la pistola de la mano, la cerró con llave, la tiró al suelo y me agarró de la cintura.

—Eres mía, ¿me oyes? No me hagas imaginar nada.

—No quería que pensaras en ello. Te lo juro.

—Estoy honrando este matrimonio, y espero que sea lo menos que puedas hacer.

Le miré a los ojos enfadada y me di cuenta exactamente de lo que estaba hablando, pero en lugar de echarme atrás, le puse las manos en la cara, haciendo que su expresión se suavizara.

—No quiero otro hombre, Marco.

Antes de que pudiera decir nada más, tiré de él hacia mí. Marco acababa de decir que estaba dispuesto a honrarme y eso era todo lo que yo quería de él. Recordaba bien lo que había oído a las novicias del convento cuando me hablaron del destino que me esperaba al cumplir los veintiún años.

Siempre llegará borracho, después de haber pasado la noche con prostitutas, y te violará hasta que tengas tantos hijos con los que ocuparte que no tendrás fuerzas para quejarte de nada.

Esa podría ser una realidad terrible, pero tuve la suerte de que Marco estaba siendo muy diferente conmigo.

Me agarró de la cintura y de la nuca. Su boca dominó la mía con fuego y hambre. Devoró mi boca con tal ansia que me robó por completo el aire y el equilibrio. Su lengua bailaba con la mía y yo movía la cabeza de un lado a otro en busca del mejor ajuste.

Marco me bajó la cremallera del pantalón, bajó el elástico de mis bragas y gemí fuerte cuando su dedo se deslizó por mis labios hasta encontrar mi clítoris. Le froté la mano, animándole a continuar.

Me empujó hacia atrás y di unos pasos hasta que mi espalda quedó detenida por un mueble de madera. Marco me levantó y me hizo sentar en la superficie. Me apretó los muslos y se acomodó entre ellos. Mi marido interrumpió el beso para deslizar sus labios por mi cuello, provocándome una intensa y deliciosa secuencia de escalofríos.

Marco me subió las mangas de la blusa y los tirantes del sujetador, dejando al descubierto mis pechos. Empujé mi pecho hacia delante en una petición silenciosa, a la que él respondió rápidamente chupando uno de mis pezones. Eché la cabeza hacia atrás mientras todo mi cuerpo clamaba por más caricias de mi marido. Quería su boca allí, por todo mi cuerpo.

—Señor...

En un momento Marco me estaba volviendo loca con su lengua, al siguiente levantaba rápidamente la cabeza y ocultaba mi cuerpo con el suyo, protegiéndome.

—¿Qué haces aquí? —gruñó al intruso que nos había molestado.

Me subí los tirantes y me ajusté la ropa lo más rápido posible.

—Luigi Lombardi está aquí y exige una audiencia con usted. Parece que sus laboratorios han sido robados.

—¡Qué coño! —maldijo Marco. —¿Sabe quién lo hizo?

—Dijo que sólo habla contigo.

—Estoy ocupado.

—No pasa nada. —Sujeté el hombro de Marco. —Adelante. Yo me quedaré aquí a entrenar.

—¿Seguro?

Moví la cabeza afirmativamente y esbocé una sonrisa amistosa.

—Ten cuidado, no quiero que te hagas daño. —Me acarició la mejilla con tanta dulzura que suspiré.

—No lo haré.

Marco me dio un beso rápido y salió del cobertizo, acompañado por el soldado.

Me bajé de donde me había dejado sentado y recogí el revólver del suelo. Me coloqué como Marco me había enseñado y sujeté el arma como él me había indicado. La desenfundé y disparé. Apunté y volví a disparar. Lo hice una y otra vez hasta que se agotó la munición.

Me estaba divirtiendo. Iba a tener que pedirle a Marco que me enseñara a recargar la pistola.

Aproveché el descanso para volver a casa. Tenía hambre y supuse que se acercaba la hora de comer.

Desde el camino de piedra del jardín había un ángulo en el que podía ver la entrada de la casa. A lo lejos, vi a Marco, con Mateo a su lado. Había un hombre arrodillado y otro apuntándole a la cabeza con una pistola. La curiosidad me empujó a quedarme, pero había otra parte de mí que sabía que me arrepentiría.

Marco podía ser un monstruo para los demás mientras siguiera siendo un buen marido para mí, recité en mis pensamientos.

Decidí entrar en la casa por detrás. Entré en el salón y a la primera persona que vi fue a mi suegra sentada en el sofá leyendo un libro.

—¿Va todo bien, Laís?

Moví la cabeza afirmativamente y me senté en el otro extremo del sofá.

—Pensé que mi hijo estaba contigo.

—Necesitaba resolver algo.

Oímos el sonido de un disparo y tragué saliva. Mi mente viajó con la posibilidad de lo que podría haber pasado, pero no dije nada. Tampoco Rosimeire. Con los años, debió de aprender muy bien a fingir que no veía ni oía nada.

—¿Te estaba enseñando a disparar?

He dicho que sí.

—Eso está bien.

—¿Lo sabes?

—Nunca me interesó mucho, pero eran otros tiempos. Creo que es importante que quieras aprender.

—¿Has llevado los libros a los niños? —He cambiado de tema.

—Todavía no. Theo me pidió que lo dejara para la semana que viene. Parece que hay una disputa por el territorio en las calles. No es prudente que me exponga a ningún conflicto.

—Sí. Es mejor esperar. Me pregunto si podré ir. Me encantaría poder hacer algo así contigo.

—¿Hacer qué?

Giré la cabeza y vi a Marco entrando con su hermano pequeño.

—Quiero ir con tu madre a entregar los libros a la comunidad donde nació.

—No tienes por qué hacerlo.

—Sé que no, pero quiero hacerlo.

—Ella sabe lo que quiere. —Mateo empezó a reír, pero se detuvo cuando sus ojos se encontraron con los severos de su madre.

—Le hará bien, Marco", intercedió por mí mi suegra.

—Puede ser peligroso.

—Repartiremos algunos libros y nos iremos a casa.

—La situación allí es caótica.

—Esperaremos a que lo resuelvas todo, como ya he hablado con Theo.

Marco me miró y yo curvé los labios en una sonrisa amistosa, rogándole con la mirada que me dejara salir con su madre. Sería estupendo conocer otras partes de Roma que no fueran el convento y aquella mansión.

—Por favor...

—Cierto, pero se reforzará la seguridad.

—Muchas gracias.

—Tengo hambre. ¿Qué os parece si vamos todos a comer? —Mateo señaló el comedor antes de adelantarse a todos.

Me levanté del sofá y me acerqué a Marco. Me rodeó la cintura con el brazo y me llevó a la habitación. Su madre nos seguía de cerca.

Sabía que, con un poco de ayuda, podía dejarme hacer muchas cosas.

—¿Te ha dado mi madre su tarjeta de crédito? —me preguntó mientras me acercaba una silla para que me sentara.

—Sí, ayer, muchas gracias.

—Si necesitas efectivo, dímelo, pero con una tarjeta puedes comprar prácticamente cualquier cosa.

—Ya he pedido el teléfono móvil. Debería llegar esta tarde o mañana.

—¿Para hablar con tu madre?

—Sí.

—¿Volvieron a hablarse después de ese día?

—Una vez. Está haciendo un esfuerzo.

—Me lo imagino. —Me tocó la cara sin miramientos delante de la familia. —Es difícil no querer estar cerca de ti.

Sonreí avergonzada y saqué mi plato para servirme.

Cada vez estaba más involucrada con Marco y no quería que se rompiera la burbuja que estábamos construyendo.


MAFIA BELLUCCI - LIBRO I
MARCO

Capítulo treinta

Me acomodé en el sillón mientras veía cómo Mateo se servía un vaso de whisky y se acercaba a la ventana, mirando hacia el jardín que se extendía por la enorme finca de la familia.

—Te estás ablandando.

—¿Yo... blando? —Entrecerré los ojos ante la absurda afirmación de mi hermano pequeño.

—Sí, tú. No llevas ni un mes casado y ya pareces estar a cuatro patas con ella.

—No se deje llevar. —Chasqueé los dedos mientras mostraba una expresión indiferente.

Lo único que me faltaba era que mi hermano me echara la bronca por una gilipollez sin sentido como esa.

—Hoy has hecho todo lo que ella quería. Todo lo que tienes que hacer es decirme que estás enamorado.

¿Enamorado? Esa palabra era muy poco habitual en nuestras conversaciones, tanto que me resultaba extraño oírla. Nunca había estado enamorado, no esta vez. Sólo estaba cumpliendo mi compromiso como marido.

—No seas idiota. No quiero que salga herida, así que es prudente pedirle que aprenda a disparar. También sería pertinente asignarle a alguien que le enseñe a luchar y a defenderse.

—¿Todo esto es para defenderla de Donatella?

—Y de cualquier otra amenaza.

—¿Y por qué dejaste que Laís se fuera con nuestra madre a hacer esa estupidez que hace todos los años?

—No puedo dejarla encerrada en esta casa.

—Si tanto te preocupa su seguridad, es lo más prudente.

—Tenemos que proteger a nuestra madre también. Ambas estarán a salvo.

—Tú eres el jefe.

—Sí, así es. ¿Sabes si Theo ha llegado ya? —Cambié de tema. Hablar de mi mujer no nos habría hecho ningún bien en este momento.

Quería a Laís feliz y punto, no quería que Mateo levantara innumerables teorías sobre lo que sentía o no por ella.

—Todavía no. —Dio un sorbo a su whisky.

—Está tardando. ¿Podría ser que algo no salió como estaba planeado? Se suponía que iba a ser una simple reunión.

—Sabes muy bien cómo son los *capi*, todos llenos de ego y desesperados por llamar nuestra atención. Somos los Bellucci.

—Espero que sólo sea eso. —Me rasqué el vello que me crecía en la cara. Ya era hora de afeitarme.

—Hablando de su querida esposa, no hemos vuelto a saber nada de los Costas. En un momento u otro de los últimos diez años, siempre han intentado atacar a los Barbosa y, sobre todo, hacerse con el control del puerto que es nuestra principal ruta atlántica. ¿Se rindieron completamente después de la boda?

—Eso espero, pero no pondría la mano en el fuego por ello. Puede que simplemente se hayan cansado de clavar un cuchillo y estén esperando el momento oportuno para intentar atacar de nuevo.

—Deberíamos aplastarlos de inmediato.

—No es tan simple y esta es la lucha de los Barbosa. Sólo ofrecemos protección en el puerto en caso de que quieran atacar. No necesitamos entrar en una guerra innecesaria y perder hombres y armas. No es el momento de debilitarnos.

Oímos un ruido y Mateo y yo nos volvimos hacia la puerta. Vimos entrar a Theo con la mano en el brazo, sujetando un trozo ensangrentado de su propia camisa.

—Joder, ¿qué ha pasado? —Mateo dejó caer su vaso en el alféizar de la ventana y corrió hacia nuestro hermano.

—Creo que he pinchado algo. —Esbozó una sonrisa amarilla, como si la situación le hiciera gracia.

—Gilipollas, idiota. —Resoplé y Theo se rió. —¿Has llamado al médico?

—Ni siquiera sé cómo me las arreglé para conducir hasta aquí.

—Mierda.

Saqué el móvil y envié un mensaje urgente a uno de nuestros socios, que era médico. No podíamos presentarnos en un hospital cuando nos disparaban, así que los médicos asociados con la mafia nos atendían en casa.

—Siéntate de una puta vez. —Mateo señaló un sofá cerca de la puerta.

—¿En qué demonios te has metido? No puedo creer que te dispararan los Fontana.

—No. Fue muy rápido. Sólo querían discutir algunas cosas triviales, pero después me fui a otro sitio. —Mi hermano hacía muecas e imaginé que se retorcía para no dejar traslucir que sentía dolor.

— ¿Adónde ha ido?

—Recibí un chivatazo de que el asesino de nuestro padre podría estar en un restaurante de Borgo, cerca del Vaticano.

—Apuesto a que fuiste solo.

—Sólo era una pregunta. —Intentó encogerse de hombros, pero apenas podía moverse por el dolor.

—¿Mamá te vio así? —le preguntó Mateo.

—Es mejor que no sueñe.

—Theo, eres como un perro persiguiéndose la cola. Será mejor que dejes de buscar.

—Me estoy acercando, hermano.

—Si es recibir un disparo, ahí lo tienes.

—Joder, parece que a vosotros dos no os importa quién mató a nuestro padre.

—¿Crees que no lo somos? —Era mi turno de levantar la voz. —Derramamos sangre por toda Italia durante meses. Perseguimos a todas las mafias del país y casi llamamos a la puerta de los rusos, pero no llegamos a ninguna parte.

—He dicho que estoy cerca.

—A la mierda lo cercano que eres. Es mi hermano, mi *consigliere* y mi mano derecha. No

quiero arrojarlo a la misma tumba que nuestro padre antes de tiempo.

Theo resopló como un toro, pero no dijo nada.

—Señor, el médico está aquí", anunció uno de los soldados cuando llegó a la puerta.

—Mándalo a mi habitación, estaré esperando allí para que me cosan. —Theo se fue dando pisotones.

Conocía el genio de mi hermano lo suficiente como para estar segura de que no se rendiría con una simple reprimenda mía. Era como si nunca descansara hasta atrapar al culpable de la muerte de nuestro padre, pero mi mayor temor era que Theo acabara corriendo la misma suerte antes de poder vengarse.

—Se va a poner bien, ¿verdad? —preguntó Mateo.

—El disparo, sí.

—No quiero que Theo termine muerto.

—Ninguno de nosotros.

—¿Quizás fue la policía, o alguna mafia sureña que intentó acabar con nosotros antes?

—Podría haber sido cualquiera", murmuré pensativo.

Contrariamente a lo que Theo imaginaba, yo también había intentado mi propia cruzada para encontrar al culpable. No por haber asumido la posición de jefe me había despreocupado de lo sucedido. Para nosotros, la familia siempre es lo primero, y precisamente por eso me detuve, porque no quería perder a nadie más. Mis hermanos y mi madre eran demasiado importantes para mí.

—Creo que también necesita una esposa. ¿Quizá eso le distraiga? —se burló Mateo, y yo fingí no darme cuenta de que se estaba metiendo conmigo.

—Tú también necesitas una", me burlé.

—Si es tan guapa como Laís y gime tanto como ella, ¿quién sabe?

Rugí y él se encogió, pero luego se echó a reír.

—Te domará como mamá domó a nuestro padre.

—Preocúpate de cosas más importantes, hermano. —Me acerqué a la mesa con las bebidas y me serví un trago de whisky.

Mateo siguió riendo, pero no dijo nada más. Para él, mi relación no era más que una diversión. Tanto él como Theo disfrutaban mucho de su soltería y no habían adquirido ningún compromiso por parte de la familia. Para ellos, la visión podía ser muy diferente. Mientras no causaran problemas a la familia, no me importaba con quién se acostaran.

Lo que más me preocupaba de mis hermanos era Theo y hasta dónde podía llegar para vengarse.



MAFIA BELLUCCI - LIBRO I

LAIS

Capítulo treinta y uno

—Hola, mamá. —Esa palabra salía de mi boca con más facilidad después de que lleváramos un tiempo en contacto.

Desde que llegó mi teléfono móvil y me adapté a su uso, Madalena me llamaba todos los días, aunque sólo fueran unos minutos de conversación corriente.

—¿Estás bien, niña?

—Pues sí. —Me quité los zapatos y me acomodé en el sofá de la biblioteca. —¿Y tú?

—Yo también estoy bien. Tu hermano te manda recuerdos.

—Envíale otro.

—No hay problema.

Esperé a que hablara de mi padre, pero no lo hizo. Nunca lo hizo. No necesitaba ser un gran adivino para darme cuenta de que su relación con él no era la mejor. Había lugares donde nacer mujer era la peor mierda que podía pasar, y la mafia era uno de ellos. El mundo parecía haber evolucionado en muchos aspectos, pero la mafia seguía impregnada de costumbres medievales.

—¿Magdalena? —Oí la voz de mi padre al otro lado de la línea y me sentí un poco incómoda, pero no era la única que se estaba poniendo tensa.

—Necesito desconectar ahora, niña. Te volveré a llamar.

—Está bien, mamá.

—Cuídate, cariño.

—Tú también.

No tuve tiempo de decir nada más porque cortó la llamada.

Me quedé mirando el móvil que tenía en la mano durante unos minutos. Todavía me asombraba todo lo que podía hacer con aquel aparato. Era como si tuviera acceso al mundo entero en la palma de mis manos.

—¿Laís?

Giré la cabeza y me sorprendí al ver a Marco en la puerta de la biblioteca.

—Hola... —Una sonrisa involuntaria apareció en mi cara y se hizo aún más grande cuando me di cuenta de que mi marido me devolvía la sonrisa.

Marco entró en la biblioteca y se sentó a mi lado en el acogedor sofá rojo.

—Parece que compartes la pasión de mi madre por este lugar.

—Es uno de los mejores lugares de la mansión y donde encuentro más cosas que hacer.

—¿Y qué estás leyendo en este momento?

—Una novela ambientada en la Arabia del siglo XVIII.

—¿Y te diviertes?

—Sí. —Mis mejillas se sonrojaron y aparté la mirada. Odiaba ser siempre un libro abierto y no poder ocultar fácilmente mis expresiones.

—Romance, ¿eh? —Marco se rió y acercó su cara a la mía. —¿Con escenas explícitas? —me preguntó con la boca en la oreja y no supe si encogerme o estremecerme ante su provocativa cercanía.

—¿No puedo? Son los libros de tu madre, pensé que estaría bien...

Mi marido posó sus labios sobre los míos y me silenció con un tierno beso.

—No me importa lo que leas, mientras sólo lo hagas conmigo. No predico la misma castidad que en el convento, la gente tiene sexo aquí fuera, es natural.

—Qué bien. —Me froté las mejillas encendidas con el dorso de la mano, pero tuve la impresión de que estaban aún más rojas, porque mi marido se reía con ganas mientras me miraba. —Perdón.

—No tienes que disculparte por eso. —Me sujetó la barbilla y me obligó a mirarle. —Sé que no tienes mucho que hacer aquí y sé que puede ser un fastidio estar encerrada en esta casa, pero eres mi mujer, Laís, y soy un hombre con muchos enemigos. No quiero que ninguno de ellos intente hacerte daño.

—Lo comprendo.

—¿De verdad lo entiendes?

Moví la cabeza afirmativamente.

—No significa que nunca te vayas. ¿Qué tal si salimos hoy?

—Me encantaría. —Me invadió la felicidad, aunque no sabía adónde me llevaba mi marido.

—No puedo viajar para una gran luna de miel, pero podemos pasarlo bien juntos.

—Va a ser perfecto.

—Qué bien. —Me acarició la mejilla y me dio otro beso. —Prepárate para nuestra cita dentro de unos minutos. Ponte algo bonito.

Marco se levantó del sofá y volvió a dejarme sola en la biblioteca. Suspiré al verle desaparecer por el pasillo.

Rosimeire tenía razón en todo lo que había dicho sobre su hijo. A pesar de lo que tenía que hacer en nombre de la mafia, estaba siendo un buen marido y haciendo honor a su matrimonio conmigo. La primera vez huí por miedo, porque no me daba cuenta de que podía ser tan feliz y enamorarme cada día más de él.

Me levanté y fui al dormitorio. Elegí un vestido rosa claro, unas sandalias blancas y un bolso del mismo color que los zapatos. Me peiné el pelo ondulado y me maquillé un poco con el maquillaje que me había dado Rosimeire. Elegí colores neutros porque no sabía cómo llevarlos correctamente y no quería parecer recargada.

Bajé al comedor y encontré a mi marido hablando con su hermano. Theo fue el primero en volverse hacia mí y soltar un *¡guau!* Pero pronto se arrepintió cuando su hermano le dio un codazo.

—¿Preparado? —me preguntó Marco.

—Hola.

—¿Adónde vais? —preguntó Theo, curioso.

—No es asunto tuyo", interrumpió Marco.

—Idiota. —resopló mi cuñado, haciéndome reír.

Marco me rodeó la cintura con la mano y me sacó de la habitación. Caminamos hasta el garaje. Marco abrió la puerta de su deportivo negro y se abrió hacia arriba. Esperó a que me acomodara en el asiento del conductor antes de darse la vuelta y coger el volante. Arrancó el

coche y, mientras maniobraba para sacarnos de las verjas que custodiaban la hermosa residencia, me fijé en otros dos vehículos que venían detrás de nosotros. No pude ver cuántos hombres iban en ellos debido a la oscuridad de las ventanillas, pero estaba segura de que nos seguirían a cualquier parte para garantizar nuestra seguridad.

Asomado a la ventanilla del coche, observé los edificios de la ciudad. Toda Roma parecía una mezcla de lo antiguo y lo nuevo, porque en medio de algunos edificios antiguos destacaban otros muy modernos. Era hermoso y fascinante verlo todo de cerca, y no sólo en los telediarios.

Pasamos por delante de la *Fontana de Trevi*, un lugar precioso que nunca olvidaría porque formaba parte del decorado de nuestra boda.

Marco siguió conduciendo hasta que entramos en el aparcamiento de un gran centro comercial. Me sorprendió, porque no era el lugar al que había imaginado que me llevaría. Paró el coche, se dio la vuelta, abrió la puerta y me dio la mano.

Entrelacé mis dedos con los suyos y caminamos hacia la entrada de la galería. Miré hacia atrás y vi que cinco hombres nos seguían a una distancia prudencial, y que había más detrás de ellos. El pequeño ejército intentaba ser discreto, dividiéndose en pequeños grupos y fingiendo que no nos observaban.

Dejé de preocuparme por la escolta y me permití mirar a mi alrededor. El edificio era alto y muy bonito, y pude ver que tenía muchas plantas. El edificio combinaba muy bien lo antiguo y lo nuevo. Había hermosas vidrieras en el techo, con mosaicos de cristales de colores que formaban figuras y diseños geométricos.

—¡Qué bonito es esto! —Apoyé la cabeza en el hombro de mi marido, completamente encantada.

—Es sólo una galería con tiendas.

—¿Por qué me has traído aquí?

—Para ir de compras.

—Ah. He comprado muchas cosas online con la tarjeta que me diste.

—Sí, pero hoy es parte de nuestra gira y quiero darte regalos.

—Gracias, señor.

—Venga, vamos. —Con sus dedos entrelazados en los míos, Marco tiró de mí hacia la entrada de una tienda.

Era una hermosa joyería con paredes decoradas en negro, blanco y dorado, y en sus numerosos escaparates se exhibían collares, pendientes, anillos y pulseras.

—Buenas tardes, ¿en qué puedo ayudarle? —Se nos acercó una vendedora y su mirada se dirigió directamente a mi marido.

Su mirada se desvió hacia Marco y la mujer se echó el pelo rubio hacia atrás. Puede que sólo fuera impresión mía, pero no me gustó nada cómo lo miraba. Marco era mío.

—Mi marido me trajo para comprarme unos regalos. —Apreté sus dedos entre los míos e hinché el pecho.

—Eso es. —Marco me besó en la parte superior de la cabeza.

—Estoy segura de que tenemos las piezas perfectas para usted. —Señaló dos sillas en el centro de la tienda, delante de una mesa.

Marco y yo nos sentamos y la vendedora cogió algunos artículos. Los puso sobre la mesa y nos dejó echar un vistazo. Había tantos colores y modelos que no sabía por dónde empezar a mirar. Las piedras eran encantadoras y brillaban mucho.

—Te quedará genial. Creo que el rojo le sienta bien a tus ojos. —Marco cogió un collar con una mano y me tiró del pelo con la otra, apartándolo para poder ponérmelo en el cuello.

—Esta pieza es preciosa", dijo la vendedora. —Está engastada con rubíes en forma de gota flanqueados por pequeños diamantes.

La mujer me entregó un espejo y examiné el collar que llevaba al cuello. Toqué las piedras rojas con las yemas de los dedos, completamente encantada con la pieza. Cogí el pendiente y me lo puse junto a la oreja para ver cómo me quedaba.

—¿Qué te parece? —me preguntó Marco.

—Es maravilloso. —Volví a colocar el pendiente en el expositor y levanté la mano para coger el collar, pero Marco la retuvo.

—Quédate con el collar, nos lo llevamos.

—Gracias, señor.

—El conjunto cuesta nueve mil euros, señor", dijo la vendedora, con una sonrisa de oreja a oreja.

—A la derecha. —Marco hizo un gesto a uno de sus hombres para que se acercara.

El tipo vestido de negro que estaba fuera de la tienda llevaba una pequeña maleta y se la entregó a su jefe. Marco la abrió y pude ver que dentro había mucho dinero, más del que podía contar. Mi marido sacó varios billetes, los contó rápidamente y se los entregó a la vendedora.

—Gracias. ¿Quiere que se lo empaquete?

—No. Cogió los pendientes y me los dio. —Cogió los pendientes y me los dio. Me di cuenta de que quería que me los pusiera, así que lo hice.

—Son preciosas. —Los examiné en mi oído mientras me enfrentaba al espejo.

—Eres preciosa. —Marco me cogió la mano, me puso el anillo y me besó los dedos, provocando un suspiro no sólo mío, sino de todas las mujeres de la tienda.

—Menudo marido tiene usted", comentó la vendedora.

—Sí, me gusta. —Le acaricié la mejilla y Marco me besó la mano antes de tirar de mí para que le siguiera.

Pasamos por una tienda de cosméticos para mujeres y probé un montón de cremas, perfumes y otros productos de belleza. Salí con cuatro bolsas llenas, que Marco dio a uno de los soldados para que las llevara.

En la tienda de ropa, las bolsas se triplicaron mientras elegía modelos y me pedía que me los probara.

—Éste era perfecto. —Me escrutó cuando salí del probador con un vestido negro muy ajustado.

—¿No es demasiado pequeña? —Me pasé la mano por el costado del cuerpo, desde la cintura hasta los muslos, mostrando la falda. Fue un gesto involuntario, pero hizo que Marco me devorara con la mirada.

—Es perfecto.

Avergonzada, volví al probador, pero antes de que pudiera cerrar la cortina, Marco la levantó, entregándome una percha.

—Pruébalo ahora.

—¿Lencería? —Me avergoncé aún más cuando vi que era un conjunto de bragas y un sujetador.

—Sí, quiero ver cómo queda.

—No pasa nada. —Agarré la percha con dedos temblorosos. A pesar de mi vergüenza, no había razón para negarme a su petición.

Marco descorrió la cortina del probador y me dejó sola dentro. Me quité el vestido y toda la ropa interior para probarme el que me había recomendado mi marido. Era negro, de encaje y las bragas eran tan pequeñas que desaparecían dentro de mis nalgas. Al principio me sentí muy avergonzada, pero luego me sentí *sexy*.

—¿Marco? —Aparté un poco la cortina y asomé la cabeza.

Estaba sentado en un puff, pero se levantó a mi llamada.

—¿Lo has probado?

—Sí.

—Quiero ver cómo resulta.

Miré detrás de él y vi que, aparte de los soldados de la mafia, había otras personas dentro de la tienda, y no quería que nadie más me viera en ropa interior.

Moví la cabeza negativamente y Marco se echó a reír.

—Voy a entrar. —Antes de que pudiera protestar, Marco apartó la cortina del probador y me empujó dentro con su cuerpo.

Cerró la cortina y nos apretujamos en el pequeño espacio cuadrado que contenía un espejo. Mi marido bajó la mirada y recorrió mi ropa interior y las partes expuestas de mi cuerpo. No me inmuté ante su inspección y le dejé verlo todo. Marco me agarró por la cintura y me hizo girar. Sin quitarme las manos de encima, admiró mi espalda, fijándose sobre todo en el trocito de tela que apenas cubría la hendidura entre mis nalgas.

—Precioso. —Acercó su boca a mi oreja y apretó mi cuerpo contra el suyo, apretándome contra el espejo.

—Marco... —Gemí su nombre mientras sus manos recorrían mis nalgas.

—Quiero que te lleves varios juegos de éstas. —Pasó el dedo por el lateral de las bragas, deslizándolo bajo el elástico y el encaje.

—Estamos en el probador de una tienda", refunfuñé mientras su mano recorría el interior de mis bragas hasta llegar a mi monte.

—Lo sé. —Su dedo recorrió mis labios y alcanzó mi clítoris. Tuve que cerrar la boca para no gemir, pero era imposible contener mis sacudidas contra su pelvis.

—Tengo que quitarme esa lencería y ponerme la mía.

—Estoy de acuerdo en que tienes que quitártelo. Es una pena, porque te queda genial.

Pensé que Marco iba a salir del probador y dejar que me cambiara, pero en lugar de eso me bajó las bragas y me las hizo caer hasta las espinillas. Sus manos abrieron la cremallera del sujetador a mi espalda.

—Es difícil vestirse contigo aquí. El espacio es pequeño.

—¿Quién dice que vas a vestirte ahora? —Se mordió el tirante del sujetador y tiró, haciendo que resbalara hasta el suelo.

—Marco y yo estamos en el probador de una tienda.

—Le dije que no me importaba. —Me apartó el pelo hacia un lado y dejó al descubierto mi nuca. Cuando me besó allí, me ardía todo el cuerpo y me costaba pensar con claridad.

Oí la cremallera de sus pantalones y me di cuenta de que los había bajado cuando su miembro se posó entre mis muslos. Marco siguió frotándolo por fuera, rozándolo contra mi intimidad mientras sus manos recorrían mi cuerpo, deslizándose por mis curvas y apretando mis nalgas. Mi marido me mordisqueaba la nuca, los hombros y la espalda y deshacía con su calor cualquier protesta que yo pudiera haber hecho.

Me agarró el culo con fuerza y me hizo inclinarme hacia atrás. Su pene entró en mí sin ninguna ceremonia y yo arañé el espejo en el que estaba apoyada. Era casi imposible no gemir cuando me penetró.

Marco no tuvo reparos en acostarse conmigo en el probador de la tienda. Pronto dejé de preocuparme cuando me invadió el placer. Era como si el escalofrío en el estómago provocado por el peligro de ser descubierta lo hiciera aún más delicioso. Rodé sobre él, frotándome las nalgas, y Marco aumentó el ritmo.

Me mordí los labios con fuerza para no gemir y contarle a la gente de fuera lo que estábamos haciendo los dos, pero era muy difícil. Mis ojos se pusieron en blanco y Marco no cejaba en su empeño. Era como si quisiera oírme gritar de placer.

Su boca recorrió mi cuello, mis hombros y mi oreja, mientras sus manos se deslizaban por mis pechos, el costado de mi cuerpo y mis nalgas. La presión de su cuerpo chocando contra el mío era muy intensa y provocaba estallidos, como si fueran aplausos.

De repente sacó su miembro de mí y tiró de una camiseta que yo había puesto en uno de los ganchos de la pared. Sentí su aliento en mi cuello mientras esperaba a que recuperara el control de su propio cuerpo.

Tiró su camisa al suelo y me dio la vuelta. Mi mirada fue capturada por la suya y me di cuenta de que el azul había sido tomado por el negro de sus pupilas dilatadas. Marco dominó mi boca con la suya y su mano se deslizó por mi cuerpo hasta el centro de mi feminidad. Mientras su lengua se batía ferozmente con la mía, su dedo se movía en círculos sobre mi clítoris.

Pronto el placer me golpeó con toda su fuerza y me temblaron las piernas. Era imposible no gemir, pero por suerte sus labios en los míos amortiguaron el sonido.

Se alejó y yo me apoyé en el espejo, completamente entumecida.

—Ya puedes vestirte. —Salió del probador y me dejó allí.

Tardé unos instantes en recuperarme. Mis piernas apenas soportaban mi peso y mi respiración aún no se había normalizado.

En cuanto pude, me puse la ropa con la que había venido y me arreglé el pelo. Salí con una sonrisa, pero hice todo lo posible para que no se notara que había pasado algo en el probador.

—¿Listo? —Marco deja de juguetear con el móvil y me tiende la mano.

—Quiero llevarme algo más de esa lencería.

—Elegí varios. —Me lanzó una mirada depredadora y fue imposible no ruborizarse de pies a cabeza.

—Gracias, señor.

Pagó la compra y uno de los soldados recibió varias bolsas para llevar.

Marco me sujetó por la cintura y me guió de vuelta al aparcamiento, donde estaba su coche.

—¿Nos vamos a casa? —pregunté, curiosa, mientras me ponía el cinturón de seguridad.

—¿Quieres volver?

—No. Sólo pensé que volveríamos. —Torpemente, me recogí el pelo detrás de la oreja.

—He hecho planes, Laís, y no tengo intención de llevarte hoy a la mansión.

—¿Y adónde me llevas ahora? —Intenté contener mi excitación, pero me fue imposible.

—A un restaurante. Uno de los muchos que tengo.

—¿Tienen restaurantes? —Abrí mucho los ojos.

—Sí, en Roma, Venecia, Milán y otras ciudades de Italia.

—No lo sabía.

—Mi familia tiene muchos negocios legales para blanquear dinero ilícito. Es común en las mafias.

—Ah, ya veo.

—Hay muchas cosas que descubrirás con el tiempo -quitó una de sus manos del volante para acariciarme la mejilla-, pero no tienes que preocuparte por eso. Tengo recursos suficientes para darte el mundo.

—Por ahora, los regalos que me has comprado hoy son suficientes. —Miré el collar por el retrovisor.

—Te mereces estar guapa.

Marco condujo unos minutos más y pronto llegamos a un restaurante precioso y sofisticado, cerca del bullicioso Coliseo, una atracción turística que reunía a gente de todo el mundo. Creo que, como yo, mucha gente no se daría cuenta de que un restaurante así pertenecía a la mafia.

Bajamos a la entrada del establecimiento y Marco entregó la llave a uno de los aparcacoches. Los soldados se quedaron fuera en sus coches y tuve la ilusión de que cenaríamos solos.

Entramos cogidos del brazo, con Marco acariciándome la mano. Mis ojos recorrieron todo el lugar, observando cada detalle. Las paredes estaban revestidas de madera blanca y adornadas con hilos dorados. El techo tenía pinturas que me recordaban a varios frescos que había visto durante mi estancia en el Vaticano. Las mesas estaban cubiertas con un mantel blanco y las sillas, de madera, tenían un tapizado de color claro que también estaba decorado con oro. Era oro, expuesto con todo lujo de detalles.

—Buenas noches. —Marco se acercó a un hombre que estaba de pie en un atril a la entrada.

—¡Sr. Bellucci! —El hombre parecía sorprendido de ver a Marco. No creí que fuera mucho por allí.

—Quiero una mesa para mí y mi mujer.

—Lo arreglaré. Síganme, por favor. —Nos hizo un gesto para que le siguiéramos.

—Si tienes uno cerca de la ventana para poder ver el Coliseo, te estaría muy agradecido.

—En la ventana", le dijo Marco al hombre.

—Sí, señor.

—Aquí no se pide, amor, se exige", me dijo al oído para que sólo yo lo oyera.

De todas las frases que dijo, me centré en una sola palabra: *amor*... Mi marido me llamaba *amor*.

—¿Es éste de su agrado, Sra. Bellucci? —Nos detuvimos junto a una mesa y el hombre la señaló.

Miré la ventana y la mesa, analizando el ángulo.

—Prefiero la de allí. —Señalé al de enfrente.

Marco se limitó a mirar al hombre y éste se dirigió a la mesa de delante, sacó los papeles con los nombres y nos hizo un gesto para que nos acercáramos. Marco me acercó una silla y yo me acomodé antes de que él se diera la vuelta y se sentara frente a mí.

—Trae el menú y tu mejor *sauvignon blanc"*, ordenó Marco.

—Sí, señor.

—¿Sabes algo de vino? —Me incliné sobre la mesa para atraer la atención de mi marido.

—Un poco.

—¿Me vas a decir que también tienes viñedos?

—Tenemos muchos negocios, Laís. Para que lugares como éste no levanten sospechas, hay que mantenerlos a pleno rendimiento.

—¿Me llevarías a ver los viñedos algún día? Tengo muchas ganas de ver uno de cerca.

—Sí. —Extendió la mano y me acarició la mejilla con el pulgar.

—Gracias, Marco.

—Casarse conmigo no fue tan malo, ¿verdad? —preguntó en tono de broma.

—Tengo que disculparme de nuevo por huir. ¡Eres increíble!

—No sé si es la palabra adecuada, pero no quiero ser una pesadilla para ti de ninguna manera.

—Puedes estar seguro de que no. —Besé la punta de sus dedos. —Marco... —Tragué saliva y me detuve a mitad de frase.

—¿Sí? ¡Dilo! No tienes que ocultarme nada, Laís.

—Yo... estoy enamorado de ti.

Vi que movía los ojos, pero luego volvió a una expresión ilegible. Me sentí avergonzada y no sabía si debía haber dicho lo que había dicho. ¿Había lugar para la pasión en el matrimonio que teníamos? Marco no quería ser un monstruo para mí, pero ¿era correcto quererle?

Durante los minutos que me miró sin decir nada, me invadieron las dudas. Pronto me arrepentí de haber dicho lo que había dicho, porque desde luego él no parecía preparado para escuchar esas palabras.

Un camarero se acercó a nosotros y sirvió copas de vino blanco. Su presencia bastó para disolver el tenso ambiente que se había creado. Se lo agradecí y me pregunté si podía fingir que no había dicho nada.

Marco coge su copa, agita el vino, lo huele y bebe un sorbo.

—Bien.

—Gracias, señor. —Agradeció al camarero.

—Pruébalo. —Marco me hizo un gesto para que cogiera mi vaso.

Tomé un sorbo e intenté no hacer muecas, pero no lo hice muy bien mientras Marco se reía.

—¿No te gusta?

—Un poco amargo.

—Todavía hay que entrenar el paladar para apreciar las buenas bebidas.

—Siento decepcionarte.

—No me decepciona. Me gusta enseñarle.

Le sonreí y bebí otro sorbo de vino.

—Tráigale un *rosado* suave", le dijo mi marido al camarero. —Mi mujer sigue bebiendo bebidas para niños.

Me reí y le lancé un beso. Marco me guiñó un ojo a su vez.

A pesar de mi desconcierto cuando le dije que estaba enamorada de él, Marco pronto aligeró el ambiente y volví a sonreír feliz. Puede que no consiguiera que se enamorara de mí, pero podía ser una mujer feliz.

El camarero volvió con otro vino y una copa. Me sirvió una copa y me la bebí. Tenía el amargor del alcohol, pero era mucho más dulce que el que había tomado con Marco. Le di las gracias con una sonrisa y el hombre dejó la botella.

—Ensalada caprese de entrante y raviolis de pato de plato principal. —Marco cerró el menú y se lo devolvió al camarero.

—Lo arreglaré.

—Gracias. —Le di las gracias y Marco no respondió a mi acto de amabilidad.

Giré la cabeza y admiré el Coliseo a través de la ventana. Era de noche, pero las luces resaltaban el enorme monumento contra el cielo oscuro.

—¿Disfrutando de las vistas?

—Mucho.

—Me alegro.

—¿A veces tiene tiempo para eso?

—¿Qué es eso?

—Ir a restaurantes, admirar monumentos, esas cosas más triviales.

—Puedo sacar tiempo para ti.

—Se lo agradecería mucho.

Volvimos a mirarnos, pero Marco apartó la mirada cuando el camarero trajo los entrantes.

Comimos en silencio y pronto llegó el plato principal. Mi marido hizo algunos comentarios sobre la comida, pero me dejó comer tranquilamente.

—¿Tienes sitio para el postre? —me preguntó cuando terminé.

Sacudí la cabeza, asintiendo.

Marco levantó la mano y el camarero se acercó.

—Zabaione gratinado con fresas.

—Enseguida estoy con usted, señor.

—Me encantaría que me trajeras a este restaurante otra vez.

—Hay varios más para que los conozcas.

—También me parece una buena idea.

—Pensé que te gustaría.

Disfruté de mi postre mientras le miraba. Marco parecía aún más guapo cuando me sonreía. Aparte de cómo llegamos al restaurante, durante la cena fui capaz incluso de olvidar que era el jefe de la mafia, y lo vi sólo como mi marido.



MAFIA BELLUCCI - LIBRO I

LAIS

Capítulo treinta y dos

Marco había dicho que esa noche no volveríamos a la mansión y yo estaba ansiosa por saber adónde me llevaría después de cenar. A pesar de haber vivido en Roma durante años, no sabía casi nada de la ciudad. Mi deseo de ser un pájaro libre había muerto durante la época de hambre y frío en Milán, pero cuando estaba con Marco era como si me hiciera volar.

—¿Adónde me llevas ahora? —Envolví su brazo en el mío mientras salíamos del restaurante.

—¿No estás cansado?

—Puedo dormir mañana cuando lleguemos a casa.

Se rió y movió la cabeza negativamente.

—Mi plan incluía un lugar con una cama.

—¿dónde?

—Por allí. —Señaló un bonito hotel al otro lado de la carretera. —Vamos a dormir fuera, pero eso no significa que no vayamos a *dormir*.

—Parece un lugar precioso.

—Ya lo verás dentro. —Me cogió de la mano y me llevó hasta el paso de peatones para que pudiéramos cruzar.

En cuanto pisamos los escalones de piedra amarilla de la entrada del hotel, empezó a caer una fina lluvia y me eché a reír. Aceleramos el paso para entrar en recepción.

—Estuvo cerca.

—En realidad, creo que es una pena.

—¿Por qué? —Fruncí el ceño.

—Me gusta verte mojada. —Me dedicó una sonrisa pícara y me tapé la cara al recordar cuando habíamos tenido sexo bajo la ducha.

—Pues venga. —Le cogí de la mano y le arrastré de vuelta a la acera frente al hotel.

—¿Qué haces? —Se cruzó de brazos y me reprendió mientras las gotas de lluvia caían sobre sus hombros y eran absorbidas por la chaqueta de su americana.

—Bailando bajo la lluvia. —Me pongo de puntillas y abro los brazos para disfrutar de la suave caída del agua.

—¿Estás loco, Laís?

—No, sólo me divierto. —Me balanceaba de un lado a otro mientras la lluvia hacía que el pelo se me pegara cada vez más al cuerpo.

—Te resfriarás.

—Es sólo lluvia, Marco.

—Entremos. —Se acercó a mí y me levantó. Por reflejo, le rodeé el cuello con los brazos y apoyé la cabeza en su hombro.

Mi marido caminó conmigo en brazos hasta el mostrador de recepción y no me soltó cuando llamó la atención de la mujer que trabajaba detrás del mostrador.

—La llave de la suite principal.

—Sí, Sr. Bellucci. —Una de las mujeres se agachó, cogió una llave y se la dio a mi marido.

Conmigo en brazos, Marco se dirigió al ascensor y subió a la última planta del hotel. Me encogí y me froté los brazos cuando el aire acondicionado me recordó que estaba mojada.

—Podría caer enferma. —Marco abrió la puerta y me plantó en el centro de un precioso salón con muebles que me recordaban a siglos pasados. Las paredes estaban decoradas con hermosos cuadros barrocos y las ventanas estaban cerradas.

—Ibas a cuidar de mí.

—No me presiones. —Me sujetó la cara con ambas manos y su mirada volvió a calentarme.

Examiné su ceño fruncido, sus cejas oscuras, sus ojos azules, su nariz en un triángulo perfecto y su boca fina. Me humedecí los labios, llamando su atención sobre ellos, y Marco se inclinó. Sin apartar las manos de mi cara, dominó mi boca y me hizo rehén de su lengua. El ardiente beso me hizo olvidar incluso que mi cuerpo estaba mojado, ya que todo el calor que había perdido con la ropa de abrigo fue sustituido por él.

—Estamos mojados. —Apartó la boca para decir.

—Entonces quítame la ropa -le pedí sin pensarlo demasiado. Habíamos tenido sexo dentro de la tienda, pero había sido demasiado rápido, demasiado urgente. Después del día que habíamos pasado juntos, quería saborear el momento íntimo con mi marido.

No necesité volver a hablar. Marco me subió la mano por la espalda, encontró la cremallera del vestido y me lo deslizó hasta la cintura. Subió las mangas de la prenda y yo moví los brazos para que Marco pudiera empujarla hasta el suelo.

Mi marido volvió a levantarme y cruzó la habitación, entró en el dormitorio y en el cuarto de baño. Me tumbó en una mullida alfombra y abrió la compuerta de la enorme bañera blanca.

Volvió a besarme mientras esperaba a que el agua estuviera a punto para ducharnos. Sus labios se apretaron contra los míos en un roce delicioso mientras yo subía las manos por la americana de su traje y abría los botones. La empujé hacia atrás y Marco extendió los brazos para que pudiera quitársela. En cuanto cayó al suelo, hice lo mismo con su camisa. Esta vez, no iba a estar desnuda sola.

Marco me quitó el sujetador y yo le bajé los pantalones. Me quité las sandalias y él se quitó los zapatos y los calcetines. Pronto se quedó en ropa interior y yo en bragas. Marco cerró la compuerta de la bañera, echó unas gotas de sales de baño del frasco que había en el borde y encendió el hidromasaje, haciendo espuma.

—Ven aquí. —Me tiró de la cintura y me bajó la ropa interior. Giré sobre mí misma hasta que la prenda se deslizó por mis muslos y cayó al suelo. —Hay algo que quiero enseñarte.

—¿Cómo?

—Arrodíllate. —Se sentó en el borde de la bañera y abrió las piernas.

Seguí su ejemplo y me arrodillé entre sus piernas. Marco cogió mis manos y las colocó en su cintura, sobre el elástico de su bóxer. Comprendí que debía quitárselo, así que lo hice, y su miembro brotó inmediatamente, rígido, ante mis ojos. Debido a mi vida marital con Marco, me había acostumbrado a verle como venía al mundo y ya no sentía vergüenza cuando se desnudaba.

Me pasó la mano por la nuca y me agarró el pelo. Pensé que iba a besarme, pero en lugar de eso me bajó la cabeza hasta que la punta de su miembro estuvo muy cerca de mi cara.

—Abre la boca, Laís. —Tenía la voz ronca y notaba su excitación al verme así.

—¿Quieres que...

—¡Chúpamela! Quiero que me chupes. Es simple, solo ponme en tu boca y rodeame con tus labios. Sin dientes.

Con la mano libre, cogió una de las mías y la colocó alrededor de la base de su miembro. Dejé a un lado mi vergüenza, bajé la cabeza y toqué la punta palpitante. Sorbí el líquido que allí se había acumulado y noté que Marco ponía los ojos en blanco esperando lo que yo haría a continuación. Abrí bien la boca y la acomodé en mi lengua, dejando que se deslizara hasta tocar mi garganta.

—"¡Sí!", gimió Marco, moviendo mi cabeza para que subiera y bajara por su longitud.

Puse la otra mano junto a la que ya lo envolvía y sujeté su pene con más firmeza. Marco, agarrándome del pelo, me dictaba los movimientos y me enseñaba a darle placer así. Mi boca salivaba, saboreando el hecho de tenerlo allí.

Mi boca no fue la única parte de mi cuerpo que reaccionó al íntimo beso. Mi sexo palpitaba con cada movimiento que hacía, palpitando, suplicando ser llenado. Era como si no fuera justo que mi boca recibiera atención en lugar de la suya. Cuanto más chupaba el pene de Marco, más deseaba que me penetrara y más frotaba mis muslos entre sí.

Mi marido me soltó el pelo, pero yo seguí moviéndome, cada vez más deprisa y con más fuerza, hasta que me sorprendió su líquido. No dejé de chupar hasta haberme tragado la última gota, y las pulsaciones en mi sexo se volvieron frenéticas.

Me acarició la cabeza y tiró de ella hacia atrás, haciéndome parar.

—Ya está.

Asentí mientras me apoyaba en sus muslos y me levantaba.

Marco me guió hasta la bañera y me hizo sentarme de espaldas a él, entre sus piernas y apoyada en su pecho.

Abrió una pequeña nevera que había a un lado y sacó dos copas y una botella de champán. Descorchó y sirvió un poco para los dos, echando un poco en el agua.

Mi marido chocó su copa con la mía en un brindis y yo di un buen trago, dejando que las burbujas de la bebida me quitaran el sabor astringente de la boca.

Marco también bebió un sorbo antes de dejar la botella y el vaso a un lado. Me enroscó el pelo y me lo puso sobre el hombro izquierdo. Su boca se posó en mi nuca y, por reflejo, moví el cuerpo hacia delante, temblando.

—Eres muy guapa, pero no pensé que te gustaría tanto.

—¿Cómo qué?

—Su olor. —Olfateó mi cuello. —Su sabor. —Lamió mi piel.

—Puedo decir lo mismo.

Antes de encontrarme cara a cara con mi marido, no tenía ni idea de que fuera un hombre tan guapo y deseable.

Con las manos llenas de jabón, me cogió los pechos y me los apretó. Eché la cabeza hacia atrás y me apoyé en su hombro, frotando mi cuerpo contra el suyo. Con sus dientes rozándome el cuello y su lengua jugando con el lóbulo de mi oreja, Marco me acariciaba y jugaba con mis pezones.

Completamente embriagada por la excitación, mi sexo palpitaba y frotaba mi cuerpo contra el suyo, a pesar de que el jabón me hacía resbalar, y sentía mi piel cada vez más caliente.

Cogí una de sus manos y la coloqué entre mis piernas.

—Marco", gemí suplicante.

—¿Me quieres a mí?

Moví la cabeza afirmativamente.

—¡Dilo, Laís! Déjame oír tu voz.

—Sí, por favor.

—Apóyate en el lateral de la bañera.

Me incliné hacia delante y seguí sus instrucciones. Permanecí arrodillada, con los pechos colgando sobre el agua. Marco se acomodó detrás de mí. Giré la cabeza hacia atrás y le miré a los ojos. Fuera oía llover, pero mi marido era lo único que retenía mi atención.

Sentí cómo su firme pene se deslizaba por el valle entre mis nalgas hasta encontrar mi raja palpitante y muy húmeda. Marco me sujetó por la cintura y me penetró de un empujón firme y sin sobresaltos.

Gemí con fuerza y clavé las uñas en la baldosa en medio de los intensos espasmos de placer que me sobrevinieron con la primera embestida. Afortunadamente, en aquella habitación, como en la nuestra, no necesitaba guardar silencio.

—¿Te gusta? —Se movió lentamente y yo chillé.

—Sí... —Murmuré cuando Marco arremetió de nuevo.

Le di la vuelta y le animé a continuar. Pronto los movimientos se hicieron más rápidos y el vaivén frenético. No podía hacer otra cosa que agarrarme a la bañera y gemir mientras mi marido empujaba mi cuerpo hacia delante.

Marco me agarró del pelo mojado y tiró de mí hacia atrás. Con una mano en la cintura y la otra sujetándome con fuerza, me besó el cuello y yo me retorcía de placer con cada embestida.

No pasó mucho tiempo antes de que mi cuerpo estallara en hormigueos que me dejaron completamente paralizada. Con los ojos muy abiertos, miré al techo blanco decorado con alambres y tiritas doradas mientras gemía desde lo más profundo de mi garganta.

Marco sólo dejó de moverse cuando alcanzó el clímax por segunda vez. Su lengua se deslizó hasta mi oído y pude oír sus jadeos mientras ambos esperábamos a recuperarnos de la mecha.

Cuando se sentó en la bañera, me estrechó entre sus brazos y me envolvió. Apoyé la cabeza en su pecho y dejé que me acariciara durante los largos minutos en que no dijimos nada, solo sentimos el calor del otro.

—¿Has disfrutado hoy? —Me ha pasado los dedos por el pelo.

—Sólo hay una cosa que no me gustó.

—¿Cómo? —Su voz se puso tensa, pero siguió acariciándome el pelo.

—Está llegando a su fin.

Marco se rió y me di cuenta de que su semblante se había iluminado.

—Eso no es un problema.

—¿Cómo no íbamos a hacerlo?

—Porque no es el único día así que tendremos.

—Así que estoy deseando que lleguen las siguientes. —Me vuelvo a tumbar.

Nos quedamos en la bañera un buen rato hasta que el agua empezó a enfriarse. Nos dimos una ducha rápida para quitarnos el jabón y nos fuimos a la cama.

Me preguntaba si alguna de las muchas novicias que había conocido en el convento me creería si les hablaba de mi vida como esposa de un jefe de la mafia italiana.


MAFIA BELLUCCI - LIBRO I
MARCO

Capítulo treinta y tres

Estoy enamorado de ti...

Escuché la voz de Laís resonando en mi mente mientras pensaba en la cena que tuvimos juntos hace unos días. Era bueno que mi mujer me quisiera, lo hacía todo mucho más fácil, pero lo que me molestaba tanto era el hecho de no saber qué hacer ni cómo reaccionar, así que acabé desviando el tema. Podría haber dicho cualquier cosa, pero no dije nada. ¿Qué significaba eso? ¿Es que yo también estaba enamorado de mi mujer, quince años más joven que yo?

¿El jefe de la mafia también era capaz de enamorarse?

—¿Marco?

Parpadeé cuando me di cuenta de que Theo me estaba llamando. Salí del coche frente a un viejo edificio abandonado, o eso creían.

Desde hacía años, uno de los *capi*, el jefe de la familia D'Angelo, utilizaba aquel lugar como centro de operaciones en el barrio *de Quadraro,* el territorio que mi bisabuelo había asignado a su familia muchos años antes.

Comprobé la pistola que llevaba en la cintura y me aseguré de que había una navaja escondida en el bolsillo interior de mi americana, antes de atravesar la vieja puerta de hierro detrás de mis hombres y con mi hermano a mi lado. Muchos jefes antes que yo, incluido mi abuelo, tenían la mala costumbre de caminar solos. No me sorprendió que acabaran asesinados por la policía o por rivales.

El suelo crujía cuando lo pisaba. Aquella casa era tan vieja por dentro como parecía por fuera. Esperé a que mis hombres me siguieran hasta que pasé el vestíbulo y entré en el salón. Entré en el espacio poco iluminado, debido a las pesadas cortinas de las ventanas, pero eso no era lo que más me molestaba, sino el olor a polvo.

Miré más de cerca la habitación y vi a Sânzio D'Angelo, el cabeza de familia, sentado en un sillón en el centro de la sala, como un puto rey. Resoplé. Si había un rey en aquel agujero de mierda era yo, pero no podía imaginarme haber llegado tan lejos sólo para enseñárselo.

—Espero que tengas algo muy importante que decirme cuando me trajiste aquí.

—Sabes que no te defraudaría.

—Le escucho. —Me crucé de brazos y le miré fijamente.

—Sólo falta que me digas cuánto me vas a pagar por esta información.

—Primero hablas tú, luego decido cuánto vale. Por tu bien, es mejor que valga al menos mi tiempo, porque tengo mucho más que hacer.

—Quiero un diez por ciento más en la venta de la próxima entrega.

—Exiges demasiado sin darnos nada a cambio. —Theo sacó su pistola de la funda y apuntó a la cabeza del hombre.

Nuestros soldados se movieron, pero también lo hicieron los hombres de D'Angelo. Sabía que mi hermano sólo estaba amenazando, pero si Theo disparaba, fácilmente se convertiría en un tiroteo. No quería ningún derramamiento de sangre innecesario.

—Puedo oírte. —Sujeto el cañón de la pistola de mi hermano y apunto al suelo. —Te daré el

diez por ciento si creo que la información merece la pena.

Theo dio un paso atrás y guardó el arma.

—Mi hijo estuvo en Milán. Está interesado en casarse con una de las primas de Donatella.

—¿Quieres que te felicite? —dijo Theo con dureza.

—Déjame terminar", dijo el hombre. —Fue testigo de su encuentro con el jefe de los Costas de Portugal.

—¿Qué dijeron en esa reunión? —No lo demostré, pero había conseguido mantener mi atención.

Sânzio hizo un gesto y un hombre salió de su lado y se detuvo frente a mí.

—Hablaron de ti y de tu mujer.

—¿Qué en concreto?

—Su matrimonio no les gustaba.

—Ni siquiera Jesús gustó a todo el mundo. Esto no es nada nuevo para mí, sé muy bien que Donatella no quería a Laís en la posición en la que está, pero tiene que aceptarlo.

—Están tramando algo.

—¿Cómo?

—No pude oír toda la conversación. Sus hombres iban a verme y tenía que irme.

—Entonces no hay nada", gruñó Theo.

—Te has ganado la generosidad de mi tiempo -le dije a Sânzio D'Angelo-. —Si quieres el diez por ciento, tráeme la información completa.

—Lo traje, dije que tu esposa está en riesgo.

—Siempre va a correr riesgos. Es la mujer del jefe. —Le di la espalda e hice un gesto a mis hombres para que me siguieran.

Donatella ya era muy peligrosa por sí sola, pero combinada con los Costas podía ser letal. Quería creer que había conseguido proteger a Laís de ella, pero no podría respirar aliviada hasta que ya no hubiera ninguna amenaza.



MAFIA BELLUCCI - LIBRO I

LAIS

Capítulo treinta y cuatro

Finalmente sus hijos dejaron que Rosimeire saliera a entregar los libros que compraba cada año para los niños de la comunidad donde nació. Marco me dejó acompañarla y yo no podía estar más contenta. Sería estupendo salir de la mansión para hacer algo útil en compañía de alguien a quien quería mucho, mi suegra.

—¿Laís?

—¿Hola? —Estaba mirando la calle fuera del coche y me volví hacia Rosi cuando me di cuenta de que me hablaba a mí.

—He hecho una pregunta.

—Lo siento, no te oí.

—Marco y tú estáis bien, ¿verdad? Al menos eso parece, y eso me hace muy feliz, porque mi hijo merece ser feliz, y tú también.

—Creo que sí.

—¿Tú crees? —Frunció el ceño y me di cuenta de que había dicho algo que no debía. Había pensamientos que debía guardarme para mí.

—Lo somos. Sí, lo estamos.

—¿Qué ha pasado, cariño? —Viajábamos en el asiento trasero del coche y ella alargó la mano para tocar la mía, que estaba en mi muslo.

—No es nada.

—Algo parece preocuparla.

—Tienes razón, como siempre. Marco está siendo un buen marido. Es amable, cariñoso y me hace sentir especial.

—Pero...

—Me enamoré de él. No sé si hice lo correcto, pero le revelé mis sentimientos cuando salimos hace unos días y él no dijo nada. Creo que no le gustó. No sé... —Moví la cabeza negativamente. No sabía si debía revelar mis anhelos a mi suegra, pero me estaba molestando demasiado.

—Es poco probable que no le gustara. Es tu marido, ¿por qué no querría que te enamoraras de él?

—Es que... —Tragué saliva, sin saber exactamente qué decir.

—Puede que no lo parezca, pero para Marco todo es tan nuevo como para ti. Dale tiempo, encontrarás la manera de que esta relación funcione, como ya lo estás haciendo.

—Gracias, Rosi. Tus consejos han sido inestimables para mí. No tenía a nadie en quien apoyarme hasta que te conocí.

—Siempre estaré aquí, niña. —Me sonrió amistosamente. —Quiero veros felices a ti y a mi hijo. Sé que en el mundo en que vivimos parece imposible a primera vista, pero sé por experiencia que es posible.

—Sí, es posible. Estoy muy contenta de estar aquí con vosotros. Será estupendo ver otros lugares de Roma e interactuar con otras personas, especialmente niños.

—Es bueno para ti, ya lo verás. Sé mejor que nadie lo terrible que es estar atrapado en esa

mansión, pero es por nuestra propia seguridad. Somos su punto débil y siempre querrán golpearnos.

—¿No se detiene nunca?

—Desgraciadamente, no. Tenemos que someternos a las reglas de este mundo.

—¿Qué ocurre con los que no se inclinan?

—Descanso.

Tragué saliva.

—Sigue así. Lo estás haciendo muy bien. Marco está visiblemente feliz y eso es lo que importa. Dios sabe cuánto recé para que mi hijo saliera de la influencia de esa mujer. Tú eres ese milagro, Laís.

—¿Estás hablando de Donatella?

—Sí. Realmente es cierto cuando dicen que detrás de un gran hombre, hay una gran mujer. Marco era un monstruo cuando estaba con ese demonio, pero tú, cariño, eres un ángel, todo lo que necesitaba para no ser corrompido completamente por la oscuridad que le rodea.

—¿Crees que aún conseguirá lo que quiere, recuperar a Marco?

—Mientras Marco te tenga, no volverá a ceder ante ella.

Sonreí. Debería haberme alegrado por ello, pero entonces recordé la imagen de Donatella con el afilado cuchillo en mi cuello. Rosimeire sabía lo que su hijo necesitaba para mantenerse alejado de aquella mujer, pero estaba seguro de que Donatella tenía los mismos conocimientos.

Estaba tan distraído con mis pensamientos que sólo me di cuenta de que el coche se había detenido cuando Rosimeire salió en cuanto uno de los soldados le abrió la puerta. Me había acostumbrado tanto a que me siguieran a todas partes que ya ni siquiera me molestaba. Estaban allí para protegerme. Con Donatella cerca, más me valía no tentar a la suerte.

Entramos en lo que parecía una escuela pública. Las paredes exteriores estaban pintadas, al igual que las interiores. Vi algunas ventanas dañadas e imaginé que podrían haber sido rotas por algún vándalo. Yo había sido educada en el convento por monjas expertas en diversos campos. Algunas incluso habían sido maestras antes de decidirse por el camino de la devoción eterna. No tenía ni idea de cómo sería estudiar en un lugar así, pero imaginaba que no sería fácil.

Los hombres de Marco se distribuyeron por todo el edificio. Cubrían entradas y salidas, se situaban cerca de las ventanas principales y se colocaban estratégicamente en el gimnasio cuando Rosimeire y yo entrábamos. Me pregunté si la seguridad de las princesas u otras personalidades importantes era tan grande como aquella, o mayor.

Los hombres sacaron cajas y cajas de libros que Rosi había comprado y los pusieron en una pila cerca de la tribuna.

—¿Puedes ayudarme, Laís? —Me hizo un gesto para que me acercara.

—Sí. ¿Qué puedo hacer?

—Ayúdame a distribuir. Los niños llegarán pronto. Estas cajas de aquí -señala— tienen más libros infantiles. Aquellas otras de allí tienen libros para adolescentes que dominan mejor la lectura.

—Bien.

Pronto oí gritos y, cuando me di la vuelta, vi a unos niños caminando en fila india detrás de

unos hombres y mujeres que pensé que podían ser sus profesores.

—Hola", le sonreí a una chica que se me acercó.

—Hola. —Ella le devolvió la sonrisa.

—Esta vez tengo un ayudante", dijo Rosimeire a las personas mayores que se acercaban.

—Le agradecemos mucho su atención a los niños, Sra. Bellucci.

—Es sólo un poco lo que hago para que tengan más conocimientos. Hay muchos títulos diferentes de autores de todo el mundo. Os pido que les animéis a intercambiar los libros una vez que los hayan terminado, para que puedan tener acceso al mayor número posible de historias.

—Sí, lo haremos.

Abrí algunas cajas y repartí los libros a los niños que se me acercaron. La alegría que sentí en aquel momento fue indescriptible. Me emocioné con cada ejemplar que repartí. Comprendí realmente por qué Rosimeire hacía esto cada año. La satisfacción personal de ver a esa pequeña nación tan feliz era enorme.

Pronto se vaciaron las cajas y muchos niños se fueron felices con un libro en las manos.

—¡Señorita! —Uno de los niños tiró del dobladillo de mi falda y yo agaché la cabeza para mirarla.

—¿Qué ocurre?

—¿Puedes leernos? Siempre me gusta que mi madre me lea.

Miré a Rosi y ella movió la cabeza afirmativamente, animándome a cumplir la petición.

—Voy a leer el primer capítulo, ¿vale? —Cogí el libro de la mano de la chica y ella asintió, aceptando mi condición.

Fui al otro extremo del gimnasio y, cuando me senté en el primer escalón de las gradas, vi que se había formado un círculo de niños a mi alrededor. Abrí el libro y los miré antes de empezar a leer.

—Lorenzo subió a la cima de una enorme montaña, con mucho esfuerzo, porque la caminata era empinada, pero cuando llegó arriba, miró a su alrededor y pudo verlo todo desde el punto más alto de la ciudad y se dio cuenta de que la ardua caminata había merecido la pena...

Mientras leía, podía ver la cara de cada niño y su concentración. Estaba haciendo algo sencillo, pero era algo bueno, algo que llegaba al corazón de cada uno de ellos y que me hacía muy feliz. Sin duda, me gustaría formar parte de esos momentos más a menudo.

Antes de darme cuenta, ya había leído mucho más que el primer capítulo y estaba casi a la mitad del libro.

—¿Y qué pasa ahora, jovencita? —preguntó un chico mientras levantaba la mano.

—Tendrá que seguir leyendo para descubrirlo.

—Ah...

—Lo divertido es leer el libro.

—Queremos saber qué va a pasar.

Miré a Rosimeire, de pie justo detrás del círculo de niños, e imaginé que debía de estar esperando a que me marchara, pero no dije nada para no interrumpir.

—¿Quién quiere venir aquí y ocupar mi lugar?

—La niña, continúas, lo cuenta tan bien —dijo otro niño de la pequeña multitud.

—¿Quizás la próxima vez?

Un profesor se me acercó y cogió el libro, ocupando mi lugar.

—Gracias, señor.

—Le damos las gracias por los libros y por dedicar parte de su valioso tiempo a los niños.

Tenía tiempo de sobra, pero por desgracia no siempre podía ir, sobre todo cuando Donatella estaba a la vista.

—¿Nos vamos? —gritó Rosimeire cuando me acerqué a ella.

—Sí. Muchas gracias por traerme. Estoy feliz por el tiempo que pasé con ellos.

—Eres buena con los niños, sin duda serás una gran madre.

No dije nada. Para ser sincera, no sabía qué decir porque no había pensado en cuándo ocurriría. En el convento siempre me decían que Marco me iba a llenar de hijos, pero como todo era tan distinto de lo que predicaban, no me preocupé. No podía estar segura de cómo ni cuándo sucedería. Sabía muy poco sobre la relación entre marido y mujer, porque todo lo que decían era para asustarme. Lo más seguro que sabía era que los niños nacían con el sexo, y teníamos mucho de eso.

Rosi asintió y la seguí por el camino por el que habíamos entrado y hacia el coche en el que habíamos venido, que conducía uno de los hombres que servían a mi marido.

Uno de los soldados se acercó a la puerta para abrirla y, antes de que Rosi y yo pudiéramos acercarnos más al vehículo, una niña se acercó corriendo y me abrazó la pierna.

—Muchas gracias.

Estaba a punto de arrodillarme para abrazarla, para decirle que era yo quien se alegraba por el momento que había pasado con ellos, pero antes de que pudiera mover el cuerpo, oí un estruendo. Giré la cabeza y vi cómo un fogonazo se apoderaba del coche. No tuve tiempo de pensar racionalmente ni de reflexionar sobre lo que estaba ocurriendo antes de que una fuerza muy intensa me impulsara hacia atrás y me hiciera volar unos metros.

Entonces todo se oscureció.


MAFIA BELLUCCI - LIBRO I
MARCO

Capítulo treinta y cinco

Dejé el mapa que estaba analizando y miré a mis hermanos, que me miraban fijamente en busca de una solución al conflicto de *Gregna*.

—¿Qué crees que deberíamos hacer? —preguntó Mateo.

—Quieren apoderarse de la zona y no quiero dolores de cabeza. Así que no dejes que se convierta en una guerra de bandas. Se acercan las elecciones para elegir al nuevo alcalde de Roma y, si queremos que nuestro candidato sea reelegido, más vale que la ciudad parezca lo más segura y pacífica posible.

— ¿Qué quieres que hagamos con los paganos? —Theo se apartó de la ventana y se acercó a la mesa, deteniéndose frente a mí.

—Haz que aprendan una lección. Si eso no basta, aplástalos, pero asegúrate de que no salga nada en los periódicos ni en la televisión. Mantente en contacto con los editores. Quiero garantías de que hasta las elecciones no habrá incidentes que puedan cambiar la opinión pública sobre el alcalde.

—El discurso del cardenal Muller se emitirá esta noche, y me ha asegurado que transmitirá un sutil mensaje de apoyo al actual alcalde. Sabe lo decisiva que es la opinión del clero.

—Asegúrese de que lo hace o recuérdele que olvide cualquier posible indicación...

Mi discurso fue interrumpido por un hombre que entró jadeante en mi despacho. Llamó a la puerta, pero la abrió antes de que yo o uno de mis hermanos pudiéramos decir nada.

Gruñí y Theo le apuntó con una pistola.

—¿Cómo te atreves a irrumpir así? —Me levanté de la silla y golpeé la mesa con las dos manos en un acto de furia.

—Lo siento, señor, pero ha ocurrido algo terrible.

—¿Qué era tan terrible para atreverse a provocar la ira del jefe?

—Una bomba explotó en el coche en el que viajaban su esposa y su madre.

—¿Bomba? —repetí con incredulidad, y por primera vez en años sentí que me flaqueaban las piernas.

Me había enfrentado a innumerables retos a lo largo de mi vida, y también me había enfrentado a la muerte de diferentes maneras. Creía que estaría preparado para todo, porque había sido creado para ello. Sin embargo, en ese momento me di cuenta de que había algo que podía hacerme estremecer.

—Laís...

—Ella y su madre están en el hospital. Fueron llevadas allí por los hombres que estaban con ellas.

—¿Qué hospital? —Empujé el escritorio y salí de detrás de él, tropezando prácticamente con el despacho y agarrando al hombre por el cuello. Lo levanté en el aire y se ahogó. —¿Qué puto hospital?

—*San Giovanni.*

Dejé caer al hombre al suelo y cayó como un saco de fruta podrida. Avancé hacia el pasillo,

pero Mateo me agarró del brazo, reteniéndome.

—¡O vienes conmigo o te apartas de mi camino! —rugí como el león feroz que era.

—Déjame conducir -Mateo me soltó el brazo y él y Theo me siguieron hasta el garaje. Me subí a un Ferrari con Mateo y dejé a Theo para que se organizara para que él y los soldados le siguieran en otros coches.

Mientras Mateo conducía, mi mente viajaba entre innumerables posibilidades y me sentía cada vez más angustiada. Si estaban en el hospital, significaba que seguían vivos, pero ¿en qué estado? Era imposible imaginarlo.

Sentí un dolor en el pecho que nunca antes había sentido. Estaba preocupada por mi madre y, por la cara de mis hermanos, ellos también, pero mi desesperación era obviamente mucho mayor que la suya. Pensar en la posibilidad de que a Laís le hubiera pasado algo me volvía loca.

Estoy enamorado de ti... Recordé su declaración durante nuestra cena. En ese momento no pude responderle, porque no creía que me enamoraría, eso no era para hombres como yo. Yo sería un marido digno y ella una buena esposa. Eso era todo lo que podíamos tener, al menos eso pensaba hasta que experimenté la agonizante y terrible sensación de la desesperación. *¿Qué pasaría si la perdiera?*

Sacudí la cabeza, no quería pensar en esa posibilidad, era inútil. En mi posición no había lugar para la desesperación. Siempre tenía que actuar con frialdad, pero esta vez no sería capaz.

—Cálmate, Marco. Tu mujer está bien -dijo Mateo, intentando tranquilizarme. Mi hermano me conocía lo suficiente como para saber el *nombre de* mi desesperación. —Mamá también lo estará.

—¡Quiero sangre! ¡Quiero al bastardo que intentó matarla descuartizado y su cuerpo esparcido por toda Roma!

—Tranquilo, hermano.

No podía convertir la ciudad en un salvaje Oeste en vísperas de las elecciones, pero era muy difícil pensar racionalmente.

Mi hermano paró el coche delante del hospital y yo salí antes de que apagara el motor. Atravesé las puertas dobles y llegué a recepción jadeando, pero cualquier cansancio físico era irrelevante ante el martirio mental.

—¿Dónde están?

—¿Quién, señor? —preguntó una de las enfermeras al acercarse a mí.

—Mi madre y mi mujer, ¿dónde están?

—¿Quiénes son?

—Sr. Bellucci. —Apareció uno de mis hombres y la enfermera retrocedió unos pasos al oír mi nombre.

—¿Dónde?

—Venga conmigo, por favor. —Me hizo un gesto para que le siguiera y le seguí por un largo pasillo blanco hasta que entramos en un ascensor al final de la sala.

Subimos unos cuantos pisos. Notaba cómo se me aceleraba el corazón, lo que se reflejaba en mi respiración y en el sudor que hacía que los mechones de mi pelo se me pegaran a la frente.

—Ellos... —Ni siquiera pude terminar de hablar.

—Están vivos, señor. Los trajimos aquí para que pudieran ser examinados. Sólo Andreoli, que era el encargado de conducir, voló por los aires junto con el coche. Fue un milagro que ambos estuvieran lejos del vehículo cuando abrió la puerta.

—¿Quién puso la bomba?

—No vimos nada.

—¿Cómo pudiste no ver nada? —Estaba a punto de perder los nervios. Se habían metido con lo único intocable para mí, mi familia.

—Todos estábamos muy concentrados en protegerlos.

—¡Y fracasaron miserablemente, bastardos inútiles!

—No esperábamos una bomba, señor.

—Hay que estar preparado para todo.

La puerta del ascensor se abrió y no dijo nada más. Salí a otro pasillo blanco y vi las puertas de varias habitaciones. El hombre caminó delante de mí y me guió hasta una de ellas. Abrí el picaporte enseguida y vi a Laís tumbada en la cama y, junto a ella, a mi madre, de pie, con algunos empleados del hospital.

En una rápida búsqueda con los ojos, vi que mi madre tenía algunas heridas superficiales, pero estaba bien. Lo que realmente me desconcertó fue el hecho de que Laís estuviera tumbada en la cama.

—¡Apártense! —Empujé a los profesionales médicos.

Me detuve junto a la cama y ella me sonrió.

—¡Marco!

Miré a mi mujer y vi que tenía un moratón en la cara y los brazos raspados.

—¿Qué tal?

—Estoy bien. —Me sonrió de la forma socarrona que siempre lo hacía.

—¿Por qué estás tumbado?

—Me estaban haciendo unas pruebas, pero sólo me hice un rasguño, no hay de qué preocuparse.

—¡Ven aquí! —La agarré de la cabeza y la levanté, haciendo que se sentara. Laís giró las piernas y las puso sobre la cama. —Yo también. —No dije la frase completa porque no estaba acostumbrada a expresar con palabras esos sentimientos.

La forma en que Laís me rodeó el cuello con sus brazos y me sonrió me bastó para darme cuenta de que había entendido de lo que le hablaba.

—¡Todo el mundo fuera! —Gruñí. —¡Fuera!

Vi que mi madre los empujaba fuera de la habitación, pero ni siquiera me molesté en asegurarme de que se habían ido antes de agarrar a Laís por la cintura y tirar de ella hasta el borde de la cama, acomodándome entre sus piernas.

Estaba desesperada. La angustia y el miedo que sentía en mi interior eran sensaciones que nunca había experimentado tan intensamente y me robaban el control. Con el pecho subiendo y bajando rápidamente por el jadeo, sólo podía pensar en mi mujer y en lo mucho que la necesitaba.

Le sujeté el pelo, aún con la mano en la nuca, y apoyé la frente en la suya.

—Necesito estar dentro de ti. —Mi voz sonaba ronca, pesada, y dejé traslucir toda mi falta de control.

A menudo me andaba con pies de plomo delante de Laís para no parecer demasiado monstruoso. Sin embargo, el miedo a perderla era tan grande que no podía contener el impulso desesperado de recordarle que era mía y que necesitaba su calor.

—Entonces tómame", dijo con firmeza, frotando sus muslos contra el costado de mi cintura.

Levanté la bata médica que llevaba y encontré un par de diminutas bragas amarillas. Estaba tan excitado y desesperado que ni siquiera tuve tiempo de quitárselas. Agarré el lateral con ambas manos y tiré. La prenda cedió bajo mi fuerza y se rasgó. Me abrí los pantalones, me los bajé y saqué mi pene lo más rápido posible. Tiré de mi mujer por la cintura y sin ninguna calma ni ternura, la penetré.

Laís no estaba lo suficientemente húmeda y sentí mucha fricción en la pared de su sexo mientras la invadía. Mi mujer soltó un gritito, que fue amortiguado por mi hombro, pero me abrazó con las piernas, animándome a seguir.

Con las manos en su cintura, busqué sus labios y la besé con hambre y fuego. Devoré su boca con mi lengua mientras mi cuerpo se movía hacia el suyo con firmes embestidas. El sexo, que empezó salvaje y loco, me fue calmando y tenerla, poco a poco, me devolvió la cordura.

Deslicé mi mano por su cara y comencé a acariciarla mientras empezaba a moverme más despacio. Sus gemidos de placer me estremecieron y me olvidé del resto del mundo. Si Laís estaba bien, yo también lo estaría.

Mi padre me dijo una vez que supo que se había enamorado de mi madre cuando se dio cuenta de que se le salía el corazón del pecho. Desde luego, el mío ya no me pertenecía. Como un ángel y con la inocencia de un niño, Laís me lo había robado sin que me diera cuenta.

Me corrí dentro de ella y pronto mis latidos y mi respiración se calmaron. Llevé una de mis manos a donde se unían nuestros cuerpos y la estimulé hasta que sus gemidos me dijeron que había llegado.

Le cogí la cara por la barbilla y le obligué a mirarme.

—No vuelvas a asustarme así, amor.

—No sé qué ha pasado.

—Pero sé... —Apreté los dientes mientras pensaba en un nombre.

Donatella.

Le gustaba verme como un monstruo y conocer mi peor lado por atreverme a tocar lo que era precioso para mí.



MAFIA BELLUCCI - LIBRO I

LAIS

Capítulo treinta y seis

Salí del cuarto de baño donde había entrado para asearme. Mi cuerpo seguía dolorido por el impacto de la bomba, pero me alegraba de estar vivo y de que Rosimeire estuviera bien. Fue un gran golpe de suerte que aquella niña me hubiera detenido. Tragué saliva al darme cuenta de que, de no haber sido por eso, habría volado por los aires junto con el coche.

Como esposa de un capo de la mafia, sabía que podía correr peligro debido a los numerosos enemigos de Marco, pero no fue hasta ese momento, cuando estuve tan cerca de la muerte, cuando me di cuenta del verdadero peligro.

Cuando cerré la puerta del cuarto de baño detrás de mí, vi que Marco seguía de pie en medio de la habitación. Tenía la cara roja, las venas hinchadas, los ojos entrecerrados y los dientes apretados. Ni siquiera el sexo salvaje que había tenido conmigo hacía unos minutos había sido suficiente para apagar su ánimo. Podía ser muy ingenua en todo lo que hacía para ocuparse de sus *asuntos*, pero por su expresión podía estar segura de una cosa: habían intentado matarme y él iba a derramar sangre por ello.

Oí que llamaban a la puerta. Marco se llevó la mano a la cintura y me di cuenta de que sostenía la empuñadura de la pistola, pero la soltó cuando entró un médico.

—Señor Bellucci, ¿podemos hablar? —El médico canoso, que aparentaba unos cincuenta años, miró una carpeta llena de papeles antes de mirar a mi marido.

—No tengo tiempo que perder. Quiero llevar a mi mujer de vuelta a casa.

—Está bien y ya puede llevársela -respondió el hombre de un modo que me hizo respirar aliviada. —En realidad, los dos lo están.

—¿Dos? —preguntamos Marco y yo juntos.

—La Sra. Bellucci está embarazada de cuatro semanas. Le hicimos varias pruebas cuando llegó aquí, para asegurarnos de que no había hemorragias internas, y durante la ecografía detectamos el saco gestacional. Imagino que aún no sabía nada del embarazo.

Moví la cabeza negativamente y Marco no dijo ni hizo nada. En los últimos días, había estado tan ansiosa por el viaje escolar que no me había preocupado de si mi hemorragia estaba o no al día.

Permanecimos sentados en silencio durante varios minutos y cada segundo que pasaba me ponía más tensa. No sabía exactamente cómo reaccionaría Marco ante la noticia y, lo confieso, sentí un poco de miedo. *Ser madre...*

—¿No están ambos en peligro?

—No, señor.

—Dejadnos en paz.

El médico asintió y se dio la vuelta, cerrando la puerta tras de sí al salir de la habitación.

—Marco... —Empecé a decir su nombre, pero me detuve al no saber exactamente qué decir.

Mi marido se volvió hacia mí y se me quedó mirando un momento.

—Ven aquí. —Me hizo un gesto con la mano para que me acercara.

—I... no lo sabía.

—Supongo que no. —Me agarró de la cintura y me acercó. —Tendré un heredero. —Sonrió y yo le devolví la sonrisa, lo que me quitó un enorme peso de encima.

Marco me cogió la barbilla con la mano que le quedaba libre. Me levantó la cabeza y me besó en la frente. Suspiré, envuelta por su simple contacto.

—Sí, lo hará. —Cogí su mano y la puse sobre mi vientre.

—¿Entiendes ahora cuando te digo que tienes que mantenerte a salvo, Laís? —Me acarició la cara y me colocó un mechón de pelo detrás de la oreja. —Hoy podría haberos perdido a los dos.

—Lo sé, lo sé.

—No quiero que salgas de la mansión hasta nuevo aviso, ¿de acuerdo?

—Sí.

—Aumentaré la seguridad y me aseguraré de que estés protegido las 24 horas del día.

Moví la cabeza afirmativamente. Después de lo que acababa de pasar, no tenía nada que discutir con Marco. Él quería protegerme y yo necesitaba ser protegida.

—Vámonos a casa. —Entrelazó sus dedos con los míos.

Salimos al pasillo y me di cuenta de que aún llevaba la bata del hospital. Me eché hacia atrás, temerosa de mostrar demasiado, e incluso pensé en preguntar por mi ropa, pero pensé que podría haberse estropeado con la explosión. Marco se dio cuenta de que no sabía qué hacer, se quitó la americana y me la puso sobre los hombros.

—Gracias, señor.

No dijo nada, ni sonrió, como yo esperaba. Sin embargo, me di cuenta de que sus hombres estaban repartidos por cada metro del pasillo, formando un túnel para llevarnos hasta la salida. Las sonrisas de mi marido parecían limitarse sólo a mí, y no me importaba, mientras siguiera manteniendo su mejor cara para mí.

Nos abrimos paso por los pasillos blancos hasta el ascensor y, cuando llegamos a la salida, caminamos rápidamente hasta un coche que estaba aparcado delante del hospital. Uno de los hombres nos abrió la puerta para que subiéramos al asiento trasero y yo retrocedí, apoyada en el pecho de mi marido.

—No pasa nada", me susurró al oído, antes de agarrarme por la cintura y llevarme al coche.

Me senté en el asiento trasero de un todoterreno negro y Marco se sentó a mi lado, con uno de sus brazos aún rodeándome. Uno de los hombres ya estaba al volante y arrancó el coche, alejándose sin demora.

Apoyé la cabeza en el hombro de Marco y él me acarició la mejilla.

—¿Dónde está tu madre?

—Está con mis hermanos.

—¿Estará todo bien con Rosi?

—Sí.

Asentí y volví a acurrucarme contra él. Tuve miedo durante unos segundos, pero el calor de los brazos de Marco a mi alrededor me hizo sentir segura de nuevo. Quien había intentado hacerme esto era muy peligroso, pero mi marido lo era más.

Me distraje mirando por la ventanilla algunos de los monumentos de Roma y ni siquiera me di cuenta de que habíamos llegado a las puertas de la mansión. Marco y yo salimos del coche y

entramos en la casa. Nos detuvimos en medio del salón, mi marido me cogió de las manos y me miró.

Y yo también. Recordé su declaración en el hospital, que quizá no significara nada para la mayoría de la gente, pero para mí lo significaba todo.

—Date una ducha y luego pide que te sirvan una buena comida. Ahora más que nunca necesitas comer bien. —Me acarició el vientre e inclinó la cabeza para depositar un suave beso en mis labios. —Descansa un poco.

—¿Vas a salir? —Era una pregunta obvia.

—Nadie intenta pegar a mi familia y se sale con la suya.

—Vuelve a mí de una pieza. —Le acaricié la cara y él sonrió mientras me besaba las yemas de los dedos.

Mi intención era ponerme de puntillas y unir mis labios a los suyos, pero antes de que pudiera hacerlo, oí un ruido y Theo, Mateo y Rosimeire entraron en la habitación.

—¿Están los hombres fuera?

—"En cada milímetro del jardín, en el tejado y en todas partes", respondió Theo.

—Estupendo. Venid conmigo. —Marco hizo un gesto a los hermanos para que le siguieran y salió de la habitación. Los seguí con la mirada hasta que se perdieron completamente de vista.

Confiaba en mi marido, pero era difícil no sentir un persistente dolor en el pecho y un escalofrío en el estómago. Solo recordar la vez que había llegado a casa con sangre en la ropa me producía un miedo difícil de controlar.

—Ah, cariño. —Rosimeire se acercó a mí y me abrazó. —Me alegro de que no te hayas hecho mucho daño.

—Sólo eran unos arañazos. —Me miré los brazos y los arañazos que tenían. —¿Y tú?

—Tengo un terrible dolor de espalda, pero también estaré bien.

—Estoy embarazada", dije en voz baja, pues aún me estaba haciendo a la idea.

—¿Embarazada? —A mi suegra se le iluminaron los ojos.

Moví la cabeza afirmativamente.

—Ah, ¿y no ha dicho nada, señorita?

—Fue el médico quien nos lo dijo a Marco y a mí cuando estábamos en la habitación. I... —Bajé la mano y me toqué el vientre, acariciándolo. —No lo sabía.

—Imagino que es reciente. Sólo llevan casados unos meses, pero uno pensaría que ocurriría pronto. Mi hijo debe estar muy feliz.

—Parece aún más enfadado por todo lo que ha pasado.

—No le culpo, fue mucho más que una simple afrenta, pero lo importante es que los dos estamos bien.

—¿Qué hará Marco ahora?

—No deberías preocuparte por eso, querida. —Rosimeire me puso la mano en el hombro y me dedicó una suave sonrisa.

—Deja que Marco y los chicos lo solucionen. Tu única preocupación ahora es mantenerte bien y asegurarte de que el próximo jefe nazca sano y salvo.

—Siguiente jefe... —Volví a tocarme el vientre y pensé que si el bebé que crecía en mi

interior era un niño, se criaría para ocupar algún día el lugar de su padre.

La verdad era que, chico o chica, daba igual, nacería en la mafia y su vida estaría definida por ella.

—Ve a tu habitación, date un baño y descansa. Le pediré al ama de llaves que te sirva una buena comida. Nadie se merece esa comida de hospital.

—¿Y tú?

—Iré a mi habitación y haré lo mismo.

—¿Cómo puedes estar tan tranquilo cuando sabes que van a la guerra?

—Mantengo una expresión serena, porque es lo único que me queda. Con el tiempo, tú también aprenderás a llevar esta máscara, pero siempre me muero un poco cuando me enfrento a la posibilidad de que uno de ellos nunca vuelva a casa.

—¿Cómo fue cuando Lorenzo se fue?

—Me mantuve firme, aunque tenía el corazón roto, y me dediqué a mis hijos. A pesar de la biblioteca y de todo lo que hizo para complacerme, mis hijos son el mayor bien que me dio mi marido.

—Me lo imagino. —Volví a acariciarme el vientre, que seguía sin mostrar signos de embarazo.

—Ahora vete y descansa, lo necesitas.

—Gracias, señor.

Apenas podría dormirme, pero me vendría bien quedarme en la cama y sobre las sábanas que llevaban el aroma de Marco.

Entré en el dormitorio y me acerqué a la ventana. Aparté la cortina y vi el jardín. El hermoso paisaje de parterres y parte de la piscina estaban tomados por hombres. Todos llevaban armas y se miraban unos a otros. Parecían dispuestos a enfrentarse a una guerra, que yo esperaba no llegara a nuestras puertas.


MAFIA BELLUCCI - LIBRO I
MARCO

Capítulo treinta y siete

—Quiero sangre. —Gruñí, cerrando la puerta del coche con fuerza en cuanto salí.

Estábamos en una chatarrería a las afueras de la ciudad, que utilizábamos para las reuniones con mis *capi* y otros jefes locales de organizaciones que comandaban territorios en Roma y en toda la región metropolitana. Quería que estuvieran todos, todos los jefes locales desde Sicilia hasta Lombardía, pero era imposible que respondieran a mi llamada tan rápidamente.

—¿Qué ha pasado para que nos llamen aquí? —preguntó uno de los *capis*, cruzándose de brazos y mirando hacia mí.

—Aún no lo sabe todo el mundo, Marco", susurró Theo para que sólo yo pudiera oírlo.

—Estamos en vísperas de elecciones a la alcaldía en todo el país. ¿Esta reunión es sobre algo que ha pasado? —comenta otro hombre.

—Pensé que todo estaba bajo control", dijo otro.

—Todos nuestros candidatos aliados van en cabeza en las encuestas, así que no hay nada de qué preocuparse", aseguró Theo.

—El problema es que estalló una bomba y casi mata a mi mujer, a mi hijo y a mi madre. —Apreté los dientes. Resoplaba como un toro.

—¿dónde? —preguntó uno.

—En las afueras de Roma. Estaban en una escuela.

—¿Quién fue el idiota que dejó salir a las mujeres de casa? —se rió uno de los chicos, que tenía los brazos cruzados y estaba apoyado en un coche.

Saqué mi pistola y disparé. El certero disparo alcanzó al hombre en la pierna y le hizo caer de rodillas, resollando.

Los ojos de todos se abrieron de par en par y tragaron saliva al mirarme. Vieron sangre en mis ojos y retrocedieron. Yo solía ser racional y actuar con frialdad, pero habían tocado donde no debían y eso se había apoderado de mí.

—¿Alguien más quiere hacer un comentario estúpido? —Miré a los ojos de todo el mundo y vi miedo, pero quería aún más miedo en los ojos de aquellos que se habían atrevido a intentar matar a mi mujer y a mi madre.

—No, señor. —Alguien se aventuró a contestar.

—Era ella, ¿no? —Sânzio D'Angelo me interrogó. —Pensó que mi información no valía nada, pero aquí está su prueba.

—¿Ella qué? —empezó a preguntar el *capi*, y el murmullo y las conversaciones cruzadas entre ellos se hicieron aún más fuertes. Estaba fuera de mí y me resultaba muy difícil contenerme para no disparar a todo el mundo y convertir el lugar en una zona de guerra, aumentando mi ya pequeña lista de enemigos.

—Donatella Rossi", respondí con voz fría y distante.

—¿Esa loca? —preguntó uno.

—Es sólo una mujer", refunfuñó otro. —No sé por qué permitiste que se convirtiera en *capo*, desde luego no tiene el control necesario para estar en un puesto así.

—Te follaste a la zorra y ahora está celosa, pero ese no es nuestro problema.

—¡Así es!

Hablaban conmigo y entre ellas, y apenas podía distinguir quién decía qué. Quería dispararles a todos, al que me resultara más fácil o me diera más placer. Desde luego, no era lo correcto.

—¡Cállate!

—¿Tiene pruebas de que lo hizo? —Flavio Barbieri descruzó los brazos y me miró un poco más de cerca. Era uno de los jefes locales de Roma, de una familia muy importante y con muchos contactos dentro del Vaticano.

—No. Descrucé los brazos y metí las manos en los bolsillos. —Descrucé los brazos y metí las manos en los bolsillos. —Aún no sabemos quién o cómo puso la bomba en uno de mis coches oficiales. Todos mis hombres presentes afirman no haber visto nada y que el conductor voló por los aires.

—Mi familia lleva mucho tiempo haciendo negocios con la tuya, Marco. Dependemos de los Bellucci para las drogas que vendemos en las calles, pero no creo que sea prudente empezar una guerra en vísperas de las elecciones.

—Flavio, ninguno de nosotros quiere convertir Italia en el Salvaje Oeste. —Mi hermano me puso la mano en el hombro y actuó como lo que era, al menos la mayor parte del tiempo: mi consejero. —Somos muy conscientes de que cualquier inestabilidad en la sensación de seguridad de la gente tendrá un impacto directo en las elecciones, y lo mejor para todos es que nuestros candidatos sean reelegidos. Ahora, también necesito que entiendan que la familia Bellucci, mi madre y mi cuñada fueron atacadas. Eso no se puede permitir.

—La familia es la familia, Bellucci, ya lo sabemos. Pero si no tienes pruebas contra Donatella, será mejor que nosotros tampoco hagamos nada. Hoy te vuelves contra los Rossi con nuestra ayuda y los masacras, mañana podría ser cualquiera de nosotros.

—Demuestra que fue Donatella y nos iremos al infierno contigo. Si no, no haremos nada. —repitió otro.

—De acuerdo. —Theo asintió y yo apreté los dientes.

Estaba a punto de gritar. *¿Quién se creían que eran?* Siempre fue así, yo mandaba y ellos obedecían. Nunca estuvieron a favor de que yo hiciera jefa a una mujer, ¿por qué demonios estaban ahora de su parte?

—Ya está, podéis iros. —Mateo hizo un gesto, despidiéndolos.

El *capi* y sus soldados subieron a sus coches y se marcharon rápidamente. Minutos después, estaba solo en la chatarrería con mis hermanos y mis soldados.

—¿Qué coño ha sido eso? —Empujé a Theo por los hombros contra el lateral del coche. —¿Por qué les diste la razón y les dejaste marchar?

—¿Qué querías que hiciera? ¿Matar a todos para descargar la ira que sientes hacia Donatella? Estás loco, hermano. Si pensaras con claridad, también te darías cuenta de que era lo más sensato.

Theo tenía razón, estaba completamente fuera de mí. Era la primera vez que me sentía tan fuera de control. Ni siquiera después de la muerte de nuestro padre había deseado tanto crear un reguero de sangre por toda Roma, por no hablar de toda Italia.

—Nuestra madre podría haber explotado junto con ese coche.

—Pero no explotó", dijo Mateo, y pude ver el alivio en su voz.

—Marco, ¡escucha! —Theo me sujetó los hombros, masajeándolos— Sé que estás enfadado. Nosotros también. Quiero vengarme, tío, igual que quiero vengarme de lo que le pasó a nuestro padre, pero la venganza es un plato que se come mejor frío.

—¿Quieres que no reaccione y haga como si no hubiera pasado nada? —Jadeaba. Mi pecho subía y bajaba con frenesí. No había sabido lo que era estar inestable hasta ese momento.

Desde niña me habían educado para ser la próxima jefa. Estaba preparada para todo, para todos los contratiempos y retos que tendría que afrontar, pero había algo que no me habían enseñado y para lo que no estaba preparada: amar a alguien y correr el riesgo de perderlo. Sí, me enseñaron que podía perder a las personas que me importaban, y el asesinato de mi padre me mostró en la práctica cómo todo el mundo corría riesgos, incluso el jefe. Sin embargo, Laís sólo debía ser mi mujer, la que me diera hijos y posara sonriente a mi lado. No debí entregarle la única parte limpia y viva de mi corazón, corrompida por toda una vida en la mafia, pero ya era demasiado tarde.

—Encontremos pruebas de que fue Donatella y mostrémoselas a los hombres. Eres un rey, hermano, pero sabes que un rey sin súbditos no es nada. Los Rossi son muy poderosos, los dirija una mujer o no. Donatella tiene el apoyo de sus primos, de todos sus parientes, de hecho, tiene muchos soldados y dinero. Podemos ir a por ella e incluso conseguir matarlos a todos, pero sin pruebas reales de que ella es la autora intelectual del ataque a Laís y mamá, podemos poner a los demás *capi* en nuestra contra. Es lo que dijo Flávio, tendrán miedo. Hoy estamos cazando a los Rossis, y mañana podría ser cualquiera de ellos.

—La guerra no es buena para los negocios, hermano", añadió Mateo.

—Quiero poner mis manos en ese vagabundo...

—Encontraremos la manera de atraparla, Marco. —Theo me liberó. —Una vez que sepamos con seguridad que fue ella quien puso la bomba en nuestro coche, podrás hacer lo que quieras con esa zorra.

—Nuestros hombres están tras quien haya colocado el dispositivo. Vamos a barrer cada rincón de Roma. No habrá lugar a la luz o a la sombra donde el desgraciado pueda esconderse.

Respiré hondo y me pasé las manos por el pelo, echándomelo hacia atrás. Había muchas cosas que odiaba, pero la peor era sentirme impotente. La mayoría de las veces, todo se resolvía con amenazas, dinero o ambas cosas.

—Vámonos a casa. —Theo abrió la puerta del coche y subió.

Me gustara o no, no podía hacer otra cosa, así que le seguí. Mateo ocupó el asiento trasero junto al conductor y volvimos a la autopista que nos llevaría al barrio de Roma donde se encontraba la mansión.

Me quedé mirando la autopista a través de la ventanilla mientras mi mente iba a mil por hora. Uno de mis mayores odios era estar de pie con los brazos cruzados. Me hacía parecer asequible y, desde luego, no era una buena imagen en mi posición.

Mi teléfono vibró en mi bolsillo y lo saqué para contestar.

—¡Hola!

—Jefe, encontramos al *tipo*.

—¿Dónde?

—Intentaba salir de la ciudad por una estación de autobuses.

—¿Cómo lo encontraste?

—Los hombres de Mateo y esos artilugios.

Mi hermano no estaba escuchando la llamada, de lo contrario habría sonreído. No paraba de decirme que el equipo informático que había reunido era tan crucial para nuestro negocio como los que sabían disparar.

—¿Adónde se lo llevaron?

—A las catacumbas al sur del Coliseo.

—Voy para allá.

—¿Qué ha pasado? —Theo se volvió hacia mí cuando colgué la llamada.

—Encontraron al *tipo* que puso la bomba. Lo llevaron a las catacumbas.

—Vayamos allí entonces. —Mi hermano asintió. Tardamos unos minutos en cruzar la ciudad y llegar al Coliseo. El monumento, de miles de años de antigüedad y que atraía a visitantes de todo el mundo, escondía también la entrada a uno de los muchos túneles que atravesaban la ciudad de Roma. Como muchas otras ciudades antiguas del mundo, la capital italiana contaba con innumerables laberintos subterráneos a los que se dio diversos usos a lo largo de los siglos.

Dejamos los coches en una de las esquinas y entramos en un viejo estanco, que estaba junto al monumento. El hombre que regentaba el local se limitó a saludarnos con la cabeza mientras caminábamos hacia la parte de atrás.

Theo levantó una alfombra extendida sobre una de las habitaciones y dejó al descubierto una trampilla. La abrí, dejando al descubierto una pequeña y estrecha escalera que conducía a un túnel oscuro. Dejamos pasar primero a cinco de nuestros hombres antes de que Theo, Mateo y yo bajáramos.

Nuestros hombres sacaron antorchas y guiaron el camino, que tenía sutiles marcas en las paredes. Durante muchísimos años, aquellos túneles se habían utilizado para introducir armas, drogas, alcohol y todo tipo de contrabando en la ciudad, pero con el tiempo se había vuelto mucho más fácil utilizar los coches y comprar cualquier posible vigilancia que pudiera causarnos problemas.

Oí un gemido y el parpadeo de una luz antes de llegar a una galería iluminada por un foco en el suelo, donde algunos de mis hombres estaban reunidos en torno a un tipo con los brazos atados. Era delgado y delgado, no tenía tatuajes y no se parecía en nada a un miembro de una banda. Era el tipo perfecto para pasar desapercibido porque, con la ropa adecuada, podía pasar desapercibido en cualquier sitio.

—¿Qué ha dicho? —Mi voz resonó en las paredes de piedra y llamó la atención de todos.

—Todavía nada, jefe.

Caminé hacia ellos y los hombres me abrieron paso para que me detuviera frente al bastardo que había intentado matar a mi mujer y a mi madre.

—¿Quién te dijo que pusieras la bomba?

—Hijo de puta. —Gruñó y me escupió.

Apreté los dientes y le di un puñetazo en el estómago, empleando toda mi fuerza para hacerle escupir sangre.

—Yo era quien tenía que haberle llamado hijo de puta, cabrón. —Le agarré la cara y apreté los dedos contra su mandíbula, obligándole a mantener la boca abierta. —¿Quién te dijo que pusieras una bomba en el coche donde estarían mi mujer y mi madre?

—Joder, tuvieron puta suerte de no estar cerca del conductor cuando todo se hizo humo. —Se rió libertinamente, lo que me enfureció aún más.

—¡Escúchame! —Le apreté la cara con más fuerza, sintiendo que el hueso cedía bajo mi presión. —Voy a preguntártelo una vez más y espero una respuesta adecuada. ¿Quién te dijo que pusieras la bomba? Puedes decírnoslo ahora u obligaremos a que nos lo digas.

—¿Por qué iba a hacerlo? —Me desafió en el peor día posible. —Voy a morir de todos modos.

—Tienes razón. Morirás, pero tu colaboración determinará si mueres rápido o de la forma más dolorosa posible. Honestamente, después de lo que has hecho, preferiría que eligieras el camino lento.

—No voy a decir nada. —Intentó morderme, pero lo único que consiguió fue que le apretara más la cara.

—Depende de ti. Tengo muchas ganas de hacerle sangrar. —Extendí la mano y esperé a que uno de los hombres me diera unos alicates.

—Pensé que no te ensuciarías las manos.

—No sabes de lo que soy capaz cuando amenazas a mi familia.

Cogí el instrumento y lo coloqué dentro de la boca del hombre, lo enganché sobre uno de sus dientes y tiré. El grito de dolor resonó por todo el túnel, pero fue silenciado por los gruesos muros y todo el hormigón de la moderna ciudad que teníamos encima.



MAFIA BELLUCCI - LIBRO I

LAIS

Capítulo treinta y ocho

Sé que debería estar tranquila, pero no fue fácil después del día que había pasado. Después de haber vivido un momento tan único, rodeada de niños, casi rompo a llorar cuando me enteré de que iba a tener mi propio bebé. Quería que Marco estuviera conmigo, pero no podía esperar que no hiciera nada después de lo que nos había pasado a su madre y a mí. En el fondo, quería que él mismo hiciera algo.

Había aprendido a luchar y a disparar, pero eso no habría servido de nada si hubiera estado cerca del coche cuando explotó la bomba. Me gustara admitirlo o no, no tenía ni idea de cómo protegerme. Recordaba demasiado bien haber huido de la boda y haber acabado en Milán, y no había sido fácil pasar aquellos días allí. Tenía que creer en mi marido y en lo que él pensaba que era mejor para mí.

Mi marido... Suspiré mientras la imagen de Marco se hacía más nítida en mi mente justo cuando una fresca brisa otoñal entraba por la ventana. Quería que Marco volviera pronto a casa. Ya había amanecido y yo estaba en la misma posición desde que había comido algo y me había duchado, de pie, mirando la ventana y el jardín.

¿No volvería nunca? La pregunta resonaba en mi mente. Sentía un fuerte deseo de llamarle, pero sabía que no podía hacerlo.

—¿Todavía despierto?

Me sobresalté al oír una voz que venía de detrás de mí y me sorprendió verle de pie en la puerta.

—No podía dormir, te estaba esperando -dije la verdad mientras giraba mi cuerpo completamente para mirarle.

—No tenía hora estimada de regreso.

—No hay problema.

Me acerqué unos pasos a él y me di cuenta de que las mangas de su camisa estaban sucias de sangre, al igual que sus manos. Las cogí para examinarlas más de cerca. A pesar de la sangre, Marco no opuso resistencia a que se las examinara.

—Te has hecho daño en los dedos. —Le levanté la mano y le besé las falanges despellejadas.

—Fue por los puñetazos que le di a un idiota.

—¿La atrapaste? —Una sonrisa apareció en mis labios, más fuerte que mi deseo de no expresar satisfacción por el sufrimiento de alguien.

—Desgraciadamente, no. Torturé al bastardo que puso la bomba en el coche, pero no dijo nada. Sin una declaración, no tengo forma de vincular a Donatella con el incidente, por lo que el otro *capi* no accederá a ningún ataque contra ella.

—¿Quieres decir que no puedes hacer nada? —Mi decepción era más evidente de lo que quería mostrar.

—Todavía no.

—¡Qué dolor!

—Lo arreglaré todo.

—Seguro que sí. —Le sonreí. Deslicé mis manos por su pecho hasta el cuello de su camisa y abrí el primer botón. —Quítate esa ropa sucia.

Marco echó los brazos hacia atrás y me dejó bajarle la americana. Le abrí los botones de la camisa uno a uno y también tiré la prenda al suelo.

Mi marido me miró fijamente y sus ojos llegaron tan profundamente a mi alma que me estremecí. Por un momento llegué a pensar que iba a entrar en el baño para limpiarse, pero al siguiente, cuando mi marido me agarró por la cintura y me empujó contra la pared del dormitorio, supe con certeza que la ducha tendría que esperar hasta más tarde.

—Cierra la puerta -le pedí con un suspiro, y él respondió con prontitud.

Marco volvió a llevar sus manos a mis caderas y me subió la camiseta, dejando un rastro de piel de gallina hasta que me la pasó por los brazos cuando levanté las manos. Me sujeté a sus anchos hombros mientras me abría los pantalones y les daba el mismo destino que a la ropa que ya me había quitado, el suelo.

Me llevé una mano a la espalda y me quité el sujetador. Mi marido sonrió con aprobación. Marco bajó la cabeza y me chupó un pezón. Yo arqueé la espalda y me apoyé en la pared, mientras una oleada de excitación me recorría. Puse una de mis manos en su pelo y se lo acaricié mientras Marco chupaba con fuerza mi pecho. Mi marido estaba tan salvaje como siempre, pero esta vez había mucha más calma que en el sexo que habíamos tenido en el hospital.

Me lamió los pechos y yo cerré los ojos mientras gemía suavemente, disfrutando de las deliciosas sensaciones, cada vez más calientes, que me embargaban. Marco se puso en cuclillas y deslizó su lengua por el valle entre mis pechos hasta llegar a mi vientre. Me besó amorosamente allí y susurró algo que no pude entender, pero imaginé que era para nuestro bebé y no para mí.

Su boca siguió bajando hasta llegar a mis bragas. Marco tiró de ella hacia abajo y yo me giré para facilitar que la prenda se deslizara, y al instante siguiente estaba en el suelo.

Mi marido me separó las piernas todo lo posible y yo me aferré a la pared para no perder el equilibrio. Cuando su aliento caliente se encontró con mi zona íntima, me retorcí del revés y dejé escapar un gemido, amortiguado por mis labios apretados. Marco me besó el interior del muslo y bajó lamiendo hasta mi entrepierna, deteniéndose allí y haciendo lo mismo en el otro lado.

La zona palpitaba intensamente, anhelándole. Me retorcí y rodé ligeramente contra la pared, atrayendo su atención hacia mi sexo. Marco levantó las manos y me agarró las nalgas. Sus dedos se clavaron en mis músculos y me impidieron moverme demasiado. Estaba a punto de soltar un pequeño gemido de protesta cuando su boca se acercó, avanzando lentamente hacia su objetivo.

Mi grito se hizo más fuerte y le sujeté la cabeza mientras pasaba su lengua por mi clítoris y le daba caricias capaces de volverme loca de la forma más deliciosa posible. En ese momento estuve segura de que sólo trataban el sexo como un pecado porque era demasiado bueno y temían que la gente no pensara en otra cosa que no fuera tenerlo. Las pocas veces que había oído hablar del tema, decían que el sexo debía servir exclusivamente para crear vida, pero yo ya estaba embarazada y Marco no parecía tener ninguna ambición de parar por eso. Admito que me gustaba mucho que actuara así.

Me sujetó, poniendo sus brazos alrededor de mis muslos y sus manos en mis nalgas. Me tambaleé, apoyándome en sus hombros, temiendo caerme, pero Marco era muy fuerte y eso no

ocurrió. Mi marido me tumbó en la cama y su boca no dejó de provocarme, volviéndome loca. Volví a tirarle del pelo, animándole a continuar, y hundí la cabeza en la almohada. Sentía su lengua, sus labios y su aliento con cada movimiento que hacía con su boca para estimular mi sexo. Marco me introdujo un dedo y yo di un espasmo, golpeándome contra el cabecero, pero seguí retorciéndome entre sus manos. Estaba muy cerca del clímax y quería que él siguiera hasta que yo llegara.

Un grito se escapó de lo más profundo de mi garganta mientras todo mi cuerpo estallaba. Me corrí bajo el control de su estimulación y vi girar toda la habitación, pero incluso con mis gemidos, que revelaban mi orgasmo, Marco no apartó la boca y sentí su saliva gotear hasta la unión de mis nalgas.

Unos minutos después, cuando ya me estaba recuperando de los disparos, me puso boca abajo y cogió una de las almohadas, colocándola bajo mi vientre. Marco cubrió mi cuerpo con el suyo y acercó su boca a mi oído para susurrarme.

—Es hora de tomar la virginidad de otra parte de ti.

—Marco... —Chillé, tensa, sin idea de lo que iba a hacer.

—Relájate y tómatelo con calma, no te dolerá. —Su voz era muy firme y seductora, capaz de convencerme de cualquier cosa.

Hundí los dedos en el colchón de la cama y esperé. Sentí cómo su miembro se deslizaba por mis nalgas hasta que encontró la grieta entre ellas y presionó contra ella, abriéndose paso a la fuerza.

Me estiré.

—Tranquilízate. —Me sujetó por la cintura e intentó mantenerme lo más quieta posible mientras se introducía en una parte de mí que yo creía que debía permanecer intacta.

Sentí cierta incomodidad por la inesperada presencia, pero no sentí ningún dolor como la primera vez que tuvimos relaciones sexuales. Sin embargo, Marco también tuvo la paciencia de esperar a que me acostumbrara antes de empezar a moverse. Pronto sus gemidos guiaron el ritmo de nuestros cuerpos y Marco no tardó en llegar al clímax.

Se tumbó encima de mí un rato hasta que volvió en sí, y luego se levantó.

—Ahora tú también necesitas una ducha. —Me levantó y me llevó al cuarto de baño, poniéndome de pie dentro de la ducha.

Marco abrió la ducha y me metió con él. Le rodeé el cuello con los brazos y me quedé mirándole.

—¿Crees que podría intentar algo cuando se entere de que estoy embarazada? —Cuando se me pasó el éxtasis del sexo, era imposible ocultar que algo me molestaba.

—Me gustaría decir que no estaría tan loca, pero después de la bomba, estoy seguro de que Donatella es capaz de cualquier cosa. Sin embargo, no tienes que preocuparte. —Me acarició la cara con el agua de la ducha corriendo por ella.

—Es difícil no preocuparse.

—Lo sé, pero me ocuparé de todo.

Confiaba plenamente en Marco y eso tenía que bastar por ahora, aunque el miedo me susurrara al oído que debía tener cuidado.

—Ahora no sólo tengo que protegerte a ti. —Marco bajó la mano y me acarició el estómago.

Puse mi mano sobre la suya y apoyé la cabeza en su pecho, y nos quedamos así unos minutos. El sonido de su corazón me tranquilizó y era justo lo que necesitaba en aquel momento.


MAFIA BELLUCCI - LIBRO I
MARCO

Capítulo treinta y nueve

Me serví un buen trago de whisky para mí y otro para mi hermano Theo antes de sentarme en la silla detrás de la mesa de madera oscura.

—Si el cabrón que puso la bomba no quiso admitir que fue Donatella, ¿cómo vamos a tener una excusa para justificar su muerte ante el consejo?

—Lo siento, hermano, pero no podemos. —Mateo descruzó los brazos, se apartó de la ventana y se acercó a nosotros, sentándose junto a Theo. —Es una zorra, pero es lista. Es obvio que quiere a Laís muerto, pero ha conseguido pensar en una forma de hacerlo sin apuntarle con todas las armas de la mafia.

—Sus hombres estaban trabajando en ello. ¿No encontraron nada?

—Desgraciadamente, no. Ni siquiera hay una llamada entre los números conocidos de Donatella y el registrado a nombre del hombre. Puede que ella nunca haya hablado con él directamente. Eso es imposible de saber.

—¿No hay ninguna transferencia rota de uno de los Rossis en sus cuentas?

—Somos mafiosos.

Resoplé al darme cuenta, con la respuesta de Mateo, de que había hecho la pregunta más tonta del mundo. Ninguno de nosotros solía hacer pagos por medios legales. Trabajábamos con dinero en efectivo, ya que la mayor parte era sucio y procedía de nuestros negocios callejeros.

Bajé la cabeza y me masajeé las sienes. Estaba enfadada, pero ya había perdido bastante el control, incluso delante de varios jefes de familia ante los que se suponía que debía parecer invulnerable.

—¿Así que Laís está embarazada? —Theo abrió por fin la boca y me miró.

—¿Embarazada? —Mateo pareció sorprendido por la pregunta de nuestro hermano.

—Marco habló de la bomba que casi mata a su hijo. Que yo sepa, en ese coche sólo iban Laís y mamá.

—Sí, Laís está embarazada -dije antes de que Theo empezara a hacer suposiciones infundadas. —Nos enteramos en el hospital. Nos hicieron una ecografía para asegurarse de que no había hemorragias internas y detectaron el embarazo.

—Debes de estar muy contento. —Theo esbozó una media sonrisa y me di cuenta de que intentaba aliviar mi frustración por no tener suficientes armas para ir a por Donatella.

Éramos mafiosos, criminales, pero incluso en los bajos fondos había reglas que respetar. La muerte de uno de nosotros, especialmente de uno de los capos, podía provocar una guerra que yo no sería capaz de manejar. Si yo era un rey, mis *capos* eran como duques, y necesitaba tener el control sobre ellos y su territorio para dominar Italia por completo. No podía asesinar a Donatella sin una justificación muy obvia y esperar que no hubiera represalias por parte de los otros jefes locales.

—¿Marco? —Theo me llamó la atención cuando se dio cuenta de que estaba distante y con los ojos en blanco.

—Estoy contento. ¿No lo estaríais cualquiera de vosotros si supierais que vais a ser padres?

—No es lo que muestra tu cara. —Mateo se encogió de hombros.

—Es un momento complicado para celebrar. Sé que mientras esté Donatella, Laís se arriesgará, ahora más que nunca.

—¿Y si arreglamos que uno de sus primos se haga cargo como debería haber sido? No tiene marido, sus primos no la apoyarán. Desbancarla como *capo podría ser* el primer paso para matarla", sugirió Theo. "Mi hermano solía tener buenos consejos, pero esta vez no me pareció el mejor.

—De todos modos, daremos un golpe contra uno de los nuestros. Al final, podría acabar pareciendo lo mismo desde el punto de vista del otro *capi. —Me* rasqué la barbilla. Sí, quería matarla, le arrancaría los ojos con mis propias manos si pudiera, pero tenía que tener mucho cuidado al actuar para que mi comportamiento no pusiera en peligro la hegemonía que los Bellucci habían logrado durante décadas. Las otras familias nos respetaban, pero si había una oportunidad de hacerse con el control del negocio, estaba seguro de que lo harían.

—Llámala para tener sexo y dile que acabaste matándola en medio de una de esas locuras que solías hacer. —Mateo se rió libertinamente. —Nunca he visto a una mujer disfrutar tanto de la tortura como ella.

—Es una idea terrible -respondió Theo por mí-. —Por desgracia, vamos a tener que esperar su próximo movimiento y proteger a Laís y a nuestra madre con todas nuestras fuerzas. Tenemos que recordar que ella es sólo una Rossi y nosotros somos la familia Bellucci. Si no bajamos la guardia, podremos mantener a salvo a Lais.

—La próxima vez, métesela a una mujer menos psicótica. —se burló Mateo.

—¡Ah, vete a la mierda! —grité. Aquella vez no estaba de humor para bromas.

Mi hermano pequeño me dedicó una sonrisa amarilla y Theo se echó a reír.

—Antes de irte, quiero que hables con tus hombres y les pidas que pongan cámaras por todas partes y alarmas en todas las entradas de la casa, ventanas, puertas, todo.

—Sí, claro. ¿Incluso en tu habitación? —Me lanzó una mirada traviesa y juguetona.

Theo puso la mano en el hombro de nuestro hermano menor y lo apretó.

—Es deliciosa, pero no te burles de ella, de lo contrario Marco te disparará en la cara y no podré hacer nada al respecto.

—¿Vas a decir que tú tampoco querías verlo?

—¿Tengo que recordarte que estoy aquí? —Me crucé de brazos con expresión seria.

Sabía que estaban bromeando, o al menos eso esperaba, pero no me gustaba oírles hablar así de mi mujer. Laís era mía. A diferencia de Donatella y de cualquier otra mujer con la que me hubiera relacionado, quería a mis hermanos y a todos los demás hombres lejos de ella.

—Tened vuestras propias esposas, quizá también sea el momento.

—Eres el primogénito de un primogénito, hermano. Es tu trabajo casarte y tener hijos, no el nuestro. Podemos follar con quien queramos y despreocuparnos de estas tonterías. —Theo se encogió de hombros.

Por mucho que el tiempo y la convivencia me hubieran enseñado que podía disfrutar del matrimonio y ser feliz con él, mi hermano tenía razón, ellos no tenían el mismo compromiso que yo.

—Preocúpate por la seguridad de esta casa y deja las putas para más tarde. —Pasé junto a ellos y salí de mi despacho.

Busqué a Laís y la encontré en la biblioteca, leyendo uno de los muchos libros de mi madre.

—¿Se encuentra bien?

—Hola. —Me dedicó una amplia sonrisa cuando me vio en el umbral de la puerta y cerró el libro, haciéndome un gesto para que me acercara.

Me acerqué al sofá y, cuando me senté, ella apoyó la cabeza en mi pecho. Le acaricié el pelo y la besé en la coronilla.

—¿Enfermo?

—Me duele un poco la cabeza, pero aún no he sentido ganas de vomitar. Andriele, la asistenta, me ha dicho que cuando no vomitas mucho puede ser un niño.

—No creo en estas creencias populares.

—Yo tampoco y creo que es demasiado pronto para saberlo. ¿Cómo de disgustada estarás si no es un niño?

—Necesitamos un niño, pero no tiene por qué ser el primero, y seré feliz con todos los hijos que tenga contigo.

Laís sonrió y volvió a apoyar la cabeza en mi pecho.

—¿Tú y tus hermanos hablabais de Donatella?

—Sí.

—¿Lo arreglarán?

—Aún no hemos encontrado una alternativa.

—Eso es terrible.

—Lo que es más terrible es estar segura de que volverá a intentarlo, sobre todo después de enterarse de que estás embarazada.

—¿Intentarlo de nuevo? —Laís palideció y se encogió aún más contra mí.

—Estaremos listos, no hay de qué preocuparse.

—Hablar es fácil. Aún recuerdo vívidamente cuando me puso un cuchillo en el cuello en nuestra noche de bodas. —Mi mujer tragó saliva y sus ojos angustiados me hicieron sentir angustia.

—Yo te protegeré, Laís. ¿Te encuentras bien?

Ella movió la cabeza afirmativamente.

Levanté su cara y acerqué su boca a la mía. El beso empezó como un simple intercambio de afecto hasta que inundé mi lengua entre sus labios, pidiendo más. Las caricias suaves no me bastaban y mi mujer lo sabía. Laís me puso las manos en los hombros y la subí a mi regazo. Se frotó contra mí y mi polla se despertó dentro del pantalón. Hundí mi mano en su pelo y otra en su culo, enterrando mis dedos en sus vaqueros, demasiado gruesos para mi gusto. Prefería mucho más a mi mujer con vestidos ajustados y falditas, donde pudiera levantarme y follármela sin tener que quitarme toda la ropa, aunque Laís tenía un cuerpo precioso que me gustaba admirar.

Oí un resoplido. Seguí besando a mi mujer, pero quienquiera que fuese volvió a hacerlo y la aparté de un empujón para dirigirle una mirada mortal. Theo estaba de pie en la puerta y se rascó la cabeza sin gracia cuando le fulminé con la mirada.

—¿Marco?

—¿Qué es lo que quieres?

—Tenemos que hablar.

—Estábamos hablando hace unos minutos.

—Es importante.

—¿Qué podría ser más importante que eso? —Volví a acariciar el culo de mi mujer sin preocuparme por la presencia de mi hermano.

Avergonzada, Laís escondió la cabeza en mi hombro, pero dio una voltereta involuntaria que me excitó aún más.

—Los bolivianos han llamado, están enviando un nuevo cargamento de coca que llegará al puerto de Barbosa la próxima semana. Serán tres toneladas de cocaína pura. Quieren hablar contigo sobre los detalles del pago.

—¡Adelante! Continuamos más tarde. —Laís se bajó de mi regazo y se deslizó hasta el borde del sofá antes de que me diera tiempo a decir que me iría en cuanto terminara lo que le estaba haciendo.

La besé mientras me metía la polla aún dura en los pantalones, dándole tiempo a encogerse antes de darme la vuelta e ir tras mi hermano.

—Vámonos. —Pasé junto a él y me dirigí al pasillo.

—Por eso se quedó embarazada en tan poco tiempo. Ustedes dos son peores que conejos.

—Es preciosa y es mía", le recordé, orgulloso de ello.

—Parece que el matrimonio tiene sus ventajas.

—Cuando te cases, te darás cuenta.

—Sigue sin parecerme suficiente para convencerme.

Me encogí de hombros mientras volvíamos al despacho. En lo que a mí respecta, mi hermano podía hacer lo que quisiera con su vida amorosa, siempre que no interfiriera con su familia o sus negocios.

En cuanto entramos en la oficina, me entregó un teléfono móvil y lo cogí.

—Alexandro Pérez, buenas tardes —He hablado en español.

—Marco Bellucci -respondió una voz familiar al otro lado de la línea.

La conversación con el productor de cocaína duró más de lo que había imaginado y le dediqué toda la tarde.



MAFIA BELLUCCI - LIBRO I

LAIS

Capítulo cuarenta

Me puse delante del espejo, acariciándome la barriga mientras observaba mi imagen. Hacía unos días que había recibido la noticia de que estaba embarazada, y desde entonces no había podido dejar de pensar en la vida que allí crecía, aunque mi vientre no diera muestras de cambiar. En unos meses, un niño, fruto de mi unión con Marco, estaría en mis brazos y la ansiedad me consumía. Convertirme en madre me parecía algo muy especial, al menos de eso me daba cuenta por mi contacto con Rosimeire y también por la sutil cercanía con los míos. Con el tiempo, me di cuenta de que ella no tenía la culpa de nuestra separación y que no podía hacer nada para evitarlo. Las normas y acuerdos de la mafia estaban por encima de cualquiera de nuestros deseos.

Oí sonar mi móvil y para mi sorpresa era ella, mi madre. Los últimos días habían sido preocupantes y confusos, así que hacía tiempo que no hablaba con ella. Creo que ni siquiera sabía lo de la bomba.

—¿Mamá?

—Laís, ¿cómo estás?

—Estoy bien.

—Siento no haber estado por aquí, os he echado de menos, pero han sido unos días duros. Los Costas nos lo están haciendo pasar mal e intentaron entrar en nuestra casa. Tu padre ha perdido a muchos hombres y está muy enfadado. No quería preocuparte.

—¿Pero estás bien?

—Sí, lo estamos, a pesar de todo. Los italianos que su marido envió para protegernos desde el principio del acuerdo marcaron una gran diferencia.

—Me siento aliviado. Me alegra saber que te va bien. Los días aquí tampoco fueron fáciles. Sobreviví a una bomba.

—¡Bomba! Mi amado padre, ¿hablas en serio?

—Sí, pusieron una bomba en el coche en el que la madre de Marco y yo volvíamos a casa, pero por suerte no estábamos muy cerca cuando explotó, así que sólo nos alcanzó el impacto. Me desmayé en el acto, pero los médicos me hicieron varias pruebas para confirmar que estaba bien.

—¡Oh, Dios! Laís, me entra el pánico sólo de pensar en lo que podría haber pasado.

—Estoy bien, eso es lo que importa.

Reconozco que yo también había entrado en pánico, pero no tenía sentido insistir en mi miedo y preocuparme por algo que ya había pasado. Había sobrevivido milagrosamente al incidente y debía celebrarlo.

—Sí, amén. ¿Dónde estás ahora?

—En casa. Marco triplicó su seguridad después del atentado y piensa que es más seguro si no salgo, más aún después de enterarse del embarazo.

—¿Estás embarazada? —exclamó mi madre al otro lado de la línea y esbocé una sonrisa amarillenta al recordar que no se lo había dicho.

—Hola. Lo descubrimos con las pruebas que me hice después del incidente de la bomba.

—Imagino que es muy feliz, sobre todo habiendo esperado tanto para casarse contigo.

—Marco está contento, sí. —Sonreí al recordar cómo me miraba justo después de enterarse de que estaba embarazada.

—Los niños son una alegría y un estímulo inmensos, ya lo verás.

—Seguro que sí.

—Espero poder visitarle pronto, pero dados los últimos acontecimientos, no sé cuándo será.

—Creo que para cuando nazca el bebé, todo esto se habrá resuelto. —Suspiré, al menos eso esperaba.

—Lo será y podré tener a mi nieto en brazos. Será una inmensa alegría.

—Lo será.

—¿Magdalena? —Oí que alguien la llamaba al otro lado de la línea, y no pude reconocer bien la voz para saber si era mi padre o no.

—Hija, tengo que irme ya. Te llamaré en cuanto pueda.

—De acuerdo. Hasta luego. Hasta luego.

—Cuídate, Laís.

—Tú también, mamá.

Desconectó la llamada y me quedé mirando el móvil antes de volver a guardármelo en el bolsillo. Salí del dormitorio y me dirigí al salón, donde había un bonito televisor. Aunque no era seguro salir de casa, a diferencia de mi vida en el convento, tenía libertad para recorrer todas las habitaciones y hacer lo que me pareciera, así como acceso ilimitado a Internet. Cuando quería hacer algo más que leer libros en la enorme biblioteca de mi suegra, podía ver la televisión o leer el periódico, manteniéndome mínimamente informada sobre el mundo que me rodeaba. También veía películas y series en Internet, o me distraía haciendo algún que otro curso. Además de todo esto, también podía ir a disparar o practicar defensa personal. Sin embargo, reconozco que lo mejor de mis días era cuando Marco llegaba y se tomaba el tiempo de estar conmigo.

Cuando huí de la boda, no podía imaginar que disfrutaría tanto de su presencia. Escuchar los consejos de Rosimeire fue muy importante para ver de otra manera el destino que me habían trazado cuando aún era una niña. La vida como esposa de un capo de la mafia también podía estar hecha de buenos momentos.

—¿Laís?

Me di la vuelta y vi a mi suegra entrando en el salón, donde yo me distraía con un portátil en el regazo mirando cosas de bebés.

—¿Hola? —Cerré la tapa del ordenador y me acomodé en el sofá cuando ella se sentó a mi lado. —¿Estabas cuidando el jardín?

—Sí. —Mi suegra sonrió mientras se recogía el pelo. A pesar de su edad, estaba muy bien cuidada e inmaculada, al igual que su pelo y sus uñas. Rosimeire se cuidaba tan bien que era difícil darse cuenta de que ya tenía tres hijos treintañeros.

—Además de los libros, las plantas son una forma estupenda de pasar el tiempo.

—Haces un gran trabajo en el jardín. Es precioso.

—Oh, no puedo atribuirme el mérito. —Se rió, sin humor. —Me parezco más a un hurón que desentierra algunos parterres, pero soy muy buen jardinero.

—De todos modos, inténtalo.

—Es más bien una terapia. Con el tiempo, también encontrarás formas de aprovechar tu tiempo de forma productiva. Aunque después del nacimiento de este y otros hijos, tiempo libre es algo que ya no tendrás.

—No hasta que sean adultos, imagino.

—El trabajo disminuye, pero la preocupación nunca.

—Me lo imagino. —Volví a poner el ordenador sobre mis rodillas y abrí la pantalla para que pudiera verlo. —Estaba mirando algunas cosas y quiero preguntarle a Marco en cuál de las habitaciones vacías puede quedarse nuestro bebé cuando nazca. ¡Qué grande es esta casa!

—Creo que podemos encontrar una que esté lo más cerca posible de tu dormitorio, ya que el bebé requerirá muchos cuidados, sobre todo durante el periodo de lactancia.

—Voy a disfrutar organizando la habitación del bebé, pero creo que primero tenemos que saber el sexo. Marco dice que no le importa si esta vez no es un niño, pero yo siento que...

—Querida. —Rosimeire puso su mano sobre la mía. —Eres joven y aún tendrás mucho tiempo para tener hijos.

—Sí.

—No te presiones tanto.

—Gracias por apoyarme.

—Siempre estaré aquí.

—Estoy muy agradecido por ello. —Dejé el ordenador en su sitio y la abracé.

—¿Momento abrazo?

Me aparté de mi suegra y vi a mi cuñado de pie en lo alto de la escalera. Theo nos observaba desde lejos, pero se acercó cuando su madre le tendió el brazo y le hizo un gesto para que se acercara.

Tras el incidente de la bomba y la sospecha de que Donatella quería hacerme algo, Marco evitaba dejarme sola. A pesar de todos los hombres que protegían la casa, mi marido se empeñaba en que al menos uno de los hermanos estuviera en casa cuando él no estaba. Por lo general, no me vigilaban e incluso tenía la ilusión de que no me vigilaban todo el tiempo, pero comprendí que era por mi propio bien.

Sabía de lo que era capaz Donatella y, tras mi pequeña escapada, había aprendido que no podía arreglármelas solo. La vida humana no era tan sencilla como la de los pájaros e implicaba una serie de factores que ni siquiera los más fuertes controlaban por completo.

—¿Dónde están tus hermanos? —preguntó Rosimeire a su hijo mediano.

—Se ocupan de la distribución de las mercancías que acaban de llegar de Sudamérica.

—¿Mercancía?

—Sí, mamá, mercancía. Eso es todo lo que necesitas saber.

—De acuerdo.

—Mateo viajó al sur en nombre de Marco y yo debo ir mañana al norte para asegurarme de que todos nuestros *capi* reciben su parte para repartir en las calles.

—Y Marco, ¿dónde está? —No sabía cuánto debía preguntar. Me gustaba la imagen que mi marido tenía de mí, pero sentía mucha curiosidad. Además, me estaba acostumbrando a cómo sucedía todo. Como su mujer, yo también formaba parte de la mafia y podía estar a su lado.

—Marco fue a reunirse con algunos hombres que representan a empresas que prestan servicios lícitos en nuestro nombre.

—¿Como los hoteles? —Continué.

—Sí.

—Marco me contó que utilizan el dinero que ganan en la calle para legalizarla.

—Estás aprendiendo, cuñada. —Me guiñó un ojo y me reí. —Pero el asunto del que se ocupa Marco no tiene que ver con el blanqueo de dinero. El año que viene va a haber un gran acontecimiento religioso que reunirá a gente de todo el mundo, y queremos asegurarnos de que nuestras empresas reciban los contratos y el dinero destinados a él.

—¿Así que también prestan servicios jurídicos? —Sentí más curiosidad de la debida.

—Hay mucho dinero en servicios sobrevalorados, pero nosotros ponemos de nuestra parte para que todo ocurra de forma que no levante sospechas.

—Si cuesta cierta cantidad, cobras mucho más y te embolsas ese dinero legalmente.

—Exacto. —Esbozó una sonrisa de satisfacción.

Antes de casarme con Marco, mi visión de la mafia era muy limitada, pero poco a poco supe que estaba implicada en muchos ámbitos de la sociedad. Me preguntaba cuántas empresas prestaban servicios a mi marido y contribuían a fomentar el lujo que él me proporcionaba.

—Tenemos aliados en todos los partidos políticos que lograron elegir alcaldes en las últimas elecciones, tanto de izquierda como de derecha, en todo el país. También controlamos a los gobernadores e incluso al presidente. Tenemos todo el país en nuestras manos.

—¡Vaya! —exclamé sorprendido.

—¡Theo! —reprochó Rosimeire a su hijo, que presumía de los logros de la familia.

—¿Qué pasa, mamá? Sólo le estoy diciendo a mi encantadora cuñada lo poderoso que es su marido.

—Laís no tiene que preocuparse por eso.

—Está bien, Rosi. —Tomé la mano de mi suegra. —Quiero saberlo.

Theo me guiñó un ojo y su madre no dijo nada más.

Disfruté de la conversación con mi cuñado. En sólo unos minutos, me dio una buena visión general de la magnitud del negocio familiar. Parecía sentirse muy orgulloso de tener todo el país en sus manos. Los Bellucci dictaban las normas no sólo en las calles, sino en las grandes empresas, la política e incluso en la elección del próximo pontífice.

Pasé el resto de la tarde charlando con mi suegra y mi cuñado mientras esperaba a que mi marido volviera a casa después de sus reuniones.


MAFIA BELLUCCI - LIBRO I
MARCO

Capítulo cuarenta y uno

—Le facilitaré una lista de las personas que encabezarán las empresas que liciten para realizar las obras y eventos en la ciudad durante el jubileo.

—Todos con un nombre limpio y una buena imagen, espero. —Miré al hombre sentado al otro lado de la mesa.

—Sí. Son ingenieros, arquitectos e inversores con nombres impecablemente limpios y pruebas de cualquier inspección. Vamos a asegurarnos de no levantar sospechas en el ayuntamiento por parte de la oposición y de que el alcalde no tenga problemas para aprobar nuestras empresas.

—Bien. Quiero esta lista de nombres y también los proyectos que se van a presentar para poder analizarlos. —Me levanté de la silla y ofrecí la mano para que el hombre que tenía delante, Carlos Caruso, me la estrechara en un gesto de confianza.

—Una vez más haremos grandes negocios juntos, Sr. Bellucci. —Me cogió de la mano con una amplia sonrisa.

—Eso es todo lo que espero. Que pase una buena noche, Sr. Caruso. —Me ajusté el cuello de la camisa y le di la espalda.

Me dirigí a la puerta, donde me esperaban media docena de mis hombres, y salí de la habitación. Carlos era dueño de una agencia de gestión de recursos humanos y la utilizaba como tapadera para gestionar personas y empresas en nombre de la mafia, y era muy bien recompensado por ello. Era uno de nuestros pasaportes al mundo de los negocios legales, pero no podía hacer nada sin mi autorización, porque era crucial que yo controlara todas las influencias importantes del país, como la policía, la prensa, el Vaticano y la política.

Seguí el estrecho pasillo hasta llegar a la parte trasera del edificio, donde estaban aparcados uno de mis coches y dos furgonetas con soldados. No sólo había aumentado la seguridad de la mansión cuando la bomba casi mata a mi mujer y a mi madre, sino también mi seguridad personal. Creía que Donatella no querría hacerme daño, sólo a la mujer que creía que le había robado su casa, pero la conocía lo suficiente como para saber lo inestable que era y que podía cambiar de opinión y perder el control en cualquier momento.

Uno de mis hombres abrió la puerta y subí a la parte trasera del vehículo, junto con un soldado. Uno de los guardias de seguridad conducía, mientras otro vigilaba desde el asiento trasero. A través del espejo retrovisor central, pude ver las dos furgonetas que nos seguían.

Estaba relajado en mi asiento de camino a casa cuando sonó mi móvil.

—¿Martino?

—Señor, tenemos un gran problema.

—¿Qué problema? —Apreté los dientes, enfadada antes incluso de saber qué podía ser.

—Han entrado en uno de nuestros laboratorios.

—¿Invadido?

—Sí, robaron las existencias de coca que se estaban procesando.

—¿Cómo que lo robaron?

—Eran diez hombres muy bien armados. Dispararon a dos de los hombres de seguridad e

inmovilizaron a los demás. No tenían mucho que hacer.

—¡Qué coño! —grité, dando un puñetazo al asiento que tenía delante.

—Theo acaba de llegar, ¿tú también vienes?

—Sí.

No me gustaba la idea de que mi hermano dejara solas a mi mujer y a mi madre, pero era excepcional. Con Mateo de viaje de negocios en Sicilia, necesitaba a Theo a mi lado. En los once años que llevaba como jefe de la mafia, ninguno de nuestros enemigos, ni siquiera la policía, había tenido el valor de llegar tan lejos como para robar nuestras existencias de droga. Era una estupidez por parte de quienquiera que lo hubiera hecho, y las represalias serían justas.

—Vamos a la discoteca Neptune", le dije al hombre que conducía el coche.

—Sí, señor. —Giró el volante y dio una vuelta en U.

Operábamos en todos los clubes y discotecas de Roma, que se habían repartido entre los jefes de familias locales que dominaban determinadas zonas de la ciudad. La discoteca Neptuno, como algunas otras del país, no sólo era un centro de venta de drogas, sino que también albergaba uno de nuestros laboratorios, que preparaba el polvo puro que comprábamos a los bolivianos antes de distribuirlo para su venta en las calles.

Estaba muy irritado y a punto estuve de aplastar mi teléfono móvil entre los dedos. Si había algo que todo líder odiaba era que le desafiaran dentro de su propio territorio.

El coche se detuvo frente a la entrada de la discoteca y fui el primero en bajar. Atravesé la entrada y crucé el gran vestíbulo, que ya debería estar preparado para recibir a la gente que llegaba por la noche, pero que estaba reuniendo al personal, sin saber qué iban a hacer. Llegué a la cocina y entré en la despensa. Al fondo, había una trampilla que ocultaba una escalera. Nuestro laboratorio estaba muy bien escondido para que no lo encontraran en un registro policial.

La primera persona que vi fue a mi hermano, Theo. Seguro que Martino le había avisado antes para que llegara tan rápido.

Theo se cruzó de brazos y contempló el lugar, que parecía haber sido devastado por un huracán. Había frascos de vidrio y tubos de ensayo tirados por el suelo, incluso las balanzas estaban rotas en un rincón. La caja fuerte de la pared, donde se suponía que se guardaban los medicamentos, estaba abierta y saqueada. Sólo quedaba un poco de polvo en las estanterías.

—¿Quién era? —Estaba resoplando como un toro.

—Aún no lo sabemos. —Theo respondió.

—¿Cómo podían entrar y robar? —Me dirigí a Martino, que era el *capo de la* zona. El comercio en ese club era su responsabilidad, al igual que la seguridad de mis drogas.

Le agarré por el cuello y le inmovilicé contra la húmeda pared de aquel sótano mal ventilado. Intentó zafarse de mi agarre, pero no pudo. Esperé a que hablara, pero era imposible con mi mano apretándole el cuello con tanta fuerza.

—Eran... eran... —Cuanto más tartamudeaba, más me enfadaba.

—No podrá hablar así, hermano", dijo Theo a mi lado.

Solté el cuello de Martino y dejé que cayera de rodillas al suelo. Se llevó las manos al cuello e intentó masajearse la zona, que yo había enrojecido.

—¿Cómo dejaste que llegaran a mis drogas?

—Había muchos, señor.

—¿Demasiados? —Puse los ojos en blanco. —Entonces, ¿por qué estás aquí delante de mí? Deberías haber protegido esta mercancía con tu vida. ¿Tienes idea de cuánto dinero me has hecho perder?

—Lo siento.

—¿De verdad? ¿Eso es todo lo que tienes que decirme? —Saqué la pistola que guardaba en la cintura y le apunté a la cabeza. —¿Crees que me importa cuánto lo sientes?

—Marco, es un *capo*. —Theo sujetó el cañón de mi pistola y apuntó hacia arriba, sacando la cabeza del hombre de mi punto de mira.

—¿Crees que me importa?

—Lo llevaremos a una vista en presencia de los demás *capi* y entonces decidiremos qué hacer con él.

—Sólo quiero ver cómo no acceden a su ejecución cuando descubran que se dejó robar - resoplé.

—Es una situación delicada... —empezó Martino, pero fue el turno de mi hermano de sacar su pistola y apuntarle.

—Cállate hasta que hablemos contigo.

—¿Dónde están los productos químicos que deberían estar aquí? —pregunté.

—Se los llevaron fuera y los ejecutaron", respondió Martino con cara de susto. Era evidente que le preocupaba mi destino si no recuperaba mis drogas.

—Quiero saber quién lo hizo. O pagan o pensaré que lo has hecho tú y que intentas desanimarme.

—YO... YO... —Martino apenas podía hablar de lo aterrorizado que estaba y me pareció deprimente, por no decir otra cosa, para un hombre en su posición.

—Tal vez hubiera sido mejor que tu hermana se hubiera hecho cargo, y no tú. —Estaba molesto.

—Vamos afuera. Este sitio apesta a moho. —Theo me cogió del brazo y me arrastró fuera del club. —¿Crees que podría haber sido él? —preguntó, una vez que estuvimos fuera, junto a nuestros hombres.

—¿Quién más estaría tan loco como para invadirnos y atacarnos directamente? Una guerra no es buena para nadie y sabes que tenemos fuerza para aplastar a cualquiera.

—Tienes razón, pero me sigue pareciendo muy extraño. —Mi hermano se acarició la cara donde empezaban a crecerle los pelos de la barba.

—Tenemos que resolverlo y dar una lección al culpable.

—Sí.

Estaba concentrado en resolver el problema del robo. Pensaba que era la mayor dificultad a la que me enfrentaría esa noche, pero lo que no tenía ni idea era que no había hecho más que empezar.



MÁFIA BELLUCCI - LIVRO I

LAÍS

Capítulo cuarenta y dos

—¿Podemos decorar la habitación con el tema de la sabana? Los animales me parecen monísimos. —Señalé mi móvil para que mi suegra viera una foto y entendiera de qué estaba hablando.

—Será precioso. —Sonrió.

—¿Crees que a Marco le importará una pequeña remodelación?

—Seguro que no. Mi hijo quiere verla feliz.

—¿Has decorado su habitación? —Me apoyé en la pared mientras la veía remover la batidora, haciendo lo que parecía un pastel.

—En mi época no tenía tantas ideas chulas para el cuarto de los niños, ni tenía el acceso a Internet que tenemos hoy, pero los niños tenían muchos juguetes.

Estaba entusiasmada con el bebé. Como mi suegra me apoyaba mucho, pensé que no había nada malo en ello.

—Mira qué chula es esta regla con forma de jirafa para medir el crecimiento de tu hijo.

—¡Qué mono!

—¿Va a venir Marco hoy a casa? —Miré la hora en el reloj de mi móvil y me preocupé.

Theo se había marchado tras atender una llamada que le puso muy nervioso, pero no nos dijo nada ni a mí ni a su madre de qué se trataba. Rosi parecía tranquila mientras preparaba la tarta, estaba acostumbrada a sus hijos y al tiempo que exigían sus actividades ilegales, pero no pude evitar ponerme nerviosa cuando Marco tardó en aparecer.

—No lo sé. Yo no esperaría despierto. Por la forma en que Theo se fue, estoy seguro de que se enfrentan a un problema.

—¿Crees que puede...? —Ni siquiera tuve valor o fuerzas para terminar la frase, porque el corazón me apretaba tanto que me costaba respirar.

—¡Oh, no! Están bien. Theo me lo habría dicho si su hermano hubiera resultado herido. Los conozco lo suficiente y ellos me conocen aún mejor para saber que no deberían ocultarme algo así.

—Qué bien. —Intenté respirar aliviado, pero no estaba tan tranquilo como me hubiera gustado.

—Espero que lleguen a tiempo... —La frase de mi suegra fue interrumpida por un golpe que me hizo dar un respingo del susto.

—¿Era un disparo? —Había oído bien ese ruido mientras practicaba con la pistola, pero aún así me costaba creer que no fuera algo de mi mente.

—Uno de los hombres debió de disparar por alguna razón. —Rosi no parecía muy preocupada y yo intenté no estarlo tampoco.

—¿Qué estás horneando?

—Chocolate con relleno de fresa.

—¡Va a estar delicioso! ¿Quieres que te ayude? —Me metí el móvil en el bolsillo y me incliné sobre la encimera de piedra.

—¿Puedes sacar los ingredientes para el relleno de la despensa y la nevera?

—¡Sí! ¿Qué necesitas?

—Coge fresas, nata montada, leche condensada, natillas...

Entré en la habitación mientras ella hablaba y busqué con la mirada lo que mi suegra me había pedido.

Estaba completamente distraído recogiendo los ingredientes cuando me sorprendió un grito suyo seguido del sonido de algo que se caía, que supuse que era el cuenco en el que estaba removiendo la tarta.

—Rosi, ¿va todo bien? —Salí de la despensa para ver qué podía haberle pasado.

Imaginaba que mi suegra se habría sobresaltado con la batidora o con alguna otra cosa, pero nada me preparó para el susto que sentí cuando vi que dos hombres habían entrado en la cocina y la apuntaban con sus pistolas. Usaban silenciadores en sus pistolas y eso me hizo estremecer, porque no me di cuenta del daño que podían haber hecho hasta que entraron.

—¿Quién eres tú? —Tragué saliva.

—Ah, por fin los he encontrado a los dos. —La voz fuerte y enfática de una mujer detrás de mí me hizo volverme hacia la puerta de la cocina que daba a la casa.

—Donatella... —Murmuré su nombre, aturdido. Los hombres no necesitaron decir nada, porque yo sabía que estaban allí por orden de ella.

—Hola, ¡qué grande es esta casa! He recorrido varias habitaciones hasta encontrarte aquí. —La sonrisa que me dedicó fue serena, como si fuéramos mejores amigas y acabáramos de quedar para tomar un café.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó Rosimeire.

—Deshazte de la vieja. Sólo quiero a la chica. Arrójala a cualquier rincón de la casa, pero no tienes que matarla.

—"¡Rosi!", grité, intentando proteger a mi suegra con el aliento de valor que llevaba dentro, pero no pude hacer nada antes de que uno de los hombres la golpeara con la culata de un arma, haciéndola caer inconsciente.

Uno de los *tipos* la cogió por los brazos y la arrojó a la despensa, cerrando la puerta como si fuera un juguete usado tirado en un rincón.

—La madre de Marco...

—No seas sentimental. La arpía estará bien, aunque yo no quisiera que lo estuviera.

—¿Qué haces aquí?

—He venido por ti. La dulce *mujercita* de mi hombre.

—Él no... —Me mordí la lengua y no terminé la frase. No tenía sentido decir que Marco era mío, sólo conseguiría enfadarla más.

En ese momento, ella tenía la sartén por el mango. Además de llevar su propia arma, dos de sus secuaces me apuntaban con pistolas.

—Pensé largo y tendido en cómo iba a matarla, pero pensé que un disparo sería demasiado poco.

—No querrás que Marco te vea aquí.

—No nos preocupemos por él ahora. Le he enviado al otro lado de la ciudad y, dado el tráfico

a estas horas, no podrá llegar a casa pronto.

—¿Theo también se fue porque le tendiste una trampa?

—Soy más lista de lo que crees, angelito. —Me guiñó un ojo con una sonrisa pícara. —Eres demasiado ingenua para este mundo, Laís. Marco necesita una mujer fuerte a su lado, que tenga la sangre fría suficiente para ocuparse de todos los asuntos.

—¿No crees que es él quien debe decidirlo? —Me arrepentí de haberla provocado cuando vi que un destello de ira cruzaba sus ojos.

No quería morir en ese momento. De hecho, nunca quise morir, ni siquiera antes de conocer a Marco. Teníamos una buena vida juntos e íbamos a tener un hijo, no quería que todo eso lo destruyera una loca inestable.

—Marco me quiere. Siempre me ha querido, pero está atascado con un trato estúpido que terminará cuando mueras. Excepto que eres mucho más inteligente de lo que pensaba. Ya estás embarazada de él.

—Simplemente sucedió. —Tragué saliva. No sabía qué decirle, pero tampoco me parecía buena idea quedarme completamente callada.

—¿Sucedió? —Se rió. —No es algo que suceda así como así, al menos no sin sexo. Tienes una carita tan ingenua que debes de ser completamente aburrida en la cama.

—Necesita un heredero. —Pensé que era mejor decir eso que contarle la forma en que Marco me miraba con deseo, y que tenía sus manos y su polla sobre mí en cada oportunidad.

—Otro de sus esfuerzos por el honor. Este es sin duda uno de los defectos que más odio de él. Honor, siempre honor... Somos criminales.

—No cualquier delincuente, somos la mafia.

—Parece que lo has aprendido rápido.

Donatella dio unos pasos hacia mí y yo retrocedí unos cuantos más hasta que sentí el frío cañón del silenciador de uno de los hombres contra mi espalda. Tragué saliva y un sudor frío me recorrió la frente. No estaba preparado para morir y no había esperado que la muerte llegara tan rápido.

—Ven conmigo, angelito. —Donatella me hizo un gesto para que la siguiera y no tuve más remedio que hacer lo que ella quería.

Necesitaba ganar tiempo, al menos hasta que llegara Marco.

—¿Adónde me llevas?

—Al dormitorio, donde se abre de piernas para él.

—No sólo lo hacemos en el dormitorio -respondí ingenuamente y vi otro destello de ira en sus ojos color miel.

Me sentía como en la cuerda floja sobre un edificio de varias plantas. La adrenalina era la misma. También el miedo. Cualquier paso en falso me costaría la vida.

Subí los escalones que llevaban al segundo piso detrás de Donatella y pasé junto a sus otros hombres que estaban desperdigados por el pasillo. Debía de contar con la ayuda de un pequeño ejército para entrar allí y traspasar todas las barreras que Marco había creado para protegerme.

—Ven al dormitorio. —Me agarró del brazo y me empujó a la habitación.

Entré tambaleándome y casi tropiezo con mis propios pies. Donatella se acercó por detrás y

me agarró del pelo.

—¿Qué vas a hacer conmigo?

—Mostrando lo que le gustaba hacer a su marido cuando estábamos juntos. —Hizo un gesto con la cabeza a uno de los hombres y estos se acercaron, hasta que uno se acercó y le entregó a Donatella una maleta negra.

Soltó la pistola, dejándola a los pies de la cama, y me agarró del brazo.

—¡Soltadme! —Intenté liberarme, pero los hombres entraron en la habitación y me apuntaron con sus armas.

Era prácticamente imposible dar un paso en contra de su voluntad sin recibir un disparo.

—Quítate la ropa", ordenó Donatella con voz firme.

—¿Qué? No me lo voy a quitar.

—¿Preferirías que te volaran los sesos?

—No, no, no. —Mi voz estaba afligida y mi corazón más pesado que nunca.

La idea de desnudarme ante ojos masculinos que no fueran los de mi marido me aterraba. Pero necesitaba ganar tiempo. Esperaba que Marco llegara para rescatarme de aquella loca.

—Parece que prefieres... —Volvió a acercar la mano a la pistola.

—Me lo quitaré.

—Sí. Muy obediente. Creo que Marco debe amar eso de ti.

Me quité la blusa muy despacio y luego los vaqueros. Intenté hacerlo de forma que Donatella no se enfadara lo suficiente como para dispararme, pero también para tardar lo menos posible. A cada pieza que me quitaba, sentía los ojos pesados de los hombres sobre mí y eso me ponía muy incómoda.

—¡Todo! Quiero que te lo quites todo. —Donatella volvió a levantar la voz cuando me quedé en bragas y sujetador.

Tragué saliva. Los dedos me resbalaban y la humillación mezclada con la vergüenza no me lo ponían nada fácil. Me abrí el sujetador y tiré de él hacia delante, pero utilicé los brazos y el pelo para ocultar mis pechos.

—¡No me hagas perder los estribos, chica! —Me agarró del brazo y me empujó hacia atrás.

Caí sobre la cama y Donatella sacó unas esposas de su bolso, atando uno de mis brazos al cabecero. Hizo lo mismo con la otra muñeca, inmovilizándome.

Fruncí el ceño cuando los hombres miraron mis pechos expuestos, pero esa era la menor de mis preocupaciones por el momento, ya que estaba atada a la cama.

Donatella me bajó las bragas y no pude hacer otra cosa que dejar que me vieran desnuda y completamente expuesta. No quería pensar en lo que me iba a hacer, porque las imágenes que pasaban por mi cabeza eran demasiado aterradoras.

¿Qué tendría que soportar hasta que Marco supiera que me estaba arriesgando?


MAFIA BELLUCCI - LIBRO I
MARCO

Capítulo cuarenta y tres

—¡Era una trampa! —le grité a mi hermano, que estaba a mi lado en el coche, cuando nos dimos cuenta de que el asalto a la discoteca *Neptuno*, cerca de la *Fontana Di* Netuno, sólo había sido una distracción, que había funcionado muy bien porque nos había mantenido a los dos lejos de casa.

—No sabía que a Donatella se le ocurriera y ejecutara algo así. —Theo se masajeaba las sienes. Estaba tan sorprendido por lo que había pasado como yo.

—Laís... Si le ponía un dedo encima a Laís...

—Cálmate, Marco.

—¿Qué clase de puto tráfico es este? —Miré por la ventanilla y vi que no habíamos avanzado nada en los últimos minutos, y eso me estaba poniendo de todo menos tranquilo.

Mientras Theo y yo tratábamos de resolver el robo, recibí una llamada de uno de mis hombres diciéndome que la mansión estaba siendo asaltada. Nunca podría haber predicho la locura de Donatella, pero estaba loca.

Saqué mi teléfono móvil y llamé a mi mujer. Mis hombres ya no contestaban, pero esperaba que estuvieran concentrados en proteger a mi madre y a mi mujer dentro de aquella casa, porque esa era su misión.

Con cada nuevo timbrazo, mi corazón se estrechaba más. Hasta que por fin contestó.

—¿Laís?

—Hola, Marco. —La voz al otro lado de la línea no era la que yo quería.

—¡Bastardo! Si le haces daño, te juro que te daré la muerte más dolorosa posible.

—Me gusta cuando te pones nervioso, lo sabes.

—¿Cómo está Laís?

—De momento, esperando.

Sentí vibrar mi teléfono y lo aparté de mi oreja para ver un mensaje que Donatella había enviado a través de una aplicación. La imagen que vi me revolvió el estómago y el corazón. Era una foto de Laís desnuda, atada a la cama por los brazos. La expresión de su cara era de puro pánico.

—¿Recuerdas cuando solías hacerme eso?

—Suelta a mi mujer ahora, Donatella.

—Usted no está en posición de dar órdenes, *jefe* -dije la última palabra en un tono lleno de burla-. —Aunque me encanta oírte decirme lo que tengo que hacer.

—¿Qué quieres de mí, Donatella?

—Ya lo sabes.

Se me llenó la boca de amenazas, pero sabía que no funcionarían con Donatella. A esa psicótica le gustaba que la torturaran, la amenazaran y la tomaran. Pero tenía que tener cuidado, porque lo único que no quería era que le hiciera daño o algo peor a Laís.

—Te estoy esperando", dijo antes de colgar.

Entré rugiendo en el coche, enfadado, dolido y con todos los malos sentimientos mezclados

en una tormenta alucinante. Creía que estaba haciendo todo lo posible por proteger a mi mujer y a mi hijo nonato, pero había fracasado estrepitosamente.

—Si esa mujer mata a Laís, no importa lo que piense *el capi*, la mataré de la forma más dolorosa posible y esparciré partes de ella desde Sicilia hasta Lombardía. Haré lo mismo con todos los que piensen que me equivoco.

—Donatella ha ido demasiado lejos. Nadie pensará que se equivoca. —Theo me puso la mano en el hombro, pero me moví rápidamente, haciendo que se apartara.

Estaba tan furioso que sólo podía pensar en la imagen de mis dientes desgarrando la carne de Donatella, como si fuera un lobo salvaje.

Finalmente el coche se detuvo a cierta distancia de la mansión. Mis hombres sabían que el lugar había sido tomado y que no era seguro entrar, y mucho menos salir del vehículo dentro de los muros de la casa, o nos convertiríamos en blancos fáciles.

Saqué el móvil y me lo metí en el bolsillo antes de sacar la pistola y abrir la puerta del coche. Lo utilicé como escudo hasta que identifiqué dónde estaban mis enemigos. Recibí dos disparos que impactaron en el metal blindado. Utilicé el cristal para intentar identificar dónde estaban, y vi que había un hombre cerca de la puerta y otro a la vuelta de la esquina. Me elevé por encima de la altura de la ventana el tiempo suficiente para apuntar y disparar.

El hombre de la esquina cayó y Theo, de pie al otro lado del coche, disparó al hombre que estaba cerca de la verja.

Mis hombres bajaron de los vados y algunos se adelantaron. Con mi hermano a mi lado, avanzamos cerca del muro que rodeaba la propiedad y mantuvimos nuestras armas en la mano. Por muy nervioso y ansioso que estuviera, no podía entrar en la casa con el pecho abierto y arriesgarme a que me mataran antes de tener la oportunidad de salvar a mi mujer.

Theo hizo unos gestos y algunos hombres se nos adelantaron. Oí muchos disparos cuando entraron por la puerta. Theo y yo les seguimos. Disparamos a los hombres que estaban escondidos, buscando cobertura en la fachada del edificio, un lugar que solían ocupar mis soldados.

Algunos de los que entraron con nosotros fueron abatidos cuando cruzábamos el jardín para entrar en la casa.

Sólo podía esperar que Laís resistiera.

Ya voy...



MAFIA BELLUCCI - LIBRO I

LAIS

Capítulo cuarenta y cuatro

Oí los disparos y se me aceleró el corazón. Era Marco, tenía que ser.

Estaba tan distraído con mi rayo de esperanza que casi no oí el siseo del cuero cortando el aire antes de golpear mis muslos. El dolor fue agudo y me hizo murmurar en voz baja.

—¿Te gusta? —Donatella se rió, y lo único que pude ver fue a una mujer muy psicótica delante de mí.

—¡Estás loco! —Me arrepentí de haber gritado en cuanto las palabras salieron de mi boca, pero ya era demasiado tarde.

—El dolor y el placer están más unidos de lo que crees, cariño. —Deslizó las cuerdas del látigo por mis muslos y el contacto me provocó un cosquilleo, pero me contuve todo lo que pude para que no se diera cuenta de que me había hecho efecto.

—¿Eso es lo que te hizo Marco?

Donatella acercó su cara a la mía y una sonrisa iluminó sus ojos mientras me miraba fijamente. Por su actitud, comprendí que había conseguido captar su atención y que eso podía ayudarme a ganar tiempo hasta que llegara Marco.

—Marco hizo muchas cosas conmigo, cariño.

—¿Cómo?

—Eres un idiota. —Resopló mientras se echaba el pelo rojo hacia atrás. —Me pregunto cómo te las arreglaste para quedarte embarazada de él si todavía pareces tan virgen.

—No es violento conmigo -le dije la verdad, pero no sabía si era apropiado.

Por la forma de actuar de Donatella, estaba claro que le gustaba la violencia. Al igual que yo, aquella mujer había nacido en la mafia, pero mientras me criaban las monjas en el convento hasta que me entregaron a Marco, debió de ver y hacer cosas que yo ni siquiera podía imaginar. La violencia corrompe a las personas, y estaba claro que Donatella había sido rota y remodelada de la peor manera posible.

—¿También fueron violentos contigo?

—¿A quién? —Frunció el ceño, sorprendido por mis preguntas.

—Los otros. No sólo tenías a Marco, ¿verdad?

—El dolor nos hace sentir vivos.

—¿Por qué piensas eso, qué te han hecho?

—Me hicieron más fuerte. Si no aprendes, te rompes, y eso es exactamente lo que te pasará. —Donatella me miró con seriedad.

Por la expresión de su cara, estaba claro que no iba a decirme nada, pero no le hacía falta. Yo ya había comprendido que había tenido que lidiar con el dolor desde muy pequeña y que no sabía cómo era la vida sin él.

Oímos disparos en el pasillo y me levanté intentando mirar hacia la puerta. Vi a Marco y un tremendo peso pareció abandonar mi pecho. Estaba allí. Por fin había llegado, me salvaría y eso era lo único que importaba.

—¡Marco! —grité tras él, antes de verle disparar al hombre que estaba cerca de la puerta.

El tipo que estaba en la habitación con Donatella apuntó su arma y disparó a mi marido, que intentaba utilizar el cuerpo de la que había disparado como protección. Hubo tantos disparos que ni siquiera pude contarlos. Estaba segura de que el soldado había descargado su arma. Vi a Marco caer hacia atrás en medio de los disparos, y al hombre que utilizaba como escudo caer encima de él.

—¡Marco! —Grité de nuevo. —¡No!

Estaba incrédula, no era posible que hubiera muerto ante mis ojos.

—¡Marco!

Había un cadáver encima de él y no podía ver bien. No quería creer que una de las muchas balas le había alcanzado y no era más que otro cuerpo sin vida.

—¡Marco!

Todo sucedió demasiado rápido. En un momento apareció, como imaginaba, para salvarme, abriéndose paso entre los hombres de Donatella para llegar hasta mí, pero al siguiente, yacía en el suelo tras recibir muchísimos disparos. *¿Muerto?*

Me dolía el corazón más de lo que podía soportar.

—No... —Gemí suavemente.

Mis lágrimas no habían mojado la sábana hasta entonces.

—Él... —Donatella miró a su hombre tan incapaz de creerlo como yo.

—Parece que el gran jefe ha muerto como una mierda", se jactó el hombre que había disparado a Marco.

El tipo se acercó a mi marido y se detuvo junto a los cadáveres. Bajó la cabeza y le dio una patada. En ese momento, Marco levantó el brazo y le disparó. Algo dentro de mí estalló con una mezcla de sorpresa y la segunda onda expansiva. No estaba muerto, sólo fingía, utilizaba este subterfugio para coger desprevenido a su enemigo.

Cuando Marco empujó su cuerpo hacia un lado y se levantó del suelo, nuestros ojos se encontraron y aquel inmenso color azul fue mi refugio y me hizo estar segura de que todo iría bien.

—¡Aléjate de mi mujer! —Apretaba los dientes mientras apuntaba a Donatella con su arma.

Con los ojos fijos en él y el corazón latiéndome deprisa por el miedo, la adrenalina y el instinto de supervivencia, tardé un rato en darme cuenta de que Donatella me había apuntado a la cabeza con su pistola. El frío cañón de la pistola estaba tan cerca de mi sien que era imposible que sobreviviera si se disparaba.

—¿Quién crees que morirá primero si disparas? —Se rió mientras miraba fijamente a Marco. No parecía afectada en lo más mínimo por todo lo que había sucedido en los últimos agónicos minutos. Era innegable lo preparada que estaba para afrontar situaciones como aquella.

—Donna, no dispares a Laís.

—¿O qué? —La pelirroja rió desafiante.

—Sé que no estás aquí por ella. ¿Qué quieres de mí? —Marco se arrodilló y bajó el arma, dejándola en el suelo.

Donatella le miró fijamente y la sonrisa de sus labios se hizo aún más amplia. Sabía que mientras me amenazara, tenía el control absoluto de la situación.

—¿Por qué crees que no estoy aquí por ella?

—Laís nunca fue el problema.

—Te equivocas, siempre ha sido ella. Si esa mocosa no existiera, estarías conmigo.

—¿Es eso lo que piensas? —Marco la miró fijamente y por un momento ignoró mi presencia. Donatella no era la única que había sido moldeada para enfrentarse a situaciones extremas. Marco intentaba hacerse el tranquilo y convencerla de que hiciera lo que él quería.

—Estoy seguro de ello.

—Sabes que la mujer del jefe no es un puesto para ti. Eres una líder, no una muñequita programada para sonreír, saludar y llevar herederos.

Marco se acercó a ella y Donatella ni se inmutó. Su pistola seguía apuntando a mi cabeza, pero sus ojos estaban fijos en él.

—Coge el látigo. —Señaló el instrumento que había junto a mi cuerpo en la cama.

—¿Qué quieres que haga? —Lo cogió, pero sin apartar la mirada, para que Donatella tampoco mirara en otra dirección.

—Enséñale a tu *angelito lo que solías* hacerme a mí. —La sonrisa de Donatella era tan oscura que parecía capaz de matar sólo con ella.

—Entonces baja el arma.

—¿Crees que no sé que cuando haga esto intentarás matarme?

—Tienes mi palabra de que no lo haré. —Marco metió su pistola debajo de la cama. —Sabes que nunca te he mentido, Donna.

Extendió la mano y le tocó la cara, pero en lugar de la caricia que esperaba, Marco le agarró la mandíbula y presionó con fuerza. Le levantó la cabeza con brusquedad y Donatella dejó escapar un extraño gemido de placer. Mientras ponía los ojos en blanco, extrañamente excitada por la brutalidad de Marco, bajó la pistola.

Durante una breve fracción de segundo, mi marido me miró y vislumbré al hombre que amaba bajo aquella cara de monstruo que mostraba a Donatella. Sin embargo, ese atisbo desapareció pronto cuando sus ojos azules volvieron a volverse terriblemente fríos y agarró el pelo de Donatella, tirando de él hacia atrás con violenta fuerza. Levantó el látigo con la otra mano, pero en lugar de atacarme con él, Marco lo colocó entre los muslos de Donatella y fue subiendo hasta su entrepierna. Un gemido aún más fuerte escapó de su garganta.

Mientras mi marido mostraba su peor cara, dominando a la mujer que estaba a punto de matarme, recordé una de las cosas que mi cuñado Mateo me había enseñado un día que entró en el cobertizo y me vio practicando tiro al blanco. No pensé que lo necesitaría porque, a pesar de ser la mujer de un capo de la mafia, nunca se me ocurrió que me tendrían cautiva de esa manera. Me alegro de haber escuchado lo que me dijo: sea *cual sea la situación, lleva siempre una pinza en el pelo, cuñada.*

Me moví hasta que mi cabeza estuvo cerca de una de mis manos atadas a la cama, conseguí arrancar la pinza que tenía en el pelo y la sujeté.

Donatella estaba completamente rendida a Marco y no se dio cuenta cuando solté una de sus manos. Mi marido apretó el látigo contra su centro de gravedad e hizo que Donatella cayera sentada.

—¿Lo hacemos aquí, delante de ella? —Se rió como si se divirtiera con ello.

Me moví en la cama y, con un empujón de la espalda, me lancé hacia delante y utilicé el brazo libre para darle una llave inglesa.

—¡No vas a hacer nada con mi marido, cabrón! —le grité al oído.

La tumbé sobre la cama y la inmovilicé con las piernas mientras mi brazo presionaba su cuello. Donatella luchaba por respirar e intentaba librarse de mí, pero no podía. Utilicé toda mi fuerza, sumada a la rabia y la repugnancia por la humillación que me había hecho pasar. Utilicé todas mis fuerzas, sumadas a la rabia y la repugnancia por la humillación que me había hecho pasar, para ahorcarla.

Marco me observó y no hizo ningún movimiento para detenerme.

Donatella dejó de moverse y su cabeza cayó hacia delante, pero yo no dejé de estrangularla porque quería asegurarme de que no volviera al mundo de los vivos. Quería matar mi inocencia y lo consiguió. Después de aquel día, nunca volvería a ver la muerte de la misma manera.

—Ella... ella... —Me quedé mirando a Marco, aún incapaz de preguntar.

—¿Está muerta?

Moví la cabeza afirmativamente.

—Pues sí.

Marco levantó el cuerpo de Donatella y lo tiró al suelo. Se subió al colchón y me subió a su regazo. Todavía me dolía el brazo atrapado y tenía moratones de tanto retorcerme, pero eso era lo que menos me preocupaba en ese momento. Mi marido cogió la pinza de la cama y terminó de desatarme.

—¿Cómo aprendiste a abrir las esposas?

—Mateo me enseñó.

—Al menos hizo algo bueno. —Sonrió mientras me pasaba las manos por la cara y me echaba el pelo hacia atrás. Me dio un beso en la coronilla y su mirada volvió a ser serena. —¿Qué tal estás?

—No me pasará nada. —Incliné la cabeza y la apoyé en su pecho.

—Siento lo que ha pasado.

—Hiciste lo que pudiste y ahora está muerta. Eso es todo lo que importa.

—¿Laís? —Me sujetó la barbilla y me hizo levantar los ojos para mirarle.

—¿Sí? —Levanté una mano y le toqué la cara.

—Te quiero.

Aquel día había sido sin duda una montaña rusa que me había hecho experimentar todos los sentimientos a la vez.

—Yo también te quiero. —Fue mi turno de tirar de su cara y acercarla a la mía. Cuando nuestros labios se tocaron, hubo una ternura inusual que me hizo olvidar por un momento todo lo que había pasado.

—¡Marco!

Miré por encima del hombro de mi marido y vi a su hermano llegando a la puerta del dormitorio, acompañado de otros hombres.

—Laís...

—"De acuerdo", respondió mi marido antes de que Theo hubiera terminado la frase.

—¿Y Donatella?

—Yo la maté. —Me sorprendió la extraña satisfacción en mi voz.

—Parece que alguien ha perdido la polla. —Mi cuñado se echó a reír.

—Dejadnos en paz", ordenó Marco con voz firme.

El hermano asintió y salió de la habitación, llevándose a los demás con él.

—¿Alguno de ellos te violó? —Marco miró a los muertos de la habitación.

—No. Creo que Donatella quería otra cosa.

—El bebé...

—De acuerdo. —Tomé su mano y la puse sobre mi vientre. —Tu mamá...

—La sacamos de la despensa. No le pasó nada.

—Gracias. —suspiré aliviada.

Me quedé un rato más en el regazo de mi marido, arropada por él, hasta que me levanté, fui al vestuario, cogí una bata para cubrirme el cuerpo y ropa limpia.

—Necesito una ducha y no quiero dormir aquí esta noche. —Miré los cuerpos y toda la sangre en el suelo.

—Vamos a una de las habitaciones de invitados.

—Gracias, amigo. Voy a darme una ducha.

—Sólo hazlo. Tendré esos cuerpos ordenados.

—Gracias, señor.

Salí al pasillo y me dirigí a la habitación de invitados. Vi cómo masacraban a los hombres de Donatella por el camino y, en lugar de aterrorizarme por completo, lo único que pude pensar fue que necesitaba un baño.

La verdad es que, tarde o temprano, la mafia nos moldeó y nos enseñó a vivir según sus reglas.


MAFIA BELLUCCI - LIBRO I
MARCO

Capítulo cuarenta y cinco

Miré a los hombres reunidos en mi despacho. Habían pasado unos días desde que Donatella había irrumpido en mi casa, había matado a mis hombres, había introducido a Laís en un lado de las cosas que yo no quería que conociera, y había sido inevitable que dejara que mi mujer se ensuciara las manos. Creía que podía protegerla de todo, pero lo mejor que podía hacer por ella era dejarla ser fuerte y enfrentarse a toda esa mierda sin ocultarle nada.

—Para aquellos que no lo sepan, Donatella Rossi está muerta. Irrumpió en mi casa y amenazó a mi familia. Todos aquí saben que no te metes con la familia.

—Siento que la situación haya llegado a esto, Marco. —Flavio Barbieri dio un paso adelante y me miró con más firmeza.

—No estoy aquí para decirte que deberías haberme escuchado antes. Lo que pasó, pasó. El pasado no se puede deshacer. Sólo quiero recordarte que apoyarme es algo bueno para todos.

—Tiene razón, jefe. —Otro capo inclinó la cabeza.

—Eso no volverá a ocurrir -dijo Flavio-. —No tenemos motivos para volvernos contra vosotros. Las guerras son malas para todos y lo siento por los hombres que habéis perdido.

—¿Quién será ahora el jefe de los Rossi? —se pregunta Giorgio Pelegrino, un jefe local que rivaliza en territorio con el clan de Donatella.

—Dario Rossi. —Señalé a un hombre que estaba al fondo de mi despacho, escuchando toda la discusión.

El primo mayor de Donatella se adelantó para que pudiera ser reconocido por los demás *capi*. Flavio y los otros hombres no eran los únicos que habían apoyado a la persona equivocada.

Darío inclinó la cabeza casi en señal de reverencia antes de encararse conmigo.

—Tendrás toda mi lealtad, Marco.

—Eso espero. —Me volví hacia todos. —Algo así no volverá a ocurrir porque yo soy el jefe, y antes de que intentes golpearme de nuevo, cederé tu puesto a otros. ¿Está claro?

—Sí. —dijeron algunos y otros se limitaron a asentir.

—Ahora podéis iros. —Señalé la puerta y les dejé salir.

Theo y Mateo fueron los últimos en salir de la habitación, sólo se marcharon cuando los despedí con un gesto.

Después de la invasión de Donatella, necesitaba parecer aún más firme e invulnerable que nunca para que nadie más se atreviera a tener la misma actitud. Por mucho que nadie tuviera el valor de admitirlo en voz alta, estaba segura de que era la voluntad de muchos ocupar mi lugar, pero no iba a permitirlo.

Oí unos golpes en la puerta que llamaron mi atención.

—¿Quién es? —pregunté con voz rígida.

—Soy yo. —La melodiosa voz de mi mujer resonó desde el otro lado.

—Pasa.

Laís abrió la puerta de un tirón y entró lentamente en mi despacho.

—¿Se han ido todos?

—Sí.

—¿Está muy ocupado?

—Para ti no. —Le tendí la mano para que se acercara y aparté la silla.

Laís cerró la puerta antes de acercarse más a mí. No cuestioné su actitud, pero confieso que me sorprendió. Pasamos unos momentos juntos después de todo lo ocurrido, pero yo intentaba darle espacio. No debió de ser fácil. En el espacio de unos meses, la chica que había dejado en el convento se había casado conmigo, había conocido cómo funcionaban las cosas dentro de la mafia, había sido desenmascarada, había evitado por poco que la violaran y se había enfrentado a dos intentos de asesinato.

—Me alegro. —La sujeté por la cintura mientras se acercaba. Había un ligero cambio en sus medidas causado por su embarazo.

—¿Por qué?

—La forma en que te enfrentas a todo.

—Donatella está muerta, eso significa que no me perseguirá más. Eso es bueno.

—Sí.

—Imagino que ahora puedo salir de la mansión.

—Laís... —Fruncí el ceño y entrecerré la mirada. No quería hablar de ello en aquel momento. Donatella podía estar muerta, sí, pero seguía muy preocupado por la seguridad de mi mujer.

—No voy a salir solo. Tendré mis guardias de seguridad, pero pensé que podría cuidar una de las organizaciones que usas para lavar dinero. Una organización filantrópica, tal vez. Puedo tomar un porcentaje del dinero para ayudar a niños necesitados y mantener la fachada.

—¿Seguro que quieres hacerlo? —La miré seriamente.

Laís sonrió.

—No quería involucrarte.

—Estoy involucrado desde que nací. —Se apoyó en mis hombros y los apretó contra el respaldo. —No tiene sentido fingir que no lo estamos.

Laís empujó mi silla hacia atrás con las manos en los hombros hasta que se detuvo junto a la pared. Esperé a ver qué hacía, porque había algo inusual en la forma en que me miraba. Aquellos pocos días bastaron para hacerla madurar mucho. Después de aquella noche, ya no la vi encogerse ni retroceder.

Mi mujer se arrodilló frente a mí, en el espacio entre mis piernas, y yo esperé ansioso lo que haría a continuación. Laís llevó sus delicados dedos a la bragueta de mi pantalón y me abrió el cinturón y la cremallera. Su mano se deslizó dentro de mi ropa interior, provocando una erección casi instantánea. Me sacó el pene y se lo envolvió.

La vi sonreír y humedecerse los labios antes de bajar la cabeza. Su cálido aliento tocó mi polla, que palpitaba. Sin duda había ganado confianza y valor, y me gustaba mucho cómo utilizaba sus nuevos atributos.

Abrí la boca para preguntarle qué pretendía hacer, pero antes de que se me escapara ningún sonido, Laís levantó una mano y me apretó los labios con el dedo índice, haciéndome callar.

—Déjame a mí.

—Hazlo. —Me acomodé mejor en la silla para que ella tuviera acceso completo a mi polla.

Laís volvió a rodearlo con sus manos y primero me tocó con su aliento antes de que sus labios se posaran en mi glande. Toda mi sangre acudió a esa zona e hizo que mi pene se pusiera aún más rígido.

Gemí cuando sus labios suaves, húmedos y muy cálidos por fin me envolvieron. Me deslizó hasta el fondo de su boca y tragó todo lo que pudo hasta que mi glande tocó su garganta. Estiré una de mis manos y la animé a continuar, acariciando su suave y ondulado cabello.

Con la lengua me provocó y con los labios me recorrió entero, chupándome la polla con destreza. A diferencia de la primera vez que me la chupó, Laís no necesitó que la guiara. Me relajé y me permití disfrutar del momento, de su boca y de la deliciosa visión de ella arrodillada entre mis piernas, chupándomela sin ningún pudor.

Contuve mis impulsos de moverme contra su boca cuando mis instintos querían que lo hiciera más rápido. Dejé que ella controlara, que dictara todo, por terriblemente agonizante que fuera ceder. Sin embargo, de repente se detuvo y yo chillé.

—¡Adelante! Quiero ir. —Fue casi imposible contener mi impulso autoritario.

—Vas a venir. —Sonrió mientras se levantaba.

Laís se subió la falda y se sentó en mi regazo. Me sorprendí cuando su sexo me envolvió hasta llegar a su vientre.

La agarré del pelo, haciéndola gemir, y acerqué mi boca a su oreja.

—¿Dónde están tus bragas? No me gusta pensar que andes por ahí sin ellas.

—¿Seguro que no puedes? —Se movió, arrancándome un gemido que no pude contener.

—¿Estás tratando de volverme loco, esposa?

—No, sólo hacer que te corras. —Me puso las manos en los hombros y empezó a revolcarse en mi regazo de forma que me resultara difícil dejarla levantarse.

Rebotó con más fuerza antes de tirarse al suelo y besarme el cuello, provocándome escalofríos antes de dejar caer besos provocativos hasta mi oreja.

—Además, eres el único que puede acercarse lo suficiente para ver que no llevo bragas.

—Bien recordado.

Terminé de subirle la falda hasta la cintura y hundí los dedos en sus nalgas. Recuperé parte del control e hice que Laís se revolcara sobre mí con más precisión. Con la boca, bajé su escote y dejé al descubierto su sujetador. Hice lo mismo con la prenda hasta que sus pechos quedaron a mi disposición. Chupé uno de ellos y ella rebotó sobre mí con más destreza. Chupé, mordisqueé y arranqué gemidos enfáticos a mi mujer.

Pronto el placer alcanzó su punto álgido, de la forma más intensa, y no me contuve, derramándome dentro de ella. Cuando se dio cuenta de que me había corrido, Laís me agarró la cabeza y juntó nuestros labios, envolviéndome en un beso sabroso y cachondo mientras seguía moviéndose hasta alcanzar su propio clímax. Me maravillé de sus jadeos y de las señales de su placer hasta que mi mujer se recuperó.

Laís volvió a agarrarme por los hombros y apoyó su cabeza en la mía, haciéndome mirar sus ojos castaños.

—Estaba hablando con tu madre sobre la habitación del bebé. ¿Puedo renovarla y decorarla con un tema de animales?

—Sólo si tienes una regla jirafa para medir su altura.

Su sonrisa iluminaba todo mi despacho y me hacía muy feliz, porque a pesar de los últimos acontecimientos, no había perdido del todo su esencia. Seguía existiendo el lado dulce y amable de Laís que me había enamorado, y siempre lucharía por mantenerlo vivo, porque mientras hubiera luz en ella, la seguiría habiendo en mí.


MAFIA BELLUCCI - LIBRO I
MARCO

Epílogo

Unos meses después...

Me acerqué a mi mujer, que estaba inclinada sobre la barandilla de la casa de campo, contemplando la verde extensión del viñedo que nos rodeaba.

—Esto es para ti. —Le entregué un vaso mientras sorbía el líquido del mío.

—Marco, ¡no puedo beber! —Hizo una mueca mientras se llevaba la mano al vientre, que iba creciendo a medida que nos acercábamos al momento del parto, que se produciría en unas semanas.

—Es zumo de uva.

—Ella esbozó una sonrisa y yo me reí. —Gracias. —Bebió unos sorbos.

Dejé el vaso en la repisa y me coloqué detrás de mi mujer, rodeando su cuerpo con mis brazos y acariciando su vientre. Dentro de poco traeríamos al mundo a la próxima Bellucci, mi heredera y futura jefa de la mafia. Sin embargo, Laís no pensaba en eso, y yo ni siquiera quería que lo hiciera. Mientras fuera sólo un niño y el destino no se pronunciara, podría ser simplemente nuestro hijo.

—Este viñedo es muy bonito. —Echó la cabeza hacia atrás y la apoyó en mi hombro. —Muchas gracias por traerme aquí.

—Eres muy guapa. —Le acaricié la cara, la acerqué para darle un beso y la giré para que quedara frente a mí, aunque era difícil con mi barriga entre nosotros.

Estaba a punto de coger a mi mujer en brazos y llevarla a una de las habitaciones de la finca cuando mi teléfono móvil vibró en mi bolsillo.

—¡Oh, mierda! —chillé suavemente y Laís se rió.

—No hay respuesta.

—Lo necesito.

—Estás de vacaciones.

—Alguien en mi posición no tiene vacaciones, amor. —La solté a regañadientes y me alejé unos pasos. Cuando busqué mi móvil en el bolsillo, vi el nombre de mi hermano en la pantalla. —Espero que sea algo muy importante para que me hayas interrumpido -dije, con voz áspera y llena de mal humor.

—Descubrí quién mató a nuestro padre.

Gracias

Mi agradecimiento a todos mis lectores, que me motivan a seguir adelante. A todos los lectores de mi grupo de *Whats* "Lectores de Jessica": Karina, Vi, Nil, Nay, Adriana, Tamires, Joana, Andy, Fernanda, Cleidiane, Vitória, Nadine, Margarete, Andressa, Lais, Luize, Cristiane, Giorgia, Cristina, Tatiane, Regina, Viviane, Sthefanie, Naiade, Thamires, Antônia, Vânia, Thifane, Blanc, Cida y a todos los demás. También quiero dar las gracias a los lectores de Instagram y Facebook por todo su cariño y sus constantes ánimos. Especialmente a Micheline, amiga, seguidora y lectora por la que siento un cariño especial.

Gracias, Aline y Rosi, por todo vuestro apoyo, vuestros consejos y vuestro apoyo, cuya ayuda y trabajo son cruciales para cada uno de mis trabajos.

Me gustaría dar las gracias a mi marido, Gabriel, por estar siempre a mi lado y apoyarme.

¡Gracias, mis mentores y protectores espirituales! Que mi camino hacia vosotros esté siempre abierto para que podáis guiarme y protegerme, para que pueda tomar las mejores decisiones y no renunciar nunca a mis sueños.

Sobre el autor

Jéssica Macedo tiene 28 años y vive en Belo Horizonte con su hija, su marido y tres gatos, sus pasiones. Jéssica escribe desde los 9 años y publicó su primer libro a los 14. Empezó escribiendo fantasía, pero ahora escribe sobre diversos géneros, como novela romántica de época, contemporánea e infantil. Comenzó en el mundo de la fantasía, pero ahora escribe diversos géneros, como novela de época, contemporánea, infantil, policíaca y ciencia ficción. Con más de cincuenta libros publicados, es escritora, editora, *diseñadora* y cineasta. Sus ideas no dejan de surgir, y no le faltan nuevos proyectos.

Más información sobre otros libros del autor en las redes sociales.

Facebook —www.facebook.com/autorajessicamacedo/

Instagram —www.instagram.com/autorajessicamacedo/

Página web del autor en Amazon —https://www.amazon.es/jessicamacedo

